

MANUELA VALERIO

BAJO el cielo DE PALM SPRINGS

SEGUNDA PARTE. PISADAS Y HUELLAS



Bajo el cielo de Palm Springs

**Segunda parte.
Pisadas y huellas**

Manuela Valerio



Bajo el cielo de Palm Springs

Segunda parte. Pisadas y huellas

ISBN: 9788419542922

ISBN ebook: 9788419542434

Derechos reservados © 2023, por:

© del texto: Manuela Valerio

© de esta edición: Colección Mil Amores.

Lantia Publishing SL CIF B91966879

MIL AMORES es una colección especializada en literatura romántica y libros sobre amor publicada por Editorial Amoris - Lantia Publishing S.L. en colaboración con Mediaset España.

Producción editorial: Lantia Publishing S.L.

Plaza de la Magdalena, 9, 3ª Planta.

41001. Sevilla

info@lantia.com

www.lantia.com

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a info@lantia.com si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

A mis hijos, Iona y Arián.

«El orden de los recuerdos
no altera el olvido».

Anónimo

Prólogo

Debo llevar un buen rato inmersa en el garaje de la casa de los abuelos. Es mi último año de instituto y tenemos que presentar un proyecto de final de curso a libre albedrío. Mi tía Lyna es directora de cine y me ha dicho que me presta sus viejas herramientas y reliquias que guarda la abuela en el garaje de cuando ella se inició en el mundo del cine. Así que había pensado hacer un documental, con un toque retro, utilizando viejas cámaras y demás. ¿De qué? No lo tenía claro, por lo menos no hasta este momento.

Este fin de semana la familia al completo, lo pasamos en la casa donde creció mi padre. El abuelo está delicado y al parecer una reunión familiar es lo que más lo mantiene animado. Así que mientras el resto de los familiares va llegando, la abuela me ha dado permiso para bajar al garaje y buscar entre las cosas de la tía Lyna. Todos sabemos que las cajas, cuanto más al fondo están, mejores tesoros esconden. Así que directamente me he centrado en ellas, dejando a un lado todas las demás y... ¡voilà!

La más pesada contiene trofeos y galardones, al parecer, del ámbito cinematográfico. No reparo en ellos porque deduzco que son de la tía Lyna y me centro en la segunda caja, algo más pequeña. Contiene viejos objetos aparentemente sin ningún valor y fotografías con los colores algo desgastados. ¡Dios mío! ¡La abuela! La he reconocido al instante por su gran parecido a mi tía. Una joven, hermosa y sonriente abuela abrazada a un atractivo hombre de brazos tatuados y mirada verdosa. Creo que son verdes, pero podrían ser azules, el desgaste del color no deja ver claramente la tonalidad, de igual modo, preciosos. ¿El abuelo fue así de sexy? ¡Guau! Se me escapa la risa al pensar en eso. Todo un *sexysymbol*, alto, fuerte, tatuado, con barba de pocos días, ojos claros y sonrisa pícara. In-cre-í-ble. Es mi abuelo, ¿verdad? Diría que sí por los brazos tatuados, pero, a ver si va a ser un exnovio de la abuela y estoy aquí destapando un viejo amor. Pienso eso a la vez que le doy la vuelta a la fotografía, para buscar algo que lo corrobore. Efectivamente, tiene algo escrito: Levi y Natalie, 2021. ¡Uf! Confirmado, son ellos dos. ¡Qué guapos! No me lo puedo creer.

No me entretengo con las demás fotografías porque algo en el fondo de la caja llama mi atención. No hay nada más insinuante y atrayente que una vieja libreta, con páginas amarillentas y escrita a mano. Antes incluso de leerla he sabido que escondía un tesoro, y no por la portada, que tan solo había la silueta de unas palmeras junto al nombre de nuestra ciudad, Palm Springs, lo he sabido por la descarga eléctrica que he sentido en mi estómago al abrirla en abanico, dejando caer sus páginas lentamente. Así que he apoyado la espalda en la pared y me he sentado en suelo con las piernas cruzadas dispuesta a leer su contenido. No imaginaba que un par de horas después estaría llorando a moco tendido, con el corazón encogido y desesperada por saber más.

Todavía estoy en shock al reconocer a los abuelos en esa fotografía datada del año dos mil veintiuno. De hecho, todo lo que contienen estas cajas me impacta de igual modo por ser de esa época una vez que las reviso de nuevo tras la lectura, pero nada en comparación con lo que contienen esas páginas. Cierro esa vieja y arrugada libreta titulada *Palm Springs* con un nudo en la garganta y las lágrimas resbalando despacio por todo el contorno de mis mejillas. *Oh-my-God!*

Estoy que no que no quepo en mí. Trato de asimilar todo lo leído. ¿Será una historia real? Rápidamente giro la muñeca en la que llevo mi reloj digital, el sustituto de los viejos teléfonos móviles, y pronuncio el nombre del protagonista masculino de la historia. Estaba claro cuál iba a ser el resultado. Me recreo repasando las imágenes y la información sobre ese hombre. Así que, aún con el corazón alborotado, cargo las dos cajas y subo en busca de los abuelos. Necesito saber qué más pasó y por qué esa historia quedó como inacabada.

Subo las escaleras bastante emocionada, sin reparar en el comedor donde ya se encuentra la familia al completo. Abro la puerta de la habitación a toda prisa, los abuelos me miran sorprendidos. Llevo la mirada al arrugado rostro de él y entonces lo veo claro.

¡Mi abuelo es Tyler Williams!

1

Las palabras

Levi

Esa mañana abrí de nuevo mi ordenador para repasar una vez más todas mis redes sociales, como venía haciendo desde hacía ya un tiempo, en busca de algo que pudiera ayudarme en esa odisea por saber quién era, saber algo más de mí. Cada día resultaba más decepcionante, no obstante, algo en mi interior no me permitía abandonar esa búsqueda.

Ese día, nada apuntaba a que fuera a ser diferente. Hice deporte, centrándome en mis ejercicios de recuperación, aunque ya no me hacían falta y me serví el desayuno con cierta apatía. No lograba acostumbrarme a ser, o, mejor dicho, a no ser quien un día fui. Extrañaba algo en lo más profundo de mi ser, algo que no podía recordar, sin embargo, me provocaba ese sentimiento de tristeza y añoranza. Mordisqueé la tostada con la mirada en pantalla de mi portátil. Y fue entonces cuando casi me atraganto con la dureza de esos trocitos de pan amontonados en mi garganta. Sentí como un destello, una descarga que bajó de mi garganta hasta mi estómago de una manera fugaz y electrizante. Fue algo parecido a un espejismo, algo que no alcanzaba a asimilar si era real, si ya existía, o si, por lo contrario, me podían las ansias por querer que así fuera.

Ese día di con una frase, tan solo unas palabras, que consiguieron por primera vez desde que desperté, sacudir mínimamente mi cabeza. No supe si las había leído antes, si todo este tiempo habían estado allí o acababan de aparecer sin más. Tal vez sí, o tal vez no, lo cierto es que ahí estaban, bajo una de las imágenes de mi cuenta personal de Instagram. Al parecer usaba dos cuentas en la red, una era la profesional, en la que claramente no era yo quien seguía posteando, inundada de fotos de quien supuestamente era en la actualidad o había sido en el pasado, y otra con apenas una veintena de imágenes y sin apenas seguidores, bajo el seudónimo de L, que no era ni siquiera la inicial de mi nombre. La cosa es que ambas constaban como cuentas mías. Algo que también supuse, ya que mi MacBook Pro contenía las contraseñas guardadas y ese ordenador solo se abría con mi huella digital.

Me llevó mucho tiempo entender que existían dos versiones de mí. La figura pública y la privada. Me costó asimilarlo debido a que no llegaba a identificarme con ninguna, no todavía, por más que me habían asegurado que con el tiempo lo haría, aunque cierto era que ya debía de ser así y, sin embargo, nada, vacío. Esa era la palabra que mejor definía todo para mí, «vacío». Esas imágenes me transmitían serenidad, todo lo contrario a la otra cuenta con miles y miles de seguidores. Pude reconocer mi silueta en una de ellas, no podía asegurar al cien por cien que fuera yo, ya que estaba de espaldas, como en la gran mayoría de ellas y, sin embargo, sabía que era yo. Todas eran de lugares increíbles de los que no recordaba haber visitado. Apenas tenían

comentarios, y casi siempre eran los mismos, una tal Jenna, que lo mío me costó al principio entender e interiorizar que era mi hermana, y alguno más que desconocía por mi estado o porque realmente habían reaccionado al post por su contenido y punto. Ni siquiera era capaz de diferenciar eso. Me detuve en una en concreto.

Cinco integrantes de la mano y de espaldas, sobre el escenario de un teatro, con todos los focos apuntando. Imaginé que estarían saludando al público. Intenté recordar esa vida, esos momentos, al parecer bastante más humildes que *a posteriori*. Deduje que yo era uno de ellos, aunque esta vez no supe adivinar cuál. No lo conseguí. Apenas constaba con unos seis comentarios, nada anormal. Sin embargo, algo había chispeado mi intuición, lo más parecido a un intento de recuerdo asomó como un destello al leer una frase escrita en uno de los últimos comentarios: «Las palabras NO son todo lo que tenemos». Con la palabra NO en mayúscula dando énfasis a eso. Y de la nada, en lo más profundo de mi cabeza retumbó una voz que hizo que la tostada se me quedara de nuevo a media garganta.

«Yo no creo que sea todo cuanto tenemos. Las palabras, si no van unidas a recuerdos carecen de sentido alguno. Por eso me aventuro a decir qué, los recuerdos, son todo lo que tenemos».

Esa conversación vino acompañada de risas, sacadas de contexto, no creo que ni que formaran parte de ese momento. Pero lo que sí adiviné claramente es que esas palabras y esas risas eran de una mujer.

Mi corazón bombeó con fuerza, volví a sentir esa descarga eléctrica en el estómago, una sensación que atisbaba a ser conocida. Intenté forzar a mi cerebro para que no borrara nada de eso, y a que me mostrara algo más, necesitaba saber algo más... «Una imagen, dame una imagen», le rogaba a mi confusa cabeza. Pero no lo conseguí. Había pasado casi un año desde que desperté. Y seguía habiendo lagunas, solo eso, ¡qué digo lagunas! Yo tenía océanos, no había logrado recordar nada, así que supuse que ya me habían dado por perdido y por esa razón había obtenido el alta médica. Debía empezar a vivir de nuevo, a sabiendas de que jamás recordaría a mi yo de ayer, ni quién era, ni qué anhelaba y ni a quién amaba.

Ese destello había sido sin duda lo más parecido a un recuerdo real que había tenido desde entonces. Me estremecí por completo. Tan solo un susurro, unas palabras, pero estaban ahí y fue lo primero que mi cabeza había dibujado con un ápice de realidad. Los últimos destellos que había tenido me devolvían a otras realidades. Así que tuve que documentarme primero y tragarme todas las películas que había rodado, para tener claro que no era un arqueólogo sexy de ropa agujereada ni un policía separado que patrullaba en New York, eso ya lo había descartado. Uno de mis «yo de ayer» era actor, eso me iba a complicar un poco distinguir los momentos ficticios de la realidad. Debido a eso, cada pequeño y fugaz recuerdo necesitaba ser evaluado antes de darlo por bueno, pero ese sin duda lo era, no tuve que comprobarlo, simplemente lo sentí.

No dejé de darle vueltas. Si era realmente cierto, eso de que «los recuerdos son todo lo que tenemos», podría decirse que yo, en ese momento, no tenía nada. No sabía quién era. No reconocía lo que veía en las revistas ni en las redes. Solo sabía que vivía en Malibú, en una lujosa casa a pie de playa, que en mi garaje aguardan dos ostentosos coches, que en el salón

había una vitrina llena de premios cinematográficos y que dormía junto a una bella mujer llamada Alisa, que al parecer me adoraba y era mi esposa. No había duda de eso, había visto las fotos de la boda, llevaba el anillo, pero, muy a mi pesar, no lograba recordarlo. Por eso en esos meses, pese a su insistencia, no había logrado intimar con ella.

Todo lo que me rodeaba era mío, ya me había quedado claro, mas no lograba sentirlo así, no todavía. Era como si estuviera usurpando la vida de otro, como si viviera permanentemente en un hotel. Con esa ansia que se siente cuando pasas muchos días en un hotel a todo lujo y confort, y pese a todo anhelas volver a tu cama, a tu hogar. Yo había regresado, pero no de un viaje de placer, sino de un sueño profundo que duró unas semanas en las que permanecí en un coma que reseteó todo mi ser. Así, sin más.

Un año después, todo me seguía pareciendo extraño.

2

Mi nuevo hogar

Natalie

Esa mañana desperté con una descarga eléctrica en mi estómago. «¡Mierda!», gruñí mientras me incorporaba. Fue una de esas que hacía casi un año que había dejado de experimentar y que claramente reconocí. «Levi», pensé. Rápidamente me puse en pie y repasé toda la prensa del día desde mi ordenador, por si acaso hablaban algo nuevo de él. Sin embargo, nada de nada. Deduje que había estado soñando y desperté con esa misma sensación. Ese iba a ser un día más, sin saber nada, como todos los demás. Ya había finalizado ese tiempo prudencial que los médicos habían dado de margen, y su memoria no había vuelto, así que prácticamente había que darlo por perdido y, con él, todo lo que fuimos, toda nuestra historia, a Levi y a Natalie.

Debía asimilarlo. Mis miguitas de pan no habían funcionado. Los primeros meses albergué mucha fe, pero conforme los días iban pasando la realidad acabó por inclinar la balanza. Lo cierto es que llevaba unas semanas sin espiar obsesivamente la prensa y sus redes sociales. Asimilar que todo cuanto había querido quedó reducido a la nada, me costó mucho más de lo que intenté fingir. No quería más miradas de compasión ni palabras alentadoras, la realidad era la que era. Y la vida siguió.

Ese día debía madrugar, habían empezado las vacaciones de verano, era sábado y el día en el que por fin me daban las llaves de mi tan ansiado hogar. Sí, lo conseguí, por fin pude optar a comprarme mi propia casa y poder salir de la de mi padre. Él mismo pagó la entrada para que yo pudiera asumir una cuota de hipoteca más ligera. La casa necesitaba unos arreglos, pero eso nunca fue una dificultad para mí. Por fin los frutos de haberme criado sola con mi progenitor se verían plasmados en las posibilidades que esa casa me ofrecía. Aunque ojalá también lo hubiera hecho con mi madre, ya que hubiera aprendido algo más de los quehaceres supuestamente más femeninos, los cuales me costaba dominar. Pero eso sí, ¿que había que arreglar un jardín entero, o cambiar el parque?, ¡ningún problema! Instintivamente sabía hacer ese tipo de cosas, me había pasado la infancia ayudando a mi padre. Me volví mañosa, convirtiéndome en aprendiz de todo y oficial de nada, como él siempre me decía. Hasta incluso de mecánica, me encantaba sacar la cabeza por el taller y espiar los viejos motores, aunque reconozco que para eso no lo era tanto.

Por ese motivo no dudé en hacer una oferta para comprar esa vieja casa, la cual llevaba demasiados años cerrada. Creo que todo el vecindario quedó fascinado al darse cuenta de que había sido una mujer sola la que se había aventurado a comprarla. Se decía que, al parecer, había sido el hogar de una amante de Kirk Douglas. «La Española», se llamaba la casa, así que fue fácil deducir la nacionalidad de la supuesta amante. Él se había enamorado perdidamente de ella

y por razones que se desconocen prefirió mantenerla en el anonimato y le compró esa casita para tenerla cerca en sus estancias en Palm Springs. Información innecesaria que la mujer de la inmobiliaria consideró por alguna razón era de suma importancia y que yo intenté no tener en cuenta. Lo que menos necesitaba era oír otra historia de desamor en la que la amante había salido perjudicada. No me hacía falta, no, ya tenía la mía propia, pese a que el mundo no llegó a enterarse.

Esa mañana todos me acompañaron, nadie quería perderse el momento en que por primera vez abría la puerta de ese lugar, siendo totalmente mío, ruinoso pero mío. Jake se dedicó a immortalizar el momento con una grabación muy detallada. Mery había traído bebidas para hacer el primer brindis y mi padre no dejó de hacer una lista con todo lo que había que arreglar. Leia correteó olfateando y descubriendo cada rincón de ese descuidado jardín, ajena a nuestros movimientos.

—¡Hay una piscina, Natalie! ¿La has visto? —gritó Jake, emocionado.

A un lado del jardín, todavía seco, yacía una piscina demasiado grande para mi gusto. Sin agua, algo desconchada y con alguna baldosa agrietada.

—Sí, enano, era una sorpresa. Aunque va a necesitar mucho arreglo antes de que podamos bañarnos en ella.

—¡Yo te ayudaré! —se ofreció.

—Por supuesto que vas a ayudarme, ya que vas a ser el que más la va a utilizar.

—Joder, Nat, me encanta tu casa. Aunque ahora mismo da un poco de miedo.

—Tsss. No digas palabrotas que papá te va a oír. —Miré la casa en toda su inmensidad—. Sí, va a necesitar mucho mimo.

Me llevé ambas manos a la cabeza.

Por suerte las vacaciones habían empezado y tenía todo el verano para dedicarme a ella. Ya había perdido la cuenta de las veces que había intentado empezar de cero, mas algo me decía que esa vez era por fin la definitiva.

Brindamos, nos hicimos unas cuantas fotos familiares, immortalizamos ese momento y sobre todo lo hicimos con cada rincón de la casa, para así poder ver el antes y el después. Me sentía feliz, no digo completa, pero sí feliz. Menos a Levi, tenía todo cuanto podía desear, una bonita familia, un precioso coche y una casa llena de posibilidades todita para mí, para empezar a escribir mi nueva etapa. ¡Ah! Y también tenía a Alan, pero después hablaré de él.

Desde que perdí a Levi, empecé a obsesionarme con immortalizar momentos y retener recuerdos. Al darme cuenta de que todo lo que me quedaba de aquel amor vivido estaba tan solo en mi cabeza y temía que el paso del tiempo o tal vez los acontecimientos de la vida, modificaran en mi mente mi historia con él. Temía que a la vida le diese por jugármela de nuevo y decidiese que fuera yo quien pasara por algo parecido a lo de Levi. No iba a permitir que se perdiera esa historia como si no hubiera existido. Bastante tenía ya con que uno de los protagonistas no recordara ni un ápice de ella. Así fue como escribí nuestra historia, en una bonita libreta con palmeras titulada *Palm Springs*. Ese nombre no levantaría sospechas si en algún momento caía en manos alguien, cosa casi imposible, ya que la mantuve guardada a buen recaudo. Nunca pensé

en publicarla, claro está, era mi historia, nuestra historia. La escribí con el fin de no olvidar cada detalle de lo vivido. Sería la historia que pensaba contar en un futuro muy lejano a mis nietos. Aunque, al paso que iba, sin contar a Leia, mi hija canina, nada apuntaba a que fuera a tener descendencia.

Proyecté en mi mente cada espacio de esa casa y cómo quería que acabara siendo. Hice un croquis muy detallado, demasiado detallado. Tanto, que despertó la curiosidad de mi padre.

—¿Para qué quieres...? ¿Qué es esto? ¿Un teclado? —preguntó mi padre, observando el dibujo.

Sentí como si me hubieran descubierto en mitad de un robo. Disimulé como pude.

—Voy a empezar a tomar clases de piano.

Sonreí nerviosa.

—Hija, eres una caja de sorpresas. ¿Y este rincón de pintura? —Entrecerró los ojos para poder leer bien lo que había anotado—. Empezaste las clases de pintura a los diez años y solo asististe dos veces. No sé, Nat. ¿Estás bien?

—Claro, papá. —Sonreí dulcemente—. Es solo que quiero darle otra oportunidad al arte.

Vaya con mi padre. No se le pasaba ni una.

No podía decirle que iba a preparar una habitación por si Levi regresaba a mi vida algún día. Es más, lo estoy contando ahora y me doy cuenta de lo estúpido y enfermizo que parece. Por eso, era de entender que no le dijera a nadie la verdad sobre esa estancia que iba a crear con una única intención.

Conseguí que se marcharan y me dejaran un rato a solas en el que iba a ser mi nuevo hogar. Tan solo Leia y yo. Cogí una vieja y roñosa silla del jardín y me senté frente a la casa observándola, la perra se sentó a mi lado. Suspiré. Empezaba mi nueva vida.

La observé con detenimiento, anotando mentalmente detalles para la inacabable lista de arreglos. Me abrí una de las cervezas de lata que Mery había traído y me permití relajarme, viendo cómo caía el sol en Palm Springs. Mi primera puesta de sol en mi nueva casa, puse los pies en alto, di un trago a la fresca cerveza y disfruté de esa tonalidad tenue rosada y anaranjada que solía bañarlo todo. «Ahora sí —me dije a mí misma—, empieza mi nueva vida».

Levanté la lata y brindé con el horizonte hasta que el zumbido del teléfono vibrando en el bolsillo trasero de mi pantalón rompió la magia del momento. Por un instante me molestó. Aun así, lo saqué y deslicé el dedo en la pantalla para observar la notificación de Instagram.

«A L le ha gustado tu comentario: Las palabras NO son todo lo que tenemos».

3

Feedback

Natalie

¿Sabes esos momentos en que todo se detiene y tan solo puedes oír el bombeo de tu corazón, primero a toda velocidad y luego a cámara lenta, como si te fueras a desmayar? Se me olvidó momentáneamente hasta respirar.

¿L? ¿Levi? ¿Había puesto un *me gusta*? «Un momento, Natalie, respira, piensa... Es solo un *me gusta*, estará repasando las redes sociales, lo habrá hecho sin querer». Cuando recobré la respiración y básicamente el sentido, abrí rápidamente mi Instagram y, en efecto, salía en estado conectado. ¡Dios! Comprobé que había subido una foto nueva, por fin, después de un año. Un bonito Corvette C7 que no tardé nada en identificar como el coche que había en la casa de Santa Mónica, aparcado, con vistas al mar. Y una frase que me dejó petrificada.

«Si los recuerdos son todo lo que tenemos, ayúdame a recordar».

Mi corazón seguía a su ritmo vertiginoso. ¿Ese mensaje era para mí? ¿A qué se refería? ¿Se refería al mundo en general? ¿Había empezado a ejercitar la memoria?

Tuve que respirar profundamente, cerrar la aplicación y pensar con tranquilidad lo sucedido. Evidentemente, seguía sin memoria y esas palabras connotaban curiosidad. No era nada y era todo. Volví a abrir la aplicación yendo directamente hasta su perfil, lo había repasado tantas veces en los últimos meses que me lo sabía de memoria, cada imagen, cada comentario. Me fui a la imagen del Corvette y le di al corazoncito. Cerré la aplicación al instante. Se me iba a salir el corazón por la boca. Esperé unos minutos, pero no hubo el *feedback* esperado, así que guardé mi teléfono nuevamente en el bolsillo, llamé a Leia, cerré la casa con llave y me volví a mi otro hogar.

Seguía viviendo en el mismo barrio, un par de calles separaban ambas residencias, lo cierto es que podría haber ido andando, pero no lo hice. Conduje más nerviosa y despistada de lo normal. Di un par de frenazos y tuve que poner el brazo para que Leia no chocara contra el salpicadero cuando un chico se nos cruzó a toda velocidad con su *skate*. ¿Y si mi plan, ese que ya había descartado, el de las migajas, empezaba a dar resultado? Pensé en eso seriamente. Llegando incluso a que se me nublara la vista antes de entrar en casa. Respiré hondo antes de bajarme del coche. Mi padre y Mary eran demasiado observadores. Los quería con locura, pero me iba a sentir liberada de sus miradas analizadoras cuando viviera sola. Ahora que tenía las llaves no podía retrasar ese momento.

Leia se fue enseguida en busca de Jake y yo me senté a la mesa. La cena estaba puesta en la cocina pese a que hacía un día espectacular para hacerlo en el jardín.

—¿Has anotado algo más en la lista?

Mi padre me devolvió a la realidad.

—¿Qué? —Sacudí la cabeza—. Ah, sí, sí, bastantes más.

—Creo que, si le invertimos tiempo, cuando volvamos de la convención, en un mes podrás estar viviendo ahí.

—¿Un mes? Había pensado empezar a vivir ya.

—¿Qué? Pero si no está en condiciones, no hay nada y nosotros nos vamos una semana.

—Papá, sí hay cosas. Hemos comprobado que hay luz y agua. Incluso la vieja nevera funciona, la he dejado enchufada. El resto, poco a poco. Por cierto, si me dejas la camioneta yo misma iré a buscar la cama y el colchón nuevo a los grandes almacenes. Papá, sobreviviré una semana yo sola trabajando. Avanzaré lo que pueda.

Soltó el aire con desgana.

—Ya iré yo a buscar eso mañana.

—Papá, ya no tienes edad para esas cosas, déjalo.

—¿Me estás llamando viejo? —Levantó una ceja—. No iré solo, Larry me acompañará, vendrá a echar una mano en la casa.

—Gracias, papá, Larry también tendrá que hacer las maletas, no lées a nadie más que os vais en dos días.

Mery me miró divertida. Al parecer el proyecto de la casa le hacía más ilusión a mi padre que a mí y decidí dejar que aportara tanto cuanto quisiera.

—No has cenado nada —se preocupó Mery, poniendo su mano sobre mi hombro.

—Ya, bueno, un día intenso. Necesito una ducha y la cama.

Creo que no la convencí con mi excusa. Pese a que volvía a analizar cada uno de mis movimientos. ¡Qué ganas tenía de independizarme! Hasta ese momento no me había dado cuenta, pero estaba a punto de cumplir los treinta. Hacía casi dos años que había conocido a Levi, uno desde el accidente. Empecé a contabilizar el tiempo de esa manera. Claramente hubo un antes y un después. Los dos calendarios de mi habitación así lo confirmaban. No quise quitar el del anterior año, el que contenía demasiadas fechas y momentos que me sirvieron para mi proyecto de escritura. Los observé al sentarme en la cama. Eso también me lo llevaría. Lo que no pensaba trasladar eran los *posters* de Kurt Cobain, Lenny Kravitz, James Morrison y John Mayer, esos iban a quedarse en el mismo lugar en el que increíblemente llevaban quince años. Miré de reojo la guitarra, había estado ensayando todas y cada una de nuestras canciones. ¡Vale! Ahora lo veo. No lo estuve llevando muy bien. Me obsesioné demasiado preparando el terreno durante un tiempo por si..., bueno, eso, por si seguía las miguitas de pan que le había dejado.

Y ahora, de la nada, ¿le da *like* a mi comentario? «Eso tiene que significar algo, es una señal». Quería albergar esa esperanza. Tanto tiempo planificando un sinfín de pistas y ahora que por fin había un mínimo de interacción me quedaba en blanco. Me descolocaba la manera en que había sucedido. Por qué, era algo, ¿verdad? Necesitaba dormir, tanto estrés emocional me estaba

pasando factura y me generó un repentino dolor de cabeza que solo se vio superado por la descarga que sentí al oír la siguiente notificación de esa maldita aplicación. Estaba en la cama con la mirada en el techo, y, pese a estar sumergida en mis pensamientos, tardé media milésima de segundo en quedarme sentada en postura de Lotus. La abrí con el corazón dando brincos.

«A Roxy Styles le gusta tu foto». Me desinflé con la misma rapidez. No era lo que esperaba, claro está. La imagen la subí cuando brindamos en familia frente a la casa nueva, así que Roxy se sintió ofendida por no haberla invitado a ese insólito momento y dejó unas de sus palabras afiladas: «Espero que me invites antes de que tus hijos tengan doce años». Consiguió que me riera y le seguí la broma, respondiendo: «Dice Johnny que de momento solo un hijo, que él ya tiene dos. Mañana te la muestro, tonta, no te enfades». Roxy podía ser exasperante, pero conseguía sacarme siempre una sonrisa. Bromeábamos a menudo con que mi marido era Johnny Depp, el único actor que me gustaba hasta que conocí a Levi, claro está, y no por su carrera cinematográfica, me gustaba él, su esencia, su estilo de malote, tanto en su juventud, como en su madurez. ¡Me encantaba ese hombre! No pude evitar pensar en la conversación que un tiempo atrás había tenido con Levi sobre Johnny y en la que se mostró algo celoso alegando que era un veterano. Sonreí al recordar ese momento. Ojalá él pudiera recordarlo también.

De nuevo un recuerdo aparentemente feliz se tornó apagado y acabó con una exhalación repleta de frustración. Sacudí la cabeza para liberarme de ese sentimiento aplastante cuando de nuevo una vibración del teléfono trajo la última descarga del día.

«A L le ha gustado tu foto».

4

El lienzo

Levi

—¿Todo bien, cariño?

La voz de Alisa que ya había asimilado como familiar me sorprendió y cerré el ordenador portátil de golpe.

—Sí, estaba mirando rutas para salir con el Corvette. Es mi coche y apenas lo he tocado en este tiempo. Quiero volver a familiarizarme con él —mentí.

No sé si me creyó. Llevó la vista al ordenador y luego a mí. Algo en esa mirada no me gustó. Sin embargo, le dio la vuelta al momento y añadió:

—Ryan estará encantado de acompañarte. Además... —puso una mano sobre mi hombro cariñosamente—, te ha conseguido un par de audiciones. El médico dijo que ya podías volver a tu vida.

—¿Qué vida, Alisa? —le reproché indignado—. No estoy preparado.

—¡Claro que lo estás!

Se dio media vuelta y se sentó en mi regazo. Pasando su mano por mi cabello, que ya había crecido bastante y cubría las enormes cicatrices que llevaban en el cráneo y un costado de la frente. Y no me gustó. Confieso que sentir sus uñas en mi cuero cabelludo no me gustó. Lo achaqué a las cicatrices en ese momento. Hice un leve gesto para intentar que sacara sus manos de mi cabeza. Aunque no era eso lo que ella quería. Acercó sus labios a mi oreja y me susurró.

—Estás preparado para lo que quieras. —Se movió para sentarse a horcajadas sobre mí—. Tú solo deja que te ayude a situarte un poco.

Se movió encima de mí y mi cuerpo reaccionó con una erección notable. Pude ver cómo sonreía maliciosamente de satisfacción. No habíamos hecho el amor en estos meses, los primeros, porque no estaba en condiciones, y estos últimos porque no podía enfrentarme a ese momento, no estaba preparado con la cabeza tan vacía de recuerdos. Simplemente no podía, pese a saber con certeza que era mi mujer.

Me sujetó por la barbilla y me besó. En todo este tiempo era la primera vez que besaba a mi mujer sin rehuir al instante. Era preciosa, rubia y con un bonito cuerpo, sin embargo, ese beso dejaba mucho que desear en mi interior. No me llenó ni un ápice de satisfacción. No obstante, al parecer, a mi pene sí, que latía debajo suyo. No tardó en levantarse. Sentí pánico, creí que iba a llevarme a la cama e intentaría de nuevo acostarse conmigo, pero, para mi desconcierto, se arrodilló, tiró de mi pantalón de chándal y se introdujo mi pene en su boca. El corazón me empezó a bombear fuerte. «Es tu mujer, Tyler». «No pasa nada, es tu mujer». «Respóndele,

llévatela a la cama». Intentaba convencerme a mí mismo. Pero no pude, tan solo pude observar cómo succionaba mi pene, cada vez con más intensidad, cómo movía la lengua y sus labios lo envolvían por completo. Cerré los ojos, eché la cabeza hacia atrás a punto de correrme cuando por fin tuve una imagen en la que yo la aguantaba por su trasero desnudo y ella estaba enroscada en mi cintura, con mi camiseta de los Beach Boys. Fue electrizante la descarga que sentí con ese recuerdo y, extasiado, me corrí en su boca. Hacía tantos meses que no practicaba nada de sexo que no recordaba que fuera tan placentero. Me costó recobrar la respiración. Alisa se levantó triunfante, satisfecha de lo que había conseguido. Acaricié su cara y ella recibió la caricia como si fuera un tesoro.

—Podrías ponerte mi camiseta de los Beach Boys...

Quise instarla para poder memorar ese momento que acaba de danzar en mi cabeza, tal vez así estimularía mi mente y podría por fin complacerla en la cama. Pero ella no reaccionó como esperaba.

—¿Que yo me ponga una de esas camisetas rockeras que tienes? ¡Antes muerta! —Rio con todo su sarcasmo.

Eso me descolocó aún más si cabía. Lo acababa de ver en mi mente, sus piernas apretando mi cintura y mis manos sujetando sus nalgas, nos chocábamos con el marco de la puerta, un cartel de ¿Santa Mónica? Un momento... Algo no me cuadraba. ¿Era mi supuesta casa de Santa Mónica? Alisa me había dado a entender en varias ocasiones que odiaba esa casa, intentaba convencerme para que la vendiera. ¿Por qué iba a querer que hiciera eso? Desde luego, intentaba comprender a mi mujer, pero no podía hacerlo, era imposible, seguía siendo una desconocida, incluso yo lo era para mí mismo.

En cuanto recobré el aliento y ella salió del despacho abrí de nuevo el ordenador. Pude haberle contado a Alisa que había tenido dos indicios de recuerdos en el mismo día, pero no lo hice. Decidí que se lo diría si la cosa iba en aumento y realmente podía asegurarme de que eran recuerdos reales. Cerré Instagram y lo abrí en el teléfono que me había comprado hacía apenas dos meses. Imagino que el viejo lo destrozaría en el accidente como todo mi ser. Ojalá pudiera tenerlo. Los teléfonos contienen mucha información, me hubiera ido genial poder recopilar datos, pero mi nuevo teléfono y yo estábamos a la par, los dos semivacíos. Cuando sincronice el iPhone con el MacBook, automáticamente lo hicieron todas las contraseñas y se me descargaron varias aplicaciones, sin embargo, la de los mensajes estaba a cero, no había ni uno. Aparentemente era el mismo número que solía tener antes del accidente, pero la galería de fotos y los mensajes estaba desierta. Algo me decía que todo ese material inexistente no era casualidad.

—¡Salgo a dar una vuelta! —grité creyendo que estaría en la otra punta de la casa.

—Pero ¿a dónde vas? —me abordó en la puerta—. Espera que llamo a Ryan y te acompaña.

La esquivé.

—No necesito una niñera, no tengo recuerdos personales, pero sé conducir. No me pasará nada. Además, no me siento cómodo con ese Ryan.

Pude ver cómo se ponía nerviosa. Lo supe, porque de tanto observarla esos meses había

detectado cuando sus orificios nasales se abrían y se cerraban varias veces, junto al titilo de sus ojos cuando algo la ponía nerviosa.

—Ryan es tu amigo, cariño, además de tu agente —le tembló la voz.

—Lo sé, ya he visto las fotos que tenemos juntos y eso, pero, de verdad, quiero salir solo, volveré para la cena.

—Pero...

Y no le di opción de más.

Hice rugir al Corvette, abrí la puerta automática de la entrada y salí a toda velocidad. ¡Menudo subidón de adrenalina! Llevaba tanto tiempo compadeciéndome de mí mismo, recuperando un cuerpo dañado e intentando forzar una mente castigada, que había olvidado que no estaba muerto, y, para sentirme vivo, debía vivir, salir de aquella casa, respirar, moverme... y eso hice. Bordeé la costa, abrí el techo solar y dejé que el aire entrara y renovara mi energía. Recorrí la Pacific Coast Highway, dejando que el aire me despeinara. A mi derecha el Pacífico en todo esplendor.

Malibú era ese lujoso lugar donde las casas quedaban demasiado pegadas a la playa. Haciendo un contraste único. Sin duda, era un lugar donde el nivel de vida era muy alto, mansiones con vistas al mar, algunas casi sobre el agua y otras escondidas, algo más alejadas, las descubrí husmeando en Google Maps, cuando quise saber cómo era el lugar donde estaba viviendo.

Supe también que varios compañeros de profesión vivían allí. Alisa me informaba de todo eso, pero tuve que prohibirle las visitas hasta nueva orden, cuando me visitó Robert Downey Jr. y Leonardo DiCaprio, por más empeño que pusiera en hablar de nuestras batallitas de rodaje, lo único que lograron fue aumentar mi ansiedad. Al parecer yo no era el único que no podía entender que mis recuerdos se habían esfumado, al resto de la humanidad se le hacía igual de difícil. Después de comprobar eso, me dedicaban miradas de compasión junto a conversaciones anodinas y no quería más ratos como ese, no todavía.

Conduje instintivamente hasta Santa Mónica y extrañamente me sentí bien al entrar en esa ciudad. Paré un momento para situarme. Aparqué dejando toda la extensa playa a la vista. Sonreí al notar que ese escenario me reconfortaba, así que capturé una imagen de mi precioso coche con el Pacífico de fondo. Algo me decía que iba a ser un gran día. Saqué las llaves que había robado del cuenco de la entrada, que tenían un llavero del Pacific Park y busqué en una de las conversaciones que había tenido por mensaje con Jenna, donde una vez se había ofrecido a acompañarme y me había facilitado la dirección de la casa, que, al parecer, era de nuestro padre. Jenna era la única persona con la que hablaba asiduamente, con ella y con la pequeña Keith. En estos meses había aprendido a quererlas, no porque las recordara, sino por lo que me transmitían, a diferencia de mi propia esposa. No me presionaban, me mostraban imágenes pacientemente, hablaban con sigilo de ciertos recuerdos y la pequeña se había ofrecido a hacerme de profesora para lograr asociar caras conocidas. No sabría cómo explicarlo, pero con ellas fluía todo y cuando era Alisa la que intentaba hacer algo así me ponía a la defensiva.

Llegué por fin hasta la casa, el mando que colgaba al lado del llavero abrió la verja grande y pude entrar con el coche hasta el garaje. Fue un momento muy extraño. Estaba en un lugar

conocido y desconocido a la vez. Nada de lo que veía me sorprendía ni me extrañaba, era como si ya hubiera estado allí. Si no, ¿qué explicación había para que instintivamente supiera cuál era la llave de la puerta de la casa? La abrí a la primera y me introduje en ella con soltura, pero no, no recordaba nada. ¿O sí? Definitivamente era la casa que había recordado dando tumbos con una mujer anudada a mi cintura. Sonreí al verme allí dentro. Busqué hasta dar con el interruptor y todas las persianas de la casa subieron a la vez, dejando entrar toda la claridad del sol californiano. Observé ese salón, con un fuego hogar de leña, unos enormes sofás, una mesa no muy ostentosa, más bien con algunos años, pero robusta. La acaricié y sentí un escalofrío. Cerré rápido los ojos creyendo que era un fugaz recuerdo, pero, fuera lo que fuera, ya había pasado. Estaba muy limpia, deduje que en este tiempo se había limpiado más de una vez. Desde el sofá observé la gran biblioteca repleta de libros, con una vieja butaca muy vintage, un teclado y una guitarra negra. «¿También hay músicos en esta familia?», pensé con sorna.

Pero antes de acercarme a los instrumentos me picó más la curiosidad, subí. Lo que encontré fue un enorme lavabo con bañera, dos habitaciones con camas y pocos muebles, la tercera tenía una cama grande, bastante sencillo todo. Entré en esa. Nada de lo que veía allí me disgustaba. La decoración era sencilla, eso me llamó la atención, nada que ver con la casa de Malibú. Me acerqué a observar los dos cuadros pintados sobre lienzos. Con el típico paisaje desértico que se podía ver a ambos lados de la carretera si te alejabas un poco de la costa. Me gustó, tuve la necesidad de acariciar la rugosidad del lienzo. Fue una sensación placentera. Descubrí que tras el ventanal había una bonita terraza y salí hasta apoyarme en la barandilla, desde donde se podía ver el jardín, que, por cierto, estaba bastante dejado y seco. Me llamó mucho la atención la bonita caseta de madera que oteé desde ahí arriba. ¿Un perro? Deduje que mi padre había tenido uno, no le di importancia. La piscina estaba vacía y el toldo que la cubría estaba medio caído. «Es un buen lugar para vivir», pensé.

En cuanto bajé de nuevo, lo primero que vi y que había pasado totalmente desapercibido era un caballete cubierto con una sábana. «¿Mecánico y pintor?». Sentí admiración por mi padre, ese hombre que no recordaba y que la pequeña Keith me había mostrado en fotografías. Tiré de la sábana. Sobre el lienzo había plasmado las vistas de un atardecer de tonalidades rosadas y anaranjadas, desde un acantilado, con una ciudad de fondo. Sobresalía el capó de un coche, con dos rayas blancas. Sonreí instintivamente al verlo, quise acariciarlo también, puse las manos sobre la pintura rugosa del lienzo y sentí una nueva descarga eléctrica, esta vez directa a mi cerebro.

«El coste del borrado de recuerdos es que la mente, con su barrido, se lleva también los buenos, los bonitos y aparentemente insignificantes, como un atardecer, por ejemplo».

5

El viejo Cadillac

Levi

Sentí miedo al recordar esas palabras. Esa voz... Era como una predicción. ¿Quién decía esas cosas? No pude retener el recuerdo, supongo que al asustarme un poco pasó fugazmente y no me dio tiempo a analizar gran cosa. Miré la guitarra y tan solo la moví para apoyarla contra la butaca. Retiré la banqueta del teclado, lo encendí e instintivamente me puse a tocar. Primero hice sonar dos teclas, varias veces con una mano, hasta que decidí subir la otra y, como por arte de magia, mis dedos empezaron a deslizarse presionando las teclas, dando sentido a esos movimientos y formando una melodía. ¡Dios! ¡Sabía tocar el piano! Fue un momento increíble, mis dedos se movían con soltura, las teclas parecían flotar bajo mis manos. Me entretuve un buen rato reviviendo y deleitándome con *Moonlight sonata*, de Beethoven. Cerré los ojos sintiéndome relajado con la melodía. Por fin disfrutaba de algo. Sin embargo, pese a la excitación del momento, algo no me cuadraba. Si tan bien se me daba y al parecer debía ser algo que me gustaba, ¿por qué no tenía un piano en Malibú? Decidí en ese momento que me compraría uno para tenerlo en aquella fría casa. Volví mis manos al teclado y una nueva melodía brotó de mi interior erizándome la piel de arriba abajo. Tuve que detenerme al empezar a cantar esa letra, como si una voz de otra dimensión me la dictara y mis manos se volvieron temblorosas. La canción era *Creep*, de Radiohead.

Pero soy un monstruo, soy un raro,

¿Qué demonios hago aquí?

Yo no pertenezco aquí.

Se me agitó la respiración, las manos no dejaban de temblarme. Reconocí el sentimiento que la canción despertaba en mí. ¿Acaso estaba siendo un infeliz con mi vida antes del accidente? ¿Cómo podía ser? ¡Imposible! Por lo que me constaba tenía un matrimonio feliz, juventud, fama y un gran poder adquisitivo. ¿Qué más se necesitaba para ser completamente feliz? ¿Por qué asimilaría ese sentimiento como mío? Era totalmente antagónico a mi supuesta realidad. Quise dejar de tocar, pero no pude evitar fijarme en los folios que había tumbados y que contenían varias partituras dibujadas a mano. «¡No me jodas que también era compositor! ¿Serán mías?», me pregunté algo abrumado por todo lo que estaba sintiendo. Las sostuve entre mis dedos, no les había puesto título, así que cogí una al azar y coloqué mis dedos sobre el teclado.

Always remember us this way, de Lady Gaga. Empecé a tocarla y dejé de oír la melodía en el piano para oírla en acordes de guitarra. Incluso dejé las manos paradas, levitando, podía oír una voz, dulce, temblorosa... Y de golpe dejó de sonar. Se esfumó. «¿Qué ha sido eso? ¿De quién es esa voz que cantaba?». Claramente no había sido la voz de Lady Gaga.

Y no puedo encontrar las palabras

Cada vez que decimos adiós

Cariño, duele.

Cuando el sol se oculte

Y la banda no toque

Siempre nos recordaré de esta manera

No quiero ser solo un recuerdo.

Me llevé ambas manos a la cabeza y la oprimí, como si con ese gesto pudiera sonsacar algo más de información. Pero no pude, y juro que lo intenté. Quería oír esa voz, quería ver ese recuerdo, pero no lo logré. Una cosa estaba clara y es que no era Alisa. «¡Lo que me faltaba! ¡Mi mente intenta recordar a una exnovia en vez de a mi mujer!», pensé, resoplando. Necesitaba hablar con Jenna, que me hablaba de mis exnovias, descubrir cuál de ellas tocaba la guitarra. Eché un vistazo a mi alrededor hasta dar con la funda del instrumento e introduje la guitarra en su interior. Algo sonó en su interior, creí que estaba rota, que algo se habría desprendido. «La revisaré en casa, tranquilo —me dije mientras al guardarla, la imagen de Ed Sheeran se coló en mi cabeza—. ¿Qué pinta Ed aquí?». Recibí una nota suya después de despertar del coma, junto con la de muchos actores y personas mediáticas, así que deduje que también nos conocíamos. Mi cabeza era un hervidero de pequeñas dosis incoherentes de información toda mezclada. Pero ya bastaba por ese día, demasiadas cosas. Había empezado a recordar, aunque fuera desordenadamente, y necesitaba contárselo a alguien, pero no podía decírselo a Alisa. No tenía pinta de tomarse muy bien que mi primer recuerdo fuera una exnovia. ¡Jenna! Necesitaba hablar con ella.

Revisé de nuevo la dirección en la que me encontraba y pedí comida a domicilio, mientras esperaba le escribí un mensaje a mi hermana. Por alguna razón estar en esa casa me hacía sentir bien. Había paz, me sentía tranquilo, nadie me controlaba, podía bostezar, gritar o llorar sin que Alisa corriera con cara de preocupación creyendo que había despertado a mi yo de ayer. Tal vez si hubiera dejado de sentir esa presión hubiera recuperado mis recuerdos mucho antes. Casi un año era demasiado tiempo para vivir siendo nadie.

Esa casa escondía demasiadas incógnitas. ¿Era mi padre un amante, de la música, del arte y de la lectura? ¿O era yo? ¿Por qué no había fotografías en toda la casa? Estaba sin habitar, pero no lucía como una casa deshabitada del todo. Más bien daba la sensación de que habían desaparecido sus habitantes, que, en ese caso..., tal vez fuera yo. Cabía esa posibilidad como

cualquier otra, pero es que todo me resultaba extrañamente cómodo. Hasta las sillas viejas de jardín donde me senté a comerme una hamburguesa deliciosa, que tardó apenas quince minutos.

No dejaba de mirar la caseta de perro, por si podía dibujar mentalmente la silueta de algún animal, pero no. Acabé de pasar el día dando tumbos por la casa y me sentí extrañamente nervioso al acercarme a viejo Cadillac que había a medio reparar en el garaje. Jenna me había dicho que mi padre había sido mecánico y por eso no le di casi importancia cuando lo vi lleno de polvo. Sin embargo, al acercarme y levantar el capó, un cosquilleo recorrió todo mi pecho. Me estaba gustando lo que veía. Giré la vista y pude ver toda la pared llena de herramientas, una mesa de madera con trapos y más herramientas. Instintivamente me acerqué. Cogí una pieza parecida a un ventilador que había sobre ella, volví a observar la pared y, como por arte de magia, me puse a reparar esa pieza. ¿Que cómo lo hice? No lo sé. Debía de ser uno de los llamados recuerdos implícitos. El doctor me habló largo y tendido sobre la diferencia entre los recuerdos, y yo había perdido los explícitos, pero no todos. Dentro de ellos, la memoria semántica parecía bastante entera, como fechas y números. Sin embargo, la memoria episódica, la que albergaba las experiencias personales, había sido la dañada.

Al principio, el neurólogo se mostró muy optimista, convencido de que acabaría recuperando la memoria, e incluso prometió darme unas pautas a seguir para estimular y ejercitar la mente, pero no llegó a ser así. De la noche a la mañana cambió su diagnóstico, me aconsejó que no forzara la mente y que empezara una nueva vida. Fue raro, ¿verdad? Pero en ese momento no lo vi. No imaginé que el dinero pudiera cambiar hasta el diagnóstico de un profesional de la salud. Eso lo descubrí mucho después.

Me ensucí todo sin importarme lo más mínimo, no quería ni pensar en la cara que iba a poner Alisa cuando me viera entrar con la ropa llena de grasa. Lo poco que conocía a mi mujer ya me daba suficientes pautas como para imaginar sus reacciones. Decidí en ese momento que vendría diariamente a dedicarle horas a ese viejo motor. Por fin había encontrado algo con lo que sentirme útil y realizado en todos esos meses. Me acabé el refresco que había dejado a medias y me senté satisfecho, mientras analizaba los arreglos que necesitaría ese jardín. Si esa había sido la casa de mi padre y Jenna no vivía en ella, yo me encargaría de mantenerla en condiciones.

Me senté con los pies en alto sobre la mesa del jardín, saqué el teléfono del bolsillo y abrí de nuevo las redes sociales. La tarde estaba cayendo, posé la vista en el horizonte anaranjado, tomé aire y tuve una idea. Busqué la imagen que había capturado del Corvette junto a la playa y la subí. Necesitaba que alguien, que no fuera mi mujer ni mi agente, me hablara de mí. Recordé el comentario que había leído esa mañana, el que consiguió que mi mente chispeará, así que pensé que sería un buen hilo del que tirar. Volví al comentario de una tal Tali y le di «me gusta» previamente. Después subí mi fotografía y recé porque identificara esas palabras como tuyas y hubiera una reacción.

«Si los recuerdos son todo lo que tenemos, ayúdame a recordar».

El anzuelo estaba echado, solo quedaba esperar. Me lavé bien las manos, lo cerré todo y me metí en mi Corvette C7 dispuesto a marcharme. Respiré hondo mientras observaba cómo se

cerraba la verja automática. Definitivamente, me gustaba ese lugar. ¿Por qué estaría viviendo en Malibú entonces? Empecé a sospechar que Tyler Williams y William Tyler eran dos personas totalmente diferentes. Conduje pensando en que mi nombre artístico era una reverenda mierda. ¿A quién se le ocurriría cambiar el orden de mi verdadero nombre?

Alisa me esperaba más nerviosa de lo normal.

—¿Te has divertido todo el día por ahí, sin llamar?

Me abordó al oír que entraba el coche en el garaje. Esa pregunta rebosaba sarcasmo.

—Me parece que soy mayor de edad, o eso pone en mi documento de identidad —le respondí con la misma tonalidad.

—¡No puedes irte así todo el día! No... —dudó—. Todavía no estás preparado.

—No es lo que me dijiste de buena mañana. Aclárame esto, Alisa. —Pude ver el miedo en sus ojos antes de oír lo que le quería decir—. ¿Estoy preparado para tener sexo, pero no lo estoy para moverme sin que puedas controlarme? ¿Es eso?

La paralicé momentáneamente. No sé por qué le dije eso, ni por qué utilicé esa tonalidad. Me sentí fatal al instante.

Ninguno de los dos reaccionó hasta que sonó mi teléfono, una notificación de las redes sociales. Alisa era una mujer muy avispada. Bajó la mirada rápidamente a mi teléfono incluso antes de que pudiera desbloquearlo.

—¿Utilizas las redes sociales? —se interesó sospechosamente.

—Esto... Estoy poniéndome al día.

—Cariño... —bajó la tonalidad y endulzó la voz—, no tienes por qué hacerlo tú, tenemos quien se ocupa de eso. Cuando estés listo volveremos a mostrarte públicamente. Prepararemos una buena imagen y la subirán para que tus fans comprueben que todo está bien.

—Ya, bueno. Quería interactuar un poco a ver qué se cuece entre mis seguidores.

—Claro, te entiendo. Pero no hagas caso a todo lo que te escriban por ahí, es sabido que las redes sociales también las carga el diablo.

—No he notado nada raro, de momento tengo muchos mensajes de apoyo.

—Me alegra oír eso.

Se acercó, acarició mi cara y, cuando intentó besarme, me escabullí con el teléfono en las manos. Fui directo al baño, me senté en el borde de la bañera y volví a abrir la aplicación.

¡Bingo!

«A Tali le gusta tu comentario».

6

Alan

Natalie

¡Oh, Dios mío! Claramente Levi estaba espiando mi perfil de Instagram. ¿Habría recordado algo? ¡Imposible! De ser así me hubiera escrito directamente, o conociéndolo, se hubiera presentado en Palm Springs. Sin embargo, ahora intentaba interactuar conmigo. Y es que... estaba haciendo eso, ¿verdad? Había dejado un comentario en todas y cada una de sus fotos, aunque fueran dos palabras o un emoticono. Mi intención era que él asimilara mi perfil como el de alguien cercano, formaba parte de ese plan que había ideado, ese que tenía demasiados cabos sueltos, como, por ejemplo: ¿qué haría si consiguiera atraerlo y continuara sin recordar nada?; o si descubriera que habíamos estado enamorados, pero ya fuera incapaz de sentirlo; o si simplemente no sirviera para nada todo este esfuerzo; o si se presentara con ella... No era un plan perfecto, era más bien uno a lo loco, así que empecé a improvisar tras su primera reacción, ya que hacía meses que lo había dado por perdido.

Estaba a punto de dormirme, pese a ese revoltijo de emociones en mi vientre, cuando sonó mi teléfono móvil. Lo miré con medio ojo abierto, con desconfianza y nerviosismo al comprobar que era un número desconocido. Sentí que me faltaba el aire. Lo sujeté en mis manos con la mirada fija en la pantalla. ¿Era momento de dudar? Estaba claro que no, así que contesté con un suave y casi inaudible «hola».

—Natalie, ¿eres tú?

No contesté hasta que asimilé esa voz y mis pulmones volvieron a funcionar.

—¿Alan?

—Sí, amor. Qué susto, creí que me había equivocado. ¿Estabas durmiendo? Lo siento mucho, cariño...

Alan se coló en mi vida tan sigilosamente que para cuando quise darme cuenta, ya me llamaba con motes cariñosos y empezaba a hablar de futuro. Tenía diez años más que yo, estaba separado y tenía un hijo de cinco años, Derek, en régimen de custodia compartida. Así que nos veíamos una semana sí y otra no, cuando su trabajo se lo permitía. Por si lo nuestro no llegaba a cuajar, no quería que ese niño se viera afectado. Además, viajaba mucho por su trabajo. Era un hombre muy sensato, bueno, dulce y coherente, todo lo contrario a mí. No sé cómo no me di cuenta de que habíamos dejado de tener solo sexo a llamarnos a menudo, hasta incluso se había colado en mi familia. Me sentía bien con él, aunque no era una relación a lo que aspiraba en un principio, no obstante, se convirtió en eso y eso, de algún modo, me recordaba que la vida seguía y que no podía vivir del recuerdo ni creyendo en los milagros.

—¿Desde dónde me llamas?

—Sigo en París, la cosa se alarga un poco más. Me lo acaban de confirmar y quería decírtelo. Siento no llegar a tiempo para estar contigo esta semana. La siguiente estaré con Derek, le he prometido demasiadas cosas.

—No te preocupes, además, estoy muy ocupada con lo de la casa.

Bostecé mientras me restregaba los ojos medio abiertos.

—Bueno, pero yo sí tengo ganas de verte.

—Lo siento, Alan, estoy medio dormida, yo también tengo ganas de verte.

Mentí, lo dije porque tenía que hacerlo, pero lo cierto era que con lo de la casa y lo de la pequeña reacción de Levi, hasta me había olvidado de su existencia. Muy mal por mi parte, lo sé, pero fue así, ni siquiera lo hice adrede.

—Te va a encantar París. Es la ciudad perfecta para una luna de miel...

Ya estaba de nuevo. Últimamente no dejaba de insinuar cosas así. Apenas me conocía, cinco meses no era nada, y ya planeaba cosas así. Me di cuenta de cómo le damos valor al tiempo según con quien lo pasemos. Cinco meses me parecían muy poco para asimilar esa relación, cuando enamorarme de Levi me costó apenas unos pocos días y, si me apuras, diría que horas. Rehuía a ese tema tanto cuanto podía. Aunque siempre sospeché que su empeño, más allá del amor que me profesaba, se debía a que Alan quería contemplar la posibilidad de pedir la custodia completa de su hijo y, para eso, necesitaba estar casado, mostrar estabilidad, que los dos tuviéramos buenos empleos y esas cosas. Entendía que quisiera tener a su pequeño con él, pero yo me abrumaba con tan solo pensarlo. En realidad, lo que él necesitaba era una mujer que cuidara de su hijo en sus ausencias. Alan era piloto de avión. Eso lo convertía en el novio ideal, ya que no paraba mucho en tierra y cuando lo hacía invertíamos ese tiempo en tener sexo, por lo menos ese era el plan inicial. Novio ideal, sí, pero ¿marido ideal? No lo creía. Vamos, es que no sé cómo pasó, de la noche a la mañana se había colado en mi vida y no tenía claro si eso me gustaba o me disgustaba.

—En la luna estoy yo, Alan. Son las dos de la madrugada.

—Lo siento, cariño. ¿Alguna novedad?

Hubo un pequeño silencio, hasta que mi cerebro reaccionó. Y es que para mí sí había habido una pequeña novedad, pero solo para mí, no podía compartir con el mundo ese insignificante detalle. En ese momento de mi vida estaba segura de que ni Roxy sería capaz de entenderme.

—Todo bien. Te llamo mañana, que de verdad no soy persona a estas horas...

—Ok. Descansa preciosa.

—Igualmente. Adiós Alan.

—Tali, te...

Y le colgué. Sí, le colgué. Supe que palabra venía después y no estaba preparada para oírla. No todavía. Él lo tenía todo muy claro, pero yo... hacía unas horas que Levi había vuelto a ocupar mi mente, no era el momento de que me dijera que me quería porque yo iba a ser incapaz de responderle lo mismo.

A la mañana siguiente, me desperté sin prisas, iba a pasarme todo el día en la casa. Mery me

ayudaría a limpiar, mi padre me había prometido que se encargaría de traerme la cama nueva y Jake de lo que pudiera, que consistía básicamente en entretener a Leia y darle paseos por el barrio. Las tortitas de Mary nos atrajeron a todos, como moscas a la miel. Los cuatro disfrutábamos de un desayuno de los nuestros, los cuales iba a echar mucho de menos y de un rato familiar. La tele, para no perder la costumbre estaba encendida, pese a que ninguno le prestaba atención. O por lo menos no lo hacíamos, hasta que ese nombre grabado a fuego en nuestras vidas retumbó desde aquel aparato.

«Las primeras imágenes de un recuperadísimo Tyler Williams, en Santa Mónica, donde el actor tiene su segunda residencia. Esperamos poder verle en breve en la gran pantalla. Varios directores, esperan ansiosos su regreso».

Instintivamente los cuatro llevamos la vista al televisor. Mi corazón estuvo a nada de explotar al verlo caminar y meterse en su Corvette, como si nada hubiera pasado. Llevaba el cabello no muy largo, apenas para poder colocárselo por detrás de la oreja. Ese gesto tan suyo, que pude volver a ver en esas imágenes y que levantaron mis labios a la altura de una sonrisa de alivio. Caminaba, eso quería decir que no hubo secuelas en la columna. Estaba guapo y fuerte. Imaginé que la recuperación no habría sido fácil, pero le gustaba hacer deporte y supe que se la habría tomado muy en serio. Las imágenes no eran de tan cerca como para poder volver a ver el verde de sus ojos, o comprobar si había cicatrices visibles. Pero lo que vi me complació. Sentí un gran alivio. Tanto que suspiré con más énfasis del que debía y entonces todas las miradas se posaron sobre mí. No dije nada. Agaché la cabeza como si hubiera sido una noticia cualquiera y seguí disfrutando de mis tortitas. Nadie añadió nada. Por un momento creí que Jake iba a hacerlo, pude notar su alegría, pero ese enano listo que ya tenía diez años, en ocasiones mostraba más madurez que yo.

Unos minutos después mi padre desapareció con su Ford Pick up y nosotros nos fuimos juntos hasta mi nueva casa. Jake se fue con Leia paseando, sin embargo Mery y yo lo hicimos en el Shelby, ya que llevamos demasiados trastos y productos de limpieza para irnos andando. Momento que aprovechó Mery para indagar.

—¿Estás bien Natalie?

—Sí, muy emocionada con la casa. —disimulé.

—No me refiero a eso. —Hizo una pausa—. Me refiero a lo que hemos visto en el televisor.

—Si te refieres a Levi. Todo está bien, Mery. Todo está como debe estar. Me ha alegrado verlo así de recuperado, pero ese es su mundo. Y además yo estoy donde quiero estar.

—Lo sé, pero...

—Además ahora está Alan. Que Levi no me recuerde, es lo mejor para todos. Además ¿no eras tú la que siempre me decía que nadie muere de amor? Tenías toda la razón. La vida sigue. Estoy bien, no te preocupes.

Frotó su mano con la mía, que yacía sobre el cambio de marchas, y supe que no se había creído ni una palabra, porque ni yo misma lo había hecho, pero no añadió nada más.

Jake no tardó en aparecer, entramos y enseguida encontramos algo en lo que ocuparnos. Lo primero que hice fue ponerme a pintar la que sería mi habitación. Quería pintar todo el interior

de la casa de color blanco, pero ese día solo iba a dejar lista mi habitación. Así que tenía mucho trabajo. La pintura de doble capa y secado rápido me iba a facilitar mucho las cosas, para cuando apareciera mi padre con la cama esperaba tenerla lista, y así fue.

—Deja paso a estos dos viejos... —bromeó mi padre empujando el colchón—. Larry casi descarga el colchón en la casa de al lado.

—Oh, Larry. ¿Me ves cara de millonaria para comprar esa mansión?

—Harold me había dicho que era una casita vieja deshabitada y, bueno, esa está deshabitada, ¿no?

—Pero el diminutivo casita no le va mucho. —Sonríó mi padre.

—Estarás mejor en esta, Nat —quiso arreglarlo Larry—. Y disfruta de que a ese lado no tengas vecinos de momento. Porque en cualquier momento se te viene a vivir un snob de esos y te monta fiestas en el jardín hasta las tantas.

—Si me pasara eso, me uniría a la fiesta. Y todos saldríamos ganando.

Dieron un par de viajes más, para mi sorpresa, la chica del Walmart le facilitó información privilegiada, con todas las cosas que había estado mirando. Y sin yo esperarlo, ese día, la casa quedó semiamueblada con lo básico. Así que ya tenía una nevera vieja, podría decirse que vintage, pero una lavadora y microondas nuevos a estrenar. E increíblemente el viejo horno que tenía la cocina seguía funcionando. Larry le echó un vistazo a la instalación eléctrica. Todo seguía en condiciones, incluido el calentador del agua de la ducha. Mery me dejó los baños y la cocina relucientes. Y el resto de la casa... No había prisa. Mi padre me cedió su cortacésped viejo hasta que pudiera comprarme uno, aunque supe que ya sería el mío hasta que ese dejara de funcionar. Sin embargo, decidí no tocarlo hasta el día siguiente, cuando estuviera sola y tranquila. Estaba siendo un día muy productivo, incluso comimos ahí, inaugurando oficialmente la vieja mesa del jardín que iba a necesitar una buena lijada y un buen barniz. Pedimos comida a domicilio, los invité a todos, en agradecimiento.

—¿Vas a comprarle una caseta a Leia? —se preocupó Jake.

—No. Leia no va a vivir en el jardín, vivirá dentro, conmigo, además, la casa tiene un porche donde podrá refugiarse del sol o de la lluvia.

—Pero cuando estés trabajando... Tal vez deberías tener una, aunque se la pongas en el porche. Por un momento me vino a la cabeza la caseta enorme de madera que tenía en Santa Mónica y mi mente voló a ese día.

—¿Natalie? Tierra llamando a Natalie —bromeó el niño sacándome de mi momento.

—Esto... Sí, tal vez sí.

El niño miró a ambos lados y añadió:

—¿Vas a intentar hablar con él?

Me hice la tonta.

—¿De qué hablas? —Levantó una ceja a modo de sarcasmo. Bajé la voz para contestarle—. No, no lo voy a hacer. Todos sabemos que no va a recuperar la memoria. Él tiene una vida, yo también. Con que esté vivo me vale.

—A mí no me contesta los mensajes.

—¡Jake! ¡No hagas eso! —lo regañé—. Por favor. Dijiste que ya no le escribirías si no podía reconocerte.

—Y, evidentemente, no lo ha hecho, porque no ha contestado, no te preocupes. Por eso había pensado que tal vez contigo...

—No, Jake. No es justo para nadie. ¿No te gusta Alan?

—Sí, Alan me cae bien, pero no es eso. Tú no lo miras como mirabas a Levi, no te veo convencida.

—Pero ¿será posible?

Puse los brazos en jarra.

—No soy tan pequeño como para no ver que no quieres a Alan de la misma forma, aunque sea un buen tío.

—Es complicado, Jake.

—Creo que, aunque Levi no recuerde a nadie, debería saber que existes. Si solamente conoce su otra vida se quedará con ella y no es justo que se le esconda la verdad.

—A ver, enano. ¿Quieres hacer el favor de comportarte como un niño de diez años?

—Lo que tú digas... —refunfuñó.

Se dio media vuelta e improvisó con la pata de una silla rota como palo para jugar con Leia.

¡Maldito enano! Siempre metiendo el dedo en la llaga.

Abrí de nuevo la aplicación y esta vez Levi había colgado una historia, de fondo el mar, en un bonito amanecer, con una pregunta. «¿Me ayudas a saber quién soy?». Solo había dos casillas con las posibles respuestas. Miré a ambos lados, nadie me observaba y le di a la única respuesta que podía darle.

«Sí».

7

La joyería

Levi

Me hice el dormido cuando Alisa se metió en la cama. Había empezado a ducharme cerrando la puerta con pestillo, necesitaba intimidad y ella no parecía estar dispuesta a dármela. Así que en cuanto noté como intentó entrar mientras me duchaba, una de dos: o me iba a costar un reproche o se habría quedado con las ganas de algo que intentaría más tarde. Así que hacerme el dormido fue lo único que se me ocurrió. Y no fue fácil, ya que tenía las intenciones muy claras. Me manoseó por debajo de las sábanas y me sentí como si fuera un juguete. ¿Por qué me sentía tan extraño si ella era mi mujer? Sentía como si se estuviera aprovechando de mi vulnerabilidad.

Después de un rato de jugueteo, logró que mi cuerpo reaccionara y una erección no deseada se alzó. Eso la excitó el doble, noté como se deslizaba bajo las sábanas. Continué haciéndome el dormido hasta que noté como su lengua lamió el glande de mi pene y sin pensárselo dos veces se lo introdujo en la boca. La sorpresa hizo que abriera los ojos de par en par, ya no colaba lo de fingir estar dormido, involuntariamente gemí de placer. Hice el intento por acariciarla, quería sentirla, quería dejar que me lamiera el pene y poder disfrutar sin ese inexplicable rechazo que me causaba. No quería tener que volver a rechazarla. ¡Era mi mujer! Podía ver la rabia contenida en sus ojos cada vez que sufría una negativa por mi parte, así que quise hacer ese esfuerzo por ella. Le acaricié la cabeza, ella supo captarlo como una reacción positiva a su insistencia, así que subió su cuerpo y puso su cara frente a la mía. Era muy guapa, tenía un cuerpo bonito, estilizado, perfecto, con ojos de gata, pelo dorado y la piel bronceada. Desprendía un intenso olor a coco, su piel, su pelo... Inhalé profundamente. Dicen que el olor es el mayor portador de recuerdos, más que los objetos o las imágenes, así que inspiré con intensidad, para que llegara a lo más profundo de mi ser, no obstante, seguía dejándome indiferente. Creo que en ese instante pudo ver la duda de nuevo en mis ojos, aunque más bien era decepción y aprovechó para sentarse a horcajadas encima mía y conseguir su cometido. ¡Por Dios! Era mi mujer y, pese a todo, sentía como si me estuviera prostituyendo. Ella se movió a sus anchas, yo giré la cabeza a un lado, no quería mirarla a la cara.

—Mírame, cariño, estoy aquí, estamos follando —dijo entre gemidos.

La miré, fue como si me estuviera masturbando, no existía esa conexión.

—Ali, para... —jadeé—. Ali, me voy a correr...

No voy a negar que sentí placer, lo sentí, tan solo quería obligarme a no sentirme mal por ello. Pensé que en cuanto me acostumbrara, la cosa cambiaría y podríamos tener sexo todavía más

placentero. De momento, iba a tener que consolarse con lo poco que podía ofrecerle y sin apenas mirarla.

La cosa no duró mucho, ella llegó al orgasmo ayudándose de ella misma, la vi entornar los ojos hacia arriba, encorvar hacia atrás su cuerpo entero, mientras botaba encima de mí y uno de sus dedos vibrando sobre su clítoris. Explotó, jadeó intensamente. Yo seguía convencido de que no iba a correrme, que la cosa se quedaría ahí, pero ella decidió entonces acelerar el ritmo.

—Eres mi marido, córrete para mí.

—Alisa, no. —Volví a jactear conteniéndome mientras ella se movía cada vez más rápido.

Agachó la cabeza a la altura de la mía y susurró:

—Imagino que no recuerdas que tomo la píldora. Tú y yo follamos sin control, sin medidas, sin tabúes...

Gimió de placer, cerré los ojos, quería que eso terminara cuanto antes y, como por arte de magia, mi mente me regaló una imagen muy nítida. El recuerdo de una sesión de sexo placentero, ella, con su cuerpo totalmente encorvado, sobre un mueble blanco, tal vez una cajonera, mientras yo la sujetaba por la cintura con una mano y la otra la apoyaba entre sus pechos. Sentí ese momento, ese placer, esa electricidad. Apreté un poco más los ojos, la sentí. Sentí ese cuerpo, ese momento, y me corrí. Intenté centrarme en eso, casi logro ver su cara, la vi llevar su barbilla hacia adelante, deshaciendo la curva de su bonito cuello encorvado de placer. Los dejé cerrados, con la intención de poder visualizar ese rostro y ver la tez de esa mujer, quería verla, estaba a punto de verla, pero no fue así. Aunque si algo empecé a sospechar, era que ese cuerpo no era el de Alisa. Se me antojaba más pequeño, por la manera en que mis manos la sujetaban. Alisa era una mujer muy alta, había sido modelo. Sin embargo, no era la mujer con la que mis recuerdos se fundían.

No logré dar con su rostro, pero sí logré complacer a Alisa, al notar que, por fin, después de tanto tiempo, había podido intimar y llegar al clímax en su interior. Eso no estaba bien. Algo me decía que eso no estaba bien. Estuvimos así cuatro días, en los que sentí que me traicionaba a mí mismo teniendo sexo con mi propia mujer. No entendía qué era lo que no cuajaba. Ella parecía querer exprimirme, como si le debiera mucho sexo después de tanto tiempo, por eso hice el esfuerzo de cumplir. Qué mal suena hablar de cumplir en vez de sentir, pero fue así.

Al cuarto día de intentar adaptarme y de querer complacerla, estaba harto de sentirme incómodo en esa casa, me sentía controlado y sexualmente usado. Durante esos días, ella decidía qué, cómo y cuándo. Hasta que no pude más. Esa mañana me levanté mucho antes que ella, no podía dormir, después de haber experimentado una noche de sexo en la que no conseguía mirar a la cara a mi propia mujer. Así que me puse unos pantalones de deporte y me fui a correr por la playa. Acababa de amanecer, el sol empezaba a dar vida a todo Malibú, la arena húmeda se me enganchaba en los pies y cada vez me costaba más correr a un ritmo bueno. Así que aminoré y fijé la vista en el mar. Era un lugar precioso y algo más íntimo que Santa Mónica, mas no lograba sentirme igual de cómodo que en aquella ciudad. Alisa me había informado de quiénes eran nuestros famosos vecinos, habíamos repasado rostros. De ese modo tenía controlada cada casa con su posible propietario, en su mayoría, supuestos conocidos. Por si tenía la desdicha de

encontrarme con alguno, debía saber anexar su casa a su nombre. A veces no lo hacía muy bien, porque una cosa era la imagen que Alisa me había mostrado en internet y otra muy diferente la que mostraban en su intimidad, la mayoría de las veces, irreconocibles. Supongo que a mí, a Tyler Williams, me estaría pasando lo mismo, que no tenía nada que ver con la imagen pública. Por ese motivo iba a correr tan temprano, para evitar interactuar con nadie. Y a su vez poder disfrutar de unas fantásticas vistas del Pacífico en calma, el aire limpio, el silencio y esas cosas que me daban la vida.

Tomé una imagen del amanecer. Pensé de nuevo en aquel mensaje sobre los recuerdos. Fuera quien fuera esa tal Tali, estaba claro que me había conocido en un pasado. Supuse que era una de las chicas que salían sobre el escenario del teatro, de aquella fotografía, pero vete a saber cuál. Pensé en que, si esa persona me conocía de tan atrás, tal vez pudiera ayudarme en la búsqueda de mi ser.

Subí directamente la imagen del amanecer en una historia de Instagram y realicé una pregunta. «¿Me ayudas a saber quién soy?». Dejé la aplicación abierta, era demasiado temprano, no hubo reacción. Así que respiré hondo y reemprendí la carrera de vuelta a casa.

Sin ducharme me paré en la cocina y me preparé un zumo exprimido de naranja. Lo bebí a sorbitos, de pie, mirando por la ventana desde donde podía verse la arena de la playa. Estaba totalmente en mi mundo cuando vibró en el bolsillo mi teléfono. Antes de abrirlo miré hacia atrás, lo abrí con cautela y me llevé un gran chasco. Jenna contestaba a esa imagen.

«Hermanito, no sé si es una buena idea esto que haces».

No contesté. Tal vez lo que no fuera una buena idea es que ella espiara también todo lo que hacía. Investigué hasta saber cómo crear contenido que no pudiera verlo todo el mundo y tan solo puse a esa desconocida como favorita, desde ese momento solo ella podría ver mis historias. De ese modo intentaría conseguir interacción y entablar una conversación con ella. No la conocía, pero recordé sus palabras de entre los millones de recuerdos perdidos en mi mente, me gustaba pensar que tal vez fuera una compañera del colegio, de la infancia, alguien que nunca me traicionaría. Me daba esa sensación. Además, no tenía muchas más opciones, no había logrado recordar nada, de nadie más.

Dejé el teléfono sobre el mármol de la cocina, me apoyé con ambos brazos y dejé caer la cabeza. Estuve así unos segundos hasta que noté unos brazos desde atrás que posaban sus palmas en mis pechos.

—Buenos días, cariño.

Besó mi hombro y se quedó pegada a mi cuerpo. Contuve la respiración, debió notarlo. No lograba sentirme cómodo con ella. Lo intentaba, pero no podía. Ella, al notar mi tensión, quiso utilizar la única táctica que conocía. Deslizó su mano por el interior de mi pantalón de deporte, directa al grano, pero la detuve en seco. Sujeté su mano y me giré. Ella me miró asustada por mi reacción, no quería asustarla, no quería que se sintiera mal por mi culpa. Bajé las revoluciones y la besé. Ella pegó su cuerpo al mío. Volvió a meter su mano bajo el pantalón y esa vez mi cuerpo sí reaccionó. Así que la subí sobre el mármol y le di lo que quería. Una y otra vez, mientras mi dignidad se rompía en pedazos y ella gemía de placer. Sí, me la follé con desgana, lo hice porque

tenía que hacerlo, tenía que acostumbrarme a ella, a su olor, pero al cerrar los ojos solo podía ver aquel cuerpo encorvado, y solo así conseguí explotar dentro de Alisa de nuevo, pensando en otro cuerpo.

—Mucho mejor... —apuntó con la voz entrecorta—. Echaba de menos todas esas cosas que sabes hacer.

Mordió mi hombro. Saqué mi pene de su interior, lo recogí dentro del pantalón junto a la poca dignidad que me quedaba y sin darle opción a nada ni mirarla a la cara, me escabullí de sus brazos.

—Me voy un rato a trastear el Cadillac de mi padre.

Era lo único en lo que había pensado esos cuatro días, debía empezar a hacer cosas así.

—Pero —no daba crédito— estuviste el otro día... Además, había pensado en que hoy podíamos ir a los estudios de Hollywood, hay gente que quiere saber de ti en aquel lugar.

—Otro día. —Hice una pausa en la que me clavó la mirada y pude notar sus maldiciones—. No sé si...

—¿No sabes qué? —cambió el tono a otro más duro—. Mira, William, ya ha pasado bastante tiempo del accidente. Entiendo que te sientas confundido al no tener recuerdos, pero tu vida te espera.

—Es que no logro recordar esa vida.

—¡Y no lo harás! Pero considérate afortunado por todo lo que tienes y que sigan pensando en ti, ofreciéndote trabajo.

—Es que no sé si es lo que quiero.

—¿Qué no sabes qué? —Me miró enfurecida—. ¡Tyler, por favor!

—¡No me llames Tyler!

Apretó los ojos antes de proseguir.

—Todo esto que nos rodea tiene un coste, ¿sabes? Tienes que volver a trabajar. Empecemos por aceptar papeles pequeños, secundarios... No voy a dejar que caigas en el olvido con todo lo que has luchado por estar donde estás.

—¿Todo esto depende solo de mí? —Levanté la vista dirigiéndome a la casa—. ¿Es que tú no vas a volver a pisar una pasarela? ¿No se supone que eres modelo?

—Lo dejé todo por ti, cariño, para cuidarte y estar a tu lado, yo no puedo regresar.

Me mintió, como lo estuvo haciendo con todo. Lo cierto era que desde que nos casamos no había vuelto a trabajar por voluntad propia. Todo esto me lo contó Jenna mucho después. Al parecer, yo era la gallina de los huevos de oro y, si yo dejaba de poner, todo ese circo que había montado a nuestro alrededor empezaría a desmontarse.

—Si hace más de diez años que soy actor, supongo que tendremos reservas para darme unos días más de margen.

Se acercó, me acarició la cara y el pelo.

—Claro que sí, cariño, pero el doctor dijo que ya debías volver a tu vida, es solo eso.

Me besó fugazmente en los labios. Se anudó la bata de seda blanca y se fue directa a la cafetera, momento que aproveché para salir pitando de aquel lugar. Ni siquiera me duché. Me

puse una camiseta y fui directo al garaje.

Me subí al Corvette con un humor extraño. Mi mujer conseguía que mi energía fuera cambiante y no lograba entender por qué. Ella era dulce y afilada a la vez. No sabía si crearme su faceta de buena esposa o, por lo contrario, estaba intentado forzar un papel. No lo sabía. ¡Dios! ¡No sabía nada! ¡Cuánta impotencia!

Al subirme al coche observé la funda con la guitarra que el día anterior no llegué a descargar. Pero decidí que mejor se quedaría en la casa de mi padre, ese era su lugar.

Aún no había arrancado cuando sonó de nuevo una notificación. Saqué el teléfono y sin desbloquearlo pude ver en la pantalla:

«Tali ha contestado SÍ a tu historia».

Sentí una pequeña descarga en el estómago. Eso me alegró el día. Me fui tan contento que no pude evitar salir chirriando ruedas y sentí como si ese gesto también me fuera familiar. No me fui directo a la casa. Pasé a hacer algunas compras, entre ellas, algo de ropa. Quería tener alguna muda en esa casa, además de cortar el césped y limpiar la piscina para poder empezar a llenarla. También compré algo de comida. Sería mi refugio.

Cuando ya había comprado todo cuanto necesitaba y lo metí de cualquier manera en el poco espacio que el Corvette me ofrecía, me apeteció tomar un batido bien fresco. Mientras buscaba dónde hacerlo fui abordado por dos jovencitas que hablaban dando gritos y no dejaban de sonreír. Fue muy raro hacerme fotografías con gente que no conocía de nada. ¿Esa era mi vida? Lo más curioso fue cuando me pidieron un autógrafo. ¡Sentí pánico! ¿Con qué nombre firmaría? No tenía ni idea, no obstante, en cuanto una de ellas me extendió la camiseta para que plasmará mi firma ahí, sujeté el rotulador algo confuso, pero fue como si mi mano supiera lo que tenía que hacer. Firmé ambas camisetas, bastante cerca de los pechos, por cierto, y lo hice como si nada. No me desagradó del todo la situación. Pero decidí en ese momento que me pondría gafas de sol y gorra, e intentaría pasar desapercibido.

Paseando en busca de una cafetería me quedé mirando el escaparate de una joyería, había cosas muy bonitas. De pronto, un hombre trajeado salió de su interior.

—¡Oh, Dios mío! ¡Tyler Williams! ¿Cómo se encuentra? Ha pasado mucho tiempo, le veo bien.

Entendí que nos conocíamos e intenté disimular que no lo recordaba.

—Todo bien. —Le estreché la mano—. Ya casi al cien por cien.

—Como me alegro de oír eso. Y dígame, ¿tuvo éxito la joya que le personalizamos?

¿Joya personalizada? Mi cerebro analizó esa frase, pensé en mi cuerpo, apenas llevaba un *piercing* en el pezón y me lo había vuelto a poner no hacía tanto. Así que no sabía a qué se refería.

—¡Oh, sí! Preciosa. Gracias. Fue un éxito total.

Mentí, no tenía ni idea de qué hablaba.

—Nunca habíamos forjado un rayo en un anillo, en pendientes sí, pero jamás en un anillo.

Estaba claro que no sabía de qué me hablaba. Por suerte, un *skater* pasó haciendo bastante estruendo y aproveché para alejarme. Le levanté la mano para saludarlo mientras me marchaba y

lo dejaba con la palabra en la boca.

Avancé unos metros, me paré frente a una cafetería que hacía esquina, miré a la mujer de piel chocolate que servía en la barra, cruzamos las miradas. Estuve a punto de entrar, pero no lo hice, ya que en esos instantes las palabras del joyero cobraron sentido. Levanté mi brazo izquierdo de nuevo, giré la muñeca hacia adentro y ¡Bingo! Ese dibujo en mi piel que hasta ese momento no le había dado importancia, de pronto me pareció la clave de algo.

El pequeño tatuaje de un rayo.

8

Compañeros

Levi

Lo último que esperaba encontrarme al llegar a la casa de mi difunto padre era a mi agente Ryan en la puerta. Alisa insistía en que éramos grandes amigos, pero Ryan no parecía de esos hombres que tuviera muchas amistades. Se veía la codicia a millas. Era soberbio, ambicioso y siempre vestía impoluto. Los zapatos le brillaban tanto como esa odiosa cadena de oro que llevaba en cuello, para mi gusto, demasiado gruesa. En ocasiones no sabía si Ryan me hablaba con rabia o lo hacía así con todo el mundo. Trataba de mostrarse amable, pero supongo le podía ese odio eterno que le hervía hacia mí, todavía no sabía por qué. Ni siquiera me gustaba esa nariz que claramente se había reconstruido, debía ser uno de esos hombres que no asimilaban el paso de los años.

Entré con el coche hasta el garaje y dejé que pasara antes de cerrar la verja.

—¿Qué haces, colega? —Sonrió nervioso.

Tardé en contestarle mientras descargaba las cosas del coche. Sonó tremendamente falso.

—Desconectar un poco, me gusta estar aquí.

—Bueno, solo quería comprobar que estás bien.

—No me mientas, Alisa te ha mandado.

—Es tu mujer. —Se detuvo a extraer el aire por las fosas nasales y apretó los labios un instante —. Solo se preocupa por ti.

Lo miré un segundo más de lo normal, quise analizar ese gesto, pero no lo acabé por entender.

—Lo sé. Pero estoy bien. Si os preocupa cuando volveré a trabajar, necesito unos días, nada más.

—No es eso, colega —no me gustaba como pronunciaba esa palabra—, pero teníamos contratos firmados antes de...

—Dilo, no pasa nada. Antes de que dejara de ser yo.

—¡Oh, vamos, Tyler! Sigues siendo tú. Pareces un puto «Ken», como si nada hubiera pasado.

Noté el desprecio en sus palabras.

—No me refiero a mi físico.

—Ya, bueno... Mira, cuanto antes asimiles que no vas a volver a recuperar la memoria y te centres en rehacer tu vida, antes dejarás de sentirte tan perdido.

—¡Qué sabrás tú de cómo me siento!

No sé por qué, pero le hablé despectivamente, me salió de un modo muy natural. Mi ser reaccionaba instintivamente de esa manera. Y siempre hay que hacer caso a los instintos. Esa vez

lo vi claro. Ryan no era de fiar, algo me lo decía.

—Está bien. Necesito que firmes algunos documentos. Prórrogas de contratos y cosas sin importancia. Fírmalos y que Alisa me los traiga a casa.

Esta vez acabó la frase con un deje de satisfacción que no me pasó inadvertido.

—¿Y por qué no vienes a buscarlos tú?

—Estoy muy ocupado intentando que tu carrera no se hunda. —Ahora sí, claramente me miró con asco—. Además, seguro que a Alisa no le importará pasarse por casa.

Asomó una sonrisa sarcástica a la vez que odiosa. Ahí estaba de nuevo. No me gustaban sus palabras, ni cómo me hablaba ni cómo se refería a Alisa.

—Déjalos sobre la mesa, los firmaré y mañana te los llevará.

Desapareció con esos aires de superioridad que solo una persona repulsiva como Ryan podía tener. ¿Por qué tendría un agente así?

Ni miré los documentos. Coloqué las cosas en la nevera y me llevé mordisqueando una manzana hacia fuera. Me senté en el jardín y volví a abrir la aplicación de Instagram a ver si había novedades. Nada, lo de siempre. Tan solo me llamó la atención que era la cuarta vez que un crío, que tenía de foto de perfil el logo de Marvel, me abría una conversación llamándome Levi. Quería contestarle y decirle que se había equivocado, pero ¿y si era un fan y al descubrir mi identidad sacaba a la luz esa cuenta? No podía permitirme perder ese perfil de Instagram, el cual pensaba utilizar para saber cosas de mi pasado.

Fui directo y le escribí en privado a esa tal Tali.

L:

*Hola Tali, siento hacerte esta pregunta que para ti tal vez sea un tanto estúpida, pero...
¿sabes quién soy?*

Me recosté con los pies en alto sobre la mesa del jardín creyendo que la respuesta tardaría en llegar, pero apenas dos minutos después apareció.

Tali:

¿Tyler Williams?

Me desinflé al sentir esa decepción. Creí que iba a llamarme por mi nombre real, William, pero no lo hizo, así que por un instante casi tiro la toalla y cierro la conversación. Pero al no obtener respuesta por mi parte, empezó a escribir y borrar, así sucesivamente varias veces. Esperé.

Tali:

¿Tal vez te referías a William Tyler?

L:

Sí, mejor a ese.

Tali:

Al que menos conozco es a Tyler.

A William un poco, pero al que más conozco es a Levi.

Ese nombre retumbó en mi interior. ¿Ese también era yo? ¡Dios mío! ¡Ese niño que me hablaba se refería a mí!

L:

Estoy buscando información de esos dos últimos.

Tali:

No puedo contarte gran cosa yo.

L:

Pero me conoces, ¿verdad? ¿Desde cuándo?

Escribió y borró varias veces.

Tali:

Fuimos compañeros en la universidad.

Eso ya me cuadraba más. Por eso me conocía mejor con esos dos nombres. Imaginé que Levi debía ser un apodo, tal vez en la universidad me llamaran así.

L:

¿Estás al tanto de que tuve un accidente?

Tali:

Sí. También de que no tienes recuerdos y por eso me estás hablando.

L:

Si te molesta solo tienes que decírmelo.

Tali:

No, no es eso. Me alegro de que estés mejor.

L:

No sé si «mejor» es la palabra, porque no sé cómo estaba antes. ¿De dónde eres?

No sé por qué, de golpe sentí curiosidad hacia ella, desviando el plan inicial.

Tali:

¿No me habías dicho que querías saber cosas de ti?

L:

Perdona. Lo siento.

Tali:

De Palm Springs.

L:

No sé ni lo que quiero saber...

Tali:

No te preocupes, seguiré aquí cuando tengas preguntas.

Abandoné el chat, esperanzado. Había dado con alguien que estaba dispuesto a ayudarme. Le había estado repasando todo el perfil de Instagram, era una chica guapísima, con un bonito perro y al parecer con una vieja casa que estaba reparando. Así que por lo menos pude descartar que fuera alguien del ambiente del famoseo. Eso me tranquilizó muchísimo. Mientras pensaba en qué podría preguntarle, me metí en esa piscina sucia, con las herramientas y productos de limpieza a cuestas, y me puse manos a la obra. Estuve más de dos horas, pero la dejé impecable. Me tomé un respiro mientras dejaba secar al sol las baldosas que había tenido que pegar, apenas un par de ellas.

Mientras, rescaté del garaje el viejo cortacésped, no parecía querer arrancar, pero al final lo hizo y sudé la gota gorda dejando el jardín en condiciones. Había aspersores automáticos, tan solo debía saber cómo programarlos, para que regaran cuando el sol se hubiera marchado. Al final tuve que mirar un video en internet. Busqué por dónde abrir el agua y dejé llenándose la piscina.

Me cansé tanto como pude, quería quedar totalmente noqueado para cuando llegara la hora de la cama y que Alisa no consiguiera que mi bandera se alzara con sus artimañas. No quería acostarme con ella, pero no sabía cómo decírselo. Estar agotado me pareció un buen plan. Sin darme cuenta se me había ido el día, la piscina todavía no estaba llena. La acabaría de llenar al día siguiente. Me tiré bocarriba en el sofá de esa casa y disfruté del silencio, cuando de repente una imagen voló por mi mente. Una nube de polvo y un cactus enorme. A su alrededor, dos personas dando palazos sobre la tierra. Una era yo, y la otra... no alcanzaba a verla, era alguien que llevaba un pantalón oscuro, varias tallas más grandes y muy sucio de tierra. Cerré los ojos, sin apretarlos, dejando que esa imagen fluyera sola. Era como si pudiera moverme en 3D en mi propio recuerdo. A lo lejos se divisaban montañas, había una lujosa y enorme casa al fondo, con bastantes hectáreas de terreno árido, casi desértico. También pude ver una piscina al aire libre. Sin duda, era un lugar lujoso, sin embargo, ¿qué hacía yo removiendo tierra y dando palazos al lado de un enorme cactus? Y sin venir a cuento una canción de los Beach Boys, «Surfing USA», se coló también por ahí. No entendía nada. Pocos eran los recuerdos que volvían a mí, ninguno era claro y, para colmo, se mezclaban entre ellos.

Pensé en anotarlos, por si acaso desaparecían de nuevo. Así que me puse en pie, rebusqué en los cajones y di con una libreta y un boli. Arranqué una hoja y apunté detalles de las cosas que empezaba a recordar, por si de alguna manera después podía construir algo con ello. Miré de reojo los documentos que Ryan me había dejado para firmar. Lo estuve mirando. Todo parecía normal, hasta que di con uno que no me gustó un pelo, cláusulas renovadas de matrimonio. ¿Desde cuándo un agente se encargaba de temas así? ¿Por qué habría que renovar las cláusulas de mi matrimonio? ¿Acaso no se fiaba de Alisa? No firmé ninguno de los papeles. Debía hablar antes con mi abogado. Pero ¿quién sería mi abogado? Había llegado la hora de gastar una buena carta. Sin pensarlo dos veces, cogí el teléfono y llamé.

—¿Jenna?

9

Surfing USA

Natalie

—Nat, nos vamos. ¿Estás segura de que quieres dormir hoy aquí? Aún queda mucho trabajo.

—Lo sé, papá. Quiero hacerlo, para cuando volváis de la convención, espero tenerla lista.

—Estás a tiempo de unirte. La casa puede esperar, ahora ya es tuya.

—No, papá. Id tranquilos y pasadlo bien. Una semana no es nada. A vuestro regreso, esta mesa —acaricié la despellejada pintura— ya lucirá bien para que hagamos mi primera barbacoa en familia. De verdad, papá, vete tranquilo. Os merecéis esos días.

—Claro, hija.

Besó mi cabeza. Mery vino a abrazarme y me susurró por lo bajo:

—¿Todo bien?

—Sí, no te preocupes.

—Te he visto sonreír al teléfono. ¿Viene Alan esta semana?

—No, esto... —Rebusqué una buena excusa en mi cabeza pero no fui capaz de dar con ella—. No, no hablaba con él.

Noté como los ojos de Mery se congelaron un instante para analizar los míos. Tenía muy afinado ese sexto sentido femenino que tanto la caracterizaba, no obstante, no quiso ahondar en la situación.

—Bueno, ya eres mayor, sabrás hacer lo correcto, siempre has sabido.

Por suerte Jake nos interrumpió.

—Es una pena que no vengas a Florida. Leia también puede venir, lo he mirado en internet.

—Te lo pasarás bien, enano, además, vais con la familia de Erik y Javier. ¿Qué más quieres?

Lo abracé, besé su cabeza y fue directo a la Pick up de mi padre. Mi familia se iba unos días a una convención de coches antiguos organizada en Florida, la cual duraba unos días, y tuvieron la suerte de poder organizarlo con dos familias más. El padre de Javier, Larry, trabajaba también en el taller mecánico, y con los padres de Erik habían congeniado muy bien en los partidos de fútbol a los que obligaban a ir a los enanos, bajo el pretexto de que debían hacer algo de deporte. En un principio pensé en unirme, pero ¿qué pintaba yo allí, a mis casi treinta años? Por suerte, lo de la casa me vino a huevo para librarme. Estaba viendo desaparecer la camioneta de mi familia cuando el sonido de mi teléfono agitó mi ritmo cardíaco.

Una hora después me dejaba caer sobre la cama, con la respiración agitada. Apreté el teléfono contra el pecho. Acababa de tener la primera conversación por el chat con Levi. Me quedó claro que no me recordaba, pero en cierto modo mi plan estaba funcionando. Tuve que mentirle,

preferí que creyera que era una compañera de universidad a que pensara que era una de sus seguidoras, ya que quedaba claro que estaba intentado saber quién demonios era, dejando al actor de lado. No tengo palabras para explicar el revoltijo de emociones que sentí. Estaba a punto de entrar en un terreno pantanoso, donde un paso en falso podría hundirme de nuevo. Pero es que, tras todo ese barro, estábamos Levi y yo... No tengo nada más que decir, era Levi.

Me quedé dormida en esa misma postura. Con el teléfono sobre mi pecho. Leia se había acostado a mi lado. Ni siquiera tenía sábanas la cama. ¡Qué desastre! Para ser la primera noche, carecía de *glamour*. Exhausta, sucia y vestida. Rebusqué en las maletas que aún ni había abierto, saqué una toalla, ropa limpia y me fui a la ducha. Me costó regular el agua, todo era nuevo para mí, pero todo era mío, así que no me importó recibir un par de chorros de agua fría. Supe que la caliente sería algo que me pasaría la vida enseñando a todo aquel que pretendiera ducharse en mi casa. Y entonces volví a recordar a Levi, en aquella bañera de la habitación del centro. Tan relajado, cansado y acariciando mi pelo. Miré la vieja bañera de mi baño algo desconchada y anoté mentalmente pintarla. Utilizaría mientras el plato de ducha, antes de disfrutar de esos largos y placenteros baños que pensaba darme.

Tras gritar varias veces cada vez que me caía un chorro de agua fría, logré que saliera a la temperatura adecuada. Lavé mi pelo a conciencia, y me liberé del sudor impregnado y el olor a pintura. Tenía mucho trabajo por hacer y nada que desayunar, así que ni corta ni perezosa me puse unos jeans cortados a base de tijeretazo y una camiseta holgada y con el pelo aún mojado me fui a desayunar al Beach Boys. Necesitaba esas tortitas con sirope de arce como al aire que respiraba. Estaba hambrienta.

Oír la canción «Surfing USA» nada más cruzar la puerta de ese bonito local, levantaba el día de cualquiera. Era inevitable no mover alguna parte de tu cuerpo escuchándola. Luke me miró divertido.

—Estás muy contenta hoy, Natalie.

—Sí. Hoy va a ser un gran día, lo sé.

—¿Cómo va la casa?

Me dijo mientras me servía las tortitas que aún no le había ni pedido. Adoraba que hiciera eso.

—Muy bien, tengo lo esencial. Poco a poco, hay mucho trabajo.

—Si necesitas algo estos días en que tu padre no está, no dudes en pedirlo.

—Gracias, Luke, como mucho, comida. Ya sabes que soy un desastre para eso.

—Pues aprovecha que estrenamos servicio a domicilio. Acabamos de contratar al nuevo repartidor.

—Lo tendré en cuenta —dije mientras cortaba las tortitas y movía la cabeza a ritmo de la música.

Me gustaba sentarme en la barra y charlar con Luke cuando iba sola. Llevé la vista a la cuadrícula blanca y negra del suelo, eso me llevó hasta dar con la última mesa y sus enormes sofás de color rojo. Fue como si volviera a notar la primera caricia chispeante de Levi, cuando intenté quitarle la cerveza. ¡Confirmado! Levi había vuelto a mi mente, pero de un modo extrañamente esperanzador. Su recuerdo, lejos de entristecerme, me arrancaba una sonrisa. Así

que saqué mi teléfono. Todavía no se le había ocurrido nada que preguntar. Esta vez fui yo la que inició la conversación.

Tali:

Estoy abrumada con tantas preguntas.

Quise bromear simplemente para iniciar una nueva conversación, no voy a mentir. Dejé el teléfono sobre la mesa mientras acababa el desayuno.

L:

Ja, ja, ja, ja. No te preocupes, en cuanto me surjan te avasallaré.

Tengo un día complicado hoy.

Tali:

¿Vuelves a trabajar?

L:

Todavía no, pero hay mucha presión porque vuelva a hacerlo.

Además, ya tengo el alta médica definitiva.

Tali:

Eso quiere decir...

L:

Eso quiere decir que ya no hay nada más que hacer, que voy a tener que conformarme con saber quién era.

Así que, si puedo, he decidido que quiero mejorar esa versión de mí.

Tali:

Ya eras una buena versión.

L:

No es lo que he leído en internet. No intentes engañarme, ¿vale? Solo quiero verdades. Solo sabiendo quién era, podré saber quién quiero ser.

Tali:

Es muy bonito eso que dices.

L:

Y difícil, cuando no se sabe nada...

Tali:

Bueno. Seguiré aquí, ¿ok? Si te agobias solo tienes que levantar la mano.

No supo qué contestar a eso. Escribía y borraba sin parar. Hasta que dejó de escribir y decidió no contestar. Tomé aire. Supe que volvería a escribirme. Él mismo había dicho que no tenía con quién empezar a investigar, así que esto era cuestión de mucha paciencia.

Volvía a casa, con cuatro cosas que necesitaba, algo de comida envasada y helado que no falte. Reconozco que miré el teléfono más veces de las que debía antes de dedicarme a cortar el césped. Cuando paré para hidratarme vi que había contestado.

L:
¿Qué estás haciendo ahora?

Tali:
Cortar el césped de mi nueva, aunque vieja casa.

L:
Yo lo hice ayer, dejé el jardín perfecto.

Tali:
*¿Tienes jardín en Malibú?
Creí que vuestro jardín era directamente la arena de la playa...*

L:
*¿Sabes que vivo en Malibú?
Me han dicho que hace apenas un par de años que me mudé ahí.
¿Te lo conté yo?*

Escribí y borré, debía decir algo rápido.

Tali:
Todo el mundo sabe que vives ahí, no es ningún secreto. Tú, Leonardo di Caprio, Will Smith...

L:
Vaya. Veo que te gusta el cine.

Tali:
Te equivocas. No soy nada cinéfila.

L:
Pues ya sé algo más de ti.

*Sonreí tontamente e imaginé que él también lo hacía, que seguía intacta nuestra complicidad.
¡Era Levi! Estaba ahí, en algún recoveco de su nuevo ser.*

Tali:
Pero ¿no era que querías saber de ti mismo?

L:
También. —Escribiendo...—. Gracias por esto.

Tali:
Pero si aún no he hecho nada.

L:
Pues ya has hecho más que la mayoría, es como si solo existiera mi parte de Tyler, pero yo sé que no.

Tali:
Tal vez allí, sí, solo exista esa parte.

L:
*¿Allí?
¿Es que había otro lugar donde mostraba mi otro yo?*

Tú debes saberlo. ¿De dónde eres, o eras, cuando nos conocíamos?

Entonces sí que me aterró. No sabía si debía decirle la verdad, no quería que anexara Palm Springs a esa época que describían en internet, en la que estuvo desintoxicándose. Porque realmente no fue así.

Tali:

He estado viviendo en New York, pero me he vuelto a mudar a Palm Springs, por eso estoy arreglando la casa. He vuelto porque mi padre vive aquí y ya nada me ataba allí.

Apreté los ojos cuando le di a la tecla de enviar. Estaba mintiéndole de nuevo. Tardé tanto en contestar, que creo que él mismo había puesto fin a la conversación, pero me equivocaba.

L:

¿Un desamor?

Tali:

Algo así...

L:

Por lo menos tenías a dónde volver. Yo he vuelto y tengo la sensación de que no sé si es donde debía hacerlo...

No supe que contestar.

L:

Bueno te dejo, acaba de llegar mi hermana.

Sentí alivio por no tener que continuar mintiendo. Recordaba a Jenna en el hospital, la manera en que me miró y eso me provocó un nudo en el estómago. Estaba segura de que ella sabía quién era yo, pero prefirió callar. Sentí rabia.

Tali:

Ok. Que vaya bien el día de hermanos.

Cerré el chat, pero esta vez no sonreí tanto. Tomé aire, cerré los ojos momentáneamente y volví a mis quehaceres. «Todo está bien», me repetía a mí misma. Tan solo necesita a alguien que lo guíe y no sea de ese mundo. Pero ¿tenía que ser yo? O, mejor dicho, ¿podría ser yo? ¿Cómo iba a simular ser su amiga de la universidad? ¿Acaso eso no me convertía en una más de los que le mentían?

Definitivamente ese plan acabaría saliéndome muy caro.

Levi

10

El anillo

Levi

—¡Tío Will!

La pequeña Keith se avanzó sobre mí sin darme opción a nada más que abrazarla. Fue raro, pero no molesto. Me gustaba esa niña, me gustaba que me llamara tío, pero ¿Will? ¡Dios mío, otro nombre! Pero ¿cuántos nombres tenía? Demasiados para alguien que no recordaba ninguno.

—Hola, preciosa.

Besé su cabeza. Jenna se quedó en la puerta, algo la detenía. Pude ver cómo se le cristalizaban los ojos. Olvidaba que esa había sido la casa de nuestro padre, supuse que eso le traería demasiados recuerdos. Yo, por lo contrario, al no tener ni uno, tan solo podía guiarme por las vibraciones y la energía de aquel lugar, y solo sé que me sentía como en casa.

En cuanto pudo entrar, me dio un abrazo y me observó de arriba abajo.

—Te veo bien.

Acaricié mi cara y sentí una especie de añoranza a no sé qué exactamente.

—Sí, ya veo que te estás pasando con el gimnasio.

—Me mantiene la mente despejada, creo que me hace bien.

—Ojalá hubieras descubierto eso hace años —dejó caer mientras pasaba hasta el salón.

¿A qué se refería?

—¿Es que no solía hacer deporte antes?

—Bueno, antes del... —Hizo una pequeña pausa—. Tú siempre fuiste un buen nadador, nadar te encantaba.

—Bueno, nadar también es un deporte.

—Ya, bueno, pero lo del gimnasio y eso. Nunca fue lo tuyo, creo fue un hábito que adoptaste en Palm Springs.

Oír ese nombre fue como una ráfaga de aire de esas que te despeinan hasta el alma.

Un momento...

—¿Qué hacía en Palm Springs?

El corazón me latía más rápido de lo normal, creyendo que por fin se desvelaría algo importante.

—Desintoxicándote, cariño. Por segunda vez.

—¿Qué? ¡No puede ser! No he tenido síndrome de abstinencia en ningún momento en todos estos meses. ¿Desintoxicándome de qué mierda? ¿Lo conseguí? —me exalté un poco.

—No sé. No te enfades ni alces la voz. Keith está en el sofá.

Por su manera de actuar, deduje que alzar la voz o perder el control de mis actos le resultaba familiar. Me sentí fatal. No quería ser una persona de esas.

—Lo siento, es que yo aún no sé...

Me llevé ambas manos a la cara. Jenna me las bajó lentamente.

—Alisa me contó que habías tenido un percance estando bajo los efectos de las drogas y que casi ingresas en prisión. Pasar unos días en ese centro te libró de eso.

—Sí, no estoy diciendo que fuera algo malo, Jenna. Lo que te estoy diciendo es que no he sentido el síndrome de abstinencia que supuestamente los adictos tienen. ¿Me entiendes? Algo no me cuadra. ¿Te fías de Alisa?

—¿Qué clase de pregunta es esa? —Me miró totalmente desconcertada—. Ella te quiere, no creo que...

—Jenna, necesito tu ayuda. Tengo la sensación de que todos quieren que vuelva Tyler y que a nadie le interesa William, como si nunca hubiera existido. Quiero saber quién era yo, no quién era el actor.

Apretó mi mano y me calmó.

—Me parece bien, cariño. Venga, vamos fuera, a que nos dé el aire y el solecito. —Tiró de mí.

Esa mañana había llegado a Santa Mónica muy temprano, acabé de llenar la piscina, le puse el tratamiento del agua y la limpié de las hojas que habían caído. Así que estaba lista para usarse. La niña no tardó en querer zambullirse y me ofrecí a hacerlo con ella. Lo pasamos en grande. Mientras, Jenna preparó algo de comida y comimos en el jardín. Se me daban bien los niños.

—¿Por qué no tengo hijos? —la abordé mientras me frotaba la cabeza con una toalla.

—¡Yo qué sé, Will! A lo mejor no funcionan tus soldaditos —bromeó.

Me hizo reír, aunque claramente cabía esa posibilidad.

Keith nos sorprendió con una pregunta mientras se le caían migajas de pan por hablar con la boca llena.

—¿Dónde está el perrito?

Nos miró a ambos y yo miré a Jenna. ¡Lo sabía!

—¿Papá tenía un perro?

—No, Will, a ti te dio por tener uno después de tu paso por... ya sabes. —No acabó la frase para no hablar del centro delante de la niña.

—¿Y dónde está?

—Pregúntale a tu mujer, ella se encargó de todas las cosas que había tuyas en esta casa.

—Un momento... ¿Yo estaba viviendo aquí?

—Creo que hay cosas que deberías preguntarle a Alisa. Estabais en una mala racha, de hecho, hacía más de un año que veníais de mal en peor.

Entendí entonces por qué instintivamente mi cuerpo no quería fundirse con el suyo. Ella y yo ya no estábamos conectados. Lo supe con certeza en ese instante.

—Pero ahora estás bien, Will, malas rachas pasan todas las parejas.

—¿No crees que estamos bien porque yo no recuerdo absolutamente nada? ¿Por qué todo este tiempo solo he oído su versión de todas las cosas? Yo no dudo que Alisa me quiera, pero yo,

¿qué quería? Y no me juzgues por esto que voy a decir, pero ¿Alisa es de fiar?

Vi la duda en sus ojos igual que supe ver que no iba a mojarse en ese tema.

—Y dale con la preguntita. No lo sé, eso solo vosotros podréis saberlo. Si no la querías, tarde o temprano te lo echará en cara. No es de las que se callan nada. ¿Para eso me llamas?, ¿para saber si querías a tu mujer?

Consiguió arrancarme la risa. Lo dijo tan seria, que no pude evitar reírme, ella hizo lo mismo y la niña, al vernos así, se unió a las risas. Fue un momento muy bonito. Cada vez las quería más, me gustaba lo que era cuando estaba con ellas. Esa casa y esa compañía, por primera vez en mucho tiempo, me hacían sentir que estaba donde quería estar.

De nuevo la niña se levantó y empezó a corretear por el jardín, con el césped algo seco todavía. Momento que aproveché para sacar los papeles.

—¿Puedes revisar esto?

—¿Qué es?

—Eres abogada, ¿verdad? Échales un ojo.

—Alisa nunca ha querido que yo lleve tus temas legales.

—Alisa no está aquí y yo sí quiero, por lo menos ahora, antes no sé. Jenna, no sabes lo que es no saber dónde está el bien o el mal, de quién fiarte y de quién no. —Suspiré—. Quién te conoce y quién finge hacerlo, cuando no sé ni quién soy yo. Últimamente son muchas las dudas que me persiguen.

—¿Por qué? ¿Has recordado algo? —Me miró expectante.

—No —mentí—, pero últimamente tengo esa extraña sensación, como que en cualquier momento mi cabeza va a explotar y voy a volver verlo todo con claridad. Creo ver cosas, oír voces, pero no llega a nada.

—Hay muy pocas probabilidades de eso, cariño. El doctor dijo...

—¡El doctor no está dentro de mí! Además, tengo la sensación de que a nadie le interesa que vuelva mi yo de ayer, sino el de anteayer. ¿Acaso me había vuelto un ser humano detestable en el último tiempo?

—Eres una buena persona, Will, no dejes que nadie te diga lo contrario, todos tenemos un pasado y a lo mejor la vida te ha hecho un flaco favor dándote la oportunidad de ser quien realmente quieras ser.

—¡Lo ves! ¡A eso me refiero!

Me levanté enfadado y fui a servirme un vaso de agua.

Ella se puso las gafas y empezó a revisar los papeles. Rumié unos instantes lo que me había dicho, respiré profundamente mientras me apretaba con los dedos el puente de la nariz y vino a mí el eco de unas palabras.

«¿Te imaginas vivir sin recuerdos? Perderías tu esencia, tu vida, tu origen, un reseteo mental de coste muy alto».

¡Es ella de nuevo!

—Jenna... —No levantó la vista de los documentos—. ¿Recuerdas a mis compañeros de universidad?

Levantó la vista, por encima de las gafas, tan solo unos segundos.

—Cariño, tú no fuiste a la universidad.

¡Zasca! Menudo jarro de agua fría. Saqué mi móvil y repasé la conversación con esa tal Tali. Sí, sí lo había dicho. ¿Por qué me mentiría en eso? Claramente me había equivocado queriendo tirar de un hilo inexistente.

—Y... ¿te suena una tal Tali? No sé, compañera de reparto, amiga de la infancia, una exnovia, ¿tal vez?

—Mmm, no. Bueno, ¡ojo con las seguidoras! Que hacen lo que sea con tal de acercarse y pueden acabar dándote problemas. Sobre todo las jovencitas, mantente alejado de ellas.

Eso me asustó. ¡Mierda! No me parecía una seguidora... pero ¿y si lo era? Estaba claro que me había equivocado con ella.

Quise preguntarle a Jenna si antes del accidente yo había estado con alguna otra mujer que no fuera Alisa. Tal vez, no sé... Tal vez, tuviera una amante o algo así. Podía creermelo cualquier cosa, a esas alturas. Pero cuando estaba a punto de formular la pregunta, esa misma que hubiera podido ser el interruptor para conectar mi memoria, Jenna gritó:

—¡Y una mierda!!

—¿Qué? —dije totalmente perplejo a su reacción.

—¡No firmes nada!

—¿Qué pasa?

—Alisa quiere ser la única titular de tus bienes, alegando que no estás en plenas facultades mentales. ¿Esto es algo que hayáis hablado?

Me quedé de piedra.

—No, para nada. ¿A qué se refiere con plenas facultades mentales?

—Vale, pues aquí tienes mi respuesta anterior: No, no es de fiar, nunca lo ha sido. Ahora está más que demostrado.

Mis sospechas se confirmaron con las palabras de Jenna. Así que pactamos que no le diríamos nada a Alisa. Ella se iba a encargar de ir a hacer una visita a la notaría y al juzgado, ya que claramente se estaba haciendo algo ilegal. Por primera vez, desde que desperté, sentí que alguien estaba a mi lado de verdad y esa era mi hermana. Me pregunté si yo habría sido un buen hermano, pero algo me decía que no mucho. Así que me propuse serlo a partir de ese momento. Jenna y Keith pasaban a ser las personas más importantes de mi nueva vida.

Jenna insistió en cocinar algo para la cena, mientras Keith y yo toqueteábamos el teclado.

—Will, cariño, deberías avisar a Alisa de que cenas aquí o es capaz de enviar a los de la fuerza Delta en tu búsqueda.

Mi hermana bromeó con eso, pero supe muy en mi interior que no tan lejos de la broma se encontraba la personalidad controladora de Alisa, esa que ya había empezado a mostrar. Así que le envié un mensaje, incluyendo una imagen junto a la pequeña Keith. Tan solo respondió un sencillo «Ok, no vengas tarde».

No sabía si debía estar enfadado con mi mujer por querer engañarme con esos papeles, tal vez me lo mereciera, tal vez solo se estaba asegurando de que no cometiera una barbaridad con el

dinero o tal vez... No puede evitar pensar en Ryan. Tal vez mi agente estuviera detrás de todo esto. Pese a que supuestamente éramos muy buenos amigos, no podía evitar notar como nos repelíamos el uno al otro. Demasiadas piezas por encajar y pocos recuerdos que asimilar.

Oí sonar las cuerdas de la guitarra y eso me sacó de ese embobamiento en el que me sumergí, sopesando todas esas posibilidades. La pequeña había cogido el instrumento y lo estaba trasteando.

—¿Qué es esto, tío Will? —La vi alzar la guitarra zarandeándola, mirado entre las cuerdas.

Metió sus deditos por el agujero, mientras yo sufría porque rompiera alguna cuerda. De su interior sacó una cajita de terciopelo negro. Me dio la guitarra y la apoyé contra el teclado cuando ella misma la abrió.

—¡Es un anillo! —gritó emocionada.

Eso captó la atención de Jenna, que asomó la cabeza hasta donde estábamos. La niña se dio media vuelta y nos enseñó la joya. Me quedé mudo.

—¿Me lo puedo quedar? —repitió la niña con insistencia.

—A ver...

En dos zancadas mi hermana se puso frente a la niña y le quitó la cajita de las manos. A todo eso yo seguía sin abrir la boca. Jenna no tardó en mostrármelo. Lo miré, respiré algo agitado, algo se movía en mi cabeza, algo se venía...

Lo sostuve en mis manos y fue entonces cuando recordé cómo depositaba esa cajita en una mesa preparada para dos, encendía dos velas y dejaba una botella de vino en una cubitera. Lo vi claramente. Era yo preparando todo un escenario, y era real, yo, esta casa, esa mesa... ¡Dios! Cerré la cajita de golpe. ¿Qué estaba pasando?

Miré a Jenna. Ella disimuló hablándole a la niña.

—No te lo puedes quedar, es del tío.

—Pero al tío no le cabe, yo creo que es de niña.

Añadió inocentemente, mientras mi cabeza procesaba la imagen de aquel anillo, con un rayo. De golpe sentí añoranza y se me cristalizaron los ojos frente a esa joya. Volví a mirar a Jenna, esperando una respuesta.

—¿Para quién era este anillo?

11

La chica triste

Levi

Jenna no supo contestarme, pero en cierto modo lo hizo la pequeña Keith.

—William, no te precipites. No sabemos qué hace ese anillo ahí ni de quién es.

Todo empezó a cuadrarme. Levanté el brazo y le enseñé el pequeño tatuaje del rayo.

—¿Ves esto? Ahora mira ese anillo. ¿Eso no te dice nada?

Se quedó callada analizando la situación.

—No, lo siento, Will. No te precipites. Tal vez todo esto forme parte de una vieja historia, de una exnovia antes de Alisa.

—No lo creo.

—¿Por qué? ¡No recuerdas nada! ¡Todo puede ser!

—Me he visto preparado esa mesa, el vino, las velas... —confesé.

Jenna se llevó ambas manos a la boca.

—Ha... ¿ha sido un recuerdo? —titubeó.

—Sí, no es nada, pero hace unos días que vengo oyendo una voz, pequeñas imágenes sin sentido...

—Will, ¡eso es magnífico!

Se emocionó hasta el punto de que se le saltaron las lágrimas.

—No es mucho, lo suficiente para ver que todo esto no me cuadra. Por favor, ni una palabra a Alisa.

—¿Eso quiere decir que ya me recuerdas, tío Will? —se apresuró la niña a cortarnos la conversación.

—No, cariño, todavía. El tío no es capaz de recordar ni a su mujer ni a su perro ni a sus amigos...

Me entristeció mientras le confesaba eso a la cría.

—En el hospital conocí a una amiga tuya.

El mundo dejó de girar por un instante. Hubo un silencio, una pausa. Los dos miramos a la niña con cara de asombro.

—Keith, cariño, aquellas chicas de fuera eran sus seguidoras, las que miran sus películas, no son sus amigas —la corrigió su madre.

—No digo esas chicas. Digo la que siempre estaba tan triste. Me dijo que te ibas a poner bien. ¿No la recuerdas, mamá? Aquella chica que siempre estaba sola, llorando, en aquellas sillas.

Apreté la cajita del anillo. Lo vi más que claro. Estaba enamorado de otra mujer, que por el motivo que fuera había desaparecido. Estaba completamente seguro de que Alisa estaba al corriente de todo y me estaba haciendo creer que éramos la pareja perfecta. Lo supe en ese instante, lo sentí. Nadie podía confirmármelo, pero yo lo sentí. No quería a mi mujer, porque amaba a otra. Pero... ¿qué otra? ¿Por qué no estaba aquí? ¿Por qué llevaba casi un año sin aparecer? ¿Acaso habríamos roto poco antes del accidente? ¡Por Dios! Ni siquiera podía asegurar que mis pocos recuerdos fueran relativamente cercanos a ese día, o tal vez fueran de hace años.

Miré a Jenna, con el rostro serio.

—¿Había una chica triste, Jenna? ¿Sola?

—Esto... yo... —Lo pensó un instante—. Sí, hubo una chica en el hospital, pero yo no sabía...

—¡Joder, Jenna!

Me levanté enfurecido haciendo caer la banqueta del teclado. La niña se asustó al verme así.

—No te asustes, cariño. —Me agaché hasta su altura—. No quería asustarte. Cuéntame, cómo era esa amiga mía.

La niña contó lo que recordaba de esa chica, cómo que, el día que habló con ella, había un señor mayor a su lado. También me contó que era muy guapa, con el pelo muy largo, que el calzado que llevaba eran bailarinas y poco más.

—¿No te dijo cómo se llamaba? —insistí.

—No. Tío Will, tú le contaste a mami una vez que tenías una nueva amiga, lo escuché sin querer, desde la escalera, y que la tía Alisa no lo sabía, y yo creo que es ella. No entiendo por qué la tía no quiere que tengas amigas.

Jenna abrió los ojos de par en par.

Quise fundir a mi hermana con la vista.

—¿Por qué me mientes, Jenna?

—¿Qué? No, yo... Pensé que era un capricho. Me hablaste de la chica que conociste en el centro, que te sacaba a hurtadillas. Pero no imaginé que hubiera algo más. No es la primera vez que tú...

—¡Joder, Jenna! Te lo estoy casi suplicando. Me estáis imponiendo una vida que tal vez yo no quiera.

—Will, cariño, siéntate —quise calmarme—. No sabemos si había una historia de amor ahí detrás, ¿vale? ¡Cálmate! Los actores tenéis siempre rollos raros...

—¿Rollo raro? ¿Te refieres a infidelidades?

Me hizo un gesto con la mano para que bajara la voz. No contestó. Rumió un momento.

—Debe ser la chica que trabajaba en el centro, la misma que Alisa denunció porque te pasaba drogas. Así que tal vez esa fuera su función.

—¡No me jodas! ¿Y tú la crees después de ver esos papeles? Empiezan a cuadrarme muchos de sus comportamientos.

Se lo pensó un instante.

—No —dijo con un hilo de voz—, Alisa nunca fue santo de mi devoción, pero de ahí a hacer algo tan macabro...

No contesté. Intentamos cenar dejando de lado el tema, ya que nos estábamos excediendo hablado de ciertos temas delante de la niña. Pero mi cabeza era un hervidero de dudas, de sospechas y de inseguridades. Necesitaba encontrar a la chica que trabajó en ese centro. Debía empezar por ahí. Jenna se ocuparía de todo lo legal, Ryan no era de fiar. Con un poco de suerte no habría vendido mi alma al diablo en esos meses.

Quería saber la verdad. Solo pedía eso y estaba claro que Alisa no era quien me la iba a proporcionar. Así que hasta que no tuviera algo seguro, fingiría no saber nada. No quería avanzarme a los hechos, aunque fueran más que evidentes. Intentaban hacerme vivir una mentira.

Jenna y Keith se quedaban a dormir en la casa y yo, muy a mi pesar debía volver a Malibú. Me encontraba poniendo el lavavajillas cuando recordé que esa chica con la que había hablado en Instagram. Tali, me había dicho que se acababa de mudar a Palm Springs.

Uno de los platos se resbaló entre mis manos hasta romperse en un millón de pedazos. Sentí una corazonada. Me servía. Ya tenía por lo menos a alguien en esa ciudad. ¿Conocería ella a esa chica? Tuve que descartar esa opción, no todo el mundo se conoce en las ciudades y ella llevaba años viviendo en New York.

—¿Qué pasa, Will?

Se preocupó mi hermana.

—Creo que voy a hacer una escapadita a Palm Springs.

—William, nooo...

—Oh, sí. A Alisa pienso decirle... No sé, algo improvisaré.

—No es buena idea y lo sabes.

—Yo te diré lo que no es buena idea. —La miré desafiante—. Que sienta que se me está ocultando algo. Que hay como una especie de vacío cuando intento hablar de los días anteriores del accidente. Quiero saber qué me pasó en Palm Springs, si entré como drogadicto, si pasó algo allí dentro, si esa chica era una simple traficante o si, por lo contrario, era algo que se me ha arrebatado junto a mi memoria. Quiero y necesito saberlo. He contactado con alguien en Palm Springs que tal vez pueda ayudarme con mi búsqueda.

Jenna exhaló entornado los ojos, dándose por vencida.

—Para no saber quién eres, estás actuando exactamente como actuaría tu yo de ayer.

—¿Y eso es malo o es bueno? —quise saber emocionado por la idea que acababa de tener.

—Siempre fuiste un cabeza dura rebelde. Me alegra volver a verte así.

Me despedí de ellas y esa vez conduje despacio, pensando, tramando mi coartada. Tuve que detenerme para observar el mar y relajarme, momento que aproveché para escribirle a Tali. Estuvimos charlando un rato, se me hizo tarde y mi mujer estaba a punto de fundirme el teléfono a llamadas que no contesté.

Alisa me esperaba bastante exaltada. Pude notar su energía incluso antes de bajarme del coche. Brazos en cruz, respiraciones fuertes, orificios nasales abiertos... Vamos, que solo le faltaba disparar rayos x con los ojos.

—¿Te parece bonito? ¿Has visto la hora que es? ¡Me tenías preocupada!

—¿Es que solía tener horarios como los niños? No es para tanto.

Cerré el coche con el mando a distancia.

—Tyler, en tu estado no puedes ir por ahí sin tenerme informada.

—He estado con mi hermana y la niña, ya lo sabes.

—¿Hasta estas horas? ¿Y sin contestarme el teléfono?

Fue entonces cuando mi coartada surgió de la nada.

—He hecho lo que querías que hiciera... He estado charlando con Leo.

—¿Qué Leo?

Se quedó totalmente desconcertada.

—Pues DiCaprio. No he hablado con muchos Leos en este tiempo.

Su cara cambió. Tuve que mentirle y decirle que había estado charlando con Leonardo, vecino de Malibú, y se me había ido el santo al cielo con la hora. Además, cuadraba a la perfección, ya que Leo fue uno de los primeros que vino a verme antes de que prohibiera las visitas.

—Es un tío majo —disimulé—, se ha ofrecido a ayudarme un poco con todo esto, me ha conseguido una audición muy importante para mi regreso.

—Pero eso es muy buena noticia, cariño.

Ya había bajado todo su nivel de hostilidad. Y vino directa a colgarse de mi cuello. Tuve que reprimir la rabia que me dio ese gesto. No quería que me tocara.

—Sí, hemos conectado bien. Tanto que me voy una semana con él a su otra vivienda, a encerrarnos y así prepararme para ese y un par más de castings que cree que van conmigo.

Su cara volvió a cambiar, algo no le gustaba.

—¿No podéis prepararlo aquí?

—Ya se lo he ofrecido, pero él ha preferido hacerlo allí. Yo no he querido rechistar.

—Pe-pero...

—Tranquila, cariño —saqué mis dotes olvidadas de actor—, no vamos a salir de la casa. Me ha dicho que nada de fiestas ni de visitas. Él y yo, mano a mano, en su nueva mansión.

No sabía si estaba cuajando mi coartada o no. Se había quedado en un estado de shock.

—Su nueva mansión está en...

—Sí, lo sé —apunté con aires totalmente despreocupados, como si ese nombre no me sonara a libertad—. Me ha dicho que está en Palm Springs.

12

Mensaje de audio

Natalie

¿Qué lo ayude a qué?

No me podía creer lo que el nuevo Levi me estaba pidiendo. ¿Quería que yo le ayudara a encontrarme a mí misma? Visto así sonaba ridículo.

Tali:

Lo siento, no puedo ayudarte con eso, todavía no estoy situada, apenas conozco a nadie aquí —escribí temblorosa—, en ese centro no me van a facilitar ninguna información.

L:

Tendrás tus contactos, es tu ciudad.

Tali:

Lo era. He estado demasiados años fuera y no los tengo. La gente normal no tiene tantos contactos como los famosos, no funcionamos así. Lo siento no puedo ayudarte.

Solo quería que dejara de insistir.

L:

Dijiste que me ayudarías. No puedo recurrir a nadie más.

Tali:

Seguro que sí.

L:

Tali. No te conozco —esas palabras me hirieron, aunque esa era la realidad—, quiero decir, que no te reconozco, pero sé que eres una buena persona, lo noto. No puedo recordar nuestros años universitarios —hizo una extraña pausa y lo oí exhalar—, pero, si sigues hablándome es porque debimos ser compañeros o buenos amigos.

Tali:

Lo fuimos, sí —mentí—, pero de eso ya hace mucho.

L:

¿Crees que podrías conocer a alguien que sepa algo de la chica que trabajaba en el centro? —escribió y borró varias veces hasta que volvió a insistir—. ¿Puedo llamarte?

Tali:

¡No!

Contesté aterrada. Quería oírlo de nuevo, pero a su vez, tenía miedo de que perdiera mi voz en cuanto la suya se anudara en mi garganta. Así que lo solucionó dejándome un audio.

L:

Sé que te estoy pidiendo mucho, lo siento, no nos conocemos. ¿Qué tal si empezamos de cero? Me irá bien charlar con alguien que no sea de esta realidad en la que vivo.

Volver a oír su voz trajo una de esas descargas eléctricas directas a mi corazón. Tuve que sujetarme el pecho, como si fuera a retener ese sonido con ese gesto. Me emocioné, vaya si me emocioné, noté el temblor en mi labio inferior. No podía responderle con voz, así que lo hice escribiendo.

Tali:

De acuerdo, charlar sí que puedo.

L:

Soy Tyler Williams, al parecer soy actor, aunque eso tú ya lo debes saber mejor que yo. Lo cierto es que hoy en día no me veo capacitado para ejercer tal profesión, estoy un poco abrumado con eso. Tengo treinta y cinco años, o eso dice mi documento de identidad y voy a resumírtelo: No sé quién soy. Menuda presentación, ¿eh?

Tali:

Está perfecta.

Me serenó ver su vulnerabilidad en cuatro palabras. Eran sinceras y básicamente pedían ayuda.

Quise gritarle «Yo soy Natalie, la mujer que buscas, no soy una traficante, nunca te incité a nada de lo que se me acusa. Soy esa persona de la que te enamoraste en tu paso por Palm Springs. La chica del centro, del acantilado, la del uniforme masculino, la que conducía ese Mustang que tanto te gustaba, la que enloqueció por ti como nunca antes y la que decidió que sí le convenías, a la que le prometiste pasar el resto de tu vida a su lado... Esa soy yo. La que no puede ofrecerte una vida mejor a la que tienes, la que no recuerdas y la que guarda toda nuestra historia bajo llave en lo más profundo de mi mente, esa que tú ya nunca podrás recordar».

Quise decirle todo eso, claro que quise, pero no lo hice. Carecía de sentido, no quería que se viera forzado a reconocer nuestra historia si realmente no la recordaba. Era como decirle: «Eh, estoy aquí y tienes que quererme porque antes lo hacías». No suena bien, ¿verdad? No iba a forzar un amor que se había esfumado. Pero perderlo... Volver a perderlo de nuevo no era algo por lo que estaba dispuesta a pasar. Ya lo había hecho dos veces, así que me conformaba con verlo sano y salvo, sin memoria, pero entero. Su humor no había desaparecido y eso me reconfortó, algo seguía quedando muy él.

Hablamos durante mucho rato. Me contó cosas sobre sus ratos en la casa de Santa Mónica, cómo se había estado familiarizando con ese lugar, lo bien que se sentía allí, los arreglos que había estado haciendo. Tuve que morderme la lengua cuando mencionó la caseta de perro. Disfruté tanto de esos audios que incluso llegué a pensar que podría vivir así eternamente,

escuchando su voz a diario, siendo él, pero sin serlo y, sobre todo, siendo yo la misma, aunque eso a él no le sirviera para nada.

Y no es por ponerle magia a la historia, pero ese día volvimos a conectar. De una manera extraña y bonita a la vez. Él me dejaba largos audios de voz y yo paraba lo que estuviera haciendo para deleitarme escuchándolos, dejándome caer sobre cualquier silla, escalón, hasta incluso sobre la hierba. Mis dedos volaban sobre el teclado. Me sorprendieron las ganas que tenía de comunicarse y la facilidad con la que lo hacía. En esencia, Levi seguía ahí.

A ese paso, la reforma se iba a alargar más de lo previsto, pero no me importaba. Prefería invertir mi tiempo en escucharlo. Pese a que cada vez que dejaba una conversación a medias, rápido mi cerebro dibujaba la imagen de Alisa cerca de él. Sentí celos la primera vez que imaginé tal cosa. ¿Se habrían acostado? ¿Volvería a quererla? ¿La acariciaría? ¿Sentiría algo? Después de todo, ella era su mujer y yo, me quedé en el intento de serlo todo y terminé siendo nada. En las películas él hubiera recuperado la memoria por arte de magia y habría vuelto a mi lado enseguida, pero la realidad nos mantenía en una especie de relación amistosa virtual. Y por increíble que pareciera, me conformaba con eso.

L:

¿No vas a contarme nada de ti?

Me sorprendió con el repentino interés. Hasta entonces todas nuestras conversaciones se habían enfocado en sus quehaceres cotidianos. Sin duda, vi reflejado al Levi que en cierto modo había sido antes de que Hollywood lo engullera. Ese del que me había hablado con añoranza, ese que sí hubiera encajado en mi vida o yo en la suya. Y él ni siquiera era consciente de que había logrado, en cierto modo, volver a ser quien quería realmente ser, sin la presión de los contratos y esas ataduras que tanto lo estaban asfixiando cuando lo conocí, de una manera cruel y con un coste muy alto, pero está viviendo más o menos así. Me sentí muy feliz por él.

Tali:

No sé, mi vida no es tan interesante, yo sí tengo memoria, no estoy redescubriendo nada.

Bromeé, supe que no le importaría.

L:

Pues si tanta memoria tienes, háblame de ti. Quiero escuchar tu voz.

¡S.O.S.!

Me lo pensé un buen rato. Dejé la conversación pausada. Me agobié. Así que saqué la lijadora y me puse a lijar la mesa de madera del jardín, mientras sopesaba esa opción. Me acobardó, no sé por qué razón exactamente. Pero tras estar más de una hora sin contestarle y la mesa perfectamente lijada, volví a abrir la aplicación y me había dejado unas palabras, esta vez escritas.

L:

No era mi intención presionarte. Solo quería oír tu voz, es todo.

Continué sin contestar. De repente, un hambre feroz se apoderó de mí, había estado olvidándome hasta de comer. Así que recogí las herramientas y llamé al Beach Boys para pedir una hamburguesa a domicilio. En cuanto Leia vio como escondía esa ruidosa máquina volvió a corretear a mi alrededor. Le puse comida en su cuenco y le cambié el agua por otra más fresquita. No pude evitar observarla mientras comía. Leia era todo cuanto me quedaba de él y amaba ese animal como cualquier otro miembro de mi familia.

Casi me da un infarto cuando sonó mi teléfono. Pero en cuanto vi que la llamada era de mi padre, recobré el ritmo cardíaco.

—Hola, papá. ¿Qué tal la convención?

—Muy bien, hija. Mery está haciendo muchas fotos y videos para que no te pierdas todo este espectáculo digno de ver.

—¡Natalie! ¡Hay muchos coches como el tuyo, pero mejores! —gritó Jake de fondo.

—Un momento... ¡pásame a Jake, papá! —exigí.

—A ver, enano, ningún Mustang Shelby del sesenta y siete es mejor que el mío. ¿Acaso rugen como este?

—¿Que si rugen? ¡Deberías verlos! Con colores flamantes, llantas brillantes, alguno está retocado, he visto techos solares. ¿Tiene el tuyo techo solar? ¿Verdad que no? Deberías verlos.

—Vale, cariño, tú ganas. Haz millones de fotos y luego vemos qué podemos mejorar del mío si papá nos deja.

—¡Eso está hecho!

—¿El qué está hecho? —se interesó mi padre de fondo.

—¡Nada! —gritamos los dos a la vez y nos echamos a reír—. Pásame de nuevo a papá y pasadlo muy bien, traedme algo, ¿ok?

—Claro, Nat.

Y sin decirme nada más cedió de nuevo el teléfono móvil a mi padre.

—¿Entonces vas bien, hija? ¿Quieres que te busque ayuda con algo? ¿No viene esta semana Alan?

Ese nombre me cayó como un jarrón de agua fría. Estaba olvidando que en mi vida existía Alan. Llevaba unos días con un único pensamiento.

—No, papá, no vendrá esta semana. Además, todo va bien, bueno, voy un poco más lenta de lo planeado, pero es todo. No necesito ayuda.

—No hagas nada que pueda lastimarte. Ya la semana que viene retomamos todo y verás qué rápido acabamos.

—No te preocupes, quedará trabajo para cuando llegues, de eso estoy segura. Va, papá, te dejo, que llega mi comida.

—Ya sabía yo que no ibas a cocinar.

—Papá, adiós, pasadlo bien.

Puse los ojos en blanco y separé el auricular de mi oreja. Sabía que detrás de eso vendría una de sus pequeñas charlas.

—Papá —volví a insistir—, ¿escuchas eso? Es la motocicleta del repartidor, te tengo que dejar. Adiós. Te quiero.

—Y yo a ti. ¡Come bien!

Y colgué sonriendo. Hay que ver lo que le gustaba renegar a mi padre. Todo apuntaba a que acabaría siendo uno de esos viejos gruñones aunque adorables.

Leia salió hacia la entrada de la verja en cuanto oyó la moto. Esa puerta no cerraba bien, era algo que debía arreglar, sin embargo, no me parecía tan urgente. Pude ver como el repartidor se bajó de la motocicleta y al ver la puerta entreabierta dio un paso hacia el interior del jardín sin quitarse ni el casco, hasta que se encontró con Leia y se quedó quieto como una estatua.

—¡No hace nada! ¡Es inofensiva! —alcé la voz mientras me acercaba a él.

El muchacho no dejaba de mirar a Leia, claramente le daba miedo. Entonces levantó la vista.

—¿Natalie?

Su voz sonó lejana dentro de ese casco, que se quitó lentamente.

—¡Oh! ¡Ethan!

Fue un momento extraño, ya que se generó un silencio incómodo. No nos habíamos vuelto a ver desde Santa Mónica. Él había cambiado de trabajo y no volví a verlo en los recreativos. Pareciese que se lo hubiera tragado la tierra. Sentí que le debía una disculpa después de tanto tiempo, pero luego pensé en Roxy y en su comportamiento infantil y en cómo se acostó con mi amiga por despecho y decidí callarme y hacer ver que todo estaba bien.

—¿Esta es tu casa?

—Sí, ahora sí, desde hace nada. Aún le queda mucho para que brille.

—¿Por qué lo dices? Está genial.

Fue una conversación extraña, después de tanto tiempo. El tupé lo llevaba aplastado por el casco, pero seguía siendo un yogurín guapo.

Me cedió la caja. Le pagué haciendo malabares con la cajita en las manos y con la otra rebuscando el dinero en el pequeño bolsillo. Él me miró divertido. No teníamos gran cosa más que decirnos, después de tal sorpresa. Así que torpemente se giró y quiso salir chocando con la verja de la puerta.

—Deberías arreglar esta puerta, se queda abierta.

—Lo haré, pero Leia no se va, no me preocupa.

—Bueno, esto... Me ha gustado volver a verte.

—Lo mismo digo.

Se subió a la motocicleta justo antes de ponerse el casco añadió:

—Siento lo de tu novio famoso ese. Espero que estés bien.

Lo dijo de corazón. Le acepté la disculpa.

—Gracias, eso ya pasó.

Volvió a dudar con el casco en la mano.

—Tali, ¿te apetecería...?

Rápidamente lo corté.

—Ethan, no, yo...

—Lo siento, no quería...

—No es eso, es que ahora mismo tengo algo sin resolver parecido una relación, no voy a añadir un segundo a la ecuación.

—No. Mejor. No quiero volver a ser el segundo.

No respondí a eso. Se puso el casco y se marchó.

¡Uf! Vaya momentazo raro. Es muy extraño lo que me pasaba con ese chaval. Me gustaba y estaba claro que yo a él, pero nunca era el momento, supongo que porque no debía ser.

Comí la hamburguesa satisfecha de todo el trabajo que había hecho durante el día, aunque fuera poco. Levi apenas me había dejado tiempo. Todo había vuelto a ocuparlo él, de otra manera, pero él, siempre fue él.

Tras disfrutar de esa deliciosa hamburguesa compartida con Leia, salimos a dar un largo paseo. El atardecer caía sobre Palm Springs y yo volvía a respirar, volvía a sentir que el aire llenaba mis pulmones. Cuánto vacío me había dejado Levi. No fui consciente del todo. Así que volver a sentir que podía inhalar profundamente me hizo apreciar momentos como ese bonito paseo con mi perra. Todo volvía a cubrirse con la tonalidad rosada y anaranjada de los atardeceres Californianos. Respiraba bien, tenía el estómago lleno, estaba bien acompañada y me sentía feliz, había vuelto a oír su voz. Tanta paz sentí en ese momento, que me vi con las fuerzas de abrir el teléfono, buscar su conversación y darle al símbolo del micrófono.

«Me llamo Tali...».

13

Sigo aquí

Levi

Dulce, serena, a ratos divertida, sarcástica...

Oír voz de Tali fue un soplo de aire fresco para mí. Sentía que esa chica iba a ser alguien importante en mi búsqueda. Me hablaba con un punto de desconfianza, empecé a creer que tal vez de jovencitos ella y yo... no sé, creí que dejamos algún tema pendiente, o por lo menos me dio la sensación de que ella lo tenía conmigo. Eso sería algo que acabaría también por descubrir y ya me veía pidiéndole perdón por algo que ni siquiera recordaba. También había algo en todo esto que me hacía pensar que en el pasado había sido un idiota con las mujeres y que Tali no sería la primera que iba a acabar reprochándome algo. Pero, a pesar de este presentimiento, me gustaba hablar con ella, lo que desprendía y la paz que me daba. Era la perfecta compañera para poder desentrañar la historia de la chica del centro. El corazón me bombeaba fuerte cuando pensaba en que probablemente era la mujer de la que estaba enamorado.

¿Sería capaz de reconocerla en el caso de que diera con ella? Estaba seguro de que sí. La intuición me decía que en cuanto me plantara delante suyo, volviera a oír su voz, la recordaría *in situ*. Así que no quería demorarme más. Si quería respuestas, debía trasladar mis preguntas al lugar adecuado, y estaba claro que no era en Malibú.

Tenía que convencer a Tali para que me ayudara sin que pensara que era un loco, y sabía que a través del teléfono no lo iba a hacer. Sin embargo, lo que sí podía lograr es que me diera las suficientes pistas como para dar con su ubicación y presentarme por sorpresa. Una vez allí ya me las ingeniaría para convencerla.

Lo primero que tuve que hacer fue acercarme hasta un cajero automático y sacar dinero en efectivo. Si Alisa detectada que gastaba dinero en Palm Springs hubiera sabido que no estaba en la mansión de DiCaprio y estaba más que seguro que iba a revisar mis extractos bancarios a cada momento. Mi plan resultaba cien por cien convincente de esta manera. Esos días había visto por la televisión que Leonardo se había instalado en su nuevo hogar y a menudo podía verse una foto en las redes de él, tomando el sol sobre el inflable en mitad de su enorme piscina. Pero no, ni llegué a estar allí, ni llegué a relacionarme con Leo, habíamos rodado alguna escena juntos en el pasado, pero no era capaz de recordarlo. De todos modos, he de agradecer a DiCaprio por ser mi gran coartada en mi cruzada en busca de la verdad.

—Lláname cuando llegues.

—Sí, Alisa, no soy un niño.

—Todavía no entiendo por qué Leo no te ha puesto una limusina o un chofer para llevarte, no sabes bien dónde está la casa.

—¿Limusina? —Puse los ojos en blanco—. Alisa, de verdad, deja de preocuparte tanto. Todo el mundo sabe dónde está la nueva casa de Leonardo. Además, existe el GPS y ya me ha mandado la ubicación. Prefiero ir con mi coche, adoro conducir ese deportivo.

—Está bien.

Algo me decía que no se quedaba convencida. Aun así, parecía que iba a dejarme marchar sin muchas más objeciones. Intenté esquivar su hambre de sexo, cuando metió su mano bajo mi pantalón corto a modo de despedida.

Me atreví a besarla, creyendo que podría hacerlo sin más. Pero besarla después de todo lo que sabía no era una buena idea. Giré la cabeza y ella siguió con sus labios sobre el cuello, sobre mis pechos, mi ombligo..., así que la levanté cuando ya estaba a punto de darme placer con sus labios sobre mi pene.

—No vas a irte sin despedirte —aseguró con voz melosa y tiró de mi mano hasta llevarla a su húmedo monte Venus.

—Cariño, Leo me espera...

Saqué mi mano e intenté escabullirme, pero no se dio por vencida. Bajó sus braguitas se subió sobre la mesa de la cocina y me ordenó con voz exigente:

—Antes de irte vas a follarme sobre esta mesa como tú sabes, o voy a marcharme contigo, no creo que a Leo le importe mi presencia.

Me atrapó con sus largas piernas y me atrajo hasta ella, totalmente abierta, sedienta, esperando que me clavara dentro de su ser. Se quitó la parte de arriba, quedó completamente desnuda con las piernas mostrando el camino, apoyada en sus codos y no me lo pensé más. Conseguía de una manera diabólica excitarme. Algo no estaba bien, sabía que algo no estaba bien, aun así, la penetré con rabia como el que hace algo por obligación, tembló hasta la mesa, sin embargo, eso a ella pareció gustarle más. La envestí furioso, como si la odiara, pero, sobre todo, odiándome a mí mismo por lo que estaba haciendo, para poder salirme con la mía. Me estaba follando a mi mujer. Visto así, no era para tanto, pero es que no quería hacerlo. Cerré los ojos y volví a centrarme en el recuerdo de aquel cuerpo encorvado sobre un mueble blanco, que claramente no era ninguno de esa casa. Apretaba los ojos y me fundía de placer con cada imagen que venía a mi mente. Gemidos contra una cristallera, unas piernas aprisionándome mientras me bebía el orgasmo que inundaban mi lengua, una bañera espumosa, un cuerpo precioso y una melena larga... Volví a dejarme ir envuelto de placer con las pocas imágenes que la vida me brindaba de una desconocida que, claro estaba, no era mi mujer. Sin embargo, era Alisa la que gemía exhausta al abrir los ojos. Recogí mi pene descargado, volví a besarla con un nudo en la garganta y por fin pude largarme de ese lugar.

No estaba orgulloso de lo que había sucedido, pero no tuve otra opción y la veía totalmente capaz de plantarse en el asiento del Corvette, y eso habría conllevado a una guerra. Supe que lo primero que haría al llegar sería darme una ducha y dejar de sentirme sucio, sentí que me había

prostituido. Lo peor fue su cara de satisfacción. Era como si Alisa supiera que tenía el poder y disfrutaba manejándome a su antojo, incluso en el sexo.

Unos kilómetros más allá paré a repostar y a continuar charlando con Tali. Habíamos atravesado la barrera de sentirnos desconocidos y ella ya me dejaba extensos audios de voz, donde puede apreciar su perspicacia, su inteligencia y su sentido del humor. Parecía una gran mujer, no como a la que le había regalado mi sexo. Lograba hacerme reír a carcajadas con su sarcasmo, tan solo hablando de cualquier tema cotidiano, aunque no me dejaba ver más allá de lo que ella quería mostrarme. Tan solo me habló de su familia, de su difunta madre, de su perro y de las reformas que le quedaban de la casa, pero cuando preguntaba por algo más personal, rehuía el tema. Que fuera tan reservada la hacía también especial y me gustaba oír su voz, esa era la verdad.

L:

¿Qué estás haciendo hoy?

Tali:

Pues hoy le toca a la piscina, tengo bastante trabajo.

No creo que la acabe en un día.

L:

¿Necesitas ayuda? Se me dan bien estas cosas, yo lo hice hace poco con la piscina de casa de Santa Mónica.

Tardó en contestar, creo que le herí su ego feminista, muy lejos de mi intención.

Tali:

Puedo sola, se me dan bien todos estos trabajitos supuestamente masculinos.

Puso todo su retintín en la frase y consiguió hacerme reír de nuevo. Se avecinaba una bonita amistad, esa que quizá ya existió en el pasado. No me atreví a decirle que iba de camino.

Después de hablar con ella, el viaje fue mucho más placentero. Subí el volumen de la música y me dejé llevar por la infinita carretera. Sintonicé una vieja emisora. Sonaba «Creep», de Radiohead. Esa canción parecía perseguirme erizándome toda la piel el rato que estuvo sonando. Me resultaba conocido el sentimiento que despertaba en mí. Esta vez la disfruté y la interioricé. De repente, tuve una imagen de mí mismo tocando ¿la guitarra? Creí que lo mío era el piano, y no supe encajar esa imagen de mí escuchando la canción, deteniéndola para intenta sacar los acordes. Supe que sin duda era una de las canciones de mi yo de ayer, ya que también fue una de las partituras que encontré sobre el teclado en la casa de Santa Mónica. Y como por arte de magia escuché de nuevo una conversación en mi cabeza, sonaba muy lejana, con algo de eco...

—*¿Y qué tocabas?*

—*Para cuando vuelvas ya la tendré lista...*

—*Pero dame una pista...*

Noté una leve descarga eléctrica deslizarse hasta mi estómago tras volver a sentir el destello de una conversación que, sin duda alguna, iba ligada a esa canción.

Tuve que detener el coche. Me sentí agitado y emocionado por tan insignificante detalle. Era yo y sin duda era ella...

Me paré a un lado de la carretera. Aproveché para fotografiar los enormes molinos de viento, todo un inmenso campo eólico custodiaba la entrada de Palm Springs. La magnitud de esas hélices me hizo sentir insignificante, un paralelismo de cómo me sentía ante la vida que supuestamente debía reconocer como mía y que, por lo contrario, no lograba hacerlo. Al final del extenso e infinito asfalto, se encontraba la ciudad, envuelta en un conjunto montañoso de color rosado. Tuve que levantarme las gafas de sol para ver asombrado la tonalidad real de esa montaña increíblemente bonita. Pese a ser paisaje californiano, era distinto al de la costa. Las llanuras estaban llenas de matojos y tierra seca, al fondo la ciudad. Pensé en cómo debía ser observar el cielo estrellado en un lugar así.

Ya llegando, pude observar cómo se alzaban una multitud de palmeras que conforman ese lugar. Palm Springs era como un verdadero oasis. No tardé en darme cuenta de la gran cantidad de mansiones de lujo y barrios residenciales que había. El contraste de encontrar todo ese espectáculo visual en medio del desierto californiano fue indescriptible y hermoso. Marqué en el mapa el hotel y el famoso centro de desintoxicación para ubicarme, pero necesitaba que Tali colaborase un poco más y dejara que me acercase a ella. No podía hacer eso solo, me llevaría el doble de tiempo y mi coartada no se sostendría. No obstante, iba a dejarle unas horas antes de decirle que estaba allí.

Me hospedé en el Hotel Zoso, que a su vez era un Hard Rock Hotel en Palm Springs. ¿Por qué elegí esa estancia pudiendo pagar un Hilton? Pues porque quería pasar desapercibido y temía encontrarme con gente que supuestamente debiera conocer y, por supuesto, me acompañaba el temor a ser reconocido. Ese lugar me encantó con tan solo poner un pie en sus azulejos. Me estaba acostumbrando todavía, un año después, a la sensación de ver infinidad de cosas por primera vez. No me importaba haberlas visto en un pasado y no recordarlas, ya que esa sensación de descubrimiento era adictiva y me hacía tener más y más ganas de andar por diferentes lugares, de conocer mundo. Observé atónito la decoración musical, los enormes sofás de color marrón oscuro de estilo Chester, las lámparas colgantes, los cuadros con instrumentos y ropa de viejos famosos. Reconocía esas caras, pero no lograba saber quiénes eran exactamente, así que hice mucha utilidad de Google. En cuanto sonaba la canción de cada personaje allí plasmado en aquellas paredes, sentía que la ubicaba en su lugar en mi caótica mente. Como si estuviera acomodando una habitación desordenada que era mi cabeza. Lo mismo hice con actores y celebridades. Sin duda alguna elegir ese hotel había sido una buena elección.

El pasillo y la habitación estaban enmoquetados, y el dibujo de la moqueta morada, algo parecido a hojas de palmera se fundía con la pared principal, como una prolongación del suelo. Apenas había decoración, era sencilla y de tonalidades suaves. Un cabezal de cama enorme de color blanco y un par de cuadros paisajísticos de atardeceres lugareños, también me gustó ese contraste. La cama era enorme y la habitación estaba muy bien iluminada. El balcón daba a la piscina y podía verse una montaña de fondo. Palm Springs, aparte de ser un enorme oasis, era el paraíso, o por lo menos así lo sentí.

Estaba ansioso por pasearme por esas calles, el plan era conseguir sutilmente que Tali me diera su ubicación y presentarme allí, para no darle opción a cerrar el chat, como solía hacer cuando detectaba que algo no iba por donde a ella le interesaba. Pensé en ella. Me di cuenta de que hasta ese momento no se me había ocurrido meterme a mirar detenidamente el *feed* de su Instagram. Así que en cuanto me di una ducha, me dejé caer totalmente desnudo y fresco sobre la cama y abrí la aplicación, para ojear su perfil. Ya había visto alguna imagen suya con anterioridad pero no me había percatado de que era tan bonita, o tal vez era que había empezado a conocerla, y el contraste de su voz, su sarcasmo y su contagiosa risa, sumado a ese precioso rostro, hacía que su belleza fuera exponencial. Tuve que sacudir la cabeza y centrarme en mi cometido. «Estás buscando a la mujer que amas», me dije a mí mismo al darme cuenta de que no podía dejar de mirar esas fotos.

Las últimas publicaciones se limitaban a mostrar poco de ella, pero sí paisajes o lugares en concreto. Se me anudó el estómago al comprobar que cada una de esas imágenes iba acompañada de una simple frase. Tali ya me había contado que su madre había fallecido, no me contó cómo ni cuándo, pero fue fácil de deducir, al ver que esas publicaciones se daban desde hacía apenas un par de años, quizá menos. No pude evitar entristecerme al leer esas palabras, seguramente llenas de significado para ella. Volví a revisarlas una y otra vez. Un acantilado, una hamburguesa sobre la mesa de un bar, el cielo estrellado, la figura de una mujer esculpida en hierro sobre un banco, la *Star of Fame* de Adam West y un camino de tierra nublado por un rastro polvoriento. Todas ellas compartiendo una única y electrizante frase:

«Sigo aquí».

Se me erizó hasta el alma.

14

El pintalabios

Natalie

Fui hasta el centro a buscar cuatro cosas que me faltaban. Entre ellas pintura y una manguera más extensa. La que mi padre me había cedido no abarcaba a todo el jardín. Pero una vez puse el pie en la sección de ferretería, acabé comprando demasiadas cosas y es que esa casa, venía necesitando un poco de todo. Lo cargué en el maletero del Mustang y decidí hacerle una visita a Roxy, para invitarla formalmente a la primera cena de amigas en mi nuevo jardín.

Crucé la puerta de la peluquería, escondiendo un regalo a mis espaldas, para así sobornarla. Sabía que estaría algo mosqueada por mi desaparición de estos días. Roxy me miró por el espejo que tenía delante y no se inmutó. Estaba peinando a un hombre de unos cincuenta años, con barba, tatuajes en el cuello y un sinfín de piercings. Le estaba haciendo un tupé de lado, que lo rejuvenecía unos quince años. Nunca fui una experta en lenguaje corporal, pero tardé dos segundos en darme cuenta de que ese hombre era, o iba a ser su nueva víctima. La sutileza no era una de las virtudes de Roxy. Los piropos, las miradas de deseo con mordedura de labio incluida mientras lo retocaba el pelo, la sonrisa fácil y básicamente como rozaba con el trasero al pobre e indefenso hombre allí sentado, era una de sus artimañas. Entorné los ojos al ver semejante espectáculo. Era así desde que teníamos catorce años y siempre le había funcionado, así que ya sabía lo que tenía que hacer. Dejar que acabara su «baile» de cortejo. No le gustaba que la interrumpiera. Pero no estaba yo para perder el tiempo. No me apetecía acabar viendo cómo ese hombre iba a salir con algo más que el tupé tieso.

—Perdón, por la interrupción. Roxy, ¿tienes un momento?

Me quiso fundir con la mirada.

—Estoy trabajando, luego te llamo.

—Lo siento —Miré al hombre, como pidiéndole perdón por lo que vendría a continuación—. Solo será un minuto.

—¿Ahora quieres un minuto? Llevas días sin aparecer ¿y ahora exiges un minuto?

—Perdone. —Miré al hombre de nuevo—. Ahora me va a montar una escenita y necesito hacer algo por ella, para que no vaya en aumento.

El hombre seguía sin entender nada, ni por qué yo le estaba hablando a él, mientras Roxy me observaba con los brazos en cruz.

—Voy a agilizar todo esto, por el bien de todos. ¿Cómo se llama?

Vi la confusión en su mirada, pobrecito.

—Pierre.

—¡Oh! ¡Francés! ¡Genial! Le encantan los franceses. Le pone un montón ese acento.

El hombre miró a Roxy y luego a mí con un movimiento ocular rápido.

—Te tuteo, ¿vale? Así es más fácil. ¿Estás casado?

—No.

—¿Gay? ¿Bisexual o algo de eso?

Tragó saliva, antes de contestar.

—No me gustan las etiquetas. Soy un alma libre.

—¡Perfecto! Pierre, ¿serías tan amable de darle tu teléfono a mi amiga Roxy? Así nos ahorramos todo este *paripé*.

—¡Natalie! —gritó Roxy apretando más los brazos.

—¡Oh! Lo olvidaba. Ella es Roxy. Por cierto, ¿te gusta mi amiga? Claro que, si no, todo esto carece de sentido...

—Es preciosa.

—¡Bien! Ahora os dejo solos y arregláis vuestra *follocita* o lo que os venga en gana. Pero es que vengo a traerle un regalo y no tengo mucho tiempo.

El hombre sonrió incrédulo ante semejante escena. Sin levantar la vista de Roxy. Había dado en el clavo, ambos se atraían y se gustaban, pero ese jueguito se iba a alargar mucho y yo tenía demasiado trabajo.

Roxy bajó la guardia al notar como Pierre le sonría. La sujeté por el brazo y nos alejamos un poco. Por fin Roxy recibía una pequeña dosis de su propia medicina. Gracias a un comportamiento suyo como ese, acabé «saliendo» con Alan.

Alan y yo nos gustamos de entrada, aunque era un poco mayor. Nos pasamos la noche entre risitas y miraditas, hasta que Roxy irrumpió con su descaro y nos plantó uno frente al otro, bajo el pretexto: «¡Follad de una puta vez!». Dos horas después estábamos haciendo eso mismo y el resto ya lo he contado. Era un sí, pero no. Algo que se había ido tejiendo sin hablarlo y cuando quise pararlo, me di cuenta de que ya formaba parte de mi día a día. No era el hombre de mi vida, pero era un buen hombre y sé que me quería, yo un poco también lo quería a él. Creo que podría haber llegado a quererlo si no hubiera existido ese runruneo en mi mente llamado Levi. Pero no fue así. Alan no merecía un sí, pero no. Nunca quise hacerle daño.

—Siento estar tan desaparecida. No te enfades, Roxy. ¡Joder! ¡Entiéndeme! Ahora solo quiero acabar esa casa.

—¡Ni siquiera me has pedido ayuda!

—Oh, vamos, Roxy. No te veo con la desbrozadora ni con la lijadora ni amartillando... Aún queda mucho, pero ya he puesto en condiciones la mesa del jardín para que vengas a cenar. ¿Qué me dices? Tráete al franchute si quieres.

Roxy miró al francés de cuello tatuado, me miró a mí y bajó el hacha de guerra totalmente.

—¿Qué es eso?

—¡Ah! Un regalo. Es para ti.

Le puse delante de la cara un pintalabios de color rojo pasión.

—¿Pensabas sobornarme con un pintalabios? —Levantó una ceja—. ¡En el expositor tengo de

todos los colores! —No pudo disimular su desagrado.

—Como este, no. No es un pintalabios, es *el* pintalabios.

—No le veo la diferencia.

—Ya verás, Pruébalo.

—Llevo un rosa puesto. ¡Pruébalo he dicho!

Y se llevó la barra a los labios mirándose a un espejo lateral.

—Esto no pinta, nena...

—¡Exacto!

Le hice un movimiento de cejas sonriendo. Me acerqué y presioné la parte baja y la barra de labios empezó a vibrar. Se le abrieron los ojos como platos.

—De nada. —Sonreí satisfecha—. Llévalo en el bolso, a lo mejor el francés sabe cómo darle uso.

Y sin mediar más palabras me dio un abrazo de oso. Sabía que era infalible.

—¿Entonces me invitas a cenar?

—Sí, cuando cierres ya puedes subir. Yo estaré allí liada, pediremos comida en el Beach Boys, que viene con sorpresa. Eso también te va a encantar.

Se me escapó una sonrisa malvada al pensar en Ethan y la cara que pondría al encontrarnos a las dos juntas de nuevo.

—¿De qué se trata?

—¡Lo verás enseguida, viene con la comida! ¡Encantada, Pierre! ¡Trátala bien, es mi amiga! —grité desde la puerta.

El hombre me levantó el pulgar y yo hice lo mismo.

De camino al aparcamiento, repasé mentalmente todo el trabajo que me quedaba. Había bastante tráfico ese día o tal vez era yo que me estaba acostumbrando a pasar demasiados ratos sola y tanto movimiento me incomodaba. Voy a ser sincera, no todos los barrios son bonitos en Palm Springs, ni todos sus habitantes buena gente o famosillos. Por eso se me activó la señal de alarma cuando muy a lo lejos vi a alguien merodear alrededor de mi viejo Mustang. Apresuré el paso y ya estaba cruzando la calle cuando una descarga eléctrica me atravesó el estómago y me subió hasta la garganta dejándome totalmente paralizada. La silueta de un hombre parecido a Levi miraba con ambas manos al costado de los ojos el interior del coche. No le vi la cara, ni ese pelo me cuadraba con él, pero sentí que era él y en ese momento, una vez más, olvidé hasta respirar. Por lo menos lo hice, hasta que la realidad de verme casi arrolla por un descapotable con música a todo volumen me devolvió al momento con una ensordecedora pitada. Del susto cerré los ojos con fuerza y me tapé los oídos. Si ese era mi fin, no quería verlo ni oírlo. Pero no lo fue. Ni tampoco reaccioné. Tuvo que sacarme del medio de la calzada una mujer que presencié el momento. Tiró de mí, dejándome apoyada en una de las altísimas palmeras de la acera. Me apoyé al perder el equilibrio y noté como dañaba mi muñeca, eso iba a doler en frío. Cuando por fin abrí los ojos, fui consciente de que no había pasado nada, lo primero que hice fue mirar hasta el Shelby, pero ya no había nadie a su alrededor. ¡Lo que me faltaba! Levi no solo había vuelto a

mis pensamientos, sino que empezaba a sufrir alucinaciones, las mismas que sufrí los primeros meses tras el accidente.

Volví a casa conduciendo lentamente, tocando la muñeca que ya empezaba a dolerme y absorta en la situación que había vivido. Me afectaba volver a saber de él. Quizá, solo quizá, lo más lógico hubiera sido cortar esa especie de amistad que habíamos forjado virtualmente y que lo único que había conseguido era reafirmarme, más si cabía, cuánto lo amaba y lo extrañaba. A Levi, el mío, el de antes, aunque reconozco que el nuevo me encantaba. Era otro siendo él, o era él, siendo él mismo, y me gustaba tanto o igual que su otra versión.

Leia vino a recibirme y, claro, como la verja tenía la puerta rota, salió hasta el coche. Fue entonces cuando vi claramente que debía arreglarla. No me preocupaba que se escapara, pero sí que le pasara algo en mi ausencia. No me lo perdonaría jamás. Descargué solo lo que no pesaba, la bolsa con pequeñas herramientas y la de las bebidas que había decidido comprar antes de ir a visitar a Roxy. A ella le gustaba el vino blanco, a mí las Budweiser, así que compré de todo, parecía que iba a montar una fiesta y aún no me había confirmado ni la hora a la que vendría.

Acabé de pasar la pulidora con algo de dificultad por el dolor de mi muñeca. Aun así acabé, quería dejar la piscina más o menos en condiciones para poder pintarla de nuevo al día siguiente. Al acabar decidí tomarme una ducha. Debía dejar de agobiarme por el trabajo, en cuanto mi padre llegara, todo iría a otro ritmo. Dejé que el agua se llevara el sudor, el susto y mi agobio mental. Rebusqué hasta dar con un pañuelo rojo que conseguí en el concierto de Guns N' Roses en el Coachella, apenas tenía veinticuatro años entonces y guardaba ese pañuelo como uno de los mayores tesoros de mi vida. Tardé mucho en lavarlo, ya que lo lanzó Axl Rose desde el escenario y lo cogí al vuelo. Durante mucho tiempo lo lucí con orgullo, pero al final decidí guardarlo como una reliquia, sin embargo, para una ocasión como esa, merecía la pena volver a usarlo. Envolví la muñeca apretando, dejándole poco movimiento, y me lo anudé con la ayuda de los dientes. Sentí alivio al instante, así que ese pañuelo iba a acompañarme por unos días, pese a obtener la desaprobación de Roxy en cuanto lo viera.

Me dispuse a pasar una velada bonita junto a mi amiga y Leia, a base de cervezas y poco más. Tan solo rezaba porque no apareciera con el francés o, en el peor de los casos, que no apareciera. Me las pensaba beber de igual modo. Necesitaba darle un respiro a mi mente.

Contesté a los mensajes de Alan, esos en los que me decía cuánto me extrañaba y esas cosas, que desde hacía unos días habían empezado a rechinar en mi interior. Alan no solo había pasado a un segundo, quizá tercer puesto en mis prioridades. Aunque, siendo sinceros, creo que siempre estuvo ahí. La llegada inesperada de Levi a mi día a día, aunque fuera virtual, empezó a ocupar el primer puesto, cómo no. Así que no profundicé en los mensajes de vuelta a Alan, basados en monosílabos y poco más. Supuse que en cuanto pasara unos días nuevamente con él, volvería a convencerme de que era un buen tipo y no necesitaba nada más. Pero ¿era así? Claro que no. Todo lo que yo necesitaba egoístamente, era Levi, su voz, saber de él. No podía tenerlo pero podía sentirlo cerca y ni por asomo había algo más parecido a eso.

L:

¿Cómo te fue el día, Tali?

Sí, esa sí era la voz de Levi. Se oía música de fondo, estaba en un lugar con movimiento, estaba acostumbrada a oír sus audios con paz, pero esta vez no era así.

Natalie:

Pues muy bien, estuve reconciliándome con una amiga que estaba un poquito enfadada. Fui a hacer compras, pasé la pulidora al suelo de la piscina, aunque le queda pintura y un tratamiento especial. ¡Ah! Y monté el sofá nuevo. Ahora mismo estoy moribunda sobre él con las piernas colgando y tomando una cerveza.

L:

*¡Oh! Mataría por una cerveza. ¡Qué calor hace aquí!
Te aceptaría una cerveza encantado.*

Tali

Te invitaría a una. Ahí va (emoticono de la jarra de cerveza).

L:

*Creo que voy a buscar donde tomar una, seguro que encuentro algún lugar interesante
(emoticono del guiño de ojo).*

Tali:

¿No estás en tu casa? Oigo barullo.

L:

Hoy no, he salido a conocer cosas bonitas de la vida.

Tali:

Qué bien suena eso (emoticono de la sonrisa).

L:

La verdad es que sí. Redescubrir todo tiene su parte positiva. La primera es que no sé si las descubro o las redescubro, así que de igual modo es la misma sensación, de novedad y asombro. Y la segunda es que tengo la sensación de que la mayoría de estas cosas, mi yo de ayer, seguramente no las valoraba. Creo que era un capullo.

Tali:

No digas eso, no lo eras.

L:

Tal vez en la universidad no...

Hizo una pequeña pausa dentro de ese audio de voz que no entendí.

L:

*Pero tal vez ya de adulto, me refiero a antes del accidente.
Me temo que era un imbécil, no sé, ahora me cuesta adaptarme a ese mundo en el que supuestamente lo tengo todo. Cosas mías...*

Tali:

No te convencía mucho, no...

Se me escapó.

L:

¿Cómo lo sabes?

¿Seguíamos en contacto después de acabar los estudios?

Tuve que tragar saliva.

Tali:

No mucho. En realidad eso lo supuse yo solita. No me hagas caso.

L:

Claro que te hago caso, eres la única que sigue aquí, no me miente y parece que conociste a William, no a Tyler.

Me sentí fatal, porque le estaba mintiendo, claro que lo hacía. Era otra de esas personas que le ocultaba la verdad, nuestra verdad.

Tali:

En realidad, yo conocí a Levi, ni a uno, ni al otro, ya te lo dije.

L:

Sí, lo sé. Todavía es un desconocido para mí.

Tali:

Te caería bien —bromeé.

L:

Seguro que mejor que el capullo de Tyler.

Tali:

No digas eso, Tyler no era un estúpido, simplemente le costaba compaginar la fama con su verdadero ser.

L:

¿Y cómo sabes eso?

Tali:

Pues, porque conocí a Levi y de Tyler... Bueno, solo hace falta abrir internet y buscar su nombre para ver cómo estaba llevando la vida.

L:

Pues a eso me refiero, no me veo siendo ese.

Sonreí, porque el pobre no tenía ni idea de que él no era ese, dejó de serlo cuando me conoció y su comportamiento actual me corroboraba que después del accidente no volvería a serlo. Un pequeño destello de esperanza se cruzó ante mí.

L:

Cambiando de tema... Tali, cuéntame ¿cómo es Palm Springs?

Tali:

¿Qué quieres saber?

L:

No sé, cosas... ¿puedo llamarte?

Me quedé sin aire nuevamente. Tres, dos, uno...

Tali:

Sí.

15

El repartidor

Levi

Tali me estuvo hablando de Palm Springs, del carácter de sus habitantes, de sus lugares favoritos, del jardín botánico y zoológico Living Desert, de las montañas Santa Rosa y San Jacinto, de los conciertos del Coachella, del Walk of the Stars, de la enorme figura de Marilyn Monroe... La escuché con gusto, a la vez que se alzaba una sonrisa en mi cara difícil de controlar. De vez en cuando intentaba desviarla, formulando una pregunta que me acercara a algo más hacia dónde se ubicaba su nuevo hogar. Así que ella misma se fue delatando, dejando ir detalles de lugares que frecuentaba, hasta incluso llegó a facilitarme dónde estaba el colegio donde trabajaba. No era consciente de que toda esa información estaba siendo recabada con gusto. No me dijo el nombre de la calle exacta, pero sí del barrio, así que mientras la escuchaba con el manos libres, fui anotando esos detalles en mi aplicación de notas del iPhone. ¡Bingo! Más o menos, la tenía localizada. Ahora solo debía que encontrarla e improvisar un buen discurso para convencerla.

Saqué de la mochila un pantalón corto limpio y una camiseta de tiras de los Lakers. Me peiné hacia atrás y dejé que el cabello mojado fuera cayendo por su peso. Apenas me había crecido como para recogerlo detrás las orejas cuando me molestaba en los ojos, pero no lo suficiente para anudarlo bien. Como mucho, me hacía un moño pequeñito con la mitad del pelo, al estilo samurái. Me puse las gafas de sol y recé porque ningún seguidor me reconociera y menos aún alguien a quien supuestamente yo debiera conocer. Discretamente me marché de aquel lugar, miré al Corvette en el *parking* del hotel. No era una buena idea pasearse con un coche tan llamativo de un color tan estridente. Así pregunté en la recepción dónde podía alquilar otro vehículo y me dieron una dirección apenas a tres calles de allí. Alquilé una motocicleta, no quedaba mucho para elegir, y lo cierto es que mucho no me ayudó para pasar desapercibido debido al ruido que emitía, pero ya no era un deportivo de miles de dólares. Lo único a lo que no me atreví fue a ponerme ninguno de esos cascos y tuve que comprarme uno nuevo, no me importó, había sacado suficiente dinero como para vivir un mes entero. Ya podía inventarme una buena excusa para cuando Alisa se diera cuenta y, sobre todo, ya estaba tardando en dar la orden para que ella dejara de ver y manejar mis cuentas. De eso, supuestamente se iba a encargar Jenna en las próximas semanas.

Volver a subirme a un vehículo de dos ruedas fue extraño tras mi accidente. Recordaba perfectamente cómo conducirla, aunque la mía al parecer era de gran cilindrada y esta era como una motocicleta de repartidor. Apenas tardé dos minutos en cogerle en tranquilo. Me sentía un poco ridículo, solo me faltaba la mochila trasera para parecer un repartidor de pizza. A su vez fue

divertido, moverme por las calles de esa ciudad, como uno más. Me sorprendió ver que el *skate* era utilizado por sus habitantes como una modalidad de transporte más, no solo como deporte, te los encontrabas por cualquier esquina. Había que ir con cien ojos.

¿Debía llevarle algo? Tal vez presentarme con algo sería menos brusco. Paré y le compré un pequeño cactus, con una maceta muy cutre que decía: «Me acordé de ti». Lo sé, no era el mejor de los regalos, pero sin saberlo en ese momento, todo el conjunto del detalle fue muy significativo. Levanté el asiento de la motocicleta y lo introduje con cuidado en su interior. No sé por qué iba tan nervioso, no iba a conocer a la mujer de mi vida, o eso creí de entrada. No obstante, antes de emprender la marcha de nuevo algo llamó mi atención. Un bonito Mustang Shelby del sesenta y siete, mal aparcado, con una rueda subida al bordillo y tremendamente sucio. Me acerqué hipnotizado, acaricié el capó, dejando el rastro de la huella de mis dedos. ¡Dios! ¡Qué sucio! Mientras lo tocaba, algo se removió en mi interior y como por arte de magia recordé dónde lo había visto antes, o por lo menos uno igual. Saqué mi teléfono a toda velocidad y abrí la aplicación con la que hablaba con Tali, estaba seguro de que un vehículo como ese salía en sus fotografías y... ¡Bingo! Ahí estaba. Quise mirar a través de la ventana, no sé, por si reconocía algo en su interior que me asegurara que era su coche, pero no vi nada raro. No sé qué esperaba encontrar. Lo cierto es que podría ser el vehículo de cualquiera.

He de admitir que desperté alguna mirada, al pasearme lentamente por ese bonito y tranquilo barrio, con un vehículo tan ruidoso. Ni se me ocurrió levantarme el casco, solo me faltaba que alguien me reconociera para que se fuera todo al garete. Estaba confuso, buscaba una casa de la que apenas había visto un par de fotos y que poco mostraban. Necesitaba una pista más. Así que paré la motocicleta, mis oídos lo agradecieron y abrí la aplicación de nuevo. Repasé sus fotos, para encontrar alguna pista más, lo que fuera, algún detalle, nada llamativo. Sin embargo, sí hubo algo que llamó mi atención. Podía oír música grunge a lo lejos, provenía de un jardín que distaba de ser bonito, pese a tener el césped bien cortado, lucía de un color marronoso, con inicios de un verde intenso apuntando a un futuro mejor. Sonaba a todo volumen The Offspring, concretamente «Self-Esteem». Arrastré la motocicleta sin arrancarla hasta dejarla justo delante de la verja abierta de aquella vieja casa, saqué el cactus de debajo del asiento. Ni siquiera sé por qué lo hice, pero algo me decía que era ahí.

Al fondo dos chicas, una de larga melena y otra de piel oscura y pelo a lo afro, saltaban y cantaban la canción a gritos alzando un par de latas de cerveza. Se estaban divirtiendo de lo lindo, incluso sentí envidia por no poder compartir momentos así con alguien. Transmitían muy buena energía, algo me decía que iban un poco colocadas o bebidas. Pero ¡qué vitalidad! Daba gusto verlas brincar, con el cabello agitado y gritando. Así que medio hipnotizado por la situación me acerqué, sin quitarme el casco, hasta que una de ellas se percató de mi presencia. Empezó a reír a lo lejos.

—¡Vamos, Roxy, es el repartidor! ¡Te encantará ver quién es!

Definitivamente iban bebidas y yo, evidentemente, no era el repartidor de nada. Tan solo llevaba en mis manos el pequeño cactus.

Se acercaron con movimientos torpes, una tiraba de la otra entre risas. Cuando apenas estaban a

dos pasos de mí, la chica del pelo largo se sacó unos billetes del bolsillo trasero y alargó su mano para darme el dinero entre risas. Llevaba un pañuelo rojo anudado a la muñeca. No hice ni el intento por cogerlo, negué con la mano. Fue entonces cuando ella clavó su mirada en mis tatuajes. La miré a la cara y en ese preciso instante hubo un silencio mundial, sentí como si el mundo entero se parara. Retrocedió los billetes, asustada, siguió con la mirada los tatuajes de mi brazo hasta llegar a la cabeza. Me reconoció, pese a no haberme quitado el casco, pude ver cómo contuvo la respiración, la mirada se le había quedado totalmente paralizada y los ojos bien abiertos. Todo fue muy rápido. Me quité el casco con una mano, ya que con la otra sujetaba el cactus. Se me agitó hasta el alma. Era preciosa, más incluso que en esas fotos. Supe que era ella.

¡Te encontré, Tali!

16

Déjà vu

Natalie

Teníamos la música muy alta y no, no íbamos borrachas. Apenas hacía diez minutos que Roxy había llegado y bueno, yo sí me había bebido una cerveza antes, pero solo una. No obstante, la energía arrolladora de mi amiga arrasaba con todo. En cuanto oyó empezar la canción de The Offspring con la que habíamos saltado tanto de jovencitas, subió el volumen del altavoz y tiró de mí invitándome a saltar de nuevo, como si estuviéramos solas en el mundo, como si nada más importara. No opuse resistencia, alcé la lata al aire y empezamos a brincar y a cantar la canción a gritos, como adolescentes. Fue muy liberador y divertido. Llorábamos de risa al vernos la una a la otra de ese modo, con casi treinta años. Hacía tanto que no me sentía así...

Fue entonces cuando vi cómo el supuesto repartidor entraba sin permiso abriendo la verja. Deduje que no lo habíamos oído y el pobre se había cansado de esperar, y como supuestamente debía ser Ethan, no me importó que invadiera mi césped o, mejor dicho, mi proyecto de césped. No dejaba de pensar en la cara que iba a poner Roxy cuando se quitara el casco y descubriera que era Ethan, el mismo que estuvo loco por mí, pero se acostó con ella resentido y que a ella le supo a nada. Si más no, la situación se avecinaba divertida. Pero no lo fue.

Después de tanto tiempo volví a vivir una de esas situaciones a cámara lenta que tanto había caracterizado todo lo vivido junto a Levi. Y ahí estaba de nuevo. Cuando el chico no quiso aceptar mi dinero, mi cerebro ató cabos en cuestión de segundos. No llevaba mochila de repartidor, era demasiado alto para ser Ethan y sus brazos estaban tatuados. Me fijé en el izquierdo concretamente. Tres, dos, uno... ¡Levi! Era su brazo. Contuve la respiración y fui estudiando atónita su bíceps hasta llegar a su hombro, el cual se veía adornado entre la tinta y las cicatrices, creo que ni pestañear podía. Llevaba una camiseta de tiras de los Lakers, por donde asomaban tatuajes por todos lados, como brotando de su interior. No había duda, era él. Lo comprobé cuando se quitó el casco y me encontré con el intenso e intacto verde de su mirada. Todo en mi interior estaba a punto de derrumbarse, se me aflojaron hasta las piernas. Tenía una cicatriz que le atravesaba la ceja, y se intuía el inicio de otra que se adentraba en su frente hasta el cuero cabelludo. No llevaba el cabello muy largo, lo justo para que le tapara los pómulos. Se mesó el pelo en cuanto se sacó el casco, con ese gesto tan suyo y que tanto lo caracterizaba. No era un espejismo, era él. Con otro corte de pelo y con el rostro algo cicatrizado, pero él, sus gestos y su mirada.

Ninguno de los dos reaccionamos. Por un momento creí que estaba ante el Levi de antes del accidente, que había vuelto su memoria. Fueron unos fugaces segundos de confusión, mientras

dos miradas titilaban buscando respuestas la una en la otra. Justo cuando la mía se inundó y él hizo el intento por abrir la boca, Roxy nos sacó de esa extraña y confusa burbuja de reencuentro, por lo menos para mí lo era.

—¡Oh! ¡Dios mío! ¡Es el Culo Prieto!

Se llevó ambas manos a la boca y dejó sus ojos abiertos de par en par. Levi la miró totalmente confundido. No entendía nada. Tuve que girarme hacia Roxy y suplicarle con la mirada que no armara un escándalo. Me llevé disimuladamente del dedo índice a los labios y le pedí silencio. Lo captó al vuelo y decidió callar. Cerré los ojos y tomé aire antes de volver a mirarlo.

—¿Eres Tali?

Primer jarro de agua fría. No, no había vuelto su memoria. Seguía sin existir en esa cabeza.

—Sí. —Lo miré dudosa—. ¡Oh, Dios mío! ¿Qué haces aquí, Levi?

—¡Darte una sorpresa! Me diste envidia con la cerveza —hizo el intento por bromear.

—Pe-pero...

—No tengo a nadie más a quién recurrir. —Notó mi desconcierto—. Te he traído esto.

Alargó el brazo y me dio un pequeño cactus con una maceta blanca que decía: «Me acordé de ti». Tuve que hacer un esfuerzo descomunal por no largarme a llorar al leer eso. Ya que lo cierto era que no se acordaba de mí, estábamos a un palmo, y ¡maldita sea! ¡No se acordaba de mí! Él tan solo estaba desvirtualizando a esa supuesta compañera de universidad con la que había contactado a través de un chat. Ese era mi nuevo papel en su vida y a eso debía ceñirme. Acepté el regalo. Pasó a ser mi nueva reliquia, por encima incluso del pañuelo de Axl Rose.

—Gracias, Levi, no tenías por qué.

—No quería aparecer con las manos vacías, siento no haberte avisado. La verdad es que ha sido todo de improviso, lo pensé, lo hice y aquí estoy. ¿Puedo darte un abrazo? ¿O es muy raro?

No contesté, tan solo sonreí nerviosa, miré por el rabillo del ojo a Roxy, que seguía muda. Entendió que le di permiso y se abalanzó y abrazó de una manera extrañamente dulce. Me retuvo un poquito más de lo normal en sus brazos. No sé si disfruté ese momento, debido a la confusión de verme de nuevo en su pecho, pero sin sentirme con el derecho a abrazarlo como hubiera deseado. Así que apenas lo toqué, sin embargo, él sí lo hizo. Creo que estaba intentando analizar ese momento, rebuscando en su memoria algo parecido. O eso es lo que yo quería creer. Pero no surgió efecto. Me dejó ir y solté el aire de golpe, no me había percatado que lo estaba reteniendo. Era Levi, y continuaba quitándome la respiración.

—Ella es Roxy, una amiga.

Me temblaba la voz, tuve que carraspear.

—¿También fuimos juntos a la universidad?

Él, sonriente y amable le tendió la mano, ella me miró mientras la estrechaba, buscando una respuesta en mis ojos. La pobre no sabía qué debía contestar.

—Esto... No. Yo solo te conozco de aquella película en la que salías de la piscina con un bóxer...

Tuve que interrumpirla, porque Roxy no tenía filtro para estas cosas.

—Roxy, anda, hazme un favor. Ves a la nevera a por unas cervezas, las vamos a necesitar.

Supo que me estaba deshaciendo de ella y no rechistó.

—¿Quieres pasar?

Lo invité amablemente.

—Por favor.

Y cuando estábamos a punto de llegar a la mesa del jardín, Leia salió de dentro de la casa a toda velocidad sin reparar en mí y se abalanzó sobre Levi con tanto desespero y tanto amor, que consiguió desestabilizarlo.

—¡Leia! ¡No! —grité sin éxito alguno.

—No pasa nada, me gustan los animales.

Lo lamía y le aullaba a la vez. Estaba loca de volver a verlo y olerlo, deseé ser ella. Movía la cola a un ritmo vertiginoso, saltaba, quería lamerle la cara sí o sí. Él, evidentemente, no lo entendió. Pero se agachó y se dejó querer por la perra, mientras la acariciaba y rascaba su peluda barriga.

—Es muy efusiva, ¿no?

—Sí, creo que le has caído bien.

No reconocía ni a la que había sido su propia perra. Estaba todo perdido. Aun así, me gustó presenciar ese reencuentro.

Cuando Leia por fin se relajó un poco, lo invité a sentarse junto a la mesa de madera.

—¿Esta es la que lijabas el otro día?

—Sí.

La tocó con suavidad.

—Te ha quedado genial.

Sonreí. Roxy apareció con cervezas, esta vez con botellas de cristal.

—Yo, si no os importa, me serviré una copa de vino blanco. ¿Vino o cerveza? Tyler... Levi... o como sea —le ofreció mi amiga.

—Levi —me miró cuando pronunció su propio nombre—, suena genial, mucho mejor que Tyler. Y cerveza, por favor.

No podía dejar de mirarlo. Estudié cada movimiento, cada cicatriz que desconocía. Levantó la cerveza con el brazo izquierdo, hasta llevarla a sus labios, esos que tanto había extrañado, pero no me detuve en eso, sino en el tatuaje del rayo del costado de la muñeca. ¡Oh, no! Rápidamente intenté tapar el mío y sentí alivio al comprobar que el pañuelo de Axl lo cubría perfectamente.

Durante un momento ninguno de los tres sabía qué decir, era una situación demasiado surrealista. Levi estaba sentado en mi jardín con nosotras. ¿Qué había pasado? ¿Cómo había llegado hasta ahí? Tenía muchas preguntas por hacerle, pero no quería que Roxy me viera mentirle de esa manera, fingiendo que tan solo habíamos sido compañeros. Por suerte, esta vez sí, la motocicleta de Ethan nos traía la comida. Me puse en pie para salir a pagarle rápidamente y que no llegara a reconocer a Levi, pero él fue mucho más rápido. ¡Maldita puerta rota!

Ethan avanzó hasta casi llegar a nosotros a la misma vez que yo lo hacía en su dirección. Me apresuré de nuevo a sacar los billetes de mi bolsillo trasero. Le arranqué las cajas con las pizzas y le obligué a coger los billetes. Se dio cuenta enseguida de que estaba apresurándolo para que se

fuera. Así que ni corto ni perezoso se levantó el casco hasta dejárselo apoyado sobre la frente y miró hacia la mesa. Reconoció a Roxy enseguida.

—Podías haberme dicho que iba a estar ella —me recriminó.

—Sigue siendo mi amiga. Ella no hizo nada malo. Ni siquiera tú lo hiciste.

—Natalie, yo... fui un idiota. No debí...

En ese instante, Levi se giró a comprobar el motivo de mi tardanza y al pobre de Ethan se le cayó el mundo encima. Frunció el ceño, volvió a mirarnos a todos.

—¿Esto qué es? ¿Un puto *déjà vu*? ¡Que os follen a todos!

Se bajó el casco y se fue indignado ante la mirada de incompreensión de Levi. Roxy explotó en risas y yo me sentí fatal por Ethan. Volví disimulando, como si no hubiera pasado nada. Y solté las pizzas en la mesa.

—¿Así de majos son los repartidores en Palm Springs? —quiso saber Levi mientras oíamos la motocicleta alejarse y Roxy intentaba recobrar la compostura. No sabía cómo excusar ese momento, pero la bocazas de mi amiga sí.

—Pobre Ethan. —Se le escapó otra risita—. Digamos que es un casi ex-nada de las dos.

¡Toma! ¿Era necesario, Roxy? ¡Quería matarla!

Levi levantó las manos en son de paz.

—No sé qué significa ser un ex-nada, pero prefiero no saberlo.

Me miró de reojo y me regaló una sonrisa pícara de complicidad. Por poco me fundo y por poco fundo a Roxy con la mirada.

Lo invitamos a quedarse con nosotras a cenar. En realidad, mi amiga lo hizo y él se quedó encantando. Poco a poco fueron fluyendo las conversaciones. Roxy empezó a preguntarle cosas, tales como; qué se sentía al no recordar a su hermana; o su hogar; su trabajo. Levi contestaba con una sinceridad aplastante, conseguía encogerme el alma con sus vivencias, yo apenas hablaba. Lo escuchaba. Para hablar ya estaba Roxy, que nos contó cómo había acabado tirándose al francés en la trastienda de la peluquería.

—¡Roxy! —la increpé—. No creo que debas contar eso aquí.

—¿Por qué? No parece molestarle. Además, yo soy así. Mira, no es mi intención ir por ahí mostrando algo que no soy, ¡esto es lo que soy! Lejos de mi nombre o apellido. ¿Te gusta? Bien. ¿No? No es mi problema.

A Levi se le escapó una carcajada muy natural.

—Me encanta esa filosofía. —Brindó con ella—. Tienes toda la razón. Además, eso está bien cuando tienes claro quién eres y cómo eres.

—Exacto. Pero en tu caso, mi nuevo amigo Levi, tú tienes la oportunidad de ser quien quieras ser. Se te ha brindado la mejor oportunidad del mundo. Empezar de cero, vivir todo de nuevo, ser como ahora te salga ser, decidir por qué camino andar, volver a enamorarte... —La muy hija de... me miró—. Resumiendo, ahora eres el arquitecto de tu vida. No dejes que nadie te imponga nada. Creo que ya no tienes nada que perder.

Roxy nos dejó mudos con su reflexión. Levi asintió y tuvo un gesto muy bonito e inesperado, cogió la mano de Roxy y la apretó durante unos instantes. Esos dos habían conectado bien y juro

que jamás había visto a mi amiga dar un discursito de ese calibre. Me la quise comer a besos, pero me dediqué a sonreírle agradecida.

Seguidamente se levantó.

—Bueno, chicos, la velada es perfecta, pero mi francés me espera hace más de media hora y creo que tendréis cosas de qué hablar.

Casi entro en pánico. ¿Qué? ¿Iba a marcharse y a dejarme a solas con él? Pues sí.

—Encantada de conocerte, Levi. Si necesitas saber algo de tus pelis, solo dímelo. Puedo describirte al dedillo la ropa que usabas en cada escena.

—Roxy... —le avisé sin añadir nada más.

—Mañana te llamo, Natalie.

Me besó la cabeza, acarició a Leia y se marchó.

El silencio se aposentó en aquella mesa por un momento.

—Así que en verdad te llamas Natalie...

17

El grifo

Natalie

—Me alegra saber que no soy el único con varios nombres.

—En eso coincidimos.

Di un trago largo porque no sabía qué más añadir. Se acabaron las cervezas y las tonalidades rosadas y anaranjadas dieron paso a una noche estrellada. Levi levantó la vista, fascinado.

—A veces tengo la sensación de que recuerdo cosas, pero la mayoría de las veces lo único que recuerdo son sensaciones, no momentos.

Me sorprendió con la confesión.

—Mientras sean sensaciones buenas, está bien.

—Como ahora. Miro este cielo estrellado, inmenso y es como si lo que siento al observarlo ya hubiera pasado alguna vez por mi alma —exhaló, sonó a suspiro—. Pero de nada vale así.

—No digas eso, claro que vale. Si te hace sentir bien, vale. La damos por buena —bromeé.

Me miró dulcemente. Suspiró, ahora sí, e inclinó la silla hacia atrás.

—Creo que ya va siendo hora de que me vaya.

Se tambaleó al levantarse. Y sentí pánico de pensar que iba a volver a subirse a esa motocicleta por pequeña que fuera sin estar en plenas facultades.

—¡Tengo helado! ¿Te apetece? Y tumbonas nuevas al lado de la piscina vacía. Podemos comernos el helado y miramos un rato el cielo, así se te pasa un poco el efecto del alcohol. No me parece buena idea que conduzcas bebido.

—Te acepto el helado.

No rechistó.

Entré en la casa en busca del congelador. Al salir, Levi jugaba con Leia tirado en el césped seco. Los observé desde la puerta. Esa debía haber sido mi vida. Tuve que recoger con el pañuelo de la muñeca esa lágrima rebelde que no obedeció la orden de no salir. No era mi Levi, era otra versión que cada vez me gustaba más. Un Levi que se sentía libre, que no hablaba de deberse a contratos millonarios ni a obligaciones, por lo menos no estando en Palm Springs.

Nos acomodamos bien en las hamacas, Leia se sentó entre los dos. Le cedí su helado y decidí que había llegado el momento de hacer yo las preguntas.

—¿Cómo has hecho para poder escapar hasta aquí sin que te persigan tus fans, tu mujer o tus obligaciones?

—En primer lugar, aún no tengo obligaciones, no he vuelto a trabajar. No me veo capacitado, aunque todo apunta a que tendré que intentarlo en breve, se me acaban las excusas. Y en segundo

lugar, a Alisa, mi mujer se llama así. —Se me removi6 el est6mago entero—. A ella he tenido que decirle que estoy con Leonardo DiCaprio.

—¡No me digas! En su nueva casa, ¿verdad? No se habla de otra cosa por aquí.

—Lo vi en la televisión y no dudé, me cuadró para improvisar una coartada. Ya que Leo había sido uno de los primeros que vino a visitarme tras el accidente. Pero lo cierto es que no he vuelto a verlo, para mí sigue siendo un extraño. No obstante, Alisa se lo tragó.

—Pero ¿le estás mintiendo a tu mujer?

—Natalie, yo no quiero parecer un desagradecido ni nada por el estilo. Le agradezco todo lo que ella hace por mí, pero sé que me miente. ¿En qué exactamente? No lo sé, por eso estoy aquí, quiero averiguarlo.

—Sigo sin entender ¿para qué necesitas encontrar a la chica del centro?

Tragué saliva con dificultad.

—Creo que ella es la calve en todo esto. Sabrá qué hacía yo en ese centro, si era realmente un drogadicto, si ella era simplemente mi camello o si, por lo contrario...

—Por lo contrario ¿qué?

Tomé aire antes de oírlo contestar.

—Creo que me enamoré de esa chica.

Se me agitó la respiración y la vida entera, traté de que no se me notara. Me metí otra cucharada de helado, pero me costaba tragarla. Cuando por fin lo hice, carraspeé y seguí.

—¿Y qué pasará cuando la encuentres? Seguirás sin recordarla.

—O tal vez no. Tal vez en cuanto la vea, haga que algo se active en mi interior y pueda reconocerla.

Sentí pena por esa ilusión, ya que sabía de cierto que no había sucedido así.

—Esas cosas solo pasan en las películas, lo sabes, ¿no?

—Sí, lo sé —dijo con voz apenada—. No sé qué va a pasar cuando la vea. Creo que si me confirma que estuvimos enamorados, podré hacer el intento de volver a quererla.

—No creo que el amor funcione así. O se quiere o no se quiere, no puedes obligarte a querer a alguien porque antes lo hacías. Hay una frase de Julio Cortázar, de su obra *Rayuela*, que dice: «Como si se pudiera elegir en el amor, como si no fuera un rayo que te parte los huesos y te deja estaqueado en la mitad del patio». —Lo miré y sentí que ese rayo volvía a atravesarme—. Es uno de mis autores latinos favoritos. —Sonreí nerviosa, como si fuera algo ridículo leer en ese idioma. Bajé la mirada y volví enseguida a posarla sobre su rostro. No podía dejar de mirarlo, le hablaba a su alma, pero solo escuchaban sus oídos.

—Tal vez tengas razón. Llevo un rayo en mi piel, supongo que era algo significativo.

Giró la muñeca y me lo mostró. Sonreí al recordar el momento en que nos lo tatuamos. Eché un vistazo rápido para comprobar que el mío seguía oculto.

—A lo que me refería es... ¿Has podido obligarte a volver a actuar? No, ¿verdad? Ya no eres el mismo. Roxy tenía razón con su discursito, «permítete ser quien quieras ser, tú que puedes. Los demás hacemos lo que podemos con el papel que ya tenemos aprendido».

—Joder, qué mal suena eso.

—Simplemente acepto dónde la vida me ha delegado. Hace ya casi dos años que volví de New York y lo hice aceptando que aquel no era el lugar donde debía estar. Supe aceptarlo y dejé de sufrir para nada.

—Pero ¿no me habías dicho que apenas hacía unos meses que habías vuelto a Palm Springs?

¡Mierda! ¡Si es que se pilló antes a un mentiroso que a un cojo!

—¿He dicho años? ¡Estoy fatal! Meses, quería decir meses.

No sé si le convenció porque se quedó callado como analizando lo ocurrido. Así que quise volver a la conversación.

—¿No te parece que algo no está bien en todo esto que quieres hacer? ¿Qué me dices de Alisa?

Pronunciar su nombre no era de mi agrado. Debía controlar el mal humor que me producía recordarla con esa soberbia, queriendo sobornarme.

—Es mi mujer. Supongo que la quiero o la quería. No lo sé, ni siquiera sé si la quería y si simplemente le fui infiel con un desliz o si estaba loco por la chica del centro, o por lo que me daba, que tampoco sé si era amor o drogas. Necesito saberlo para seguir con mi vida, de una manera o de otra. ¿Lo entiendes?

—Levi, no sé si soy la más indicada para ayudarte.

—¿Por qué? Vives aquí y eres la única que no pretende sacar nada a cambio de mí y no me miente.

Tuve que callar. El sentimiento de culpabilidad por mentirle en casi todo empezaba a ahogarme.

Dejamos que el silencio nos acompañara hasta finalizar el helado. Leia ya se había levantado y esperaba en la puerta de la casa para entrar a dormir.

—Gracias por este rato, Natalie, y da las gracias a Roxy por su energía, me ha gustado su sinceridad, en todo.

Sonrió, supuse que había recordado la parte en que nos contó lo de la trastienda.

Volvió a levantarse y volví a sentir ese miedo, porque se fuera.

—Levi, no me hace gracia que subas a esa moto después de lo ocurrido. Acabo de montar el sofá nuevo. Me gustaría que te quedaras a dormir, porque solo de este modo, yo lo haré tranquila.

Me miró. ¿Qué buscaba en mi mirada? ¿Por qué no dejaba de hacerlo?

—A eso no se le puede llamar motocicleta —bromeó entornando los ojos—. En serio, no quiero molestar más, bastante haces por mí.

—Todavía no he hecho nada.

—Y no voy a forzarte a que lo hagas.

—Quédate —insistí.

Sonrió. Se dejó ganar la partida.

—¡Veamos ese sofá!

Como no tenía sábanas de ese tamaño, le dejé una de las grandes. Aunque con el calor que hacía, estaba segura de que no iba a utilizarla.

—A tu derecha tienes la cocina. —Le señalé la barra larga de madera la separaba del salón

donde iba a dormir él y donde coloqué el cactus que me había regalado.

—No hay gran cosa en la nevera, pero leche, algún yogur o helado encontrarás. Por si te da hambre a medianoche. Y al fondo del pasillo está el baño. Mañana te muestro la casa. Ahora descansa y duerme la mona...

Me moví nerviosa y torpe en mi propia casa. Lo cierto es que estaba un poco caótica, herramientas y pintura por todos lados.

—No soy el único que va a dormir la mona...

Nos reímos a la vez, sincronizando de nuevo nuestras sonrisas. Seguía siendo él, seguía existiendo nuestra conexión, estábamos sin estar y yo no sabía qué hacer, si decirle la verdad, arriesgando a que todo se fuera al garete o quedarme en su vida en calidad de amiga. De momento esa última opción era por la que se decantaba la balanza que sostenía toda nuestra nueva historia.

Como era de esperar, me costó conciliar el sueño. Deduje que Leia subiría más tarde cuando acabara de disfrutar de la compañía y las caricias de Levi, ella que podía. Lo había estado extrañando también. Pero pensé que no tardaría en subir. Mi mente empezó a deambular por recuerdos del pasado y del presente, cómo no, sabía que en cierto modo seguimos conectados y no quería romper esa conexión, quería aferrarme a ese hilo que me ataba a su alma. Tanto pensé en eso que tuve la sensación de que, si cerraba bien los ojos y me concentraba, podía oír su respirar desde la habitación. Y cuesta creer, pero lo escuchaba, sí, igual que su latir, como si estuviera a mi lado mismo. Solo así conseguí dormir unas pocas horas. Y digo pocas, porque no eran ni las siete de la mañana cuando el sonido de algo chocando contra el suelo me despertó. Abrí los ojos y Leia no estaba conmigo, de hecho, no la recuerdo en toda la noche a mi lado. ¿Qué había sido eso?

No pensé en Levi, estaba claro que mi cabeza lo había asimilado como parte de un sueño, así que me levanté en bragas, con el pelo enmarañado y con un poco de resaca. Tanto por rutina como por inercia y casi sin abrir del todo los ojos, me acerqué al baño y nada más poner un pie en él, tropecé con algo. Miré hacia abajo con los ojos aún medio pegados y había alguien estirado en el suelo. «¡Joder!», grité como si hubiera visto al mismísimo Jack el Destripador.

Levi se quiso incorporar al momento golpeando su cabeza con una tubería, mientras yo asimilaba qué demonios estaba pasando y Leia nos miraba con cara de no entender nada.

—¡Lo siento! ¡Lo siento! No pretendía despertarte.

—¿Despertarme? Casi me da un infarto, menudo susto de muerte.

Aún no entendía bien qué pasaba. Le habla con la mano en el pecho porque se me iba a salir el corazón.

—No podía dormir más, no dejaba de oír el grifo gotear. Lo siento. Encontré herramientas y ya está solucionado, estaba comprobando que había abierto de nuevo el paso del agua.

Tardé en contestar porque mi cabeza voló a aquel momento en el que habíamos organizado un encuentro en un baño del centro para poder charlar tranquilos y donde yo, supuestamente, debía arreglar un grifo.

«Yo arreglaré ese grifo, si tú apareces por allí y me hablas no será culpa mía... Y si aparece

Bárbara, más vale que te esfumes, si hace falta te metes en una de las duchas».

Ese mismo encuentro al que no se presentó y me quedé plantada, furiosa y arreglando la dichosa canilla.

—Pues... Gracias —atisbé a decir.

Me miró de arriba abajo, intentó desviar la vista varias veces, para que no me incomodara al darme cuenta de que iba con una camiseta de los Rolling Stones y braguitas. Pero lo hice, me ruboricé y ridículamente estiré la camiseta, que apenas me llegaba por encima del ombligo. Sin embargo, no fue eso lo que me dejó fuera de lugar, sino que me miró, se quedó como en trance unos instantes y añadió:

—¡Bárbara! Creo que la chica del centro se llamaba Bárbara...

18

Paseo matutino

Levi

Allí estaba yo, rascándome la cabeza por el golpe que me había dado con la tubería, cuando al levantar la cabeza Natalie que para mí ya no volvería a ser más Tali, se encontraba de pie con las manos en el pecho del susto que se había dado. Llevaba una camiseta de los Rolling Stones con la enorme lengua tan identificativa y unas braguitas negras con rayos rojos. Me costó hasta tragar saliva. Tenía una piernas bonitas y sexys, no eran huesudas ni delgadas, más bien rellenas y moldeadas. La camiseta le llegaba justo por encima del ombligo y estaba muy despeinada. Era la imagen más sexy que había visto en mucho tiempo, lo supe enseguida cuando involuntariamente mis partes bajas reaccionaron cobrando vida y tuve que esforzarme por mantener una postura que no me delatara. Solo me faltaba eso, que creyera que era un perverso o algo peor. Pero es que Natalie era todo un conjunto desordenado de cosas que la hacía tremendamente sexy. Era muy femenina, pero con su lado masculino muy despierto. Lo que venía siendo una tía preciosa, que podría patearle el culo a cualquier idiota sin pestañear. Me pregunté qué tan malo le habría hecho en el pasado para que siguiera con la farsa de buenos compañeros de universidad, cuando mi hermana ya me había confirmado que ni siquiera fui a la facultad.

Fue justo cuando le estaba contando que había estado reparando el goteo incesante de ese viejo grifo. Detuve la mirada en su rostro sonrojado que tanto me estaba gustando y empecé a oír de nuevo voces en mi interior. Una conversación que subía y bajaba de volumen sin sentido y de la que apenas rescataba palabras sueltas. «Grifo; duchas; no será culpa mía; Bárbara». ¡Eso era! ¡Bárbara! Tenía que ser el nombre de la chica, estaba seguro.

—¿Qué?

Me miró algo más que confusa.

—Natalie, ya lo tengo, creo que se llama Bárbara.

—Pero... ¿por qué ese nombre? ¿Qué ha pasado, Levi? ¿Es que has recordado algo?

Se interesó efusivamente.

—Ojalá. —Me agaché a recoger la llave inglesa—. Es solo que a veces tengo destellos de conversaciones, palabras sueltas. No es nada, no me valen para nada.

Se quedó paralizada un instante.

—Bárbara es un nombre muy feo.

Y tras soltar semejante comentario sin sentido se dio media vuelta y se metió en su habitación.

Supongo que ese era el precio que debía pagar por querer que Natalie me ayudara. Era como si a ratos estuviera enfadada conmigo y a ratos me mirara con ternura y no voy a negar que en

alguna ocasión, en el jardín, la había pillado mirándome de otro modo, pero enseguida disimulaba, lo sé porque a mí me pasaba lo mismo con ella. Me gustaba esa chica, me atraía de una manera extraña, pero no estaba allí para eso. Venía en busca de respuestas para entender y facilitar mi nueva vida, no para complicarla más.

En cuanto oyó que abandonaba el baño se metió en la ducha. Toda esa situación era muy extraña. Estaba en casa de una desconocida, con la que conectaba mágicamente bien, con una perra que adoraba mis caricias, intentando hacer café en una vieja cafetera y sin dejar de pensar en cómo el agua debía estar resbalando por su cuerpo. Así que di el primer trago a un delicioso café con una erección que me pilló por sorpresa, igual que su presencia.

—He olido el café desde el baño y vengo levitando.

Me entretuve en observarla sin despegar los labios de la taza, y posando una mano sobre mi entrepierna para disimular lo que estaba pasando ahí. Llevaba unas zapatillas Converse de color negras, piernas morenas fornidas y preciosas, shorts muy cortos y camiseta de tirantes de color gris jaspeado del grupo musical AC/DC. El pelo le goteaba sobre el hombro y la cara le brillaba, deduje que por alguna crema facial. Fue el trago más largo y placentero —que yo recordara— que había dado en mi vida.

—Veo que eres muy musical. —Apunté a su camiseta con las cejas.

—¿Yo? ¿En qué lo has notado?

Sonreí de nuevo a su sarcasmo a la vez que le serví una taza de café.

Al dársela rocé sus dedos y me fijé en ese pañuelo de color rojo anudado a su muñeca. El día anterior también lo llevaba.

—¿Qué te ha pasado en la muñeca?

Rápidamente soltó la taza y levó su mano hasta el pañuelo, como queriendo comprobar que seguía ahí.

—Esto... Soy muy torpe. Si te digo que casi me atropella un coche y que cuando alguien me sacó de la calzada me golpeé con el tronco de una palmera que se cruzó en mi camino, ¿me creerías?

No pude evitar imaginarme la situación y me eché a reír.

—Es una versión creíble como cualquier otra, pero dudo que fuera la palmera la que se cruzara en tu camino, tienes pinta de ser tú la que se cruza en el camino de los demás.

¡Ups! ¿De verdad dije eso? Creo que la incomodé, volvió a coger su taza de café y salió al jardín. Salí tras ella.

—Natalie, lo siento, no quería que sonara raro.

—Nada, tranquilo, no has dicho nada malo. En realidad, soy muy torpe. Es simplemente que para ti seguro que tiene un significado diferente al mío.

—Cuéntame el tuyo.

—¿Qué? ¡No! Lo mío es mío. ¡Leia! ¡Ven aquí!

Le puso comida y agua a la perra.

—Cada mañana damos el paseo matutino. ¿Quieres acompañarnos? Bueno, no sé si te apetece, claro. Tampoco quiero entorpecerte, si tienes que irte, vete, ya no te quiero retener más, yo...

Tuve que cortarla porque había entrado en una espiral de parloteo sin sentido. Eso me hizo mucha gracia.

—Natalie. —Se calló en seco—. Os acompaño con mucho gusto.

La situación era rara, lo reconozco. Había dormido en su sofá con esa perra a la que le había caído fenomenal y ella se comportaba como si no quisiera que me fuera. Lo cierto es que yo no quería irme. Mientras paseábamos incluso llegué a olvidar el verdadero cometido de mi paso por Palm Springs. Esa carismática chica de trasero bonito y pronunciado me hacía sentir bien. Desde que desperté en mi nueva vida no había conseguido el nivel de tranquilidad y calma interna que ella me proporcionaba, con sus conversaciones, su casa vieja y esa perra que se derretía de amor por mis caricias. «Ojalá lo hiciera ella», pensé mientras la veía soltarle a Leia la correa para que fuera a corretear libremente. Tuve que amonestarme a mí mismo por tal pensamiento fuera de lugar. Y es que existía una nueva evidencia, al margen de lo que había sido mi vida y de lo que venía buscando, esa mujer despertaba algo en mí. No podía identificar qué era, tampoco era nada descabellado pensar que podía ser una reacción natural ante una mujer con tanta personalidad y belleza. No sé si mi otro yo se fijaba en chicas como ella, pero el actual estaba claro que lo hacía. Busqué una respuesta racional y opté por convencerme de que simplemente mi cuerpo reaccionaba ante ella, aún no sabía qué era el alma quien lo hacía.

Definitivamente Leia se había enamorado de mí, ya que estando suelta seguía sin moverse de mi lado y si se avanzaba un poco, volteaba la cabeza para comprobar que seguía junto a Natalie.

—Creo que le gusto a tu perra. No me quita ojo.

Quise bromear, la miré mientras caminábamos paralelos en una acera bastante amplia. Sin embargo, lo hacíamos muy cerca el uno del otro, como si nos conociéramos de siempre. Entendí esa cercanía, porque ella tal vez la sentiría al recordarme de una vida pasada, pero yo la tenía y la sentía de un modo natural.

—Ya lo veo. Será una fan tuya. Le gustará aquella película que rodaste en un pueblecito de El Colorado y eras veterinario.

—¿En la que hice de Logan? *Destino Golden River* se titula. Me gustó, la vi hace poco.

—¿Has tenido que volver a ver tus películas?

—Sí, todas, y siendo sinceros, siento vergüenza de alguna que otra. De verdad no sé en qué pensaría cuando elegía esos papeles.

—Pues en el dinero. En ese mundo es lo que manda.

Utilizaba una tonalidad un tanto despectiva cuando se refería a ese mundo.

—¿Tú las has visto? Ese precisamente es un gran filme.

Tardó en contestar. Como si estuviera pensado la respuesta. Solía hacerlo a menudo. Daba la sensación de que medía sus palabras.

—Sí, sí la he visto. Me encantó. Aunque, no sé si te lo he dicho, pero no soy muy cinéfila. Tengo las nociones básicas de cine, basadas en clásicos, pero sí, he visto todas las tuyas.

—Así que eres tú la fan...

Levanté una ceja apuntándola, bromeando. Conseguí que riera. ¡Dios! ¡Qué sonrisa!

—No es lo mío el cine, yo soy de música total. Soy una *rock máster*. Me encanta, también toco

un poco la guitarra.

—Pues te encantaría el hotel en el que he ido a parar.

—¿Estás en el Hard Rock? —asentí—. Debe ser increíble.

—Puedes venir a verlo, te enseñaré mi habitación.

Me miró de reojo y supe que había sonado raro.

—No, no, perdona. Ha sonado fatal. Yo... Solo... Vamos, que no era con esa intención.

Volvió a sonreír.

—Ya lo sé. Es solo que me gusta ver cómo te incomodas. Estas cosas las solía hacer tú yo de ayer.

—¿De verdad? Qué era, ¿un arrogante, engreído?

—No. Más bien, un tío seguro de sí mismo, con chulería, y sí, a veces un poco prepotente, con pinta de malote, pero que cantaba Alicia Keys.

—Nooo. ¿Yo? ¿Cuándo?

La vi dudar.

—Ya sabes, en aquella época, cuando estudiábamos.

—Tengo una duda, Natalie. —La miré de reojo, pero no dejé de caminar—. Está claro que soy mayor que tú...

—No tanto.

Me interrumpió sonriendo. Sin embargo, vi la ocasión de empezar a investigar qué demonios le había hecho en el pasado para que me escondiera cosas. No imaginó lo que le iba decir.

—¿Cómo es que coincidimos en los mismos años universitarios?

19

El trato

Natalie

¡Tierra, trágame!

Cuando me surgió la brillante idea de inventar lo de la facultad, no pensé que tuviera que argumentarlo en ningún momento, era una mentira poco construida, más bien improvisada y carecía de solidez. ¿Cómo iba a pensar que acabaría por preguntarme algo así? O, peor aún, ¿quién iba a imaginar que estaría aquí paseando a mi vera?, ¿que acabaría durmiendo en mi sofá? ¡Era de locos! Todo era un sinsentido. Pero estaba pasando y él tenía sus propias dudas. Nunca fui buena en el arte de mentir.

—Buena pregunta. No sé, era mi primer año, tú ya estabas allí, creo que en el último.

—Pero...

¡Nooo! Supliqué al universo no tener que contestar a eso y, como por arte magia, se me concedió ese respiro. Por suerte, Leia se había visto inmersa en una persecución tras un gato siamés, así que salir a toda prisa detrás de ella como una loca gritando su nombre, bastantes metros más allá me dio un respiro. Mi perra no era perfecta, odiaba los gatos y no me gustaba nada esa faceta suya, pero ese día me salvó el momento. ¡Uf! Menos mal, al final la conversación quedó en el aire.

Volvimos algo alterados de nuevo a la casa. Lo cierto era que visto con perspectiva fue un momento extraño y fácil de analizar, por suerte Levi no estaba en ese punto en el que hubiera podido enlazar lo que pasó entonces. Yo corriendo tras Leia, la cual ignoraba todos mis intentos por detenerla. Creo que en total debí gritar su nombre unas doscientas veces. Sin embargo, no se detuvo hasta que Levi decidió intervenir con un único grito, profundo, con voz grave y autoritaria. La perra se dio media vuelta, lo miró y vino a su lado, como si nada, dejándome en total evidencia y con la boca abierta. Hacía un año que Leia era totalmente mía, sin embargo, la perra tenía muy interiorizado quién era su dueño, quién la sacó de aquel centro, ella, del mismo modo que yo, lo había elegido a él. No la culpo, ni siquiera me enfadé cuando la vi obedecerlo a él. Y es que cuando enlazas tu alma a alguien, generas un vínculo inquebrantable por más adversidades que te imponga la vida. Y allí estábamos Leia y yo, enlazadas al mismo hombre sin él saberlo.

Al entrar volvió a mirar la puerta de la verja con le picaporte roto.

—Puedo arreglarlo. Si me dejas, claro.

—Yo también puedo, ya lo haré, no te preocupes, es que son demasiadas cosas. Todo se andará.

—Pero no puedes jugártela a que Leia se obceque con algún otro gato y salga así de poseída. Podrían atropellarla.

—Tienes razón.

—Venga, tú vas a seguir con lo tuyo y yo me encargo de esto, de verdad que no me importa, me hace sentir útil.

Ya había escuchado eso con anterioridad de su boca. En el centro, cuando se empeñaba en querer ayudarme, alegando lo mismo, que quería sentirse útil. Era entonces importante para él, y deduje que también lo era en ese momento. Así que lo dejé. Ya sabía dónde estaban las herramientas, así que me dediqué a espiarlo de lejos con su camiseta de Lakers, sus piernas fornidas y poco peludas, su gorra al revés, sus cicatrices rosadas en la frente y sus tatuajes sexys. Volví a introducirme en la piscina vacía escoba en mano, habían caído ramitas secas del jardín, así que antes de empezar a llenarla había que limpiarla. Agachaba la cabeza rápidamente cuando él volteaba la suya y me encontraba sujetando el palo de la escoba sin hacer nada, totalmente embobada. Tuve que esforzarme en centrarme en mi cometido. Me puse las pilas y le di un limpiado rápido, quería acabar antes que él. Comprobé que todo estaba correcto, la pintura había quedado perfecta y ni se notaba que unos días atrás había estado totalmente agrietada. Me sentí orgullosa de mí misma.

—¿Ya se puede llenar?

Me sorprendió detrás mío, secándose el sudor de la frente con el antebrazo.

—Sí, ahora la dejaré llenando unas horas a ver si todo está bien. ¿Ya has arreglado la puerta?

—Está como nueva. Después le pondré un poco de aceite y ya estará lista. No era nada.

—Pues muchas gracias. Ahora sé que Leia no se escapará y que nadie entrará sin llamar antes.

—Bueno, eso es otra cosa. Ese timbre que tienes en la entrada no funciona.

—No me digas... —me salió el sarcasmo interno—. ¿Quién lo diría, a juzgar por semejante palacio?

Me volteé a observar la casa. Eso le provocó una risa inesperada e incontrolada. Estaba tan guapo riendo con esa naturalidad.

—No está tan mal, solo necesita un poco de mimo. Esa es la base para todo.

Me miró dulcemente. Sí, lo hizo. Sentí una de sus descargas en mi estómago.

—A veces no basta solo con eso.

Me desinflé sin querer con esas palabras.

—Te han hecho daño, ¿verdad?

Se interesó buscando clavar sus ojos en los míos. No pude aguantar ese verde, tuve que desviar la mirada.

—¿Y a quién no?

—¿Fui yo? Quiero decir... Tú y yo, en un pasado...

Me mató con esa pregunta. Pude ver en su rostro la preocupación.

—¿Qué? —Empecé a caminar en dirección a la casa nerviosa, con los ojos bien abiertos de asombro y él lo hizo detrás de mí—. No, no, no fuiste tú, fue la vida.

—Me quitas un peso de encima. No sé por qué tenía la sensación de que nosotros en el

pasado... ya sabes. Y que algo no hice bien.

Me detuve. No me giré para contestar, no quería mentirle mirándole a los ojos.

—Fuimos buenos amigos, es todo.

—Me quedo más tranquilo. Ya que, de ser así, hubiera sido la prueba irrefutable de que fui un grandísimo gilipollas.

¿Había sido un halago? ¿Por qué diría eso exactamente? ¡Jo-der! Tenerlo tan cerca y no poder tocarlo.

Entré en la casa y salí con un par de plátanos. Le lancé uno y lo interceptó en el aire. No habíamos desayunado y tampoco tenía nada que ofrecerle, tan solo dos miserables plátanos. Los comimos sentados en la mesa del jardín. Me preguntó si ya había hecho una lista de los arreglos más importantes y otra de los menos.

—¿Qué te crees que hay pegado en la nevera? No es una lista de la compra como ya has podido comprobar.

Sonrió y asintió con un movimiento leve de cabeza.

—Ya sé que va a sonar raro y precipitado y entenderé que no aceptes, pero te ofrezco un trato.

¿Un trato? Pareciese estar viviendo un nuevo *déjà vu*. ¡Un trato! La última vez que me ofreció eso, acabé enamorada hasta las trancas de él. Aunque la parte buena era que eso ya no podía suceder, ya que lo seguía estando.

—Sorpréndeme.

—Tú necesitas ayuda con la casa, aunque digas que no y yo necesito a alguien que me ayude con lo de la chica del centro. ¿Qué te parece si hacemos un trueque?

—Esto...

Me esperaba cualquier cosa menos eso.

—Puedo instalarme en tu sofá unos días, si tú quieres, claro, y hacemos un intensivo mano a mano. Prometo ser un buen inquilino y no dejar pelos en la ducha.

Me dejó en shock. No sabía que contestar. ¿De verdad estaba pasando todo eso? Leia vino a ponerle la cabeza sobre su regazo.

—Ella ya me ha dado su aprobación.

Sonríó acariciando la cabeza peluda de la Golden.

¿Quería? ¿Debía? Casi entro en pánico. Por suerte, o no tanto, mi teléfono, que yacía sobre la mesa, empezó a sonar y vibrar. Los dos llevamos a la vez la mirada al aparato. Y para más inri, de todas las llamadas que podrían haber boicoteado aquel momento, esa en concreto, era la que menos esperaba: Alan.

Me disculpé, cogí el teléfono y me aparté para contestar. Levi se puso a jugar con Leia y su viejo *frisbee*, pero sin quitarme la vista de encima, creo que lo que hacía era analizar mi comportamiento, para interpretar con quién podría estar hablando. Me quedé junto a la piscina, bajo esa pequeña estructura que había preparada para hacer barbacoas. Mientras hablaba con Alan me fijaba en lo mal que estaba aquel techo. Otra cosa para la lista de arreglos.

—¿Sigues ahí, Nat?

—Esto... sí, sí, disculpa. Estaba observando otra cosa para alargar la eterna lista de arreglos.

—No te agobies, cariño, la semana que viene entre tu padre y yo te ayudaremos a dejarla lista. Por cierto, podrías hacerme un video y enseñarme cosas, cómo vas avanzando y esas cosas. Me hubiera gustado ver el antes y el después. Estás muy desaparecida.

—Lo sé, tengo mucho trabajo. Tengo millones de fotografías, ya las verás. ¿Qué tal el vuelo? ¿Te han vuelto a cambiar la ruta o te van a dejar acomodarte en alguna?

Quise cambiar de tema.

—Es complicado, de momento, vuelvo a casa unos días la semana que viene.

—Derek debe estar ansioso.

—¿Solo Derek?

Esperó un momento, pero no le seguí la corriente. Estaba totalmente fuera de lugar, hablando con la que era mi actual pareja, pero teniendo cerca al hombre que amaba de verdad. No podía decirle que lo echaba de menos y esas cosas, cuando no era así y mucho menos esos últimos días.

—Disfruta de tu hijo, Alan, que en dos días será un adolescente maleducado. —Quise escurrir el bulto nuevamente.

—Quiero que lo conozcas, creo que ha llegado el momento.

—¿Qué?!

Me pasé en el énfasis negativo de esa reacción.

—¡Joder, Nat! ¿Qué estoy haciendo mal? Te doy todo el espacio que necesitas, no vivimos juntos, no quieres conocer a mi hijo. ¿Qué demonios te está pasando? Creí que todo iba bien, que esto ya estaba afianzado.

—Alan, yo... Estoy abrumada con todo esto de la casa, ha sido todo muy rápido y, no sé, hablamos la otra semana mejor.

—La otra, después de la otra, querrás decir. Estoy harto de pasar tanto tiempo así, por eso había pensado que podíamos empezar a compartir el tiempo con Derek también, así por lo menos pareceríamos una pareja de verdad.

—Alan, no dramatices. No es el momento de hablar esto y menos por teléfono.

Lo oí inspirar fuerte. Siempre hacía eso cuando algo le superaba. Inspiraba fuerte y retenía el aire. Unos segundos después expiraba lentamente y le daba un giro a su actitud. Envidiaba esa capacidad.

—Está bien, cariño. Venga, que voy a embarcar. Piénsate lo de hacerme un video, me gustaría compartir esas reformas contigo, es lo que se suele hacer, compartir algo tan importante con la persona que amas. —No contesté. Miré a Levi a lo lejos—. Tengo que colgar. Hasta pronto, Nat, te quiero.

Y lo dijo. ¡Tenía que decirlo! Para hacerme sentir la peor persona del mundo. Casi me echo a llorar.

—Adiós, Alan. —Y colgué.

Levi aguardaba junto a Leia, no se le pasaron por alto mis enrojecidos ojos.

—¿Todo bien, Natalie?

—Sí, todo bien —se me entrecortó la voz.

—¿Él es...? No me habías dicho que tenías pareja estable. Yo, no sé, pensándolo bien mejor

me quedo en el hotel, vendré a ayudarte si quieres igualmente.

—¡No! —apunté demasiado rápido.

Alan tenía razón, algo tan importante debía compartirlo con la persona que amaba, aunque esa persona ni siquiera supiera que ese era su rol.

—Quédate, Levi, me vendrá bien tu ayuda.

Me frotó el brazo como si estuviera consolándome por algo, cuando el único consuelo que yo necesitaba era que él me recordara.

—No tienes por qué contarme quién es él, ni qué te está pasando. Pero quiero que sepas que sigo aquí —por un momento hasta dejé de respirar, durante un fugaz segundo creí que MI Levi había vuelto—, ahora que entiendo que fuimos buenos amigos, es algo que podemos recuperar.

«¡No, Levi! ¡No podemos recuperar lo nuestro! ¡Porque nunca fue una amistad! ¡Nos queríamos! ¡Joder! ¡Nos queríamos!».

Pensé todo eso, pero no lo dije, tan solo dejé que dos tristes lágrimas recorrieran mi mejilla.

Así que le hablé de mi supuesta pareja y dejé que creyera que lloraba por otro.

—Se llama, Alan, es piloto...

20

La gorra

Levi

Que Natalie me gustaba era más que evidente. Aunque eso tampoco era nada alarmante. Era bonita, inteligente, independiente, con mucha personalidad, buen gusto para la música y los motores. Así que lo interpreté como una reacción lógica. Cualquier hombre en su sano juicio podía sentirse atraído por una mujer como ella. Saber que no habíamos sido novios ni nada de eso en el pasado me relajó un poco, aunque continuaba sin entender por qué demonios seguía con la mentira de la facultad. Eso era algo que me intrigaba, no obstante, viendo cómo manejaba su estabilidad emocional, supe que no tardaría en contarme la verdad. Algo me decía que no se le daba bien mentir, o eso quería creer.

Tras contarme la historia con su actual pareja, saqué varias conclusiones y me surgió alguna duda, pero tampoco me atreví a preguntar, no en ese momento. Estaba claro que ella no quería a ese tipo del mismo modo en que él la amaba a ella, y que habían ido forjando una historia sobre la base de la rutina, no del amor, que supuestamente era el ingrediente principal y ella lo sabía, sin embargo, lo aceptaba. En algún momento, Natalie decidió dejarse arrastrar por una relación que le resultaba cómoda, que no le suponía un esfuerzo y que socialmente era aceptada, sobre todo por su familia. Pero ¿acaso su anterior relación no lo fue? ¿Por qué le dio importancia a eso? No habló nada de su anterior relación y mucho me temía que esa era la culpable de que su sonrisa siempre se viera incompleta, esos labios podían subir más alto, pero ella los mantenía a media asta, como si le pesara. Natalie no tenía brillo en la mirada y eso era un claro indicio de algo que yo tenía muy presente, era el rastro de algo oculto, sin duda escondía dolor. ¿Qué le habría pasado? ¿Serían secuelas de un desamor? ¿Sería por la ausencia de la madre? Yo no podía saberlo ni entenderlo, ya que no era capaz de sentir nada de eso, ni siquiera sabía si quería a alguien de verdad, porque todo lo que me rodeaba seguía siendo extraño para mí. No podía extrañar a mi difunto padre, ya que, por más que miraba sus fotos, era incapaz de sentir su pérdida. No se pierde a alguien que no se recuerda, porque es como si no lo hubieras tenido jamás. Quitando a Jenna y Keith, que ya habían conseguido un hueco en mi nuevo corazón, no tenía nada más que pudiera extrañar, ni siquiera a Alisa.

—Tengo que volver al hotel a buscar algo de ropa. ¿Quieres que comamos algo por aquí y vayamos a hacer una compra y llenamos esa desierta nevera? Después ya nos ponemos manos a la obra.

—Me parece bien.

Asintió forzando una sonrisa. Conseguí que sonriera, algo es algo, aunque lo hizo mucho más cuando vio la motocicleta en la que había venido. Así que decidimos devolverla y volver con su Mustang, que, por cierto, me enloquecía ese automóvil y me resultaba sumamente familiar y atractivo. Llegué a pensar incluso que, en algún momento de la vida había tenido algún coche como ese. No era casualidad lo que ese vehículo despertaba en mí. ¿Por qué era el coche verdad? Ya no tenía claro qué, ni quién era el que hacía burbujear la boca de mi estómago. Además, a Natalie le quedaba fenomenal. Me ajusté el casco y arranqué la escandalosa motocicleta sin dejar de observar cómo manejaba el volante. La vi salir chirriando ruedas y supe en ese instante que algo empezaba a chirriar también dentro de mí.

Habíamos quedado frente al hotel. Yo tardé un poco más con aquel trasto ruidoso. Lo devolví en el negocio a toda prisa, nervioso, porque Natalie me esperaba. Sí, no sé cómo había pasado, pero esa chica me ponía nervioso y no en el mal sentido de la palabra, sino al contrario. Caminé a paso ligero por esa cuadriculada acera, ella ya me esperaba en la calle, mal aparcada, con el brazo apoyado en la ventanilla, las gafas de sol ocultando gran parte de su bonito rostro y escuchando Nirvana a todo volumen. No pude evitar alzar una sonrisa involuntaria al quedarme junto al coche observándola, embobado, hasta que se percató de mi presencia. Se bajó las gafas hasta media nariz, para regalarme una mirada de confusión alzando las cejas.

—Creo que así vamos a llamar un poco la atención —me animé a decirle.

Me agaché para poder hablarle a su altura por la ventanilla del conductor.

Inmediatamente deslizó su mano hasta el equipo de música y disminuyó el volumen.

—Me estaba picando con ese niñato del BMW, con esa porquería de música enlatada a todo trapo. ¿Acaso se cree que solo los coches europeos tienen buenos altavoces?

Sonreí negando con la cabeza, me gustó esa soberbia que utilizó para defender el poder de su viejo automóvil.

—Eres imprevisible. —Me mordí el labio sin dejar de sonreír por esa niñería que se acaba de marcar—. Dame un minuto, que subo por la ropa.

—¡Levi! —alzó la voz cuando apenas había dado dos pasos y me lanzó una gorra que llevaba en el coche.

—Póntela, no quiero que vuelvan a reconocerte.

Cogí la gorra al vuelo. La observé. Tenía dibujadas un par de palmeras y el nombre de California bordado. Sonreí al verla, me había dejado la mía, así que sin pensármelo, me la puse.

Tenía entendido que mi fama no llegó hasta los veintiocho años de edad, y ella y yo, supuestamente nos conocimos con ¿veinte?, ¿veinticinco como mucho? Ni siquiera sabía la fecha de eso, porque no había conseguido que soltara prenda y en cuanto a la época de la supuesta facultad... En algún momento debía cuestionarle esa mentira que se empeñaba en seguir alimentando, pero no iba a ser entonces.

Sin entretenerme desaparecí en el *hall* de hotel, a toda prisa, hasta llegar al ascensor y fue entonces cuando intuí que algo en esa frase no estaba bien. Un momento...

¿Que vuelvan a reconocerme?

21

Ben

Natalie

No tardó nada en bajar con un bolso a las espaldas. Yo lo esperaba en doble fila, con las ventanillas abiertas, el calor era cada vez más notorio. El aire acondicionado del Shelby brillaba por su ausencia, pero no por ese pequeño detalle pensaba renunciar a él. Resoplé varias veces para despegarme el flequillo de la frente, de hecho, así me pilló el momento en que lo vi aparecer de nuevo por la puerta del hotel. Ese soplido enérgico que estuve utilizado para refrescar mi frente se debilitó, dejando salir el aire de un modo paulatino sin apenas potencia. De nuevo, esa manera que tanto utilizó mi mente para almacenar sus recuerdos volvía a hacer acto de presencia. Levi caminaba hacia el coche, como a cámara lenta, igual que mi soplido. Bajó las gafas de sol que llevaba sobre la visera de esa gorra que, sin él saberlo, ya fue suya en el pasado, y que no había dejado de llevar en la guantera del coche como una reliquia, al mismo nivel que mi pañuelo de Axl Rose. Ocultó tras ellas sus bonitos ojos verdes y se ajustó la gorra, el bolso lo sujetaba con una mano sobre el hombro, la barba asomaba de una manera tremendamente sexy, caminaba con soltura, se le marcaba el *piercing* del pezón tras la camiseta. Juro que tuve que cerrar la boca y sus movimientos no se volvieron a ritmo normal, hasta que al introducirse en el coche sonó el portazo, despertándome así de ese ralentizado momento. Resoplé inconscientemente. Él me miró de reojo, extrañado, pero no comentó nada. ¡Menos mal! ¿Qué excusa le hubiera puesto? «Perdona, es que pareces un maldito espejismo que desprende sensualidad». No, ¿verdad? Pero lo parecía, ya ves si lo parecía...

—¿Qué hacemos primero?

Quise saber antes de arrancar.

—Tú conduces, tú mandas.

Levantó ambas manos excusándose.

—La idea ha sido tuya —le recriminé achinando los ojos—. Quieres conducir mi coche, ¿verdad?

—Me encantaría.

Sí, definitivamente el antiguo Levi seguía viviendo en él. Nos intercambiamos los asientos, tuvo que ajustarlo un poco. Quise darle un par de recomendaciones sobre del manejo, pero arrancó dejándome con la boca abierta, y de igual modo que yo, sin dar opción a nada más, salió chirriando ruedas, haciendo que todo el interior del coche vibrara, incluyendo mi corazón.

Tenía que ser sincera, cada vez me pesaba más el sentimiento de culpa. ¿Qué me costaba decirle la verdad? ¡Qué más daba que no me recordara! ¡Yo sí lo recordaba a él! Quería

convencerme para dar ese paso, decirle la verdad. Pero cada vez que me asaltaba ese sentimiento, dejaba pasar dos segundos y revocaba esa idea. No, no quería forzarlo a una realidad que ya no existía. No podía hacerle eso, pero tal vez, solo tal vez, podría hacer que se volviera a enamorarse de mí y después solo estaría en mi mano si contarle nuestra vieja historia o empezar una nueva. ¿Era muy descabellado? Sí, un poco sí, pero en esos momentos era lo único que me apetecía hacer. Cogerlo de la mano, largarme al fin del mundo y empezar de cero, siendo simplemente, él y yo, dejando atrás a Natalie y a Levi, con todo lo que conllevaba. Fantaseé con eso hasta que paramos junto a los grandes almacenes. Tuve que sacudir la cabeza. ¿Cómo me atrevía a fantasear con algo así, cuando él supuestamente estaba buscando a otra? Aunque esa otra también era yo. En realidad, no era tan difícil. No sé por qué tendemos a complicarlo todo, dejando que los miedos y a menudo los pensamientos intrusivos ganen terreno.

Me encantaba como se desenvolvía por las calles de Palm Springs. Él solito sin preguntar llegó hasta el Mercado La Plaza, un *shopping* muy bonito donde encontraríamos de todo, desde ocio, ropa o comestibles. Constituido por varias edificaciones de estilo mejicano, como si de una hacienda se tratara. De hecho, casi todo en Palm Springs era así, debido a que en alguna época esa tierra no fue de Estados Unidos sino de México, por eso el nombre de los edificios y las calles solían estar en español, aunque presidido en su mayoría por norteamericanos. Dimos un paseo por las tiendas de ropa, nos probamos sombreros y gafas. Levi se compró alguna camiseta y un bañador rojo con palmeritas blancas, muy de surfista. Yo no quise comprarme nada pese a su insistencia por regalarme algo. No pude evitar recordar y sonreír cuando salió con unas chancletas iguales a las que llevaba cuando apareció por primera vez en el centro, esas que dejaban al descubierto esos dedos extrañamente largos que siempre tuvo.

—Sí, cómpratelas, te pegan.

—Es que me estoy asando de calor con las Vans.

—Será gracioso volver a ver esos largos y deformes dedos.

—¿Perdona? —Levantó una ceja—. ¿Insinúas que tengo los dedos de los pies feos?

—Muuuy feos —afirmé.

—¿Me has visto los pies? Todavía no te los he enseñado.

¡Mierda! ¡Pillada! Piensa Natalie, piensa... Dejé pasar más tiempo de lo normal y él estalló en risas.

—Es broma, Natalie. Sí que son feos, lo sé, y largos. Simplemente me ha hecho gracia que recuerdes eso de mí, entiendo que los pies no mejoran con los años. Ojalá yo recordara algo así de ti.

Esa vez juro que cambió su mirada con esas palabras, lo noté. Lo dijo con tristeza y dulzura. Sus palabras se adentraron por mi interior y consiguió erizarme la piel. Disimulé dándome la vuelta y sacando mi rostro de su campo de visión, y seguí avanzado, simulando estar eligiendo un vestido.

—Si te quedas el rojo, te lo regalo.

—No quiero que me regales nada. Cuando vea algo que me guste, lo compraré y punto.

—Déjame comprarte algo, estoy forrado de pasta. ¿Se te olvida? —bromeó.

Lo miré. Quise decirle otra cosa, pero no lo hice.

—No, no se me ha olvidado. Pero el dinero no lo compra todo.

Bajé la mirada, notó como me desinflé al contestar. Intenté seguir mirando ropa, pero me sujetó por la muñeca.

Esa electricidad tan familiar volvía a hacerme arder las venas, me quemaba.

—Nat, no he querido ofenderte. No importa mi dinero. Yo no tengo personalidad, no sé quién soy, sé que hay cosas que no las compra el dinero. Mírame, soy el claro ejemplo.

Volví a sentir pena por él, por nosotros, por todo. Pena y rabia. Tragué saliva, suavicé mi tez y me deshice de su mano lentamente.

—¿Comemos?

No sabía cómo romper el hielo. Se quedó descolocado. Y justo en ese momento sus tripas rugieron como si de un león desperezándose se tratara.

Se llevó la mano al estómago.

—Creo que esa es una gran idea. ¿Mejicano?

—Sí. Me encanta.

Buscamos el restaurante que ya habíamos ojeado un rato antes y nos sentamos a comer un poco. Yo solía pedir siempre mis nachos con guacamole, iba a lo seguro, no quería jugármela con el picante. Levi pidió otra versión, que también llevaba queso y chili. Muy tentador, tenía una pinta increíble, pero también picaban como la pólvora en los ojos. Eso nos proporcionó un par de escenas muy cómicas hasta que el paladar de Levi se acostumbró a la abrasadora cocina mejicana. Lo vi cambiar de color, se empezó a poner rojo, cada vez más y más, mientras intentada disimular su aguante. Confieso que me reí más de lo que debía. Mientras él me incitaba a que probara un poquito.

—Venga, sí eres tan valiente, Pruébalo tú.

—Ni-de-co-ña. ¿Por qué te crees que he pedido estos nachos? Es sabido que en la cocina mejicana, hasta el plato que supuestamente no pica, pica. Esto es de primer grado de cultura general. —Volvía a reírme.

—Pues apiádate de mí, en vez de burlarte. Vaya con mi «amiga» Natalie y su humor extraño...

Puso especial énfasis en la palabra amiga. Por un momento, tan solo un segundo, creí que había descubierto mi farsa, pero al ver que su mirada no acompañaba a ese retintín supe que estaba a salvo. ¡Uf! Amiga. Debía acostumbrarme a esa palabra.

Acabamos de comer tranquilamente, me estaba acostumbrando a su compañía, siendo otra versión del que yo conocí. A pesar de eso, me gustaba su forma de ver la vida, desde el punto de vista de alguien que está empezando de cero, su manera de sujetar la cerveza cuando se la llevaba a los labios, su mechón rebelde que insistía en caer sobre su pómulo izquierdo y me tentaba a colocárselo tras la oreja. Sí, definitivamente me gustaba. ¡Menuda novedad! ¿Verdad?

Todo estaba transcurriendo de una manera fluida pero rara. ¿De verdad estábamos comprando comestibles para llenar mi nueva nevera? Llenamos un carrito entero y cuando fuimos a pagar, se apresuró, sacó un fajo considerable de billetes y pagó sin darme opción a nada.

—¿Estás loco? Debes ser el único que lleva tanto dinero encima.

—Si pago con tarjeta, en dos minutos tenemos aquí a los Boinas Verdes. Alisa cree que estoy en la piscina de DiCaprio, ¿recuerdas?

—No tenías por qué darme una explicación, es solo que... Mírame —levanté los brazos—, yo iba a pagar con el teléfono. Ya nadie lleva tanto dinero encima. Además, no te hagas el caballero conmigo, ¿de acuerdo? Deberíamos haber pagado a medias, ya me has invitado a comer.

—Y tú me acoges unos días en tu casa mientras yo investigo cómo llegar hasta ese centro.

—Pero solo porque eres mano de obra barata —bromeé para no entrar en el tema.

—Yaaa... Al final no desearás que me marche jamás.

Sé que estaba bromeando, pero en ese instante, me planteé y fantaseé con la opción de que así fuera.

—Ojalá.

¡Mierda! No había sido un pensamiento, lo había dicho, en apenas un susurro, pero lo había dicho. Debía controlar mejor a mi subconsciente.

Se perdió unos instantes en unos de los pasillos mientras yo elegía un nuevo olor para el gel de ducha y mi champú de pelo, el de siempre, era caro pero innegociable. Apareció con varias cosas en la mano.

—¿Y todo eso?

—Esto es una hamaca —me mostró el paquete grande—. Creo que quedará genial entre las dos palmeras que cobijan la mesa del jardín.

—Levi, no hace falta...

—Tssss —me mandó a callar—. Estos son lucecitas led. Quedarán geniales cuando anochezca. He pensado que podrías ponerlas enroscada en los troncos. Y esto son velas antimosquitos. Por lo menos si cenamos a fuera me evitaré otra de estas.

Giró el codo y me enseñó una erupción en su bonito brazo tatuado.

—Levi, de verdad, no sé qué decir.

—Te prometí que te iba a ayudar a arreglar la casa, lo hago con gusto. Cuando yo me marche tendrás un lugar acogedor y precioso, para que Roxy pueda contarte sus batallitas, siempre y cuando le ofrezcas vino blanco —bromeó.

Lo vi sonreír sincero, relajado, era tan él sin ser él, que me iluminó el alma. Qué caro me iba a salir todo eso, estaba más que segura, y no hablaba de la compra.

Levi se encontraba cargando las bolsas de la compra. A ojos de cualquier desconocido supongo que parecíamos una pareja normal y corriente, en sus quehaceres diarios. ¿Hubiera sido así de bonita y sencilla mi vida junto a él, de no haber ocurrido el accidente? La respuesta ya la sabía de sobras. Un triste y rotundo no. Levi era un actor, con un estilo de vida, con muchos compromisos, con una intimidad demasiado pública, así que deduje que no, jamás habiéramos podido disfrutar de un momento tan cotidiano como ese. Entonces recordé que, pese a todo ese paréntesis, Levi seguía siendo quien era, así que en un arrebato de confianza, me atreví a bajarle un poco la gorra para evitar que estuviera tan expuesto, ya que se le había subido la visera al chocar contra la puerta del maletero. Fue un gesto muy íntimo, de haber sido pareja, hubiera sido algo casual, pero ambos nos detuvimos un instante de más tras ese movimiento. No podía ver su

mirada a través de esas enormes gafas, pero sé que la tenía clavada en mi rostro. Mi cabeza intentó ordenar un par de palabras que me sacaran de ese extraño momento, pero no llegó a hacerlo, ya que la voz de alguien conocido gritó mi nombre unos metros más allá.

—¡Natalie! ¡No me lo puedo creer!

Me giré a toda prisa, ya que había conocido esa voz grave. A lo lejos, Ben, el grandote Ben, que no había vuelto a ver desde que dejé de trabajar en el centro, levantaba los brazos y una gran sonrisa, contento de verme. Quise correr hacia él para que no se acercara hasta donde estaba Levi, guardando las bolsas en el coche, pero no me dio tiempo. Apenas di dos pasos y ya estaba siendo abrazado por los ciento veinte kilos de ese hombre.

—¡Oh, Ben! Cu-cuánto tiempo —tartamudeé.

—¿Cómo estás, preciosa?

Por fin cesó el abrazo.

—Todo bien.

—Chica, siento mucho lo de...

Lo miré abriendo los ojos de par en par y levantando las cejas casi hasta media frente.

Por suerte, pese a haber pasado tanto tiempo, ese grandullón y yo continuábamos teniendo complicidad. Eso hizo que desviara su mirada a la persona que había detrás de mi colocando la compra y que a su vez, nos espiaba con curiosidad. Ben se quedó congelado por un segundo y yo recé a todos los dioses salir ilesa de esa situación. Aquello parecía el fin de mi farsa.

—Hola. —Se acercó ofreciéndole la mano—. Soy Levi, un amigo de Natalie.

Ben se la estrechó atónito. Fue muy cómico ver a un hombre de casi dos metros con el rostro congelado. Hasta que por fin, tras alargar ese apretón de manos unos segundos más de lo normal, reaccionó.

—Soy Ben, otro amigo de Natalie. Encantado.

Supongo que fue entonces cuando se dio cuenta de que Levi no lo reconoció, cuando en realidad ellos ya se habían conocido años antes cuando Ben trabajó en el equipo de vigilancia de los estudios de Hollywood. No tardó en buscar mi rostro en busca de respuestas. Sonreí temblorosa.

Ben vestía con el uniforme de seguridad del centro. Supuse que iba a trabajar. Sentí pánico porque Levi reconociera el logo bordado.

—¿Seguridad? —preguntó Levi refiriéndose a su ropa.

—Sí, sí. Es lo mío. —El grandote volvió a mirarme y le supliqué con la mirada—. Bueno, un placer haberte visto, Natalie, cuídate mucho y haz el favor de llamarme, creo que tenemos una charla pendiente.

—Claro, Ben, te llamo, no te preocupes.

Le di otro abrazo y mientras lo estrechaba le susurré un trémulo «Gracias, es una larga historia». Él no se inmutó tan solo me sonrió con complicidad, saludó a Levi levantando una mano y se volvió hasta su coche, apenas unos metros más allá del mío.

Ben esperaba a alguien. Todavía no había arrancado el Mustang cuando un joven delgado aparecía con intención de subirse a su coche. Llevaba el mismo uniforme grandote que yo usaba.

Salió del vehículo para recibirlo, en realidad, fue para registrarle la bolsa que traía entre las manos.

—¡Ni hablar, Marthy! ¿Es que te has vuelto loco? —Le quitó una lata de cerveza y la lanzó hasta la papelería haciendo canasta—. Me habías dicho que ibas a comprarte una bebida energética. Ni de broma te dejes entrar eso en el rancho.

—No es un rancho, es un puto centro.

Centro. Esa palabra lo cambió todo. Retumbó en mis oídos y creo que en los de Levi también, aunque aún no lo tenía claro. Intenté arrancar rápido, quería marcharme de allí. Con suerte, el rugir de Shelby taparía esa conversación a gritos. Pero el chaval, indignado por la reacción de Ben, puso la guinda.

—¡Oh! ¡Vamos, grandullón! Son ellos los que vienen a desintoxicarse, no yo.

¡Mierda! Ahora sí...

Arranqué, me temblaba la pierna del pedal del gas, estaba reculando marcha atrás para escapar de allí lo antes posible y previo a poder salir chirriando ruedas, sucedió. Levi rompió el hielo.

—Ben trabaja en el centro de rehabilitación que estoy buscando, ¿verdad?

22

Cuestión de maña

Levi

No me podía creer que Natalie, pese a saber mi desesperación por la búsqueda de repuestas, no hubiera mencionado que conocía a alguien que trabajaba en el dichoso centro. Se excusó diciendo que no lo tuvo en cuenta porque al hacer tanto tiempo que no había vuelto a ver a Ben, creyó que había abandonado Palm Springs. No sé si se le daba bien o mal mentir, pero sí sé que sonó a excusa barata. Desde ese momento tracé mi propio plan. Estudiaría cada conversación y movimiento de Natalie, como si no lo hubiera estado haciendo ya, para así saber qué escondía. No fuimos compañeros en la universidad, eso ya me lo confirmó Jenna. Pero me conocía, y mi sospecha era cierta. Palm Springs no era tan exageradamente grande como para que no conociera a alguien que pudiera ayudarme, y pese a que todavía no me había ganado su confianza para que lo hiciera, conocer a Ben me abrió un ventanal de esperanza. Ya tenía por dónde empezar.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

La sorprendí. La observé apoyado en el mármol de la cocina mientras ella rellenaba la nevera.

—¿Trabajaste tú en ese centro?

La lata de Coca-Cola que sostenía en ese momento cayó rodando hasta mis pies. La recogí sin dejar de mirarla. Se puso nerviosa y por unos instantes yo también. ¿Era ella? Pensé en esa posibilidad, aunque tampoco me cuadraba esa opción. Demasiadas lagunas en toda esta historia. ¿Qué le pasaba al mundo? ¿Por qué nadie quería que supiera qué me pasó estando en Palm Springs? ¿Tan malo había sido?

—No, yo no.

Negó mientras me arrancaba la lata de las manos y la volvía a poner en el refrigerador sin mirarme a la cara.

—¿Tú no? ¿Eso quiere decir que sabes quién es? —No respondió—. Claro, ahora me cuadra todo.

Pude ver en su rostro el desconcierto.

—Levi, yo...

—La estás encubriendo, ¿verdad? ¿Es una amiga tuya? ¿Un familiar? Ahora entiendo el hecho de que me conocieras.

Su rostro se relajó, tragó saliva antes de contestar.

—No queda nada de ella. Se marchó sin dejar rastro, sin despedirse, y no ha regresado jamás. Nadie sabe dónde está.

El corazón empezó a bombear con fuerza. Fue real, esa chica existió. Ahora lo sabía de cierto. Pensé en ello un instante. Nadie desaparecía del mundo sin dejar rastro, era imposible. La iba a encontrar, lo supe pese a su negativa.

—¿Cómo se llamaba?

Dudó, levantó la vista y la bajó varias veces antes de contestar.

—Annelie, la llamaban Anne.

Tuve que ir en busca del sofá y sentarme porque las piernas empezaron a flojear ante semejante descubrimiento. Esperaba que me dijera que no la conocía de nada, en cierto modo, deseé que así fuera, ya que mientras esa extraña continuara siéndolo, iba permitirme poder disfrutar unos días junto a Natalie y Leia, sin tener la necesidad de querer saber más y más. Pero después de eso no iba a poder parar de pensar en ella y querer averiguar la verdad. Sabía que estaba muy cerca. Además, estaba convencido de que no se dedicó a facilitarme drogas a escondidas, estaba completamente seguro. Y lo sabía, porque cuando intentaba ponerle cara a ese cuerpo y esas conversaciones, se me ensanchaba el alma, sentía como si pudiera palpar la suya y eso era evidente que tan solo lo provocaba alguien que me hubiera removido las entrañas. Anne... Annelie, qué bonito nombre.

—Levi —me siguió hasta el sofá—, lo siento, yo no quería. Todo ha sido tan rápido, te presentas aquí, te ofreces a ayudarme y yo no reaccioné. No sabía si estaba haciendo bien o no. Me hizo prometer que jamás hablaría de ella a nadie, que solo quería desaparecer y empezar de cero.

Tardé en contestar, ya que, en cierto modo, Natalie me había provocado una brizna de decepción. Aunque, en realidad, no podía ni debía enfadarme con ella, ya que la estaba obligando a prenderse en esta búsqueda, pese a su negativa, desde que entablé la primera conversación y supe que vivía en Palm Springs. Así que intenté que no se me notara la desilusión, de que en la única persona en la que parecía tener un apoyo, me estaba mintiendo. ¡Qué iluso! Lo había hecho desde el minuto cero. El enfado no pude disimularlo tanto.

—Sé que no fuimos juntos a la universidad —solté sin más, con voz seca y autoritaria.

Presté atención a sus ojos. Negó moviendo la cabeza.

—Lo sé, porque Jenna me contó que yo no cursé ningún grado universitario.

—¿Lo has sabido siempre?

—Sí.

Apretó los labios.

—Lo siento. —Se dio media vuelta para así evitar que siguiera escudriñando su mirada—. Todo esto es muy raro, Levi. Será mejor que te vayas, ya te he dicho que yo no puedo ayudarte.

¿Cómo? No había llegado hasta allí para marcharme cuando por fin había encontrado la primera cuerda de la que tirar.

—No, Natalie, no...

Me levanté y me apresuré en salir tras ella. Logré sujetarla por el brazo ya en el jardín. Leia se percató del movimiento brusco y se puso en pie, con la mirada fija en mí, así que la solté.

—Nat, ya me estás ayudando, más de lo que ha hecho nadie en todo este tiempo.

—Yo no he hecho nada.

Sonrió irónica y negó con la cabeza. No entendí ese gesto.

—No me juzgas, no me tratas como una estrella del cine, me dejas estar en tu sofá, me das charlas interesantes, me invitas a cervezas. No sé quién soy, pero aquí, por lo menos, estos días, podré ser alguien diferente a ese que vive en Malibú. Nat, por favor, deja que me quede, además, vamos a dejar esta casa niquelada. Unos días y después desapareceré.

Cerró los ojos, respiró hondo y pude ver entre la comisura de sus párpados cómo brillaba una lágrima. «¿La he emocionado?», pensé.

—Está bien, Levi, pero olvídalo, ¿vale? No sé dónde está, no puedo ayudarte con eso.

—De acuerdo. De eso me encargaré yo. Estar aquí me hace bien. Además, mira todo esto — señalé expandiendo el brazo derecho—, necesita mucho trabajo, así que pongámonos manos a la obra.

Sonreí, dejándola atrás. Fui directo a buscar el viejo cortacésped que aguardaba junto a la piscina. Natalie se había quedado como anclada junto a Leia, observando mis movimientos. Paré el motor y la increpé.

—¡Si vas a dedicarte solo a mirarme, te pediré un sueldo! —bromeé.

La vi mover su cabeza, como sacudiendo lo que fuera que estaba pasando por su mente.

—¡Lo que me faltaba! ¡Tener que pagarle a un tío forrado!

Sonrió y supe que, por lo menos, momentáneamente, íbamos a olvidar el momento de tirantez. De igual modo, también supe que no iba a tener mejor oportunidad que esos días para llegar hasta el fondo del tema. No podía o no quería ayudarme a encontrarla, seguramente porque estaba coartada por alguna promesa, pero podía hablarme de ella. Eso me ayudaría a saber qué tipo de mujer era la que me erizaba la piel y, en consecuencia, poder decidir si valdría la pena o no, seguir buscándola.

No es que el jardín fuera muy grande, pero empujar una máquina que debía tener mínimo veinte años y que se atascaba con facilidad, me hizo sudar la gota gorda. Así que, ni corto ni perezoso, me quité la camiseta y la dejé colgando de mi pantalón por un costado. Notaba cada gota de sudor resbalando por mi espalda de un modo distinto. Esta vez no era de entrenar en el gimnasio o de correr hundiendo cada pisada en la arena de la playa. Me gustó esa sensación, sudar sintiéndome útil. Además, el trabajo físico, mantenía mi mente ocupada. Lo único que la distraía de vez en cuando era observar a Natalie. Aunque en realidad, tuve la leve sospecha, de que esa tarde, era ella la que me observaba a mí y cuando se percataba de que yo lo hacía a su vez, rehusaba la mirada y simulaba no haberse dado cuenta.

Natalie se movía con soltura cargada de herramientas. La vi subir y bajar las escaleras de la piscina vacía, levantar la tapa metálica donde se encontraba la llave de paso del agua, volver a buscar otra herramienta, toquetear algo... Y yo, mientras, con el maldito cortacésped. Algo se le estaba dificultando, pero no pedía ayuda. Hasta que, por fin, acabé de recortar aquel intento de césped todavía marrón y me acerqué a echarle una mano.

—¿Cómo lo llevas?

Levantó la cabeza para mirarme. Estaba de rodillas con el culo en pompa, trasteando lo que

hubiera bajo esa tapa metálica junto a la piscina. Reaccionó muy rápido y cambió la postura, de una manera muy graciosa. Se sonrojó. Empezaba a gustarme esa rojez de sus mejillas.

—Hay una pequeña fuga en esa tubería, la he enroscado y desenroscado varias veces ya. — Frunció el ceño cuando lo contaba.

—¿Puedo? —Le tendí una mano para que me diera la llave inglesa que sostenía.

—Todo tuyo.

Me arrodillé y en menos de dos minutos lo había solucionado.

—¿Cómo lo has hecho? ¿Era solo cuestión de fuerza?

—No. Era solo cuestión de maña. La rosca había entrado torcida. Solo eso.

Bufó aliviada. Se llevó el antebrazo a la frente y se secó el sudor. Natalie no era como Alisa, ni como Jenna, era más bien como yo, pero con una mirada profunda, unos pechos bonitos y unas piernas fornidas y bronceadas, que le daban ese toque de mujer empoderada. Era dulce y peleona, amistosa pero dura. Lo mismo te montaba un armario, que te hablaba de sus alumnos con tanto amor que te ablandaba el alma. Sin duda, Natalie era una gran mujer y ese tal Alan, el piloto, era un hombre afortunado. Estaba seguro de que mi yo de ayer jamás se habría fijado en una mujer como ella. No sé por qué pensé eso, tal vez porque mi yo de ese mismo momento sí lo estaba haciendo, y mucho.

Me pasé la tarde estudiando sus movimientos, el más repetido era el de apretarse el nudo del pañuelo rojo de su muñeca. En algún momento iba a tener que dejar respirar esa herida. Sentí curiosidad por el corte que la corteza de la palmera le habría propiciado. En realidad, yo solito deduje que era un corte, aunque ella no hubiera especificado el daño.

Tras tener solucionado el problema del agua, decidimos regar el jardín, el sol empezaba a caer. Fue en busca de una manguera que había comprado el día de antes, ya que disponía de dos salidas de agua, una pegada a la casa, con una manguera vieja no muy larga, y otra la que acabamos de arreglar junto a la piscina. Así que se fue en busca de la nueva mucho más extensa para conectarla en esa salida, y entre los dos acabamaríamos antes. Apareció con ella enroscada al cuello. Recuerdo que pensé lo terriblemente sexy que era esa imagen y seguidamente tuve un cruce de imágenes fugaces, algo parecido a un lapsus, un *déjà vu*.

23

Tarde de agua

Natalie

«¿Qué está mirando así?», pensé cuando se quedó unos segundos absorto al verme aparecer con la manguera al cuello. Entonces, por un fugaz segundo, recordé que fue así como nos conocimos, llevando una manguera enroscada mientras descargaba el material del Mustang. Solo fue un segundo, o dos, tal vez tres o un poco más de lo normal, en los que mis ojos y los suyos pareciesen retarse, hasta que con un movimiento rápido, Levi sacudió su cabeza, como volviendo en sí de ese instantáneo trance. Esperé su reacción. Tomó aire, alzó una sonrisa, sacó todo el rosco de manguera por mi cabeza y ya está. No había pasado nada. En cierto modo, me sentí aliviada.

—Yo la conecto. Tú quédate con la cortita, que abarca menos trozo.

Le hice caso sin rechistar. Ese pequeño destello en sus ojos del viejo Levi me dejó un tanto afligida, así que coger distancia y quedarme en la otra punta del jardín regando sola era la mejor opción. Él se puso enseguida manos a la obra. Yo me permití servirme un vaso de agua fresca y beberlo apoyada en el marco de la puerta, observándolo. Seguía teniendo ese aire de malote. No le llegaba el pelo para recogerlo entero, pero se anudaba la mitad con ese pequeño moño de samurái. La barba empezaba a espesársele, aunque no excesivamente, entrecerraba mucho los ojos, seguía con la manía de no protegerlos debidamente del sol, tan solo lo hacía cuando no quería ser reconocido. Juraría que había aumentado una talla de pantalón, por lo menos muscularmente había crecido, tanto su pecho como sus brazos tatuados gozaban de más volumen.

Definitivamente, sí, seguía con su pinta de malote, y eso provocaba un hormigueo que creía olvidado bajo mi ropa interior. Estaba ya inconscientemente mordiéndome el labio cuando levantó la vista y me encontró con el gesto congelado de intentar dar un trago a medias. Estando el vaso a unos centímetros de la boca, y los dientes aprisionando mi labio inferior. ¡Mierda! Creo haber dicho en otra ocasión que disimular nunca había sido una de mis virtudes, y esa fue la prueba irrefutable. El vaso chocó contra mi mentón y se derramó entero sobre mi camiseta. Dejándola pegada sobre mis pechos, los cuales ya llevaban rato con los pezones erguidos. Oí sus carcajadas mientras entré a dejar el vaso en la cocina y salí avergonzada con la camiseta empapada. La tarde estaba cayendo, pero hacía tanto calor, que no me importó, no pensaba cambiármela hasta acabar con el césped.

Él regó concienzudamente dos terceras partes del jardín, la restante lo hice yo a la vez que jugaba con Leia. A la perra le enloquecía el chorro de agua. Lanzaba mordiscos al aire allí donde

yo apuntaba con la manguera. Jugábamos alegremente sin darnos cuenta de que estábamos siendo observadas. Levi se había acercado sigilosamente, sosteniendo la manguera a un lado, por donde salía el agua formándose un arco. Leia y yo nos detuvimos en seco, al notar su presencia tan cercana. Entonces, la perra, sin pensárselo dos veces, se lanzó a morder el chorro de agua que Levi sostenía. Él, instintivamente, levantó la manguera creyendo que iba a morder la goma o su mano y la perra saltó a su vez. Ahí empezaron una persecución muy graciosa de ellos dos dando saltitos, mientras, esta vez, era yo quien los observaba. Podría haberme quedado horas y horas viéndolos jugar.

Hasta que en uno de esos movimientos decidió levantar el chorro para que el agua cayera en cascada sobre el animal, pero algo falló y fue directo a mi cara. Apenas pude reaccionar. Cerré los ojos, e intenté frenar el agua con una mano, pero de nada valió. En cuanto Levi se percató, bajó la goma y allí estaba yo, con los ojos apuntando a las cejas pese a tener los párpados cerrados, denotando mi enfado. Pude imaginarme con el flequillo aplastado pegado a mi frente, con el agua resbalando por todo mi rostro y goteando por la nariz. Los abrí lentamente y allí estaba él, guapo, sudoroso, sexy y con el pelo seco. Explotó en risas, mientras pedía perdón entre carcajadas, pero de nada me valía. Esa sonrisa burlesca causó mi reacción inmediata, así, sin más, sin mediar palabras. Levanté la manguera, puse un dedo en la boquilla para que el agua saliera con más presión y apunté directamente a su bonita cara. Lo pillé con la boca abierta, le empapé la cabeza entera mientras tosía. Leia nos seguía con la mirada ansiosa de que se escapara un chorro para poder lanzarse a intentar mordisquear el agua. Y no sé cómo fue que acabamos en una lucha de manguerazos. Él jugaba con ventaja, ya que su manguera, al ser la nueva, era mucho más larga y tenía más alcance dándole también más movilidad, yo, sin embargo, apenas tenía unos metros y solo podía correr en círculos.

De golpe, esa extraña tarde calurosa acabó en un refrescante juego de agua, en el que ambos, a juzgar por nuestras risas, nos desenvolvíamos como críos. Hacía mucho que no jugaba a algo que no fueran los recreativos con Jake y sus amigos. Aunque, pensándolo bien, en realidad, jugar así, de ese modo, hacía años que no lo hacía. Recuerdo esa tarde como si de un verano adolescente se tratara. Cada vez que nuestros cuerpos se rozaban sentía su electrizante tacto. Era adictivo. Leia, que no dejó de revolear saltando alrededor nuestro en busca de un chorro de agua al que poder mordisquear con éxito, fue la causante de que el juego de tortolitos finalizara. Y es que exactamente eso parecíamos, adolescentes buscando rozarse, forcejando entre risas y chorros de agua. Llegó un momento en que Levi consiguió aprisionarme mientras me empapaba hasta el alma.

—¡Me rindo! ¡Me rindo! —grité, agotada.

Se detuvo. No me había percatado y creo que él tampoco, de que estaba entre sus brazos. Los aflojó lentamente, sin dejar de mirarme. Yo hice lo mismo. Me fijé en que sobre las cejas tenía un par de gotas a punto de caer, sopló hacia arriba, hasta deshacerse del agua que se deslizaba por su nariz. Todo él brillaba, su piel, sus ojos, su pelo mojado. Dejé de escuchar el sonido de la manguera y de todo a mi alrededor, cuando centré la mirada en sus labios, mientras se lamió el inferior que estaba empapado. «¿Qué pasaría si lo beso?». Pensé mientras se me aceleraba del

pulso de una manera desmesurada. De repente, esos labios a los que no quitaba ojo, en ese paréntesis que me había permitido hacer de la realidad, se movieron ligeramente hacia mí. «¡Dios! ¡Va a besarme! ¡Él, a mí!». Si en ese momento me quedaba alguna neurona activa, en ese instante se fundió. Cerré los ojos y no opuse resistencia, que pasara lo que tuviera que pasar.

¡Y pasó! ¡Vaya si pasó! Pero no exactamente lo que imaginé. Leia se abalanzó sobre nosotros queriendo cazar una de las mangueras de nuestras manos caídas. Sin darnos cuenta, en la persecución habíamos dejado la goma cruzada por delante de nuestros pies y tras el empujón de la perra, me tambaleé, ambos lo hicimos. Todo apuntaba a que me iba a caer de espaldas dando un tremendo culetazo en la hierba, pero justo cuando ya me veía así, Levi me sujetó y me atrajo de nuevo hacia él. Choqué de nuevo contra su pecho con tanto ímpetu que la cosa se desestabilizó para el otro lado y acabamos cayendo los dos para el mismo lado. Él cayó de espaldas, amortiguó el golpe con las manos, y yo, que ya me veía encima suyo con las rodillas apuntando sus partes bajas, opté por abrir las piernas y caer sin dañarlo. El resultado fue que quedé recostada encima suyo, con las piernas a horcajadas sobre su cintura. Ahora era yo quien lo tenía aprisionado a él.

—¿Te has hecho daño? —se apresuró a decir preocupado.

—No, ¿y tú?

—No, nada.

Me miró nuevamente a los ojos. Seguía a horcajadas encima suyo. Tenerlo debajo de mí trajo a mi mente la noche que compartimos de pasión donde me enseñó un sinfín de prácticas sexuales que desconocía. Me pregunté si recordaría esas prácticas, si continuaría siendo tan hábil con sus dedos, si sus labios seguirían siendo tan cálidos y, sobre todo, si él estaría sintiendo mínimamente lo que yo estaba sintiendo encima suyo. Esa pregunta no tardó en resolverse sola. Bajo ese pantalón, su miembro empezó a cobrar vida. Quedó duro como una piedra en cuestión de segundos. Fue al primer espasmo involuntario que su pene emitió bajo mis partes lo que lo incomodó y, con un movimiento rápido, me sujetó por ambos brazos y me sacó de encima suyo. Intentó que no notara la reacción de su cuerpo, pero era tarde, lo había notado, sentido y deseado. Por suerte ese extraño momento fue interrumpido de nuevo por Leia, que se acercó a regalarme un lametón en toda la cara. Momento que él aprovechó para levantarse rápidamente, darse media vuelta y ponerse a enroscar la manguera y alejarse de mí. Se había incomodado y me sentí fatal, ya que me podría haber quitado de encima suyo al momento, sin embargo, me quedé ahí, soñando cómo sería volver a besarlo. Eso no estaba bien.

Minutos después, todo quedó recogido, se acercó detrás de mí cuando estaba entrando en la casa. Me siguió hasta la cocina, donde, para disimular, quise dar un trago de agua fresca.

—¿Me das un poco?

—Sí, claro.

Le pasé la botella y bebió sin pensarlo posando sus labios donde habían estado los míos apenas hacía unos segundos y me pareció un gesto muy sexy. Deseé ser esa botella.

—Voy a darme una ducha y luego cocinamos algo.

—¿No has tenido suficiente agua por hoy? —bromeó con esa sonrisa burlesca que tanto me

irritaba y me gustaba a la vez—. Creo que nuestra batalla la ha ganado Leia, porque nos ha derribado a los dos.

—Sí, eso parece. He intentado no caer encima tuyo, lo siento.

—No lo sientas.

¿Qué? ¿Qué quería decir con eso? Consiguió que me temblaran hasta las pestañas. Lo miré conteniendo la respiración, hasta que una melodía desconocida sonó en el salón.

—¡Es mi teléfono! —se apresuró a decir, pero no fue en su búsqueda.

—¿Y no piensas cogerlo? ¿Podría ser algo importante?

—Lo dudo.

—¿Cómo que lo dudas? ¿Y si te llaman para ofrecerte el papel de tu vida? No hagas como Henry Cavill, que cuando lo llamaron para ofrecerle el papel de Superman no cogió el teléfono porque estaba jugando a la Play Station.

Conseguí que se riera.

—¿Cómo sabes eso?

—Lo vi en una entrevista.

—Pero no me has dicho que no eras muy cinéfila.

—Yo no, pero mi hermano Jake sí, y todo lo que sea superhéroes le chifla. Antes era solo de Marvel, pero ahora ya ha ampliado a las de DC.

—Seguro que me caería bien tu hermano.

—Y tú a él... —lo dije con una connotación demasiado apenada, cosa que no pareció pasarle desapercibida, ya que ladeó la cabeza como si estuviera pensando en algo. Momento que aproveché para salir de su campo de visión, cogí su teléfono del sofá.

—Levi. —Se giró sin penarlo.

—Dime. —Le lancé el móvil y lo cogió al vuelo.

—Deberías contestar, en ocasiones, las llamadas perdidas hacen honor a su nombre y no suceden más.

Lo vi dudar un instante. Creo que analizó todas y cada una de las palabras de esa frase. Apretó los labios mostrándome una sonrisa de complicidad y contestó al teléfono.

—¿Hola? Sí, todo bien, Alisa, todo bien...

24

El skate

Levi

Alisa, como siempre, tan oportuna. Salí al jardín a continuar con la conversación. Aprovechando que el jardín estaba recién regado, me descalcé y caminé disfrutando de la placentera sensación de la hierba mojada bajo mis pies. Lástima que aún no estuviera al cien por cien y el tacto no fuera como el de un césped pomposo y bien cuidado. Pero lo sería, estaba seguro de que en apenas unos días sería un jardín envidiable.

Mi mujer me puso al día de cómo me estaba llenando la agenda de pruebas y audiciones a mi regreso. No rechisté, asentí a todo lo que me decía, aunque en mi interior estaba totalmente seguro de que no iba a asistir a ninguna o casi ninguna de ellas. Pensar en volver a ser actor era algo que cada vez más rehusaba mi mente. No entendía por qué, ya que al parecer mis películas habían tenido bastante éxito y en las imágenes de internet se me veía feliz con mi trabajo. Sin embargo, todavía, al ojear esas imágenes, no lograba sentirme cómodo, no lograba verme a mí. Cosa que iba a ser difícil, ya que no podría verme, si no era capaz de recordarme. El pez que se muerde la cola.

Conseguí que Alisa no se explayara demasiado en su llamada, ya que no dejaba de hacer preguntas y, conociéndola lo poco que la conocía, algo me decía que alguna de esas preguntas acabaría siendo una trampa. Entré en la casa con una extraña sensación, algo parecido a la culpa me envolvía. ¿Qué estaba haciendo allí? Mi mujer me esperaba en casa, se preocupaba por mí, intentaba que volviera a mi normalidad. Pero en ese mismo momento también recordé que me escondía cosas, que actuaba de una forma extraña, que intentaba obligarme a que le diera sexo, como si fuera algo que había dejado de hacer. Sacudí la cabeza y me deshice de Alisa y las sensaciones contradictorias que me provocaba.

Oí música y la ducha encendida, y no sé por qué loca razón me adentré hasta la puerta del baño, que permanecía con apenas una rendija abierta. Oír la música, su voz canturreando y el sonido del agua caer, me atrajo como el canto de una sirena. Lo hice de un modo sigiloso, lento, con temor a ser descubierto. ¿De verdad la estaba espiando? Sí. Eso mismo hacía. Esa chica me atraía de una forma cada vez más preocupante. Mi cuerpo reaccionaba a su piel, a su olor. Fue cuando la vi desvestirse, cuando por primera vez me planteé que tal vez debía dejar de buscar el fantasma de una mujer que no podía recordar y centrarme en lo que mi cuerpo y mente intentaban decirme. Natalie me gustaba. No solo su inteligencia, su carácter duro y sus piernas fornidas. Me atraía mucho. Y sí, yo estaba casado con una despampanante rubia, pero, por

alguna razón, no parecía ejercer ni una milésima parte de efecto en mi ser como lo hacía la sola presencia de Nat.

Jamás había visto a nadie desnudarse con tanto erotismo. Dejó caer su minúsculo pantalón mojado, que cayó a plomo dejando húmeda la parte inferior de sus pantorrillas. Algo tan insignificante y ya tenía una erección de mil demonios. Se quedó en braguitas y camiseta, cuando decidió inclinarse sobre el lavamanos para observar algo de su rostro cerca del espejo, dejando su culo en pompa y quedando de puntillas. ¿Cómo podía ser tan sexy? Tenía el pelo apelmazado a la cara y el poco maquillaje que llevaba, claramente había hecho su aparición como si hubiera estado llorando lágrimas negras. Entonces lo entendí. ¡Eso era lo que miraba! Se llevó las manos a manos a ambos lados de la cara, avergonzada por ver ese detalle. Eso me hizo reír. Guapa, sexy y me hacía reír. Juro que tuve que contenerme por no sorprenderla y meterme con ella en la ducha. ¿Cómo reaccionaría? ¿Me dejaría entrar? Eso era algo que no iba a descubrir entonces, ya que reulé sobre mis pasos y dejé de espiarla como un maldito tarado al creer que por una milésima de segundo me había pillado al verme reflejado en aquel antiguo espejo. Di un salto hacia atrás para quedar fuera del campo de visión y decidí esperar mi turno sentado en mi cama, o lo que era lo mismo, el sofá.

Leía no tardó en hacer aparición y quedarse a mi lado, buscando caricias. Me di cuenta, mientras acariciaba al animal, de que no dejaba de pensar en esa imagen, ese pantalón cayendo entre sus piernas, ese culo respingón en braguitas. ¿Qué me estaba pasando? Por primera vez desde que desperté del coma sentía atracción física y deseo sexual por alguien, ese mismo alguien que al parecer sabía mucho de mí y yo apenas nada de ella, ni de mí mismo. Descarté la idea de que Natalie fuera la chica que buscaba al pensar en ese hombre con el que salía, Alan. Ella era una mujer con pareja y yo un hombre casado. A mi pesar, pero casado.

Sentir esa atracción tan fuerte por ella lo único que hizo fue reafirmarme: uno, que sentía cero amor y deseo hacia mi mujer, y dos, que seguramente no me había llegado a enamorar tan profundamente de la chica del centro. Quise creer eso, mi cabeza quería creer eso. No lograba encajar que mi memoria hubiera perdido todo el rastro de ella con esa facilidad, que mis oídos hubieran olvidado su voz y esas cosas. Creí que el amor era eso que traspasaba barreras, se movía a la velocidad de luz, era incontrolable y se expresaba en pequeñas descargas directas al alma. Venía buscando eso en esa misteriosa chica, sin embargo, no contaba con que en el camino, mi cuerpo reaccionara a otro. ¿Era eso normal? ¡Por supuesto! Era un hombre y ella una preciosa mujer. También quise convencerme de eso, era más fácil que ponerse a indagar y a escuchar lo que las señales me estaban gritando. Resumiendo, Natalie me gustaba de una manera explosiva, repentina y eléctrica, pero, a su vez, sabía acariciarme el alma y apenas hacía unos días que la había visto por primera vez. ¡Qué iluso! Supe más tarde que mi cabeza pudo perder la memoria, pero mi cuerpo y mi alma nunca lo hicieron.

Fingí estar buscando ropa limpia en el bolso cuando ella salió con un minúsculo vestido, o, mejor dicho, una camiseta de tiras larga, extragrande que le servía de vestido. Era de los Guns N' Roses. El pelo le goteaba sobre el pecho y estaba claro que no se había puesto sujetador, ya que sus pezones erguidos apuntaban claramente bajo la tela. Tras observarla unos escasos segundos

en los que tuve que obligarme a tragar saliva, bajé la vista de nuevo al bolso. Creo que se dio cuenta de que estaba removiendo la ropa sin sentido, tan solo para disimular que la había mirado un poquito más de lo que debía. Sin embargo, ella parecía hacer lo mismo conmigo, era como si nos dedicáramos a escudriñarnos sin el permiso del otro y, cuando uno de los dos se daba cuenta, el choque de miradas rompía el momento.

—¡Me toca! —dije al pasar por su lado sin mirarla.

Fui directo al baño sosteniendo la ropa, tapando mi entrepierna que había decidido traicionarme. Lo último que quería que pensara era que había acogido a un depravado, el cual era incapaz de controlar sus impulsos más primitivos. Ni siquiera contemplé la opción de abrir el agua caliente, me di una ducha fría, bien merecida, y en diez minutos estaba listo con el cuerpo bajo control.

Al salir encontré a Natalie observando la piscina. Leia ladró al verme salir de la casa directo hacia donde ella estaba. Eso hizo que se girara y me regalara una sonrisa al ver que me quedaba junto a ella.

—Mañana ya estará llena. —Su voz fue suave y llena de satisfacción.

—Has hecho un buen trabajo con esta piscina. —Sonrió—. Mírala cómo brilla, parece nueva.

—Lo mío me ha costado.

—Lo has hecho genial, Nat. Todo va a quedar genial, ya verás.

Los dos nos giramos y observamos la casa al completo. Aún se veían desperfectos exteriores, nada complicados. Me hacía sentir bien ese lugar, me gustaba esa Golden cariñosa que se encontraba mordisqueando un juguete de goma, y el olor a melocotón que el cabello mojado de Natalie desprendía.

—Mañana podríamos pintar, hacer trabajo de interior, ¿qué te parece?

—¡Tú mandas! —le respondí con la mano en la frente a modo de saludo militar.

La seguí mientras caminaba en dirección al interior de la casa. Palm Springs volvía a teñirse de tonos anaranjados y rosados.

—¿No vive nadie en esa casa?

Llevé la vista a la mansión de al lado, bastante descuidada también, aunque no tanto como la de Natalie.

—No, de momento solo tengo vecinos al otro lado.

—Tiene pinta de ser muy bonita.

—¡Y cara! No quise ni que me la enseñaran cuando vine a ver esta.

—No te hace falta una casa tan grande, esta es perfecta.

—Tengo más que suficiente para Leia y para mí.

No mencionó a ese tal Alan, no fue casualidad, algo me decía que no lo incluía en sus planes de futuro.

Observé un instante la mansión de al lado, tenía un piso más que la suya y era de estilo mejicano, como una hacienda. A saber quién vivió ahí.

—Creo que voy a montar la hamaca.

Me acordé al toparme con esas dos enormes palmeras que daban a la verja del jardín de la casa

deshabitada.

—Como quieras, yo voy a dar un paseo con Leia por el barrio. Sus dos paseos diarios son sagrados, por más jardín que tenga para corretear.

—¿Puedo acompañarte?

—Pero no ibas...

—Me apetece ese paseo. La montaré después.

—De acuerdo. Si quieres mientras yo hago una ensalada y algo más, la montas. Aún habrá claridad.

—Eso haré.

En cuanto descolgó la correa de Leia, el animal se fue directo a la puerta de la verja. Me sentí bien al ver que ya no quedaba mal cerrada. Había hecho algo productivo aparte de estar observando cada movimiento de Natalie.

Salí sin la gorra y sin las gafas de sol. Me sentía seguro en ese barrio y odiaba tener que pasear junto a ella, ocultándome. Quería sentir la libertad de hacerlo sin presión.

Llegamos hasta un parque regentado por jóvenes *skaters*, con música punk rock de fondo y al pasar por el lado, uno de esos monopatines salió disparado hasta llegar a los pies de ella, que con una destreza increíble, lo pisó por un extremo elevándolo y cogiéndolo al vuelo con una mano.

—¡Guau! No me digas que también eres una *skater*.

—No, qué va. De joven hice mis pinitos, como todos.

—Llevas un Shelby del sesenta y siete, tienes un máster en bricolaje, tocas la guitarra y ¿sabes manejar un *skate*? ¿Escondes algo bajo ese vestido que nadie se espera?

Me miró con una ceja levantada.

—Ese comentario ha sido un poco sexista, ¿no crees?

¡Mierda! Tenía razón.

—Lo siento, no era mi intención... —No supe cómo arreglar eso, pero vi que no quiso darle importancia al añadir bromeando:

—Como castigo no voy a desvelarte lo que esconde este vestido de los Guns.

Sonrió pícaramente y me cedió el *skate* para que se lo devolviera yo a uno de los chicos. Avanzó unos pasos por delante de mí, dejándome con la boca abierta tan solo de proyectar esa imagen en mi cabeza.

Me subí al *skate*, ni siquiera imaginaba que podría mantenerme en pie. Pero lo hice, se lo acerqué a su dueño, disfrutando del traqueteo bajo mis pies, hasta incluso me permití hacer alguna pirueta que, por supuesto, no tenía ni idea que sabía hacer. Al volver junto a Natalie, ella sonreía, a la vez que asentía con la cabeza.

—Era de imaginar que se te iba a dar bien, siempre tuviste esa pinta de *skater* o surfero retirado.

Ella bromeó con eso, sin saber que esas palabras harían eco en mi cabeza. Algo parecido al atisbo de querer recordar me detuvo, dejándome clavado con los ojos fijos en la nada. Esas palabras... «¡Venga, cabeza! ¡Dame algo más!», le supliqué a mi mente. Pero nada, tan solo

Natalie y Leia a unos pasos por delante, ajenas a ese extraño momento de lucha mental que estaba viendo.

Lo supe, mi mente empezaba a dar destellos, a querer devolverme a mi yo de ayer.

25

La hamaca

Natalie

Se quedó unos metros por detrás, tuve que girarme al darme cuenta de que estaba hablando sola. Levi se encontraba quieto, anclado al suelo, con la mirada perdida, como en trance. Era la segunda vez que lo veía así y me asusté. Pero antes de llegar hasta él, sacudió la cabeza e intentó disimular que todo estaba bien, pero yo sabía que no. Supuse que debía ser una de las secuelas del accidente. Afortunadamente, volvió a caminar enseguida, los huesos rotos no fueron un problema para su rápida recuperación, pero su mente guardaba demasiadas lagunas y secuelas. De eso estaba segura y, por desgracia, no había rehabilitación que le ayudara con eso.

Cuando sacudió la cabeza, quise no darle importancia y continuamos con el paseo. Me pidió la correa de Leia y ambos se dieron un par de carreras, como si estuvieran compitiendo. Me gustaba ver cómo conectaban.

—Estos animales tienen mucha energía, hay que cansarlos un poco —apuntó con la voz agitada.

—Lo haces de maravilla. Pero para eso tenemos el *frisbee*. Cada día hacemos nuestra sesión de lanzarlo a conciencia.

Se detuvo. Apoyó sus manos en las rodillas para recuperar el aliento.

—Eso me hubiera ido bien saberlo antes de creer que podría cansarla corriendo a su ritmo.

Consiguió arrancarme la risa.

—Eres muy impulsivo.

Levantó la vista y la clavó en mí.

—¿Siempre he sido así?

—Sí, bueno, no. En ocasiones, eras sensato.

Sonreí nerviosa y le aparté la mirada. Pensé en la vez que casi nos besamos en la piscina climatizada del centro y me sorprendió con un «no te convengo», dejándome más caliente que una cafetera. Esa vez, utilizó su sensatez, supo frenar lo que nuestros cuerpos pedían, aunque eso le duró poco.

Siempre me gustó caminar por el asfalto, así que cuando volvíamos me bajé hasta quedarme en mitad de la calzada, con la mirada puesta en ese cambio de rasante donde el cielo anaranjado lo cubría todo y se fundía con el alquitrán de la calle. A esa urbanización solo le faltaba el mar de fondo para ser perfecta, ya que todo lo que nos rodeaba era meramente californiano. No obstante, si de algo no podía presumir Palm Springs, era de playa, eso sí, desierto, polvo y arena, era lo

que envolvía esa bonita ciudad. No me canso de decirlo, esa ciudad había sido y seguía siendo un oasis en toda regla.

—¿Siempre caminas por el asfalto? La acera es enorme, no veo la necesidad. Anda, ven, podría venir un coche.

—Es una calle unidireccional, puedo ver perfectamente a lo lejos cualquier vehículo. Además, ¿desde cuándo haces lo correcto?

Lo vi apretar los labios y arrugar el entrecejo, pensando.

—¿Desde que no sé quién soy ni cómo hacía las cosas antes?

A la vez que cuestionaba mi reproche, se acercó quedándose a mi lado con la vista fija en el final de la calle, allí donde el infinito rosado se fundía con el asfalto, las palmeras y las casas residenciales.

—Ahora entiendo por qué lo haces... —dijo embobado con el atardecer de postal de aquel bonito lugar.

—Siempre he vivido aquí, la casa de mi padre está a un par de calles. Elegí este barrio porque es muy tranquilo, nada conflictivo y lejos del ajetreo. Y porque... —Me detuve y puse mi mano sobre su antebrazo para obligarlo a detenerse—. Escucha...

Miró mi mano y seguidamente levantó la vista nuevamente al aire, deteniéndose a escuchar el silencio que el lugar y el momento nos proporcionaba. Tan solo una melodía de música *chillout* muy lejana que provenía de alguna casa, un perro ladrando muy a lo lejos y poco más. Ruidos mundanos, caseros y nada estridentes, ruidos de una vida tranquila. Asintió con la cabeza. Entonces me solté de su brazo, también lo hice con la correa de Leia y me tumbé en el asfalto bocarriba.

—¿Estás loca? ¡Es peligroso!

—Solo un minuto. Puedes esperarme en la acera.

Tras sopesarlo decidió copiar mis movimientos y se tumbó al lado. Pude notar su nerviosismo, el corazón le latía fuerte, no más que el mío por tenerlo tan cerca.

—Ahora cierra los ojos y escucha el silencio de esta zona de Palm Springs, ese que casi nadie conoce.

E increíblemente me obedeció. Juraría que hasta la perra me hizo caso.

No era la primera vez que hacía eso. Empecé a hacerlo para calmar mis demonios internos. Un día paseando a Leia inmersa en mis tristezas y sin poder parar de llorar, no sé por qué, me dejé caer al suelo y me tumbé. El contacto con el asfalto aún caliente y la conexión con el lugar lograron calmar mi ansiedad. Desde el suelo podía oír el vibrar incluso de cuando un vecino abría una puerta de casa, el rodar de las bicicletas, los pájaros, los perros, los motores...

—¿Por qué aquí, en un lugar peligroso y no en la hierba?

Noté preocupación en sus palabras. Tardé en contestar. Nuestras manos se rozaban levemente y tuve que luchar contra el impulso de acariciar la suya. Empezaba a oscurecer y el cielo ya no era tan rosado. A lo lejos, muy a lo lejos, la primera estrella brillaba, juraría que era un planeta. El mismo donde me hubiera gustado estar en ese instante con él y solo con él.

—Un día descubrí que verse desde tan bajo, desde la dureza de la calzada, me cambiaba la

percepción de las cosas. —Uno de sus dedos me rozó, fue una caricia sin duda. Respondí con el mismo gesto—. De pie, frente al mundo, me sentía vulnerable y todo a mi alrededor sucedía de una manera incontrolable, era como si todo pudiera dañarme en cualquier momento, no obstante, desde allí abajo, todo era distinto, ya que al perder el contacto visual con nuestro alrededor, agudizas el oído y captas los sonidos de los objetos o situaciones mucho antes de que lleguen a estar cerca de ti. —La mitad de su mano ya estaba sobre la mía y mi corazón no podía latir más rápido—. Eso te permite tomar el control de todo y solo tú decides, si dejas que te arrollen o, llegado el momento de levantarse, escoges otro camino.

Hubo unos instantes tras mis palabras en los que lo único que podía oírse eran los latidos desbocados en mi pecho. Sentí que me explotaba cuando por fin cogió mi mano y la apretó como queriendo captar mi atención. Fue como un «te entiendo», como un «yo también lo siento así». Me apretó más fuerte. Quería que lo mirara. Permanecimos unos minutos allí tumbados en mitad de la calle con las manos entrelazadas, moví la cabeza respondiendo a su gesto, para así mirarlo. Congelamos ese instante con un silencio absoluto. ¡Era él! ¡Había vuelto! ¡Dios mío! Vi a Levi por fin en sus ojos. Pero el estruendo del rodar de algo muy ruidoso nos devolvió a la realidad e hizo que nos levantáramos de un respingo, a la vez que tiró de mí hacia la acera, yo lo hice con la correa de Leia. Entonces sí, nuestros corazones latían a la par, esta vez repletos de la adrenalina del momento.

Por nuestro lado pasó un chico de no más de doce años, con un *skate* a toda velocidad. Nos pilló desprevenidos, inmersos en nuestra burbuja imaginaria. No iba a arrollarnos ni mucho menos, sin embargo, desde allí abajo el sonido sonó en el pavimento como si fuera un tren. Permanecimos agitados el uno frente al otro, con las manos entrelazadas, pecho contra pecho. Fue un momento de subidón en el que podíamos haber elegido caminos distintos, salir despavoridos cada uno para un lado, más lo hicimos a la vez, sujetando la mano el uno del otro y hacia la misma dirección. No podía ser suerte, eso no era coincidencia. Levi y yo volvíamos a estar conectados. Éramos nosotros sin serlo. Al comprobar que tan solo había sido un *skate*, nos miramos de nuevo a la cara y empezamos a reír a carcajadas. Fue una risa espontánea y sincera, que se esparció por todo el vecindario y por todo mi ser, claro está.

Volvimos el uno al lado del otro. Le agradecí el silencio. Ninguno hizo mención de nuestras manos unidas por ese instante, ninguno habló de corazones desbocados, ni de descargas eléctricas, ni miradas queriendo reconocerse. Tan solo caminamos en paralelo, con Leia observándonos, marcando la distancia entre los dos. Mi mente abrió de nuevo la cámara lenta. Posé primero la mirada en la perra, después observé el pequeño rayo dibujado en su muñeca, subí por su brazo tatuado, no me perdí detalle de su cuello y por fin disfruté de la silueta de su precioso perfil.

Entramos en la casa, le puse agua a Leia y me dispuse a preparar la cena. Levi se quedó montando la hamaca. Quise parar el tiempo. No necesitaba nada más. Lo observé desde la ventana de la cocina. Se había vuelto a quitar la camiseta dejando al descubierto el *piercing* del pezón, los tatuajes y las cicatrices, que con el tiempo se habían mimetizado. Levantó la vista y volvió a pillarme con el aguacate en una mano y el cuchillo en otra, pero estática, observándolo

de nuevo. Sonrió con complicidad y decidí dejar de mirarlo hasta que dejara de tener algo afilado en las manos. Me costó centrarme en la ensalada tras hacerme un pequeño corte en el dedo índice izquierdo. Más que un corte, era como un arañazo, aunque sangró y tuve que envolverlo con papel de cocina hasta que dejó de hacerlo.

La noche ya había caído y aún no habíamos cenado. No entró ni una vez para comprobar lo que estaba cocinando. Así que deduje que le estaba costando más de lo previsto montar ese artilugio. Llené una bandeja con la cena y un par de cervezas y salí al jardín queriendo burlarme un poco de su falta de destreza.

—La próxima vez tú preparas la cena y me dejas a mí...

No pude acabar la frase. Al salir al jardín con la noche ya caída en su totalidad, me encontré no solo con la hamaca perfectamente montada, colgada y balanceándose de un lado a otro. Los dos troncos de las palmeras estaban envueltos en una espiral de luces led diminutas. Parecían miles de estrellas. La hamaca se encontraba como si estuviera colgada en el cielo. Abrí tanto la boca que por poco se me caen las cosas de la bandeja. No daba crédito a lo bonito que había dejado aquel rincón donde íbamos a cenar. La mesa la había decorado con las velas antimosquitos, dándole un toque muy, demasiado romántico, y con un cuenco que de lejos parecía como si fuera un nido de estrellas, con otra tira enroscada de luces led.

—¿Te gusta?

No respondí, todavía permanecía con la boca abierta.

Se acercó y me quitó la bandeja de las manos para posarla en la mesa.

—Voy a tomarme eso como un sí —bromeó.

—Me encanta. No tenías por qué.

Me atreví a balbucear.

—No es nada. Te quedará un rinconcito genial para que invites a Roxy, a tu familia, o a... —hizo una pausa no quiso nombrar a Alan— a cenar este verano. Tú solo di que lo has hecho tú.

—Gracias.

Le agradecí mientras por instinto me sentaba, sin darme cuenta de que estaba teniendo el gesto de retirarme la silla para que me acomodara tranquilamente. ¡Guau! La versión dos-punto-cero de Levi era incluso mejor que la anterior. Quedaba comprobado.

Cenamos con una conversación de mutuo interés. Estuvimos hablando de coches y motores. Me contó que tenía un Corvette, pero que seguramente si tuviera que comprarse uno de nuevo, sin duda, no sería un coche tan llamativo y me habló del viejo Cadillac que quería reparar.

—Bueno, era el coche que te pegaba entonces —dije sin pensar, refiriéndome al Corvette.

—Es un coche pretencioso. ¿Es así cómo era yo antes?

Me pilló desprevenida.

—No sé, Levi, no te conocía tanto.

Se coló un pequeño silencio entre nosotros.

—¿Y a ella? ¿Puedo preguntarte cosas sobre ella?

¡Tierra, trágame!

26

Helado y cerveza

Levi

Sé que dije que no iba a tocar el tema, pero no le estaba preguntando nada comprometido ni pidiéndole su paradero. Tan solo quería saber de ella, de la supuesta Annelie.

—¿Qué quieres saber de ella?

Me llevé ambas manos al cabello, hundiendo mis dedos como si de un peine se tratara hasta bajar a la nuca, donde las dejé reposar mientras tomaba aire.

—No sé exactamente... ¿Qué le gustaba desayunar?

Me miró levantado una ceja.

—¿De todo lo que podrías preguntar, quieres saber qué le gustaba desayunar?

—Esto... Sí, ¿por qué no?

—Pues no lo sé exactamente, aunque si tuviera que decir algo diría que las tortitas con sirope de jarabe de arce. Le encantaban.

—Interesante...

Me sujeté el mentón bromeando a sabiendas de que había sido una pregunta de mierda. Eso la hizo reír. Sin embargo, la vi tragar saliva repetidamente e intentar dar un trago a la cerveza que ya no contenía ni una gota.

—Traeré dos más.

Pese a lo que pueda parecer, no pretendía que se le soltara la lengua con el alcohol, simplemente el momento lo requería. En menos de un minuto volví a sentarme a su lado y ella pudo romper el nudo de su garganta con un trago burbujeante de cerveza.

—Háblame de ella.

—Pero ¿qué quieres saber exactamente?

—¡No lo sé, Nat! Quiero entender quién era, qué hacía en mi vida o yo en la suya. Quiero verla, conocerla... Pero ya sé que no vas a concederme eso.

—No puedo —dijo, apenada.

—Lo sé. Si me hubieras prometido algo así a mí, también querría que cumplieras tu promesa.

Me soltó una sonrisa que delataba tristeza y algo de pena. Odiaba que se apiadaran de mí. Exhalé casi dando por perdida mi petición.

—Era... Bueno, es una chica sencilla. Le gusta el rock, es sensible y bruta a la vez. Tiene genio, ¡vaya si tiene genio! Le gustan mucho los animales. No sé, sencilla es la palabra. Eso sí, con los hombres siempre ha tenido el ojo clínico, pero al revés. Cuanto más pinta de malote, más le atraen.

—¿Yo tengo pinta de malote? —Me sorprendí, porque me sentí aludido. Ella sonrió y tras dar un trago a su botella apuntó:

—¡Oh, sí! Tenías el pelo más largo, lleno de tatuajes y un aire de chulo que ni te cuento.

—¿Perdona? ¿Chulo? ¿A qué te refieres? —Fruncí el ceño.

Esta vez sonrió divertida de verdad.

—Ya sabes, la llamabas «nena» y esas cosas. —Volvió a reír y me quedé prendado de esa manera tan bonita en que arrugaba la nariz—. Aun así, a ella le gustabas. Igual que la forma de atusarte el pelo, tu insistencia y tus tira y afloja mentales, cuando la mirabas...

Me miró a los ojos fijamente como queriendo encontrar algo en su interior.

Hubo un silencio y sentí unas tremendas ganas de besarla. Bajé la mirada a sus labios, ella apretaba los suyos, supe que estaba reteniendo el mismo impulso.

—¿Cómo sabes todo eso?

Rompí la magia. Casi la beso.

—Esto... Es tarde. ¿Recogemos?

Se puso en pie y yo hice lo mismo. Me apresuré a sujetarla por la muñeca, la que ocultaba con el pañuelo rojo. La apreté y rápidamente dejé de presionar al creer que le hacía daño en la herida, pero ella ni se inmutó. Su pecho se movía cada vez con más rapidez. ¡Le gustaba! ¡Yo le gustaba! Pude verlo claramente. Su cuerpo reaccionaba al mío, de hecho, no había dejado de hacerlo desde que llegué. Volví a posar la vista en el pañuelo.

—Deberías dejar respirar esa herida...

Acaricié su muñeca e instintivamente ella apartó su brazo, liberándose de mi mano.

—No tengo una herida, es tan solo un golpe. Llevo el pañuelo a modo de venda, limitando los movimientos para que no me duela.

—Pues deberías comprar una venda, quitártelo y lavarlo de vez en cuando, que con el calor que hace... —bromeé quitándole peso al momento.

—¿Estás de coña? —Sonrió relajando el semblante—. ¡Es de Axl Rose! ¡No me lo quitaré en la vida!

Recogió ambos platos y añadió:

—No huele a muerto, te aseguro que lo lavo a menudo. No soy de esas fans que quieren guardar su sudor eternamente. Seguramente las tuyas lo sean, sin embargo, yo, con tener el cacho de tela y el recuerdo de ese día, me vale.

Se giró para encaminarse a la cocina y no sé por qué me vinieron a la mente esas palabras de nuevo.

—Los recuerdos son todo lo que tenemos —dije entre dientes.

Ni siquiera sé por qué repetí esa frase que abordó mi cabeza, simplemente fue así.

Se detuvo en seco y se giró. No pude descifrar su mirada.

—¿Qué? —apuntó algo temblorosa.

—Esta frase es de ella, lo sé. Fue el primer destello que tuve de memoria, una esquila de una conversación. ¿Y sabes qué, Natalie? —Negó sin añadir nada—. Yo no tengo nada. Podría

tenerla delante de mí, haber estado cruzándome con ella en Malibú a diario y no saber quién es, no tengo recuerdos, así que yo no tengo y no apunta a que vaya a tener nada.

—Eso no es cierto.

Me sorprendió con su respuesta. La seguí hasta la cocina. Abrió el congelador y sacó una tarrina de helado tamaño XXL, abrió el cajón y cogió dos cucharas. Una de ellas me la plantó en el pecho y yo la sujeté.

—Tal vez esos no vuelvan, pero siempre puedes generar nuevos. Estás vivo, Levi, no lo olvides.

Salimos de nuevo con el helado y en vez de sentarnos en las sillas, lo hicimos en las tumbonas semirreclinados, con la mirada al cielo estrellado. Los asientos estaban pegados, ella sujetaba el helado en el apoyabrazos y hundimos nuestras cucharas a la par. Vainilla con nueces de Macadamia. Tenía razón, ese momento ya quedaba almacenado como uno de mis nuevos y grandes recuerdos. Ella y yo, bajo el cielo de Palm Springs.

Natalie me chispeaba los sentidos. Me removía, pero no de una forma incómoda, al contrario. Me gustaba. Estaba realmente confundido, lo reconozco y sentí miedo al darme cuenta de eso. Estaba allí invadiendo su espacio, en busca de otra mujer, cuando cada vez más lo único que tenía ganas de hacer era de besarla. Por primera vez, desde que había despertado sentía atracción por alguien y no era por esa chica fantasma, ni mucho menos por Alisa. Estaba sintiendo cosas que aún no lograba entender ni descifrar, por esa desconocida que sentía cercana y que a la vez activaba mi alarma interna.

La estuve observado mientras lamía la cuchara con la mirada en el cielo. Era preciosa. Quise ser esa cuchara, ¡vaya si lo quise! Combinaba el helado con tragos intermitentes de cerveza.

—¿Qué tal esa combinación?

—Mmm, deliciosa. —Se lamió el labio al contestar.

—¿Quieres probarla?

Se incorporó ofreciéndome un trago. Yo me incorporé a la vez y sujeté la cerveza. Pero al juntar nuestros dedos sobre la botella, algo parecido a una descarga eléctrica me subió por el brazo hasta estallar en mi estómago. Ambos encogimos los dedos a la vez. Le había pasado lo mismo. La miré directamente a los labios, brillaban. Las lucecitas led, se reflejaban en esos labios humedecidos.

—Sí, claro que quiero...

No se lo esperaba, ni yo tampoco, pero me lancé a besarla, a sentirla, a saborear la vainilla y la cerveza de su lengua. Al principio, me sentí ridículo por la osadía, ya que toda ella estaba paralizada. Ni yo sabía por qué había hecho tal cosa, pero unos segundos después, cuando estaba por dar por finalizado ese beso claramente no correspondido, enlazó su lengua a la mía, relajó su tensión muscular y nos besamos apasionadamente. Aun sujetando la cerveza, la posé lentamente sobre el césped. El helado cayó al suelo y Leia no tardó en hacer aparición y rebañar lo que quedaba.

—Excelente combinación —susurré cuando por fin logré desimantarme de su boca.

Me moría por volver a hacerlo. Pero ella se apresuró a levantarse nerviosa. Me levanté tras ella.

—¿Qué pasa, Natalie? No ha estado tan mal.

—¡No deberías haberme besado!

Sus ojos brillaban entelados.

—¿Qué? —me descolocó—. Lo siento, yo...

—Es a ella a quien quieres besar, a quien has venido buscando.

—Nat, lo siento, no volverá a ocurrir.

—¿Lo sientes? —Empezó a desesperarse—. ¡Eres un hombre casado, Levi! ¡Ca-sa-do! Has venido buscando a otra mujer que ni siquiera es la tuya, ¿y me estás besando a mí? Yo no soy la sustituta de nadie, ni voy a ser la otra en esta historia. No quiero serlo nunca más...

Y salió a toda prisa para encerrarse en su habitación. Dejándome boquiabierto, sin saber qué hacer. Mi cabeza, que intentaba darle una explicación lógica a lo sucedido, supuso que Natalie seguramente había estado siendo la amante de ese tal Alan. Me había contado que tenía hijos y que actualmente estaba separado, así que deduje que su historia empezó estando él todavía inmerso en su matrimonio. Y me sentí fatal. Esa debió ser la razón por la que no hablaba de su relación con ilusión, como si ese fantasma la hubiera hecho dejar de creer en ello. El hecho de que no estuviera enamorada de él era algo evidente, pero, también lo era que seguramente lo había estado, no sé si de él, o de quien fuera. Esa rabia la delataba.

Toqué tres veces en la puerta de su habitación. No la oía llorar, me sentí aliviado, pero eso quería decir que se había molestado. Necesitaba volver a disculparme. La había cagado. Pensé en la conversación de unas horas antes, cuando me dijo que solía ser impulsivo y en alguna ocasión también hacía lo correcto. Y esta vez, claro está, que me había comportado como Tyler, no como Levi. Necesitaba decírselo así, tal cual.

—Natalie, por favor, ábreme. —No contestó—. Nat...

Apoyé la frente en la puerta. Oí el crujir de la madera de su cama, no obstante siguió sin abrir. Me senté apoyado en la pared y decidí tumbarme en el suelo. Era ridículo, no podía quedarme allí hasta que saliera. Así que probé con lo único que se me ocurrió.

—Natalie, sé que me estás escuchando. Estoy tumbado en el suelo, como me has enseñado hoy. ¿Puedes hacerlo tú también? —No contestó—. Voy a tomármelo como un sí. Quiero que cierres los ojos y me escuches, después me iré, no te preocupes.

Tomé aire varias veces antes de proseguir.

—Siento lo que ha pasado. Siento haberme comportado como esa persona que soy o que tal vez era, no sé bien cómo definirlo. Pero quiero que sepas que lo ha sucedido antes no ha sido impulsado por ninguno de mis «yo» de ayer. No te ha besado Tyler ni William, ni siquiera te ha besado Levi, te he besado yo, aunque aún no sepa exactamente quién soy. Tal vez Tyler tenía amantes y Levi busca a otra mujer, pero te juro, Natalie, que no logro identificarme con ninguno. Solo quería que supieras eso. No he venido en busca de una aventura, ni a romper ninguna relación, he venido buscándome a mí mismo y en cierto modo, lo he encontrado, él ha sido quien te ha besado. Es a él a quien debes disculpar por mostrarse por primera vez. Siento haberte incomodado. Me ha encantado conocerte.

Me dispuse a marcharme cuando oí cómo se abría lentamente la puerta de su habitación.

—Yo tampoco sé quién soy, hace mucho tiempo que no lo sé —aseguró con voz tenue—. Estoy harta de mí, de lo que me he convertido desde que... —No acabó la frase. Abrió del todo la puerta sin dejar de mirarme a los ojos. Algo había cambiado—. No te vayas, no quiero que te vayas. Dijiste hasta el lunes y aún hay mucho que pintar.

Sonreí aliviado.

—Soy un excelente pintor.

—Lo sé.

Dio un paso hacia mí, le miré los pies, estaba descalza, subí la vista por sus preciosas piernas. Llevaba la camiseta enorme de los Guns arrugada y el pelo recogido en un moño. Tan terriblemente sexy que empezó a descontrolarme las pulsaciones.

—¿Me juras que no eres Levi ni eres Tyler?

—Tampoco soy William.

—Perfecto entonces.

Dio otro paso.

—Hasta el lunes —susurró.

—Hasta el lunes —apenas balbuceé.

Pasó su pulgar por una de mis cicatrices de la frente y deslizó la mano hasta acunar mi mejilla. Me miró fijamente, se mordió el labio y se lanzó a besarme.

La acogí en mis brazos alzándola sin dejar de besarnos. Ella enroscó sus piernas a mi cintura y la aprisioné contra la pared. Me enloquecían esas fornidas piernas, quería acariciarlas, hundir mis dedos en ellas. La besé contra la pared hasta que me dolía el bajoventre. Estaba tan excitado. ¡Bendita sensación! Había tenido sexo con Alisa días antes, pero ni por asomo me había sentido así de excitado. Cada vez que su braguita rozaba mi pene bajo el pantalón me hacía jadear. Una explosión de sensaciones nuevas.

La sostuve con firmeza apretando su trasero con mis palmas y así logramos entrar en la habitación hasta caernos torpemente sobre la cama. Levanté su vestido hasta observar sus pechos desnudos y me deshice lamiéndolos y succionándolos, levantado la cabeza únicamente para observar su rostro de placer. Bajé la mano lentamente hasta su monte de Venus y sin que me diera ninguna instrucción di con el botón mágico. Lo supe en cuanto puso los ojos hacia atrás. Encorvó el cuerpo debajo mío pidiendo más, así que introduje uno de mis dedos en su suave interior y mi lengua sobre sus erguidos pezones. Estaba húmeda, muy húmeda. Solo quería darle placer, quería hacerla gemir. Era la primera vez que mi nuevo yo oía gemidos con esa intensidad. Eso me enloquecía aún más. Subí un instante a besarla, momento que aproveché para morderme el labio con tanta fuerza que sentí un pequeño dolor que me excitó aún más. Bajé besándole el cuello hasta el interior de los pechos, de ahí bajé al ombligo con mi lengua. Su piel se erizaba cuando al jadear mi aliento rozaba sus poros. Seguidamente saqué mis dedos de su interior para dejar que mi lengua acabara el trabajo. No tardó en explotar, sentí como mi boca se humedecía aún más con su orgasmo y casi me corro de placer al oírla gemir. Aprisionó mi cabeza entre sus piernas y por fin flojearon, di un último beso y me puse sobre ella.

—Eres preciosa... —susurré.

Mi pene buscaba hacerse paso en el hueco de su húmeda vagina.

—Espera —jadeó apenas sin aire.

Alargó la mano y rebuscó varias veces en el cajón de la mesita. Deduje lo que buscaba sin éxito, así que alargué mi mano para rebuscar yo en ese cajón. Tuve que apartar una libreta con palmeras que en la portada ponía «Palm Springs». Por supuesto, no le hice caso, no imaginé el secreto que escondían esas páginas, así que la eché a un lado y di con una tira de preservativos. Rasgué la bolsita de uno de ellos, a la vez que me sentaba en el borde de la cama y me lo coloqué sin dificultad. Pero antes de poder volver a tumbarme encima suyo, ella se subió a horcajadas encima mío. Se contoneó varias veces subiendo la calentura, asegurándose que todo encajaba y, cuando lo vio claro, dejó que mi pene se deslizara en su interior. Quería ser ella quien condujera la situación, la sujeté por el trasero y juntos conseguimos el ritmo necesario sin dejar de besarnos, succionarnos y mordernos. No recordaba que el sexo era puro éxtasis. Me enloquecía con cada movimiento, solo quería estar ahí dentro, quería oírla gemir. Gritó mi nombre dos veces. «Levi», «Levi», oí cómo aceleraba el ritmo de sus jadeos, quería más, más fuerte. Su orgasmo estaba por llegar y tras oírla gritar una última vez, exploté en su interior sintiendo el placer más grande que mi nueva mente había experimentado.

Nos quedamos abrazados en la misma postura. Yo dejé caer mi frente entre sus pechos y ella rodeaba mi cabeza con sus brazos. Me abrazaba con fuerza, como si no quisiera despegarse. Como si quisiera aferrarse a ese momento. Eso mismo quise hacer yo...

Sexo mañanero

Natalie

Hicimos el amor tres veces y caímos rendidos con la suave brisa del viejo ventilador que tenía en la habitación. Egoístamente, quería convencerme de que no estaba haciendo nada malo. Él no me recordaba, al lunes siguiente se marcharía y yo, en cierta manera, podría cerrar ese capítulo que quedó abierto tras su accidente. Sí, me había propuesto tomármelo como si fuera esa despedida, esa que la vida me había negado un tiempo atrás. Solo sabía que quería estar en sus brazos, que lo había extrañado tanto que me era imposible evitar esa situación. Por otro lado, tenía activada la alarma interna que me decía que lo estaba haciendo mal, que las mentiras no eran herméticas, siempre tenían grietas por donde peligraba que la verdad se colara, al principio en pequeños destellos, y acabaría por iluminarlo todo. Aun así, quise correr ese riesgo. Me creía con ese derecho. Aunque, claro estaba que eso iba a pasarme factura, ya fuera estando él o a su marcha. Pero ¡qué demonios! Lo quería y lo deseaba. En cierto modo, mi plan había funcionado, todas esas miguitas que había ido dejando acabaron por traerlo de nuevo hasta mí. En mi sueño peliculero, yo tenía que ayudarlo a recuperar sus recuerdos, en los cuales, entre ellos estaría yo. Con lo que no contaba era con que acabara metido en mi cama, aun sin haber recuperado la memoria. En las películas se veía todo muy fácil, y lo cierto era que la realidad estaba superando la ficción. Eso no estaba bien, lo sabía. Pero al darme la vuelta y verlo desnudo entre mis sábanas tuve que sacudir la cabeza, deshacerme de ese sentimiento de culpabilidad. ¡Merecía volver a sentirlo! Así que simplemente debía dejar que la cosa fluyera esos días. Él se marcharía, continuaría la vida que ya traía en su etiqueta y yo acabaría de encaminar la mía. Ya no había plan ni miguitas, todo iría sobre la marcha. Volví a mirarlo, apoyé mi cabeza en su tatuado pecho, inhalé su olor, necesitaba respirarlo.

—Buenos días, preciosa.

¡Mierda! Me había pillado con la nariz pegada a su pecho inhalando su olor como una loca. Contuve el aire momentáneamente.

—Bueno días —me aclaré la voz.

—¿Me estabas oliendo?

Se frotó los ojos con la mano que le quedaba libre. Con el otro brazo me rodeaba la cadera menuda.

Me sonrojé, no sabía cómo salir de esa.

—Sí, todos lo hacemos instintivamente cuando nos topamos con un olor nuevo. Es como una manera de analizarlo e interiorizarlo.

—Así me siento yo con todo. —Acarició mi cadera con su dedo pulgar—. No me va a costar nada interiorizar el tuyo.

Acercó su nariz a mi cabeza e inspiró dulcemente.

Se me inundó el alma al oírlo decir eso. Estaba relajado, en su cara no había ni un ápice de arrepentimiento. Aunque supe que en algún momento ese sentimiento lo abordaría. Él no estaba reviviendo nada, él estaba dejándose llevar por un impulso y cuando la realidad de que era un hombre casado lo sacudiera, tal vez su marcha se adelantaría. Eso era algo que debía asimilar cuanto antes.

—Levi... —Alcé la vista hasta sus ojos—. Esto es muy raro, no habías venido para esto.

—Tssss —me interrumpió—. Sí, es raro, no lo voy a negar. Solo quiero ser yo, y esto es lo más cerca que estoy de sentirme así. ¡Mírame! No estoy haciendo lo que se me ha recetado, estoy actuando por instinto, pensando en mí, en lo que deseo, todavía no me había permitido hacerlo. Y sé que tienes pareja, sé que estoy casado, pero estos días, aquí... Tan solo quiero ser yo.

—Pero, Levi, yo no soy quien tú...

Por un momento creí que iba a soltarle algo que hubiera cambiado todo ese momento, pero no me dejó.

—Tú le haces bien a mi alma, Natalie, quiero quedarme aquí estos días sin pensar en el mañana. La pregunta es... ¿quieres tú? No quiero arrastrarte a hacer algo así. Si tu relación con ese tal Alan está totalmente afianzada, recogeré mis cosas y me iré. Pero algo me dice que estamos juntos en esto, salvando las distancias, tengo la sensación de que ambos vivimos una realidad que no nos satisface. Hagamos un paréntesis. ¿De acuerdo? Solo unos días.

—De acuerdo —susurré y me dejé convencer al primer beso.

Contra sus besos siempre había jugado en desventaja, eso no había cambiado.

Pensé que íbamos a hacer el amor de nuevo, su erección mañanera así parecía anunciar. Sin embargo, se puso en pie y se desperezó abriendo los brazos de par en par, totalmente desnudo, mientras yo lo observaba totalmente deslumbrada, no solo por su bonito miembro al aire, sino porque era precioso entero. Había ganado masa muscular, se notaba que no era un chaval joven, era un cuerpo maduro, prieto y tatuado. Sentí una chispa de decepción porque se levantará sin hacerme el amor de nuevo, así que aparté la vista de su hipnótico trasero y me levanté.

—Tenemos mucho trabajo, nena.

Creo que hasta él se sorprendió utilizando esa palabra que le salió tan natural. Yo retrocedí hasta volver a tener frente a mi instantáneamente a mi Levi.

No lo encontré tras buscarlo en el verde de sus ojos, había sido un destello. Aparté la mirada para buscar mis braguitas en el suelo.

—Prepararé algo de desayuno.

—Pero primero, ¡una ducha! —anunció divertido.

Y salió de la habitación. Volví a sentir esa decepción. ¡Joder! Podría haberme invitado y no malgastar esa erección mañanera. Pensé en seguirlo, pero no quería atosigarlo. Unos segundos después, oí el agua caer. Bufé mientras deslizaba el vestido de nuevo sobre mi cuerpo e intenté ponerme las braguitas sin éxito.

—Regular el agua de ese grifo es toda una odisea —bromeó—, pero ahora sale perfecta. ¿Vas a dejar que me duche solo?

Me giré y lo encontré apoyado el marco de la puerta levantando una ceja. Tuve que obligarme a dejar de mirarle la entrepierna.

—I-iba a preparar el desayuno —titubeé.

—El desayuno lo prepararemos juntos y ¡la ducha también!

Sin darme opción a aportar nada más, me alzó hasta dejarme colgada en su hombro como si fuera un saco. Grité divertida, simulando oponer resistencia, cuando en realidad me dieron ganas de ser yo, quien lo llevara a esa ducha del mismo modo. Solo de pensar que lo cargaba a mi hombro con lo alto que era, me moría de risa. Me dejó caer lentamente bajo el agua. Ni quitarme el vestido pude, que no tardó en empaparse y dejar entrever mis pezones erguidos. Levi me miró deseoso, ladeando la cabeza, como el que observa un premio, incrédulo de haberlo ganado. No tardó en bajar las tiras de la camiseta para que cayera a plomo en el plato de la ducha. Juntó todo mi cabello a un lado, lentamente, de una manera muy sensual, aprovechó para besarme el cuello empapado. El agua nos llovía mientras nos mirábamos a los ojos. Él me deseaba, yo lo amaba. Y esa mezcla de miradas hizo que me sintiera totalmente entregada al momento. Dejé de oír el agua chocar contra nuestros cuerpos, para volver a escuchar tan solo nuestros latidos, alterados, eufóricos, acompasados... Me levantó con ambas manos sujetando mi trasero, me apoyó en la pared, mordió mi labio para beberse el gemido que me causó al hundirse dentro de mí, lentamente, una y otra vez. ¡Dios mío! ¡Me estaba haciendo el amor! Casi lloro de emoción, podría haber aprovechado para dejar caer esa lágrima contenida, ya que el agua habría borrado su rastro. Pero no lo hice, me dediqué a sentirlo, a amarlo y dejar que ese acto más a allá de lo carnal llevaba mucho de nosotros, no los de ese momento, sino de los de antes.

Cabe decir que quedamos bien limpios y relucientes, pero que antes de enjabonarnos me hizo arañar las baldosas y su espalda. Me regaló dos orgasmos de campeonato, uno rebosante de ternura y otro pasional y desenfrenado en el que me permití gritar de placer. El sexo mañanero. ¡Bendita locura! ¡Bendito Levi! ¡Bendita yo! No estaba siendo una segunda parte de lo nuestro, me estaba enamorando, si cabía más, del nuevo Levi y a juzgar por sus actos él también estaba en la misma sintonía, sin saber que era yo. En cierto modo, podría decirse que jugábamos las mismas cartas. Aun sintiéndome la tramposa de ese jugo, la que conocía la baraja entera.

Él salió primero de la ducha, yo aún con las piernas temblorosas me quedé a lavarme el pelo. Cuando salí lo encontré con la lámpara del globo terráqueo que Jake y sus amigos me habían regalado justo los mismos días en que lo conocí. Esos días en los que se coló en mi mente como una serpiente, sigilosamente e hipnotizándome con sus movimientos.

—Fue un regalo de mi hermano y sus dos amigos, en agradecimiento por llevarlos a los recreativos.

Le dio la vuelta al globo y se dio cuenta de que tenía las pilas puestas. Pulsó el interruptor, pero no se encendió.

—Espera... —Se lo quité de las manos.

Lo zarandeeé con un par de movimientos y se encendió. Volvió a sujetarlo entre sus manos y lo

miró fascinado.

—Es un bonito regalo.

—Los mejores regalos son así, sencillos y no siempre cumplen la función para lo que están creados, el valor y la utilidad se lo damos nosotros.

—¡Pues como yo!

Lo miré sorprendida levantando una ceja.

—¿Como tú?

—Sí. Mírame, estaba hecho para ser actor, pero ahora creo que podría ser cualquier cosa menos eso.

—Lo cierto es que cuando te conocí ya estabas cansado de eso.

Apartó los ojos de la bola del mundo para posarlos en mí.

—Entonces no era cierto que nos conocíamos de antes, ¿verdad?

¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda!

—No —Agaché la mirada—. Yo también te conocí en Palm Springs.

—Lo suponía. —Expiró. Pude notar su decepción—. Sabes, Natalie, lo entendería todo mejor si supiera qué relación teníais tú y ella, qué os unía y por qué la escondes. En estos momentos, creo que estoy preparado para afrontar cualquier cosa.

—Yo, no lo creo.

—Ya no me importa esa chica. Mírame, todo esto —volteó para observar la habitación, refiriéndose a la casa— me está haciendo bien. No quiero que te sientas culpable, sea cual sea vuestra relación. No quiero dar con ella para un «vivieron felices y comieron perdices», quiero encontrarla para saber la verdad, cerrar el círculo. Pero ¡si ni siquiera puedo recordarla! Tengo que asumirlo y centrarme en lo que sí voy a recordar a partir de ahora, como tú me has hecho entender.

—Mejor —decreté dándome la vuelta para abandonar la habitación—. Porque ella no va a volver.

No añadió nada. Sin embargo, se quedó unos instantes solo en la habitación, supongo que asimilando mis duras palabras. Me sentí fatal. Pero era mejor que creyera eso. Temía que siguiera empecinado en saber de ella, temía que acabara dando conmigo.

Desayunamos en silencio y poco a poco se fue destensando la cuerda que nos unía y empezamos a charlar sobre las paredes que quedaban por pintar, añadimos a la lista la bañera. Levi se había fijado en ella al salir de la ducha y prometió dejarla impecable. Casi sin darnos cuenta se instauraron las caricias y los gestos cariñosos entre nosotros, como si fuéramos un matrimonio consolidado. Fue extrañamente raro y bonito a la vez. Hacíamos un buen equipo. Él se encargó de encintar los interruptores de la luz para que no los mancháramos de pintura y de pintar hasta donde alcanzaban sus brazos, que ya era mucho, y yo lo hacía con el techo. Trabajábamos al ritmo de las canciones de The Beach Boys, que sonaban en mi lista de reproducción de Spotify, cuando Leia apareció con su correa en la boca.

—¡Oh, Dios mío! ¡He olvidado el paseo de la mañana!

Quise bajar de la escalera a toda prisa a remendar mi error. El pobre animal me esperaba en la

puerta de la habitación, no le gustaba el olor a pintura. Pero cuando fui a bajar el segundo peldaño resbalé y de no ser por los reflejos de superhéroe de Levi, me vi con algún hueso roto de la manera más tonta. Por suerte, al estar cerca me sujetó por debajo de la axila y me pegó a su cuerpo.

—Se te hubiera dado bien el papel de Batman —bromeé.

Eso pareció dejarlo dubitativo. Me miró entrecerrando los ojos, como esperado que añadiera algo más. Al ver que no lo hacía, fuera lo que fuera que pasó por su cabeza, lo dejó pasar.

—¿Andas despistada últimamente? —añadió burlón a darse cuenta de que me ponía nerviosa, no solo por ese gesto en su mirada, sino por estar tan pegada a él.

—Mira que me haces... —Lo besé. Aunque más que un beso fue un mordisco en el labio inferior—. He olvidado hasta sacar a Leia, y eso no es propio de mí.

—¿Quieres que te cuente qué es lo que me haces tú a mí? —utilizó un tono picaresco.

Pegó todavía más su cuerpo al mío. Definitivamente, debajo de ese pantalón corto no había ropa interior. Sopesé por un momento si deshacerme de ese pantalón, pero al girarme y ver a Leia con la correa en la boca me deshice de sus brazos y suspiré.

—Después hablamos de eso —bromeé, a la vez que le daba la brocha de pintura que aún sujetaba.

Salí sin darle opción a más o ya me veía con pintura hasta en el pelo. Él se quedó acabando la habitación. Una vez abierto el cubo de pintura había que darse prisa en acabarlo, ya que había comprado ese tipo de secado rápido que, aunque tuviera sus ventajas, como que ese mismo día la habitación quedaría perfecta para poder usarla, la desventaja era que el cubo había que consumirlo cuanto antes, o también se secaba y se cubría de una capa gelatinosa que hacía imposible continuar. Así que mientras yo di un largo paseo con Leia, él dejó la habitación perfecta y trasladó todos los artilugios hacia el pasillo.

—¡Ya estoy aquí! —grité al entrar.

No contestó. No me oía.

Fui hasta la habitación esquivando las herramientas a mi paso por el pasillo. La música seguía sonando. Se me erizó todo el bello al oír la canción de Alicia Keys que él y yo habíamos canturreado juntos en el pasado. Saqué la cabeza lentamente para observar si aún estaba dentro de la habitación, desde donde procedía la melodía. Y, en efecto, allí estaba, no se había percatado de mi llegada. Tarareaba la letra como cualquier otra, para él era simplemente una canción, para mí, una cápsula del tiempo que me transportó al interior de mi Mustang a su lado. Tardé unos segundos en darme cuenta de que se encontraba abriendo una caja y de que había varias en el centro de la habitación.

—¡Oh! Natalie, no te había escuchado. —Bajó el volumen del teléfono por donde sonaba Spotify—. Ha llegado todo esto, pero no sé...

28

Nuevos propósitos

Levi

—S-sí —balbuceó—. Esto... es todo para esta habitación, por eso quería tenerla pintada la primera.

No quiso añadir nada, se acercó y desembaló los paquetes conmigo.

No eran muebles, no. Por lo menos, no todo. En una de esas cajas había un caballete grande de madera clara, que ya venía montado, solo había que ajustarlo a la medida deseada. También había un paquete de lienzos de todos los tamaños, aunque predominaban los de más o menos, un metro por un metro medio. Di la vuelta a la caja a darme cuenta de que había algo más y cayeron pinceles y pinturas, al óleo y acrílicas.

—¡Guau! —exclamé una vez que vi montado el caballete junto con el lienzo en blanco—. ¿Pintas? Eso sí que no me lo esperaba...

—Esto... No, no pinto, pero es un buen propósito.

Sonrió nerviosa, mientras atornillaba las patas de una mesa larga de madera y desde donde me observaba curiosa. Me sentí atraído por ese lienzo totalmente en blanco, lo acaricié lentamente.

La ayudé con la mesa y seguidamente abrí un paquete donde solo había el soporte en cruz de color negro, con la marca Thomann.

—¿Y esto? —pregunté algo confuso.

—Pues eso así, individualmente, no vale para mucho. Falta lo que hay aquí dentro.

Arrastró un paquete alargado hasta dejarlo a mis pies. Lo abrió con cuidado y al destaparlo apareció un bonito teclado de la misma marca que el soporte. Lo sacamos con delicadeza sujetándolo cada uno por un extremo y lo aposentamos en la base. Me tumbé debajo del teclado y atornillé bien la sujeción. Mientras ella enchufaba el instrumento. Hubo un silencio cuando apagué la música del teléfono y al quedarme en pie junto al teclado, deslicé dos dedos sobre un par de teclas. Fue un momento electrizante. Pero aún quedaban dos paquetes por abrir. Uno contenía una preciosa guitarra acústica de color negro. Me recordó a la que había en casa de mi padre. Y la última caja tan solo contenía la banqueta del teclado. La ajusté al instrumento y la invité a sentarse.

—Venga, sorpréndeme.

—¿Qué? ¿Yo? No, no, no sé tocar el piano.

Tuve que sacudir la cabeza, incrédulo.

—Así que compras lienzos, pero no sabes pintar, y un teclado, pero no sabes tocar...

—Exacto.

—¿Por qué?

Dudó un instante y al fin añadió:

—Nuevos propósitos, ya te lo he dicho.

Entonces giró la cabeza a la flamante guitarra y alcé una ceja sarcásticamente.

—¡Oh! ¡Sí! La guitarra sí sé tocarla —afirmó divertida—. La vieja se la regalé a Jake, así que me hacía falta una nueva.

—Vaya, vaya...

Tras unos minutos afinando, por fin se lanzó a tocar unos acordes. Entonó con una soltura increíble la canción «Come as you are», de Nirvana. No la tocó entera, lo suficiente para dejarme fascinado. La cantó a la vez que esa letra y su voz ahondaban en mi interior queriendo rescatar algo que yo desconocía.

—Creo que de un modo u otro todos queremos ser recordados —afirmé.

Dejó caer sus dedos por cada una de las cuerdas lentamente, reaccionando a mis palabras, y clavó su mirada de sorpresa en mí.

—¿Qué? ¿Qué he dicho?

—Levi... Ya te había oído decir eso en otra ocasión.

—¿De verdad?

—No te gustaba el modo en que la gente te iba a recordar y admirabas cómo se recuerda a un cantante por sus letras. Decías que serían eternas.

—Pues mi yo de ahora sigue pensando igual. Es absurdo, lo sé, porque ni siquiera tengo la percepción de cómo era para recordarme a mí mismo y poder comparar. Todos queremos ser recordados. Me parece una buena reflexión.

—Lo es.

La observé dejar la guitarra apoyada en el teclado y sentí la necesidad de confesarle algo.

—Sabes, Nat... Ahora me parece totalmente inverosímil, pero creo que estuve a punto de pedirle a esa misteriosa chica que se casara conmigo.

Cerró los ojos y apretó los labios. Seguidamente se dio la vuelta.

—¿Cómo sabes eso si ni siquiera puedes recordar su cara?

—Lo he deducido. ¿Ves esto? —le mostré el tatuaje del rayo—. Encontré dentro mi guitarra una cajita con un anillo con un rayo. No solo eso. Cuando volví a esa casa, la de mi padre, después de todo, sentí cosas, observé cada rincón, cada detalle. Te digo esto, porque tal vez cuando me marche empiece a hacer cambios en mi vida y creo que el primero, tras dejar a Alisa, será encontrarla de verdad, con o sin tu ayuda.

Apretó los puños. Sé que le estaba doliendo oír eso, pero esa era la verdad. Empezaba a sentir cosas por ella, pero no era justo avanzar más allá de estos días en el oasis de Palm Springs, sin enfrentarme realmente a esa parte de mi pasado. Necesitaba encontrarla y después, solo la vida diría. Me gustaba Natalie, me gustaba y me hacía sentir cosas tremendamente beneficiosas para mi alma, pero ante todo no quería engañarla.

—Todo está bien, Levi. ¿Seguimos?

¡Dios! ¡Qué hermética!

Dejé el tema y nos pusimos manos a la obra de nuevo, en menos de dos horas ya habíamos pintado lo que quedaba de la estancia. Ambos quisimos fingir que mis palabras no nos habían afectado, sin embargo, permanecimos callados. Hasta que poco a poco, de nuevo empezamos a destensar la cuerda imaginaria. Nos podía más el querer estar bien, sentirnos cerca y sobre todo tocarnos. Habíamos creado una especie de código. En cuanto uno de los dos rozaba la mano del otro con el dedo meñique, automáticamente nuestras manos se unían y era como si una bandera blanca ondeara entre los dos. Era un: «Pero al final, todo está bien», como decía nuestra canción de Green Day. Esa que todavía no había logrado descifrar por qué me erizaba la piel de esa manera.

Tras sacudirnos la pintura con una ducha rápida, esa vez por separado, decidimos inaugurar la piscina que ya se encontraba totalmente llena. En vez de complicarnos la vida cocinando, preparamos un pica pica y unas cervezas, que degustamos en el jardín. Pusimos música y Leia nos acompañó deseosa de que cayera algo al suelo para cazarlo al vuelo. Adoraba ese animal, era algo mutuo. Por un instante tomé consciencia de momento, fue como si pudiera ver la imagen desde arriba. Natalie tumbada en la hamaca con un biquini rojo, a conjunto con su inseparable pañuelo de Axl Rose y una cerveza en la mano, y yo jugando con Leia a lanzarle su tan apreciado *frisbee*. Estaba siendo feliz. Por primera vez desde que había despertado en mi nueva vida, sentía paz, era feliz sin apenas nada, tan solo una mujer que erizaba mi piel, un bonito perro y una vieja casa. Pensé en mi chalet de Malibú, en el Corvette, en el cuerpo escultural de modelo de Alisa, en todos esos lujos que me rodeaban estando allí y ninguno me generaba ni por asomo, a la sensación que me regalaba ese momento. Anoté en mi lista mental: «Dejar a Alisa». Definitivamente, debía empezar por eso.

—Me voy al agua, ¿vienes?

—¡Claro! —exclamé divertido con Leia enganchada al otro extremo del disco.

Nos acercamos al borde la piscina.

—¿Lo hacemos juntos? —preguntó Natalie, tras probar el agua con la punta del pie.

—Me parece una gran idea. ¡Venga! ¡Inauguremos juntos esta piscina!

Rocé con mi mano su meñique y ella entrelazó rápidamente sus dedos con los míos. La sujeté con fuerza, dimos unos pasos atrás para poder pillar carrerilla y saltar. Nos miramos a los ojos. La besé, y ella apretó con más fuerza mi mano. Entonces sí, corrimos para impulsarnos y, dando un salto, sin soltar nuestras manos, caímos juntos al agua. Para nuestra sorpresa Leia saltó en cuanto nos vio sacar la cabeza para coger aire, provocando nuestra risa, a la vez que tosíamos por el agua que su salpicadura nos había hecho tragar.

Natalie tenía razón, estaba generando mis nuevos recuerdos, y ese, sin duda, pasaría a ser uno de mis favoritos.

29

Señor Culo Prieto

Natalie

Levi se movía con soltura en el agua, eso no era nada nuevo para mí, ya lo había visto antes nadar. Pensé en aquella noche en la piscina del centro y cómo disfruté observando el cielo estrellado de Palm Springs tras esos cristales empañados. También pensé en ese «No te convengo» y en cómo me sentí tras salir a hurtadillas de aquel lugar. Eso fue la noche antes de que ya no hubiera marcha atrás. Me hubiera gustado contarle todo eso, hacerlo espectador de nuestra historia. Fue entonces cuando me di cuenta de que en ese momento ya estábamos en un punto en el que no había marcha atrás. Le había mentido en todo, había generado una bola, llegando incluso a inventar un nombre para la misteriosa chica. No, a esas alturas, decir la verdad no iba a ser lo más sensato. Sobre todo después de que él afirmara que ya no quería un «fueron felices y comieron perdices». La farsa había crecido mucho, al igual que mi sentimiento de culpabilidad, pero, por más que quisiera soltarlo todo, no podía. El lunes se marcharía y, con suerte, su vida lo mantendría tan ocupado que no volvería a poner un pie en Palm Springs y por fin podría dejar de mentir.

Los tres disfrutamos del baño, como si fuéramos una familia, como si esa hubiera sido mi vida siempre, como si Levi no hubiera aparecido tan solo unos días atrás, como si estuviéramos solos en el mundo. Desde que la piscina estuvo llena, un par de veces al día nos zambullíamos tras estar trabajando a conciencia. Y es que ya en nuestro primer baño, de nuevo habíamos generado esa burbuja en la que tan solo cabíamos él y yo, y en esta ocasión Leia también. Por suerte, la perra no era de baños largos, se zambullía y enseguida se iba a sacudir y tumbarse bajo una palmera.

Recorrimos de punta a punta la piscina, besándonos, estando anudada a su cintura y notando cómo crecía su erección bajo ese bañador de surfero rojo con palmeritas blancas. Me encanta sentir que su cuerpo reaccionaba al mío. Nos costaba muy poco subir de tono nuestros movimientos y los besos. Estaba tan sexy mojado que conseguía que mis pezones se mantuvieran erguidos todo lo que duraba el baño. Lo sentía duro contra mi biquini, ¡menudo calentón! Se nos fue momentáneamente de las manos, en ese mismo momento y lugar. Aparató con sus dedos la bragueta de mi bikini y deslizó lentamente su pene en mi interior. ¡Qué sensación! En plena luz del día, flotando el agua. Gemí junto a su oído. Fuimos dejándonos llevar hasta quedar contra la pared y, allí, sin que nos importara nada más, mojados, empapados de agua, de cloro y de nuestras ganas, me penetró varias veces, tan fuerte como el agua se lo permitía. No podíamos estar tan cerca el uno del otro sin acabar de esa manera. Sin embargo, cuando estábamos a punto

de llegar al éxtasis y se avecinaba un gemido que me iba a costar reprimir, una voz inesperada nos cortó el rollo de cuajo.

—¡Tali! ¿Estás aquí?

Nos separamos en milésimas de segundo. Con la respiración agitada y el rubor en nuestras mejillas. Quedando él y su erección contra la pared de piscina y yo en mitad de la nada, sin apenas tiempo para disimular. Roxy apareció distraída con unas enormes gafas de sol y un lazo amarillo anudado a su pomposo moño rizado.

—¡Oh! ¡Estás aquí! —Se bajó las gafas de sol hasta la mitad de la nariz cuando se percató de que no estaba sola—. Estáis aquí —repitió, poniendo énfasis en la primera palabra.

Levi saludó levantando la mano, mientras ella no le quitaba el ojo de encima. Conociéndola, estaba analizando la situación.

—¿Cómo has entrado? La puerta ya está arreglada...

Salí del agua a su encuentro, aún me temblaban las piernas.

—Para empezar, si no pones un timbre, esa verja cerrada carece de sentido. Por suerte soy muy hábil, he metido la mano entre el enrejado y he abierto desde dentro, puede hacerlo cualquiera. También he gritado varias veces, solo ha acudido Leia empapada. Así que he deducido que estarías aquí y ya veo que has inaugurado la piscina sin mí —musitó con todo el sarcasmo posible.

—Roxy, perdona. Quería llamarte, pero, yo...

—Ya. —Miró a Levi—. Ya veo.

En ese momento, Levi salió del agua, con ambas manos cruzadas sobre su erección relativamente controlada, y saludó a Roxy.

—Vaya, forastero. ¿Te has sacado el carnet vip en Palm Springs? —bromeó.

—Estoy ayudando a Natalie con las reformas unos días.

—Reformas, ¿eh? —volvió a utilizar su sarcasmo afilado levantado una ceja y llevando la mirada de uno a otro. Así que Levi decidió retirarse.

—Me ha gustado verte, Roxy. Voy dentro a... —No se le ocurrió nada—. Voy dentro.

Y caminó goteando hasta que entró en la casa. Una vez lo perdimos de vista, Roxy clavó su mirada en mí.

—Venga, ¡suéltalo! ¡Te lo estabas tirando!

—¡Roxy!

—A mí no me engañas. Te lo estás tirando.

—Es complicado, él no...

—¡Mierda! ¡No le has dicho quién eres y te lo estás tirando!

Me llevé ambas manos a la cara y sin necesidad de afirmar nada, supo que llevaba razón.

—Tali, cariño, esto no va a acabar bien. Tienes que decirle la verdad. Ponte en su lugar —intentó sermonearme.

—Oh, venga, Roxy. ¿Tú con lecciones de moralidad? No es tan fácil como parece. Ha sucedido. ¿Lo entiendes?

—Pero ¿cómo?

—No sé... Creo que le gusto.

—¡Oh, Dios! Se va a enamorar de nuevo de ti, sin saber que eres tú.

—Tssss. Baja la voz. No exactamente. Sigue queriendo encontrarme.

—Tali, cariño... —Se apiadó de mí—. Ten cuidado. ¿Cuándo se va?

—El lunes. Solo son unos días. En cuanto vuelva a su vida, yo volveré la mía y ya está. Será como si me hubiera despedido de él.

—Tali, es el hombre del que estás enamorada.

—No, es otro, es otra versión. Es aún mejor.

—¡Ves! ¡Lo que yo diga! Tú también enamorada, por partida doble.

—Me merezco estos días a su lado.

—Yo eso lo entiendo. Pero no sé si él, llegado el momento, va a entender que le has estado mintiendo en algo tan importante.

—Lo sé. Quiero jugármela hasta el lunes. Desde aquí no hay manera de que descubra nada.

—Haz lo que quieras. No voy a juzgarte.

—Gracias, amiga.

—Lláname si me necesitas. Prometo no decirte: «te lo dije» dos mil veces.

Nos dimos un abrazo y decidió no quedarse.

—Solo venía a que me contaras qué había pasado al final con Levi, pero eso ya me ha quedado claro.

—Quédate si quieres, ya hemos acabado de pintar, por hoy ya basta.

—Ni hablar, queda muy poco para que sea lunes. Exprímelo como un limón. ¡Madre mía, el cuerpazo que tiene!

Quise acompañarla hasta la verja justo cuando Levi salió ya con una camiseta puesta. Al darse cuenta de que mi amiga ya se disponía a marcharse, la saludó levantando la mano a lo lejos.

—¡Adiós, señor Culo Prieto! ¡Cuida de mi amiga!

La quise fundir con la mirada, mientras la veía subirse a su bonito Toyota Prius desternillándose de risa.

Cuando regresé, Levi sonreía por las palabras de Roxy.

—Así que señor Culo Prieto... —se mofó.

—Siempre te ha llamado así. Ese apodo te lo puso la primera vez que te vio. —En cuanto solté la última palabra supe que la había cagado.

—¿Roxy también me conocía de antes?

Cambió el semblante a otro pensativo y serio. Tenía que arreglar eso.

—Pufff. Roxy te conoce desde hace mucho. Es fan de todas tus películas. Tú eres el Culo Prieto, Henry Cavill el Empotrador, Chris Evans el...

—Vale, vale, me hago una idea.

Levantó la mano para que detuviera esos apodos que me inventé sobre la marcha pensando en el vocabulario de Roxy. Conseguí evadir esa sospecha, desde entonces intenté controlar un poco más lo que decía.

Era muy consciente de que las mentiras siempre cojean, pero quedaban tan pocos días que creí

que podría llegar victoriosa a ese lunes, en el que él ya se hubiera marchado, mi familia regresaría y, por ende, Alan también. Tuve claro que mi relación con ese hombre debía tocar fin. Si mi corazón albergaba dudas sobre el amor que le profesaba, con la llegada de Levi se disiparon todas y cada una. No, no lo amaba, no por lo menos de la manera que se quiere a la persona con que compartes o vas a compartir tu vida. Y no lo hacía por la simple y aparente razón de que nunca había dejado de hacerlo con Levi. Porque nuestra historia quedó partida, suspendida en el aire, y nuestro amor flotó deshecho en millones de partículas, que tras nuestro encuentro, casi como por instinto habían vuelto a unirse. No de la manera que me gustaría, no siendo los de antes, pero se me había brindado la oportunidad de amarlo de nuevo y cerrar ese capítulo por mí misma, no de esa forma tan cruel que nos impuso la vida.

¡No quería pensar más! ¡Quería amarlo y punto! Pero a mis espaldas, en el fondo de mi ser, podía oírse el tic tac de una cuenta atrás, como si de una bomba de relojería se tratase. No quería estallar, solo quería... Solo quería quererlo, eso era todo. Fue tan fácil amarlo, que sentía que los días se me escurrían entre los dedos, entre besos, puestas de sol, baños excitantes, reparaciones, pintura, sierras y cervezas.

Cada vez reparábamos menos y disfrutábamos más de nosotros, turnándonos para cocinar, compartiendo hamaca y evitando hablar de ella, o sea, de mí, también evitamos mencionar su inminente marcha.

Conseguí que hiciera uso de esa habitación que, sin que lo supiera, la había creado solo para él. Empezó a pasar ratitos sentado al teclado, llenándome de melodías los recuerdos, esos que tanto iban a doler a su marcha. Solía sentarme a su lado y acompañarlo con la guitarra y, en ocasiones, notaba como se evadía. A veces con un pequeño acorde o una simple palabra, su mirada se quedaba fija y podía verlo perderse en sus pensamientos. En más de una ocasión tuve que forzarlo a volver a la realidad. Creí que sería una secuela del accidente, no podía imaginar que su mente le estaba regalando destellos, momentos, pinceladas de su pasado, nuestro pasado. No lo supe porque no me lo contó, no entonces.

Era viernes por la tarde, nos habíamos estado bañando y me puse algo nerviosa al notar que tecleaba demasiado en su teléfono. No me sentía con el derecho a preguntarle nada y empecé a sentir pánico. Algo me decía que seguía con su investigación y no quería lidiar con eso. Así que me acerqué lentamente con dos limonadas y me senté a su lado, estaba sentado con las piernas cruzadas sobre el césped, que ya lucía verde y sano. Al notar mi presencia apretó el teléfono, aceptó el vaso que le ofrecí y subió las rodillas hasta apoyar los antebrazos en ellas. Yo lo imité en la postura. No dije nada, sin embargo, él decidió romper el hielo.

—Estoy hablando con mi hermana Jenna.

—No hace falta que me lo cuentes, no he venido a espiar qué hacías.

—Ya lo sé, pero quiero hacerlo. Mi mujer se trae algo entre manos. Mi hermana es abogada y está encargándose de todo.

—¿A qué te refieres?

—Por alguna razón, dice ser, o quiere ser la tutora legal de mis bienes, dando a entender que no estoy en plenas facultades. ¡Y lo estoy! No tengo memoria, pero no soy estúpido. Supongo que

tiene que ver con cómo era mi yo de antes, un caso perdido o algo así. —Resople. Me miró—. ¿Lo era?

Noté la decepción que sentía al creer esa posibilidad.

—No, no lo eras. No sé por qué razón quieren hacerte creer eso.

—Quiero pensar que no, quiero pensar que hay algo más detrás de todo esto y Jenna se ha ofrecido a investigar y arreglar lo que sea que está fallando en mi otra vida.

No quise ahondar. Tan solo recosté mi cabeza en su hombro y añadí:

—Todo se va a solucionar, hay cosas que sí tienen solución.

—No creo que mi matrimonio lo tenga.

—No hablaba de eso —me reafirmé.

—Alisa esconde cosas, lo sé. Y te voy a ser sincero, mi cuerpo no reacciona al suyo, al contrario, es como si lo repeliera. —Me sentí bien al oír eso—. Eso provoca su indignación y puedo ver el cólera en sus ojos. Ya no sé si me quiere o me detesta. ¡Odio no saber nada!

—Ella te quiere —dije a mi pesar—, pero te quiere mal. Ya sabes, de esa manera enfermiza en la que pretende retenerte a su lado al precio que sea.

—Pero yo no la quiero, estoy seguro. No lo hago ahora y creo que no lo hacía antes. Si no, entonces ¿por qué me habría enamorado de otra?

Dejé pasar un instante y sin levantar la cabeza de su hombro añadí:

—Porque el amor no se domina, no se compra, no se elige. El amor llega dando un portazo sin importar si deja algún cristal roto. Sin avisar, no pide permiso, se cuela entre las rendijas que poseen nuestras corazas y las quebranta de arriba abajo. El amor te mueve el alma, te la sacude y ya nada vuelve a su sitio. Por eso te enamoraste de otra. Sucedió, no lo elegiste.

No sé por qué le dije todo eso. Llevaba demasiado tiempo guardando palabras así. Se movió para que levantara mi cabeza y lo mirara a los ojos, buscó en ellos algo más, tal vez respuestas.

—¿Crees de verdad en todo eso?

—No es que lo crea, es que lo he vivido.

Asentí desinflando el pecho y me levanté. No estaba bien seguir con esa conversación.

30

Pañuelo rojo

Levi

Ese viernes por la noche nos tumbamos juntos en la hamaca, más bien estábamos uno encima del otro, pero eso me gustaba, sentirla tan cerca. Teníamos las luces led que envolvían las palmeras encendidas. Había calma, incluso corría una agradable brisa muy atípica. Leia permanecía tumbada en la hierba a nuestro lado y había una lista musical bastante tranquila. Clavé los ojos en las estrellas, Natalie se mantenía abrazada a mi cuerpo y mi cabeza yacía apoyada sobre el brazo que me quedaba libre. Esos días en Palm Springs estaban siendo como un sueño. No podía saber cómo era mi anterior vida, pero estaba seguro de que no se parecía en nada a lo que estaba viviendo en ese momento. Paz, tranquilidad, una casita vieja, un perro precioso y una mujer... Pensé en sus palabras, «el amor te mueve el alma, te sacude, y ya nada vuelve a su sitio». Definitivamente Natalie me había movido el alma, con sus camisetas de grupos musicales, su viejo Mustang, su fuerte personalidad, su manera de comer helado y beber cerveza. Era como si estuviera hecha a mi medida, mis manos eran perfectas para sus pechos, tenía el peso ideal para poder levantarla y hacerle el amor donde me viniera en gana, tocaba la guitarra, tenía buen gusto para la música y, lo más importante, era independiente, no necesitaba a nadie y con eso me incluía a mí. Ella sería capaz de volver a su vida, tal vez con ese novio al que no amaba, al que tampoco necesitaba, a su trabajo en la escuela... y nada iba a mover su alma, ya que al parecer una vez ya fue movida. Deseé hacerlo yo también, quería ser yo quien se la moviera, ya que claramente ella lo estaba haciendo con la mía. ¿Era una locura querer dejarlo todo y desear quedarme con ella? ¿Dejar de buscar a esa otra chica? ¿Dejar mi vida en Malibú, a Alisa, a todo Hollywood? Todo, dejarlo todo. Sí, era una locura, no obstante, fantaseé con esa posibilidad mientras inhalaba el olor de su pelo y acaricida su brazo, en aquella hamaca, bajo el cielo de Palm Springs, supe que esa noche me iba a costar conciliar el sueño. Algo había cambiado en mí.

En esos días había estado teniendo ráfagas de posibles recuerdos, tan solo destellos, palabras, melodías, objetos... Todo apuntaba a que mi memoria quería estallar de un momento a otro y yo aguardaba tras cada pellizco de memoria creyendo que en una de esas veces todo lo olvidado brotaría a raudales. Sin embargo, no se daba. Por otro lado, Natalie y su insistencia en omitir cuánto sabía de aquella chica me generaba mucha expectación. Guardaba en mi nueva cabeza todos esos pequeños detalles que se le escapaban y me acercaban más a la verdad. Los almacenaba de una manera caótica, tan solo debía sentarme a ordenarlos y estaba seguro de que acabarían por llevarme a buen puerto. Pero, siendo sinceros, me hallaba demasiado distraído oliendo su pelo, mordiendo sus labios y hundiendo mis dedos en sus preciosas piernas.

Esa tarde estuvimos tocando a dúo una de Green Day, no una canción cualquiera, sino *la* canción, bonita aunque llena de connotaciones de nostalgia. Cuanto más perfeccionábamos y sincronizábamos los acordes de su guitarra, con mis dedos sobre el piano, más me pellizcaba el alma.

—Me encanta esta canción, siento que me atrae y me araña a partes iguales.

Me miró, con una medio sonrisa que no llegó a alzarse con convicción.

—Sí, puede llegar a ser desgarradora.

No me miró cuando dijo eso. Tan solo sé que dejamos de tocarla, porque justo entonces Leia vino a reclamar nuestra atención.

Pensé en eso cuando nos hamacábamos arropados por la serenidad del momento, el cual empezó a perturbar mi mente y pensar cosas que quizá no debía ni plantearme. Cuando el sueño empezó a robarnos el momento decidimos dar el día por zanjado. Me había pasado esos días cargando con Natalie a mis espaldas, para lanzarnos a la piscina. A ella le gustaba enroscar sus piernas en mi cintura, ya fuera de una manera frontal o trasera. Leia a menudo no entendía nuestro juego y ladraba cuando me veía correr con ella a caballito. Le hice el amor en el agua varias veces.

También estrenamos la bañera un día después de haberla reparado. Primero me tumbé con los brazos sobresaliendo por los costados, el agua estaba deliciosa, después ella, tras dejarme observarla desnudarse lentamente, se tumbó encima de mí, colocando su espalda sobre mi pecho. Le mojé el pelo lentamente con mi mano. Estuvimos a ratos callados y a ratos bromeando sobre cuando Roxy nos había sorprendido. Mi cuerpo no tardó en reaccionar, pero no quería salir de ese cubículo para hacerle el amor. Así que deslicé mi mano derecha por su cadera hasta dar con su botoncito mágico, como ella lo llamaba. Y sí, me la follé con mis dedos, aunque mi pene fuese a estallar. Preferí masturbarla, complacerla, oírla gemir y temblar sobre mi cuerpo y bajo mis dedos. No cabía duda de que esos momentos iban ser recuerdos muy caros.

Pensé en todos y cada uno de esos momentos, mientras yacíamos recostados bajo la noche. En cuanto la hamaca dejó de moverse y a Natalie se la cayó la primera gotita de baba sobre mi pecho, no dudé en ofrecerle mi espalda para cargarla como había estado haciendo para jugar en la piscina y la llevé a la cama. Cayó rendida. No hicimos el amor entonces, tan solo me dejé a caer a su lado y la rodeé con un brazo. Suspiré al verla tan amarrada a mi cuerpo. Ella, instintivamente subió su mano a mi pecho, estaba totalmente dormida. Me quedé observando ese pañuelo rojo y no sé por qué, tuve la necesidad de quitárselo. Deshice el nudo sigilosamente, temía que se despertara. Desenrollé tres vueltas que lavaba sobre la muñeca. No había ninguna herida ni ningún moretón. Sonreí, porque creí que seguramente ya la tendría curada, sin embargo, ella seguía protegiéndola por precaución. La acaricié con dulzura y me la llevé a los labios, para besarla como se les besa a los niños donde tienen las heridas y fue entonces cuando lo vi. Algo llamó mi atención por la parte trasera de su brazo. Y sin intención de que despertara, lo giré levemente, hasta que pude dar con él. Dejé caer su brazo a plomo sobre mi pecho. Sentí la descarga más fuerte hasta el momento y retuve el aire, olvidando por un instante cómo respirar.

¡No puede ser!

31

Labios morados

Natalie

Abrí los ojos y Levi no estaba a mi lado. Casi me da un microinfarto. Miré la hora, eran las cuatro de la madrugada. Algo empezó a inquietarme. Me asomé a la ventana, pero no estaba en el jardín ni en la piscina. Supuse que estaría en el sofá. Así que fui en su búsqueda. Pero antes de poder avanzar hasta el salón, vi salir luz de la habitación que había creado para él. Tomé aire antes de abrir la puerta lentamente. Levi estaba pintando. ¡Lo había conseguido! Estaba sentado, con los auriculares puestos y dando pinceladas, totalmente evadido. Había restos de pintura por todo el suelo. Y apoyados en la pared observé unos lienzos con tan solo pinceladas y salpicaduras. ¿Qué demonios era eso? Los observé inmóvil tras su espalda, él no se había percatado de mi presencia. Lo estudié con la mirada y esto fue lo que me transmitieron: caos, rabia y dolor. ¿Estaría en lo cierto? El arte nunca fue lo mío, pero esos lienzos eran muy diferentes al que estaba pintando en ese momento. Lo observé en silencio dando los últimos retoques. De nuevo había vuelto a pintar el atardecer en el acantilado. Tuve un mal presentimiento. Justo en ese instante, Levi se percató de mi presencia. Se quitó los cascos lentamente y sin mirarme apenas susurró:

—No te había oído. —Siguió con las pinceladas. «¿Por qué no quería mirarme?»—. Me costaba dormir. Espero que no te moleste que haya estrenado tus pinturas.

No se dignó a levantar los ojos del lienzo. ¿Qué demonios estaba pasando?

—No, para nada. No las compré para mí.

Exhaló. Dejó el pincel y se levantó al oír eso.

—¿Para quién las habías comprado?

Sonó a duda amenazante. No contesté.

—¿Para quién las habías comprado? —repitió con un ápice de enojo.

—Esto... Para Jake, se le da bien pintar.

Soltó el aire con fuerza por las fosas nasales de un modo despectivo y una mueca burlesca asomó ladeando el labio.

—Ya. Para Jake, debí imaginarlo. —Negó ladeando la cabeza.

Alargué mi mano hasta tocar su antebrazo y se puso rígido. Por un momento creí que iba apartarlo de un tirón.

—¿Qué pasa, Levi? ¿Malas noticias desde Malibú? —No contestó. Se dio la vuelta y empezó a recoger las pinturas—. Levi, háblame, estoy aquí.

Se dio la vuelta y pude ver la rabia en sus ojos. No entendía por qué, creí que iba a gritarme algo, pero no lo hizo, apretó los labios y buscó hundir su mirada en mía. Alcé una mano y acuné su mejilla. No pensé que tuviera que ver conmigo, no contemplé esa posibilidad sabiendo que su vida lo atormentaba y que conmigo esos días se encontraba en un oasis. Cerró los ojos y puso su mano sobre la mía, aproveché que había bajado la hostilidad para abrazarlo con el brazo libre y atraerlo hacia mí. Sentí brotar un par de lágrimas suyas sobre mis dedos, contuvo las demás, se separó, me miró de nuevo a la cara y me besó. Primero con dulzura, sentí su vulnerabilidad. Quise arropar su fragilidad, pero en cuestión de segundos ese beso fue subiendo el tono, a la vez que sus manos bajaron rodeando mi cintura hasta acabar sujeto a mi trasero. Sus labios y su lengua se tornaron feroces y sentí el primer espasmo en mi vagina. Levantó mis brazos con poca delicadeza y sacó mi camiseta para observar mis pechos desnudos, sus ojos se tronaron oscuros, desapreció el verde intenso. Tiró de mis braguitas, rompiéndolas por ese fino hilo por el que se sujetaban y cayeron al suelo. Nunca antes me habían arrancado literalmente la ropa interior. Toda una descarga sacudió mi espina dorsal, sentí como me humedecí antes de que introdujera sus dedos arrancándome el primer gemido. Todo estaba siendo tan extraño. Estaba excitada y asustada a partes iguales, ante su comportamiento. Pero no rechisté, a esas alturas había aprendido a desearlo y quererlo en todas sus facetas, y esa no iba a ser menos. Me alzó en volandas sin avisar y me sentó sobre la mesa que días atrás habíamos montado juntos. Me abrió las piernas, se mordió el labio todavía tenso, y exhaló como si estuviera enfadado. No lograba descifrar su estado de ánimo ni su comportamiento. Me deseaba y me odiaba a la vez.

Hice un fugaz repaso mental a ver si había podido cagarla con algún comentario, pero ninguno me resultó sospechoso. La situación era cuanto menos rara, aunque a su vez gozaba de un erotismo desbordante. No llegué a contar hasta tres, cuando le vi las claras intenciones. En plena madrugada, sin parar a ponerse un preservativo, sin esperar a que nuestras miradas conectaran emitiendo complicidad, sin apenas mirarme a la cara, me envistió, sin más. Gemí con la primera entrada. Fue tan violenta, tan poco típica de él... Sin embargo, me gustó. Consiguió erizar toda mi piel. A esa le siguieron otras, a cada cual más intensa, él gruñía con cada una de ellas. Los botes y pinceles que había sobre la mesa empezaron tumbarse con las sacudidas. Tan solo podía oír sus gruñidos, junto al tintineo de los botes repicando entre ellos antes de desparramarse por el suelo.

Un olor a pintura y a aguarrás invadió toda la habitación, no le importó, ni a mí tampoco. Ninguno iba a detenerse para recoger nada. Arquee el cuerpo entero hacia atrás, extasiada de placer, a punto de explotar en el gemido final, cuando posó una de sus manos entre mis pechos y con la otra sujetó mi cintura para que mi cuerpo no se alejara y poder profundizar en la embestida final. Lo hizo, entró en mí con violencia, grité mi último gemido con el cuello arqueado, esperando que acelerara el ritmo y así él pudiera acabar unos de segundos después, como solía hacer. No obstante, no lo hizo. Se quedó dentro de mí, quieto, paralizado, ido. Lo noté al instante, deshice la curva de mi cuello para mirarlo. De nuevo esa mirada perdida en la que claramente divagaba por otra realidad. Seguidamente me clavó sus ojos verdes en los míos asustado, miró su mano apoyada entre mis pechos y la otra sujetando mi cintura, volvió a

mirarme y pude ver a través de sus ojos como algo se rompía en su interior. En ese preciso instante, algo hizo que su vista se nublara. Salió de mí a toda prisa y abandonó la habitación sin decir nada, dejándome confusa, con las piernas abiertas y la respiración agitada. ¿Qué demonios le había pasado?

Dos minutos después oí caer el agua de la ducha. No sabía qué hacer, no sabía qué le estaba pasando. De nuevo la idea de que fuera una secuela del accidente asomó a mi mente. Deseé meterme en esa cabeza y calmarle lo que fuera que lo estaba atormentando. Pero no parecía estar receptivo cuando lo que fuera lo sacudía desde las entrañas.

Abrí la puerta del baño lentamente. Levi estaba con los brazos en alto apoyados contra la pared mientras el agua le caía sobre la nuca. La cabeza colgaba hacía adelante, por donde se podía apreciar un regadero de agua que moría en su barbilla y caía hasta sus pies. Parecía totalmente abatido. Tan solo se oía el repicar del agua en su cuerpo desnudo y claramente en tensión. Los músculos de su espalda se marcaban uno a uno. Y pude ver como encogió varias veces los dedos como queriendo arañar la pared. Me acerqué lentamente. No podía oírme, así que entré silenciosamente en la ducha y sin decir nada lo abracé por detrás, dejando mi cara pegada a su espalda tatuada. Su primera reacción fue tensar más el cuerpo, provocando la rigidez de cada uno de sus músculos bajo mis brazos. Entonces me aferré con más fuerza. El agua caía sobre mi cara dificultándome un poco el respirar, me ahogaba, aunque tal vez fuera más debido a mis lágrimas que al agua, aun así no pensaba soltarme. No tenía palabras para calmarlo, debido a que no sabía qué le pasaba, pero quería estar ahí con él, como siempre debí estar. Jamás debí apartarme de él y dejar que Alisa se saliera con la suya. Lo supe en ese instante. Poco a poco fue destensando todo su cuerpo. Bajó ambas manos hasta enlazar sus dedos con los míos sobre su pecho. Y así permanecimos hasta que el agua caliente dejó de salir y la fría nos obligó a abandonar ese extraño momento.

—Tienes los labios morados —puntualizó tras envolverme con una toalla y los acarició con su pulgar.

—Ojalá solo fueran los labios —añadí, aludiendo a mi dolor interno.

Fue todo cuanto hablamos esa noche. Nos metimos en la cama y me acunó en su pecho. Me dormí abrazada a él, con la extraña sensación de que despertaría sola. No sé por qué, pero supe que eso iba a suceder. Respiré todo cuanto pude del olor de su pecho, una y otra vez y así, solo así, me dormí. Lo último que recuerdo fue notar como él inhalaba fuertemente el olor de mi cabello y lo besaba después.

Amanecer sin él fue la peor sensación que había experimentado después de su accidente. Me levanté de un respingo. «¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda!». Grité su nombre, pero no hubo respuesta.

—¿Levi? —primero lo hice con miedo—. ¿¡Levi!? —Empecé a asustarme—. ¡Levi! —grité—. ¡No! ¡Mierda!

Me apresuré a ponerme lo primero que vi. Unos shorts de chándal y una camiseta de tiras. Mientras lo hacía me pinché el pie con una pinza de pelo que recogí para anudarme la despeinada melena que me había quedado tras dormirme con el cabello mojado. Busqué por debajo de la cama algo para ponerme en los pies, recordaba haber pateado unas deportivas para esconderlas

justo ahí. Cuando, al agacharme, aparte de encontrar las zapatillas, vi algo que me heló hasta el alma. Al lado de la cama, en el suelo, estaba hecho un ovillo el pañuelo rojo de Axl. Instintivamente me miré el rayo de la muñeca. ¡Mierda! Lo recogí medio en shock, con la respiración agitada y me lo anudé de nuevo, pensando en que Levi habría visto mi tatuaje y que la había cagado del todo. Traté de recordar si unas horas antes, cuando me levanté en la noche, lo llevaba puesto, pero no logré recordarlo. Tan solo podía recordar la extraña sesión de sexo que tuvimos sobre la mesa, en la ducha, sin palabras, abrazada a su cuerpo, y su chocante y silencioso comportamiento. ¿Sería el pañuelo el causante de todo? «¡Joder, Natalie! ¡La has cagado, no te lo va a perdonar en la vida!». Tras calzarme bajé a toda prisa con los ojos a punto de desbordarse, gritando su nombre.

—¡Levi! ¡No! ¡Levi!

Salí al jardín corriendo y a mitad de camino entre la verja y la casa me dejé caer desconsolada. Levi se había marchado. La había cagado. Adiós para siempre. Las lágrimas se desbordaron empapándome toda la cara. Agaché la cabeza dejando que resbalaran por mi nariz y cayeran al césped, que ya lucía completamente sano y verde. Levanté la cabeza y observé la casa. Estaba preciosa, Levi y yo habíamos hecho todo eso juntos, nuestro hogar. «Ese debería ser nuestro hogar», pensé. Di varios puñetazos a la hierba, colérica por mi estupidez, lo había perdido por no decirle la verdad. Aunque no me recordara, no merecía que lo mintiera. «¡Idiota, idiota, idiota!». Golpeé el suelo hasta que la verja se abrió y Leia entró a toda prisa a lamerme la cara. Levi me observaba, incrédulo.

Al comprobar que seguía ahí, me abracé a la perra y descargué mi llanto en su peludo cuello. Él se acercó lentamente, atónito. Y cuando lo tuve a un paso, me levanté y lo abracé con tanta fuerza que hasta lo desestabilicé y por poco a acabamos los dos en el suelo.

—Lo siento —repetí dos veces.

Él acarició mi pelo.

—No, lo siento yo, Natalie, debí decirte que salía con Leia al paseo matutino. Dormías tan plácidamente, que no quise despertarte.

¿Qué? ¿No se había marchado por mi estupidez? Analicé sus palabras y la tonalidad que había utilizado. No había ni un ápice de reproche en ellas. No entendí nada. No quedaba ni rastro del comportamiento que había tenido unas horas antes. ¿Me estaba volviendo loca?

—Yo pensé que te habías marchado —balbuceé.

—¿Qué? —utilizó un tono divertido—. Aún quedan dos días, no te deshagas tan rápido de mí. Además, quedan cuatro detalles que arreglar, quiero dejar todo el daño reparado. —Lo miré a los ojos. ¿Llevaba otra connotación esas palabras?—. De la casa —se apresuró a aclarar.

—Creo que necesitas que hablemos de la chica del centro. Estoy dispuesta a hacerlo.

Tragué saliva tras decir eso.

—¿Sabes qué creo, Natalie? Qué tú debes hablar con ese tal Alan y yo debo volver de donde escapé y enfrentarme a esa realidad, y cuando tenga eso solucionado, ya me ocuparé de encontrar a esa chica. Eso es lo que creo.

Menudo jarro de agua fría. Definitivamente, no había descubierto el tatuaje, no había recordado

nada y, por ende, yo iba a volver a callarme hasta idear un nuevo plan una vez se hubiera marchado.

Esperó mi reacción.

—Me parece bien —claudiqué.

Mal despertar

Levi

Soy un puto cobarde, lo sé. Estaba dispuesto a marcharme, dejarla durmiendo y desaparecer de su vida, como bien se merecía. ¿Era ella la chica del centro? ¿Era ella de quien había estado enamorado? Encontrar ese tatuaje bajo el pañuelo me causó un shock brutal. Lo primero que hice fue juntar mi brazo al suyo y comprobar que era exactamente el mismo rayo. ¿Era Natalie el amor de mi vida? Entonces empecé a enfurecer. Me senté en el borde de la cama intentando calmarme. Sostuve la cabeza entre las manos unos minutos y todo empezó a cuadrarme. Había estado mintiéndome desde el minuto cero, desde que le abrí el primer chat en la aplicación. Pero ¿por qué? Eran la misma persona, la Natalie de la que me había enamorado y la Natalie de la que me enamoré en un pasado, la cual seguía sin recordar. Traté de forzar la mente durante un rato, quería recordarla, encajar cosas, convencerme a mí mismo de que todo esto debía tener una explicación racional. Pero no logré dar con ella.

Tras salir al jardín e intentar respirar, logré calmar levemente mi ansiedad. Debía marcharme. Jamás iba a perdonarle, aunque tuviera la mejor excusa del mundo. No iba a hacerlo, estaba furioso. Pero tras apresurarme y meter de nuevo mi ropa en el bolso a toda prisa, cometí el error de querer mirarla una vez más. Yacía dormida bocabajo. Aún tenía estirado el brazo bajo el que minutos antes se encontraba mi cuerpo. Su cara durmiendo era angelical. ¿Cómo podía ser una mentirosa? ¿Por qué? ¿Tan mal me había portado con ella en el pasado? Fue entonces cuando contemplé esa posibilidad. Tal vez no fui el hombre que ella esperaba. Pero ¿acaso ahora lo era? Me había metido en su casa, en su cama. ¿Qué pretendía? ¿Qué se supone que iba a pasar cuando me marchara? ¿Iba a continuar con su vida, se iba a casar con ese hombre y yo me iba a olvidar de la primera mujer por la que estaba sintiendo algo desde que había vuelto a nacer, que curiosamente era la misma por la que ya lo había sentido antes? Pero es que... ¡No podía recordarlo! ¡La quise, pero no la recordaba! Y ahora, volvía a quererla. Pero no era «volver a», había «empezado a», cosa totalmente diferente.

La observé durante minutos. Quise odiarla, quise marcharme, pero no lo hice. Ya que al darme la vuelta me topé con la puerta entreabierta de la habitación que habíamos montado juntos. La acabé de abrir despacio y entré sigilosamente. Observé todo lo que había. Y el rompecabezas me empezó a cuadrar. ¡La chica era una puta psicópata! Estaba seguro de que ese piano era para que yo lo tocara, y todo ese material de pintura también. ¿De qué iba todo eso? En vez de verlo como un acto de amor, lo vi como un acto de locura. Pero ¿acaso el amor en sí no era una locura? Nada de lo que había estado sucediendo tenía sentido. Aunque, pensándolo bien, la muchacha había

conseguido que tocara el piano. ¿Querría también que pintara? ¿Para qué querría que hiciera todo eso junto a ella, si no era capaz de mirarme y decirme un simple: «soy yo»? Me acerqué al lienzo intacto y lo acaricié con los dedos. Algo subió por mi brazo directo al cerebro. Una pequeña chispa, la imagen del acantilado. Una chica a mi lado, sin duda era ella, pero no lograba verle la cara. Estaba seguro de que era Natalie, ahora sí. Casi por inercia me senté frente a la tela de canva, destapé varios botes de pintura y examiné los distintos modelos de pinceles. Apenas tardé unos segundos en dar la primera pincelada. Pero nada. Tan solo una raya sin sentido. Le lancé el pincel salpicándolo entero. Probé con otro, más largo, con celdas más duras. Dos trazos, arriba, abajo y nada. De nuevo la rabia se apoderó de mí, me tembló el pulso y salpiqué un poco más el cuadro. Hice el intento con dos de los lienzos que había por estrenar y nada. Hasta que, cuando me disponía a marcharme y colocar el tercero para dejarlo impoluto en el caballete, lo observé detenidamente. Respiré hondo y empecé a oír la conversación sobre las palabras y los recuerdos, como hice aquel día en Malibú, antes de emprender la locura de volver a Palm Springs.

Fui en busca de los auriculares de Natalie y me senté frente al lienzo escuchando una de sus listas musicales. El pincel elegido no tardó en empezar a deslizarse con trazos decididos, como si supiera los que tenía que hacer, como si mis dedos tan solo sirvieran para sujetarlo. La creatividad volvió a mí, así, por arte de magia. Escuchando la canción de «Creep», de Radiohead. No sé ni el rato que estuve abstraído, sonaron todas y cada una de las canciones que erizaban mi piel. Desde Alicia Keys, hasta esa canción que llevaba días en bucle en mi mente, «Good Riddance», de Green Day. ¿Acaso era esa nuestra banda sonora? Sentí impotencia y rabia por no poder recordarlo. Me erizaba la piel, formaban parte de mí, pero no podía. Estaba furioso, con la vida, con Natalie, conmigo mismo.

Me encontraba escuchando esa canción cuando noté su presencia tras de mí observando el cuadro sin acabar. Sí, había vuelto a pintar el acantilado, las rayas de su Mustang, a ella y a mí. Ese era momento ideal para decir la verdad, lo era. Pero no lo hizo. La odié, de verdad que la quise odiar. Sentí como ejercía un dominio sobre mí que no me gustó nada. En cuanto me tocaba, mi cuerpo se rendía a su tacto. La quería, la odiaba y la deseaba a partes iguales. Verla allí frente a mí, queriendo apaciguar algo que ella misma había provocado, me llenaba de cólera. ¿Cómo podía ser tan cínica? ¿Cómo podía estar queriendo acunarme el alma mientras me mentía sobre su identidad? Sobre nosotros...

La besé, quería darle el último beso y salir de ahí a descargar mi ira en algún lugar, lejos, muy lejos. Marcharme y no volver jamás. Pero una vez mis labios tocaron los suyos, me contrarié en todos mis pensamientos, quería irme, pero no separarme de su boca, quería odiarla, pero mi cuerpo aclamaba el suyo, quería gritarle, exigirle explicaciones, quería que sintiera lo que estaba haciendo conmigo, pero ni siquiera era dueño de mis actos. Del odio, pasé al deseo más atroz. La desnudé, le arranqué las braguitas, colérico, y hundi mis dedos en su ser. ¡Mierda! Estaba tan húmeda que, aun teniendo los ojos ensangrentados de la rabia, eso hizo que la deseara con más fuerza. La subí a la mesa y me la follé. Solo quería hacer eso, follármela, sin ningún sentimiento de por medio. La embestí con furia, con todo mi dolor, indignación y frustración. Porque quería que sintiera que no iba a volver a hacerle el amor nunca más. Que iba a darle sexo una última vez

y que todo acabaría en cuanto me corriese, expulsando así mi ira interna. Pero ni a eso llegué. En cuanto su orgasmo explotó y la vi gemir encorvada, mi mente me devolvió ese recuerdo ya anclado, pero con más nitidez. La vi a ella, en otra habitación, sobre otro mueble, encorvada gimiendo, mirándome, yo le sonreía satisfecho, sus ojos desprendían amor, no era sexo, era amor. Me asusté al recordar por fin esa escena tan detalladamente, éramos nosotros, tan real, por fin un recuerdo, nítido, de verdad. Salí de ella sin correrme, pude ver su cara de asustada, no entendía nada, pero más asustado estaba yo. Me sentí fatal por lo que estaba haciendo y me largué.

Me fui directo a la ducha. ¿Qué estaba haciendo? ¿Qué clase de tipo hacia algo así con la mujer de la que se había enamorado? Y no me refería a la Natalie del pasado, me refería a la Natalie que había conocido recientemente. Cambié la dirección del odio y lo enfoqué en mí. Tal vez empezara a asomar mi yo de ayer, me repetí mientras el agua caía con fuerza sobre mi cabeza. «¡Me iré! Sí, debo irme. Me ducho y me voy. Esto me supera». Sin embargo, tras tomar esa decisión Natalie se introdujo en la ducha con delicadeza y temblorosa se abrazó a mi cuerpo por la espalda. ¡Mierda! Estaba llorando. No notaba sus lágrimas, pero sí su respiración entrecortada. No pude hacer otra cosa que enlazar mis manos con las suyas sobre mi pecho y bajar mis revoluciones. Dañarla no iba a cambiar nada. No estaba preparado para verla sufrir. Así que pensé que me marcharía antes de que ella despertara y así no tendría que pasar por eso.

Apenas cruzamos una frase antes de meternos en la cama. No pegué ojo. La acuné en mis brazos, acaricié su espalda e inhalé el olor de su cabello para llevármelos conmigo. Ella no tardó en dormirse, pero yo no llegué a hacerlo. Así que cuando amaneció, me escabullí bajo su cuerpo y bajé al jardín. Quería despedirme de todo aquello, de ese sueño que había estado viviendo, de esa farsa tan bien adornada. Leia no tardó en venir a mi encuentro. Todavía no lograba encontrar en mi mente qué tipo de conexión teníamos ese animal y yo, pero sin duda la había. Así que casi sin pensarlo me permití poder despedirme de ella, cogí la correa y salimos a dar nuestro último paseo matutino. El animal pareciese que supiera lo que estaba a punto de suceder porque no quiso alargar el paseo. Tan solo tiraba para volver a casa.

Cerré la verja con cuidado para no hacer ruido, pretendía largarme sin despertar a Natalie. Me faltaba el valor para enfrentarme a ese momento. Pero en cuanto me entretuve a cerrarla con sigilo la perra salió disparada por el jardín y se detuvo en seco en mitad de él. Tuve que darme unos instantes para analizar lo que veía. Natalie lloraba desconsolada, abatida, de rodillas en el césped. Tenía los ojos enrojecidos, me miró y al instante se abrazó a Leia, sollozando. Avancé hasta ella lentamente. ¿Y ahora qué? En cuanto me puse a su lado se lanzó y me abrazó con tanta fuerza que me desestabilizó. No pude hacer más que devolverle el abrazo, porque en realidad era la único que deseaba hacer. La acuné e intenté calmarla.

—Tsss —le susurraba mientras le acariciaba el pelo.

—Lo siento —se apresuró a sollozar—. Lo siento —repitió.

Tomé aire y la apreté contra mi pecho.

—No, lo siento yo, Natalie, debí decirte que salía con Leia al paseo matutino. Dormías tan plácidamente, que no quise despertarte —mentí.

No iba a decirle: «Lo siento, ya que pensaba marcharme y a borrar me para siempre». «Lo siento, porque me has mentido y no sé cómo asimilar lo sucedido». «Lo siento, porque me he enamorado de ti y no tengo ni puñetera idea de qué hacer ahora».

La convencí de que tan solo había salido a pasear a Leia e hice como si no hubiera pasado nada. Esa fue mi manera de enfrentar eso. En ese momento decidí qué acabaría de pasar los dos días que quedaban fingiendo, como ella había hecho hasta entonces, y ya después encontraría la manera de afrontar todo lo nuestro.

—Creo que necesitas que hablemos de la chica del centro. Estoy dispuesta a hacerlo.

Me sorprendió con ese intento por querer aclarar la verdad. Pero había tenido una semana para hacerlo y no lo hizo, ahora ya carecía de sentido. Quise convencerme de eso, aunque, realmente, lo cierto era que no sabía si estaba preparado para oírla, preferí posponerlo.

—¿Sabes qué creo, Natalie? Que tú debes hablar con ese tal Alan y yo debo volver de donde escapé y enfrentarme a esa realidad, y cuando tenga eso solucionado, ya me ocuparé de encontrar a esa chica. Eso es lo que creo.

—Me parece bien.

No insistió. A partir de entonces, si me mintió fue porque yo se lo consentí.

33

Sorpresa

Natalie

Estaba claro que ya no había vuelta atrás y que aquella situación acabaría por explotarme en la cara, hundiéndome en la más absoluta miseria. Tal vez la que merecía. Y es que, en ocasiones, uno se aferra a la propia mentira que ha creado envuelta de un alambrado, ya que el coste de la temida verdad siempre es más elevado de lo que somos capaces de asumir. Por eso preferí callar esos dos días restantes, o por lo menos lo iba a intentar. Me aferré a nuestra nueva historia llena de espinas, porque, por lo menos, tenía la certeza de que en esta me iba a recordar.

Todo había ido surgiendo, siguió las miguitas según lo planeado, lo que no había contemplado era que no llegara a recordarme. Así que mi plan se fue modificando sobre la marcha, si no podía recordarme, haría que se enamorara de nuevo de mí. No de la Natalie del centro, no de la chica que lloró su ausencia, de mí, de la que lo observaba en silencio, erizaba su piel y lo hacía reír a carcajadas. Jamás tuve plan B, porque no habría un después de que se marchara. No volvería a buscarlo de nuevo ni a dejarle pistas ni a traerlo hasta Palm Springs. Si no conseguía que Levi reaccionara en esos días y contemplara la opción de luchar por lo nuestro, lo dejaría marchar. No había más planes. Así de sencillamente cruel. Si su memoria no nos concedía el beneficio de recordar un pasado, tan solo quedaba que el presente fuera tan intenso para contemplar la idea de destapar ese triste final que nos impusieron. Pero si Levi no reaccionaba, si no me elegía de nuevo, nada de eso tendría sentido, no iba a forzar un amor solo por querer tenerlo a mi lado.

Acepté su tregua. Quería acabar de pasar esos dos días, volver al mundo del que huía, enfrentarse a su mujer y ya después, si se le antojaba, volvería en busca de la misteriosa chica. ¡Maldita sea el día en que decidí ocultarle la verdad!

Lo cierto fue que aquella mañana fue extraña. Ni siquiera Leia se sentía cómoda, no dejaba de ir de uno a otro. Levi se dedicó a lijar, pintar y barnizar la puerta principal. Ya que la casa estaba quedando preciosa y habíamos obviado algo tan importante como la entrada. Yo lo hice con esos dos peldaños que había para acceder al porche, justo debajo de él. Desde donde lo observaba trabajar sin camiseta, y desde donde podía oír su atormentada cabeza. Aunque cada vez que se giraba hacia mí, me regalaba una falsa sonrisa y yo hacía lo mismo. A media mañana ya teníamos listas ambas cosas. Así que nos sentamos intentando buscar pequeños desperfectos que nos mantuvieran ocupados y eludir que el tic-tac de la cuenta atrás cada vez sonaba más fuerte.

—¿Quieres una cerveza fresquita?

Saltó la baranda del porche con una agilidad envidiable. Lo hizo para no pisar los peldaños recién barnizados. Aunque yo sabía que ya estarían secos, pero no le dije nada.

—Es la mejor idea que has tenido en días —bromeé.

Hacía un calor muy a lo Palm Springs, sofocante, y con apenas una brisa que parecía el aliento del diablo. Así que mientras fue en busca de las bebidas, estuve limpiando con la red la suciedad que había caído en la noche sobre la piscina. Algún insecto ahogado, un par de hojas de palmera y la hierba muerta que siempre se vuela tras cortar el césped. Lo vi acercarse con ambos botellines en las manos. Y volví a vivir una escena más a cámara lenta. Avanzaba moviendo sus hombros tatuados y musculados, una pierna primera y después la otra, llevaba un pantalón de deporte de los Lakers por encima de las rodillas y anclado en su cadera, muy abajo, dejando a la vista la forma de V que hacían sus músculos bajo el ombligo. ¡Joder! ¡Es un puto dios malote! El cabello se le pegaba a la sien debido al sudor, hacía varios días que no se afeitaba y cerraba levemente los ojos verdosos, debido a lo expuestos que estaban al sol.

En cuanto se puso a mi lado de pie junto a la piscina, se llevó una de las cervezas a la frente para refrescarse y pensé que jamás había visto nada más sexy en el mundo. Todo dejó de ir ralentizado cuando abrió la boca, devolviéndome al estado normal, sacándome de ese recuerdo peliculero que estaba almacenado en mi cabeza.

—¿Nos bañamos?

Lo vi beber la cerveza de un trago, dejarla al borde la piscina y lanzarse de cabeza, salpicándome entera.

—¡Menuda pregunta! —rechisté sentándome en el borde mientras bebía y me refrescaba—. Tú no preguntas, tú anuncias las cosas.

Se metió bajo el agua y salió lentamente con la cabeza hacia atrás y peinándose el cabello con las manos. Dio un brinco y se sentó a mi lado. Me cogió la cerveza de las manos, le dio un trago y la dejó en el césped.

—Pues entonces déjame anunciarte que vas a bañarte.

Y sin darme opción a más me empujó y caí sin dignidad alguna de plancha. Pude oír sus carcajadas incluso debajo del agua. Y antes de que me diera cuenta lo tenía a mi lado haciéndome un par de ahogadillas seguidas.

—No me provoque, señor Tyler Williams —lo amenacé, tosiendo.

Creo que no le gustó que lo llamara por su nombre artístico. Acaba de recordarle quién era en realidad.

—¿Es una amenaza? —rio burlón—. ¿Vas a ser mi enemiga?

—Oooh. Créeme, no te convengo... —esas palabras quedaron suspendidas en el aire un instante. Su rostro cambió al oírlas así que rápidamente acabé la frase—. Como enemiga.

Esas eran las mismas palabras que él me había dicho tiempo atrás y por un momento creí que las había identificado.

—Vas a tener que argumentar mejor eso.

Y no le di opción a nada más y salté encima suyo. Lo hundí varias veces seguidas. Tenía una técnica infalible. Apuntalé una de mis piernas por detrás de las suyas y cada vez que ponía los pies en el fondo yo lo hacía caer hacia atrás. Hasta que se percató de mi táctica y en una de esas no salió a flote, sino que buceó hasta ponerse detrás de mí. Salió pegado a mi espalda e

inmovilizó todo mi cuerpo con sus brazos, haciéndome entrar y salir del agua varias veces seguidas hasta que se cansó.

—¡Me rindo! ¡Vale! ¡Tú ganas! —le grité a modo de súplica.

Paró, se notaba que le divertía la situación, paró, pero me dejó aprisionada en su abrazo. Se mantuvo pegado a mí por la espalda, acercó sus labios a mi oído erizándome hasta el alma y susurró:

—Yo decido lo que me conviene o no.

Aflojó la tensión de los brazos y entonces fue otra cosa tensada la que noté. Bajó el pantalón de los Lakers, su erección pegada a mi trasero anunciaba lo que estaba a punto de pasar. Mis pezones se irguieron al instante cuando el primer beso se posó en mi cuello y su mano se deslizó bajo el agua, haciéndose paso entre mi pantalón y mis braguitas. La cosa pintaba bien, eso haría que se limaran las asperezas que habíamos provocado la noche de antes. Así que dejé sus dedos hicieran magia. Me di media vuelta para tenerlo de cara. Enrosqué mis piernas a su cintura, ambos flotábamos en el agua, era una sensación maravillosa, empezamos a gravitar sobre nosotros mismos besándonos y a punto de deshacernos de todo que lo que impedía que nuestros cuerpos se fusionaran. Me estaba acostumbrando a tener baños demasiado excitantes a su lado. Tan solo deseaba fundirme encima suyo con esa sensación que solo el agua te proporciona, lo más parecido a estar en las nubes. Así me sentía con él. Ya había llevado su mano por debajo para apartar a un lado mi braguita, estaba a punto de sentirlo dentro de mí cuando pasó lo último que esperaba ese día.

—¡¡Sorpresa!!

Tres voces al unísono gritaron, a la vez que se encaminaban hasta la piscina y ese grito iba perdiendo potencia al comprobar que no estaba sola.

Nuestra libido se desplomó en un segundo.

—Pe-pero... ¿Qué hacéis aquí tan pronto? —apenas balbuceé.

Hubo un silencio incómodo hasta que Leia apareció loca de contenta saltando alrededor de mi familia.

Mi padre endureció las fracciones y pude ver como Mery se colgó de su brazo, por si acaso tuviera que retenerlo. Jake todavía no se había percatado de quién estaba conmigo en el agua, ya que Leia había captado toda su atención. Levi y yo, que nos habíamos separado de un respingo al oírlos gritar, decidimos salir lentamente. Nadamos hasta las escaleras y justo antes de subirlas, cruzamos una mirada comprometida. Él levantó una ceja y torció levemente los labios queriendo bromear, en uno de esos gestos sinónimos a «menuda pillada». Pero no sonreí ante su intento por quitarle importancia. Ya que para él eran desconocidos, no obstante, para ellos, él era Levi, MI Levi. Debía pensar algo para que no la cagaran. ¡Jo-der! ¡Tan solo quedaban dos días!

—Hemos adelantado la vuelta —se apresuró a aclarar Mery—, porque tu padre quiso hacerse el veinteañero en una atracción con Jake.

Levantó el brazo de mi padre y pude observar que lo llevaba vendado hasta el codo.

—¿Qué ha pasado?

Me sujeté los codos, como si estuviera abrazándome a mí misma. Mi padre llevó la vista a mi

cuerpo mojado. Estaba vestida, totalmente empapada, tal y como Levi me había empujado. Él aguardaba a mis espaldas sin abrir la boca.

Entonces Jake dejó de prestarle atención a Leia y quiso bromear sobre el brazo de mi padre.

—Papá se picó con el padre de Javier, a dar golpes al globo de boxeo cuando... —Hizo una pausa en el mismo instante que reconoció a Levi—. ¡Tyler Williams!

Y se abalanzó sobre él, que lo recibió con su cuerpo empapado y totalmente sorprendido por la alegría y el abrazo del niño. Me quise morir. No sabía cómo iba a arreglar eso. Mery supo que algo no estaba cuadrando en mi comportamiento. Puede notarlo por cómo me miraba.

—Esto... Sí. Ellos son Harold, Mery y mi hermano Jake. Os presento a mi amigo Tyler Williams.

—Levi —se apresuró a aclarar él mientras le tendía la mano a mi padre—. Encantado.

Mi padre y Mery le estrecharon la mano atónitos, aún sin entender la presentación, y fue entonces cuando Mery, una vez más, salvó la situación.

—Un-un placer, Tyler, digo, Levi.

La situación era chocante para todos, nadie sabía cómo actuar. Por suerte, Levi puso las cosas fáciles.

—Voy dentro a secarme y vestirme. Un placer.

Me miró algo abrumado y desapareció a toda prisa dejando a Jake totalmente fascinado y contento de volver a verlo.

En cuanto me quedé a solas con mi familia, los tres clavaron sus ojos en mí esperando una explicación.

—Sí, es él, pero no es él. A ver cómo lo explico. —Me froté la cara y los miré mostrando desespero—. No me juzguéis, ¿vale?

—Pero... —Jake quiso añadir algo pero no lo dejó.

—Levi no me reconoce, no sabe que soy yo. No ha podido recuperar la memoria.

—Pues no es lo que parecía en esa piscina —gruñó mi padre.

—Papá, por favor. Es difícil de explicar. Solo se queda hasta el lunes. Solo os pido que hagáis como si fuera la primera vez que lo veis en persona. Habladle de sus películas o de lo que queráis, pero no de nosotros, no sabe que hubo un nosotros.

—¿Por qué le mientes? —me echó en cara mi hermano.

—Por favor, os lo pido, por favor. Solo serán dos días. Después prometo que encontraré la manera de solucionar todo esto. Quiero un final feliz, me lo merezco. Lo he echado mucho de menos.

—Natalie, cariño —añadió Mery—, esto no es buena idea.

—Por favor, Mery, por lo menos tú, apóyame.

Lo vi todo perdido cuando mi padre cedió.

—Está bien, hija, nadie va a decirle la verdad hasta que tú lo hagas. Pero prométeme que cuando pasen estos dos días lograrás encontrar la manera de ser sincera con él. —No contesté, porque realmente no me veía capacitada para tal cosa—. ¡Prométemelo, hija! No he criado a una

farsante. Si esta historia debe tener un final feliz, que sea con la verdad. ¿No ves que si tienes que forzarlo, tal vez no sea de tu talla?

No tenía escapatoria. Así que asentí con la cabeza.

—Lo prometo.

Los miré a los tres, uno por uno y todos asintieron. Los dos días que quedaban pasarían a ser mis cómplices, o eso creía yo.

—Hay una cosa... —Jake se cogió el mentón antes de formular su pregunta—. ¿Qué pasa con Alan?

34

Mecánicos

Levi

Que apareciera su familia en ese preciso instante fue algo abrumador. No contaba con tener que conocer a nadie más que a Roxy. Conocer a su familia la hacía más real y no quería ni siquiera que se cruzara por la cabeza la opción de querer quedarme con una mujer que me había mentido de esa manera. ¿Qué diferencia había entre ella y Alisa? Ambas me mentían y al parecer con el único propósito de meterme en sus camas. ¿Sería eso lo que querían de mí? Alisa estaba claro que también quería mi dinero y su comodidad, pero ¿Natalie? ¿Qué querría Natalie? ¿Qué ganaba con esta farsa? Algo no me cuadraba. Su forma de mirarme, de tocarme, de aferrarse a mi cuerpo. Me sentía y yo la sentía a ella, sin embargo, se permitía ser una mentirosa. Todavía no entendía que el amor, cuando duele, busca refugiarse en lo que sea, incluso en la mentira. No por eso, el sentimiento carecía de intensidad.

Me vestí a toda prisa, me peiné hacia atrás y me perfumé un poco, como el que va a conocer a la familia de su primera cita en el instituto. Estaba nervioso y no entendía por qué. Lo cierto es que ese crío me había resultado familiar, como si hubiera visto su cara en otro lado, pero los padres no me sonaban de nada. En realidad, me daba pereza salir y tener que hacer el papel, sobre todo porque iban a pensar que era el novio de Natalie o algo así, y yo el lunes pensaba borrarle del mapa, de su mapa. Aun así, alcé mi mejor sonrisa y salí al jardín.

El chico jugaba a lanzarle cosas a Leia y sin pedir permiso a nadie se quitó la ropa y se metió en la piscina con el animal a seguir jugando. Pude ver el apuro en Natalie, no sabía cómo frenar la invasión familiar que acabada de tener. Me fijé en qué manera movía los dedos de las manos, nerviosa, dándose golpecitos en la pierna. Así que viendo el panorama tan solo pude hacer una cosa. Me acerqué, cogí su mano con dulzura sin importar que estuviese su familia al completo, para que dejara de mover con ansiedad los dedos, y afronté el momento.

—¿Se quedan a comer? Justo estábamos por preparar algo.

Natalie me abrió los como platos, como gritándome en silencio «ni-de-co-ña».

El primero en contestar fue Jake desde la piscina.

—¡¡Sí!! ¡Yo sí!

Miré a la pareja algo confusa que buscaban la aprobación de Nat con la mirada. Ella acabó por ceder. Puso los ojos en blanco y no hubo más que hablar.

—Claro que sí, deja que os ayude. —Mery se avanzó sola sin pedir permiso hasta la casa, observando anonadada cada detalle reparado.

Lo cierto es que en pocos días, esa vieja casa había cobrado vida, volviéndose un espacio acogedor, bonito y lleno de luz.

—¿Todo esto has hecho en mi ausencia? —quiso saber Harold, sorprendido.

—Levi me ha ayudado, tiene un máster en bricolaje —bromeé sin mucho éxito.

El hombre asintió, pero no añadió gran cosa. No sé si le gustó que hubiera sido yo quien ayudara a su hija a levantar la envejecida casita.

—He visto el Shelby fuera —cambió de tema—. ¿Tienes el garaje vacío?

—Sí, papá. Hasta que no ponga una verja automática, no voy a estar entrando y saliendo con el coche.

—Entonces, entro la camioneta, que necesito mirarle algo. Un ruido venía poniéndome nervioso, y creo saber qué es.

—Pero, papá, si tienes el brazo vendado.

—¡Maldita sea! Lo olvidaba.

El hombre puso los ojos en blanco antes de llevar la vista indicando a la venda.

—Mañana le pides a uno de tus mecánicos que le hecho un ojo.

—Éntrela —me apresuré a decir—, la miraremos juntos, yo le ayudo, usted solo guíeme.

Hubo una mirada entre padre e hija que no entendí.

—Pero, hijo, ¿qué sabes tú de mecánica?

—Harold, me gustaría darle una explicación convincente, pero no puedo. Solo sé que mi padre era mecánico y que se me dan bien los motores, igual que la pintura y otros temas que voy descubriendo. Supongo que son cosas que no se olvidan, como ir en bici, por lo menos en mi caso.

—Arreglar un motor no es cómo ir en bici —rechistó el hombre totalmente serio.

—Tuve un accidente y borró mi memoria en gran parte —quise aclararle—, no obstante, recuerdo cosas como esas, déjeme enseñárselo.

Lo animé a entrar la camioneta hasta el garaje y me quedé con él a solas. Natalie decidió ir a cambiarse y a ayudar a Mery a preparar la mesa del jardín.

Le abrí la verja y él entró marcha atrás dejándola totalmente dentro del garaje. Descargó la caja de herramientas que llevaba en la parte trasera y la abrió con una mano, mientras yo ya había levantado el capó de la Ford Pick Up.

—Arranque el motor —le pedí.

—El mecánico soy yo, hijo —rechistó el hombre dejando claro quién mandaba.

Sin embargo, me hizo caso. Se subió y dio varios acelerones.

—¿Oyes eso, chico? El tac-tac al final de la aceleración.

—Sí, sí. Vuelva a pisar el acelerador, creo que lo tengo.

Pasamos un buen rato con la cabeza metida en ese motor. El hombre estaba claro que era una eminencia de la mecánica y se dedicó a guiarme para poder arreglar ese molesto sonido. Fue paciente y he de admitir que fui un buen aprendiz. Tocaba el motor con soltura, sabía a qué pertenecía cada pieza. Le hablé del viejo Cadillac a medio reparar de mi garaje y puso especial énfasis en querer revisarlo.

—Házmelo llegar, le echaré un vistazo encantado en cuanto me deshaga de esta maldita venda—gruñó.

—Primero voy a intentar hacerlo yo, si veo que no me salgo con la mía, se lo traeré encantado. Sonrió satisfecho.

—¿Cómo te va la vida, chico?

No esperaba esa pregunta tan cercana. Aunque ya me habían dejado claro que todos ahí sabían que era Tyler Williams, aunque ninguno de ellos se sorprendió por ello. No es la reacción que solía causar en la gente que me iba encontrando y reconocían al actor que supuestamente vivía en mí. No obstante, me sorprendió una pregunta tan sencilla como esa.

—Supongo que bien. —Tan solo le mantuve un instante la mirada y la volví al motor—. Sigo teniendo fama y esas cosas, aunque ahora no es lo que me importe, la realidad es que todavía no sé qué me importa y qué no.

—Date un tiempo de adaptación, era tu vida, te adaptarás.

—¿Más tiempo? Mi memoria no va a volver, así que eso de adaptarme ya no lo tengo tan claro, ya no soy el mismo, supongo, por eso me está costando. Es como si me hubiera despertado en una vida que no es mía, no la siento, no sé si la quiero.

—Acabarás por saberlo.

—Estoy en ello. Natalie ha sido de gran ayuda, necesitaba salir de allí.

Hubo un silencio incómodo que tan solo se rompió por el ruido de una llave inglesa que cayó al suelo.

—Natalie ahora está bien. Las cosas le van bien.

No sé exactamente qué intentaba decirme. Sonó a «no vengas a tocar la moral». ¿Le molestaba mi presencia tal vez? ¿Acaso mi antigua historia de amor con Natalie llegó a ser pública? Desde que empecé a saber de la existencia de la chica del centro, siempre creí que había sido algo extramatrimonial, con lo cual, secreto. Sin embargo, las palabras de ese hombre me hicieron dudar, pero no me atreví a preguntar. Preferí seguir así, que todos creyeran que yo no sabía quién era ella.

Para cuando quise darme cuenta Nat nos observaba apoyada en el marco del portón, con los brazos y las piernas cruzadas. Silenciosa, hasta que Mery vino a recriminar que no la escuchábamos.

—¡La mesa ya está puesta! Lavaos las manos y a comer. Hasta Jake ya está sentado.

—Ya vamos, cariño.

Harold besó en la mejilla a su mujer y salió con ella. Natalie y yo nos quedamos un momento a solas en ese garaje.

—¿Te ha gruñido mucho mi padre?

—¡Qué va! Es una eminencia de la mecánica, salta a la vista. Yo solo he mantenido mi boquita cerrada y he obedecido órdenes.

Eso provocó su risa. Era tan hermosa, tan sencilla, tan natural y espontánea que daban ganas de besarla a cada momento.

—Le has caído bien, no deja que nadie toque sus coches.

—¿De verdad?

—Te lo juro. Mery y yo estábamos perplejas.

—Es un buen hombre. Me cae bien tu familia.

—Espera a que Jake te atosigue con las películas, y entonces me lo vuelves a decir.

—Estaba pensado en que tal vez me gustaría más que fueras tú la que me atosigue.

Me acerqué a ella para besarla, puse ambas manos en su trasero y la atraje hasta dejarla totalmente pegada a mi cuerpo. Natalie era mi Kryptonita. A su lado, perdía toda la credibilidad, la fuerza y la dignidad. Esa mujer me estaba mintiendo y yo solo quería besarla. Algo me decía que en cuanto me marchara, por primera vez iba a experimentar el síndrome de abstinencia y no precisamente por las drogas como mi yo de ayer, sino por sus besos.

Qué decir de esa comida improvisada. Que eran una familia encantadora, que Jake se pasó todo el rato hablando de cine y que había unas extrañas miradas de complicidad entre todos ellos que llegaron a inquietarme un poco. Aun así, sentí el calor familiar.

Pensé en mi vida en Malibú, en la frialdad de mi hogar, en Alisa. ¿Por qué no teníamos hijos o un entorno así de familiar? Entonces intenté visualizar mi vida en caso de que sí hubiéramos tenido alguno y para nada se parecía a lo que estaba viviendo con esta gente. Definitivamente, iba a dejar a Alisa. De hecho, llevaba con el teléfono apagado varios días para no tener que enfrentarme a ella, una vez se diera cuenta de que Jenna estaba tomando el poder de mis cosas. Así que pensé que debía escribirle algún mensaje para calmarla y evitar que se presentara en la casa de DiCaprio y le diera un infarto al ver que no estaba allí.

Me excusé para ir al baño y aproveché para encender mi teléfono. Efectivamente, había colapsado el aparato a mensajes de todo tipo, incluidos amenazadores. No se cortó un pelo en mostrar esa faceta. Leí también los de Jenna, mucho más alentadores, lo tenía todo bajo control, pero necesitaba que fuera verla en cuanto regresara. Había pausado mi vida tan solo unos días y había acabado enamorado de la misma mujer de la que se supone que ya lo había estado anteriormente. Todo había dejado de importarme esos días, nada más que Natalie, la casa, Leia y yo. Realmente había sido como un sueño.

Ya casi había pasado el día, con lo cual, apenas treinta y seis horas faltaban para mi marcha. Tic-tac, podía oírlo en mi cabeza, como una maldita cuenta atrás. Ese ruido que se vio acelerado con el último mensaje de Alisa.

«Acabo de ver a Leo en el televisor, en sus vacaciones en Ibiza. Una de dos: o estás tomando el sol en España o me hago una idea de por dónde debo empezar a buscarte».

«Un día y medio», pensé. Nadie me va a robar este día y medio que me queda, en esta vida que ya no volveré a pisar.

Hice el intento de apagar el teléfono cuando alguien entró y me encontró sentado, revisándolo.

—¿Lees los mensajes de tus perfiles de Instagram o alguien lo hace por ti? —Jake me pilló desprevenido con esa pregunta. Dudé qué contestar.

—Pues sí, últimamente intento leerlos yo.

—Bien, creo que deberías hacerlo...

Y salió de la casa, dejándome confundido.

35

Cálido asfalto

Natalie

Mi familia no se había ido todavía cuando Levi me sorprendió pidiéndome el coche.

—Natalie, ¿me dejas el Shelby un rato? Tengo la reserva del hotel hasta mañana y quiero bajar a dar por finalizada la estancia y entregar las llaves.

—Te acompaño si quieres —me apresuré a decirle al darme cuenta de que no lograba ver su bolso de ropa junto al sofá donde llevaba días estando.

—Quédate con tu familia, solo será media hora, una, como mucho.

—Ellos... ya se iban, me lo acaban de decir.

—Nat —se paró delante de mí y me sujetó por los hombros—, quédate con ellos, llevo las gafas y la gorra, no te preocupes. Aún nos queda un día y medio. De camino traeré helado, que no queda.

Me besó en la cabeza y le señalé el cuenco de la entrada donde estaban las llaves del Mustang. Claramente estaba huyendo de mí, de la situación, no sé exactamente de qué. La cosa es que pude percibir que necesitaba salir de allí, así que no rechisté más. Se despidió de mi familia uno a uno, de un modo encantador, alegando que tenía que hacer unas gestiones y dando a entender que probablemente no volverían a verse, como el que conoce a otros viajeros estando de vacaciones. Sin apenas hablar entre nosotros llevamos la visita hasta verlo introducirse en el interior del coche, bajar la ventanilla, apoyar el codo, saludar a lo lejos, hacerlo rugir el motor para salir chirriando ruedas y verlo desaparecer con mi Mustang Shelby del sesenta y siete. Un silencio con aire de tristeza se instauró entre nosotros, hasta que mi padre decidió romperlo.

—Espero que sepas bien lo que haces. Has sufrido mucho por ese hombre. Si vas a dejarlo marchar, hazlo de una vez, pero no le mientas más. El estado en el que se encuentra no es culpa suya, no merece que le mientan, nadie lo merece.

Se me nublaron los ojos y Mery se apresuró a abrazarme.

—Cariño, debes hablar con él... —insistió ella.

—Él ya no es el mismo, ¿no lo habéis visto? No me recuerda, pero yo sí, y no quiero pasarme el resto de mi vida esperando que vuelva el hombre del que me enamoré.

—Como si no te hubieras enamorado ahora también —añadió con tono de indignación Jake—. No sé dónde le ves el problema, Nat. No recuerda nada de antes, pero tampoco has intentado que lo haga —soltó con indignación.

—Sí lo he intentado, Jake. Ya no tengo más ases bajo la manga. He logrado que llegara hasta Palm Springs, pero no ha servido de mucho.

—No estoy de acuerdo contigo. Ese muchacho está aquí por ti. Anda, mírate la parte trasera del pantalón.

Giré mi cabeza tirando del bolsillo de atrás del short y allí se encontraban las manos grasientas de Levi marcadas. Eso suavizó un poco la situación, ya que un intento de sonrisa asomó a mi cara.

—Vámonos a casa, creo que Natalie necesita estar un rato a solas con ella misma y tomar una decisión —concluyó mi padre.

La tonalidad de mi padre en esas palabras delataban su enfado ante la situación, sin embargo, no por estar molesto olvidó su abrazo y su beso en la cabeza, el cual me reconfortó y me recordó que ellos iban a estar siempre allí, pasase lo que pasase.

Le abrí la verja y sacó la camioneta del garaje. Jake se mostraba algo molesto también, estaba claro que su admiración por Levi seguía intacta, y en cuanto a Mery, tan solo me acarició la mejilla, me abrazó y, sin que nadie pudiera oírla, me susurró:

—Si tiene que ser, será. Ha llegado hasta aquí, merece la verdad, os merecéis la verdad. He visto cómo te mira, no solo tú te has vuelto a enamorar.

Después de una tarde intensa, en cuanto se marcharon, me sentí flojear. Lo cierto es que habían pasado más de dos horas y Levi no había vuelto. No temí porque se marchara con mi coche, tan solo temí que se marchara. Empezaba a atardecer y seguía sin aparecer. Ya no podía contener mi angustia, estaba claro que había encontrado el hueco para desaparecer. Leia se sentó a mi lado, como si pudiera sentir mi tristeza, y apoyó la cabeza en mi muslo. La primera lágrima asomó a mis ojos. La garganta no podía dolerme más, y es que el cuerpo habla cuando callan las palabras. Ese nudo y ese dolor en el pecho era algo más que tristeza. Menudo final habíamos tenido. Me pregunté dónde habría dejado mi coche, tal vez en el *parking* del hotel, tal vez en cualquier calle. Era demasiado legal como para arrebatarme algo así, encontraría la manera de devolvérmelo sin tener que hacerlo él mismo.

Enjuagué mis lágrimas y salí con Leia a pasear. Mientras lo hacía, repasé mentalmente esos días, ese tira y afloja que habíamos tenido, un comportamiento como si ambos escondiéramos cosas, ya que las conversaciones nunca finalizaban del todo, como si ambos hubiéramos estado queriendo vivir esos días, así, íntimos, solos él y yo, en nuestra burbuja. Los recuerdos, tal y como los había almacenado, divagan por mi cabeza a cámara lenta; verlo salir del agua con las gotas resbalando por su pecho, bebiendo la cerveza con la mirada en las estrellas, pintando con el dorso de la camiseta salpicado, cortando el césped sudoroso, jugando con Leia en el jardín, haciéndome el amor en la ducha, metiendo su mano bajo mi bragueta, susurrándome al oído...

De golpe, todo empezó a desordenarse en mi cabeza, empezaron a mezclarse imágenes del pasado con las del presente, veía a Alisa, recordaba a Barbaja, a Ben, recuperé su mirada triste en el centro, el cabello largo llevaba cuando lo conocí, el hospital, la niña pelirroja, la casa de Santa Mónica... Todos esos recuerdos saltaban en mi cabeza de un modo desordenado. Me sentí agobiada y empecé a hiperventilar. Tuve que apoyarme en una de las palmeras que había en aquella acera por donde paseaba con Leia. Al fondo se veía el *skatepark* con algunos jóvenes. La tarde estaba en proceso de finalizar, al fondo de la calle el horizonte se veía más rosado de lo

normal y un golpe de realidad me azotó. Levi se había marchado y a mí me faltaba el aire, esos días había estado respirando su aire, no el mío, así que tuve que obligarme a hacerlo.

Miré a ambos lados, solté la correa de Leia y me tumbé en el asfalto caliente. Mi cuerpo se sintió aliviado al contacto con la calidez del suelo. Cerré los ojos, agudicé los oídos y no pude contener un par de lágrimas que descendieron sin prisa por la comisura de los ojos hasta meterse en mis oídos, provocando que los sonidos se escucharan como si estuviera sumergida en el mar. Pensé en la piscina, en cómo nos besábamos bajo el agua, juntando nuestros cuerpos y cómo subíamos la temperatura del agua con nuestro deseo. Por si me quedaba alguna duda, Levi había sido el amor de mi vida. Y nuestra segunda parte había sido incluso mejor que la primera. Entonces me sentí agradecida por ello, por haber sentido un amor así de grande y por fin empecé a respirar debidamente. Me sentí agradecida por cada beso, cada gesto, cada caricia y cada sonrisa. Eso era, el recuerdo de nuestra primera parte lo estuve viviendo con amargura, con dolor y con resentimiento. Cuando, en realidad, debía estar agradecida por lo vivido, porque yo podía disfrutar de esos recuerdos que él no, agradecida porque sacó la Natalie más valiente que vivía en mí, porque me regaló la historia de mi vida, porque me quiso como nunca antes lo habían hecho y, sobre todo, porque lo amé desmedidamente. Agradecida por haberme cruzado en su camino. Eso era todo.

Cuando por fin mi respiración se normalizó y mis oídos se destaparon, noté el calor corporal de Leia a mi lado, o eso creí en un principio. Se posó a mi lado, no abrí los ojos, y no supe que no era ella, hasta que sus dedos buscaron enlazarse con los míos. ¡Levi! Apreté con fuerza los párpados, mis latidos se aceleraron de nuevo y estrujé su mano. Giré mi cabeza para encontrarme con sus preciosos ojos verdes y, así, en el más absoluto silencio, permanecemos tumbados en el asfalto hasta que fuimos conscientes del murmullo de unos críos observándonos, pasmados. Los dos llevamos la vista a un lado hasta dar con los chavales de no más de diez años, eso nos provocó una risa repentina, sincronizada. Él se levantó primero y tiró de mí. Cogió la correa de Leia, pasó su brazo por mi hombro y caminamos en silencio, envueltos de nuevo en el más bonito atardecer jamás visto en Palm Springs. Dejé caer mi cabeza en su clavícula, pasé mi brazo por detrás de su cintura y le supliqué a la vida, a Dios, a las estrellas y al universo que no me lo quitaran de nuevo. Súplica que, como siempre, no fue escuchada.

Al llegar a casa, Levi había montado de nuevo la mesa del jardín. Había traído unas pizzas del Beach Boys, adornado la mesa con una vela de citronela y encendido las luces led de las palmeras que sostenían la hamaca. No podía parecer más perfecto aquel rincón que habíamos creado, que él había creado para mí, ya que todo eso quedaría en su lugar una vez él se marchara. Sentí una punzada en cuanto vi que se había tomado la molestia de preparar eso. Pero, en realidad, la punzada en el alma la había sentido al comprobar que no se había marchado, no aún. De alguna extraña manera que ni él ni yo alcanzábamos a entender, siempre regresaba a mí. De hecho, después de todo seguía sin darme cuenta de que era así, que siempre, regresaba a mí. ¡Seré idiota!

36

Ethan

Levi

—¡Señor Williams!

En cuanto crucé la recepción del hotel alguien llamó mi atención.

«¡Mierda! ¡Alguien me ha reconocido!», pensé. Busqué de dónde provenía esa voz y me encontré con la recepcionista haciéndome un gesto disimuladamente con la mano para que me acercara.

—¿Sí? —me bajé las gafas hasta media nariz para hablar con ella.

La mujer de poco más de treinta años se ruborizó al instante. Había olvidado que mi yo actor provocaba eso en las mujeres.

—He creído que debía saberlo. Han estado llamando, preguntando por usted. Yo no he confirmado ni desmentido nada, pero esa mujer ha hablado de poner una queja y una denuncia al hotel si no le facilitábamos datos de su estancia.

—No me lo puedo creer.

Me llevé ambas manos a la nuca.

—Le juro que no le he dicho nada, pero estoy segura de que volverá a llamar.

—Ok, de acuerdo. Mira, justamente venía a pagar la estancia y a devolver las llaves.

Me apresuré a sacar el monedero y le tendí varios billetes de más.

—Pe-pero, hay mil dólares de más, señor

—Quédatelos —miré su nombre en la camisa—, Sasha —le regalé mi mejor sonrisa—. Son para ti, por tu discreción. Tú solo límitate a decir que no me he hospedado aquí.

—No puedo aceptarlos, señor Williams.

Volvió a ruborizarse, le costaba mantenerme la mirada.

—Sasha, preciosa. Necesito que hagas este favor por mí, te lo estoy pidiendo como persona, no como actor.

Cogí el dinero de más y se lo puse en las manos. La muchacha miró a los lados y asintió con la cabeza. Al final tuve que hacerme un *selfie* y darle un abrazo que, junto con los mil dólares, me pareció un buen precio para sobornar su silencio. Entonces solo me quedaba por resolver cómo iba a llevarme el Corvette de allí, ya que había venido con el Mustang. Pensé en pagar a cualquier persona, pero no quería que se corriera la voz de que me habían visto por ahí. Así que por alguna razón que desconozco, me acordé del chico que nos había traído las hamburguesas el primer día, que, aunque no me tuviera en alta estima, al parecer, a Natalie sí. Así que me acerqué al Beach Boys, el local que había plasmado en las cajas de la comida que pidió días anteriores. Y

antes de poder aparcar el Shelby, ya había llamado su atención. El chico se encontraba fumando un cigarro apoyado en la pared, al lado de la puerta del local, me miró de soslayo, expulsando el humo de mala gana.

—¡Eh! ¡Chaval!

Me bajé a toda prisa para evitar que se marchara.

—¿Qué mierda quieres? ¿Reírte de mí de nuevo?

No supe por qué me decía eso.

—No, no. ¡Dios! ¿Nos conocíamos anteriormente? ¿Sabes quién soy?

—Todo el mundo sabe quién eres, solo que a mí me importa una mierda que seas el puto Tyler Williams.

No podía caber más desprecio en esas palabras.

—Está bien, chaval.

—Ethan, me llamo Ethan —se apresuró aclararme, rabioso.

—Ok, Ethan. No sé qué te he hice en un pasado, pero...

No me dejó acabar y se dejó llevar por la ira que le provocaba mi presencia.

—Puedes tener a todas las mujeres del mundo, además, todos sabemos que eres un hombre casado. Dime una cosa, ¿por qué Nat? Apareciste en su vida, la destrozaste, desapareciste y la volviste a destrozarse y ahora vuelves a aparecer cuando estaba a punto de rehacerla. Ella no es como todo lo que te rodea, no pertenece a tu mundo.

Aproveché esa pausa que su rabia me brindó para asimilar esas palabras. ¿Eso hice? ¿Me dediqué a romperle la vida?

—No-no lo recuerdo. Lo siento. Tuve un accidente... —Apreté los labios frustrado, pero al chico no pareció importarle mucho.

—Lo sé. Todo el mundo lo sabe. Estás vivo de milagro.

—Mi memoria no ha vuelto. Siento oír eso, siento si me metí donde no me tocaba.

—Ya he superado lo de Nat, no es a mí a quien jodes —expulsó el humo con desgana—. Pero ¿por qué has vuelto si no recuerdas nada?

—No lo sé... —fue lo más sincero que pude decir.

No sabía qué me había llevado hasta ella de nuevo. No sabía qué habíamos vivido en el pasado. No sabía qué pintaba ese muchacho en todo esto. No sabía nada. Aun así, no me costó convencerle para que me acompañara hasta casa de Natalie, conduciendo él mi Corvette. Cualquier joven de su edad lo hubiera hecho, pero algo me decía que necesitaba pedírselo a él, aprovechando que trabajaba en el bar donde compré las pizzas para la cena.

Al llegar de nuevo al barrio, quise pagarle algo por el favor. Aparqué mi coche justo delante y yo dejé el Mustang en la puerta.

—Ethan... —Le alargué la mano con otros mil dólares.

—No quiero tu dinero, no todo se puede comprar, ¿sabes? De hecho, no quiero nada de ti. Ha sido un placer conducir esta maravilla, es todo. —Negó con orgullo.

Entonces le tendí la mano en son de paz. Tardó unos segundos de más, llegué a creer que no me aceptaría el gesto, pero al final lo hizo.

—Mira, Tyler, por lo que tengo entendido, tu mundo no se lo puso fácil y, pese a ello, veo que te sigue eligiendo a ti. Así que, si no vas a quedarte en Palm Springs, si vas a marcharte, hazlo para siempre. Porque cada vez que vuelves, la rompes un poco más y, visto lo visto, sé que siempre te volverá a elegir.

—Natalie no sabe que yo sé quién es ella. Lleva mintiendo toda la semana. No sé por qué lo hace.

—¿Porque eres un hombre casado, problemático y forrado de pasta? —añadió sarcásticamente y arqueando las cejas.

—Supongo —claudiqué.

—No, en serio —cambió el tono de sus palabras—. Debe de estar acojonada y debatiendo qué hacer. Tiene que ser muy duro levantarte cada día con alguien que no te recuerda. Ponte en su lugar. Creo que vive aferrada a ese pasado.

—Yo no voy a poder darle nada de ese pasado.

—Dices que ella no sabe que tú lo sabes, ¿verdad? Lo tienes bastante fácil. Es el momento de tomar una decisión.

Otra cosa no sé, pero confundirme, logró hacerlo durante un buen rato. No pude diferenciar si sus palabras fueron sinceras o con ellas tan solo ocultaba los celos de un muchacho que claramente en el pasado también había sentido algo por Nat. No lo juzgué por ello. Tan solo hizo que me odiara a mí mismo un poco más, no al de entonces, pero sí a mi yo de ayer.

Tal vez ese chico tuviera razón en todo. Para empezar, era un hombre casado, ese sería el primer tema por resolver. Mi realidad era totalmente antagónica a la de Natalie y ambos íbamos a vivir con el fantasma del pasado, la ausencia de mis recuerdos. Incluso dudé de si mis actuales sentimientos se habían visto contaminados por el hecho de descubrir que ella era la chica del centro, finalizando mi búsqueda, dando por sentado que ella era lo que ansiaba. La duda me atacó de nuevo. ¿Me había enamorado de ella antes de desatar aquel maldito pañuelo? ¿O todo se intensificó tras ese hecho?

En cuanto entré, dejé las pizzas en el mármol de la cocina y guardé el helado en el congelador. Comprobé que Natalie no estaba, ni la perra tampoco. Supe que era el mejor momento para huir, porque, tras escuchar a ese chico, entendí que era lo que tenía que hacer. Metí en el Corvette el bolso con la ropa que había dejado preparado cuando me escabullí de la reunión familiar, a sabiendas de que, en ese momento, o en un día más iba a necesitar tenerlo preparado para marcharme de ese lugar. Había llegado el momento. Entonces entré una última vez en la casa. Di un repaso visual y observé cómo había quedado todo. Pensé en cómo estaba cuando llegué, en todas las reparaciones que habíamos hecho mano a mano, inhalé el olor a pintura, pensé en sus fornidas piernas, y en mis manos en su trasero, en sus besos eléctricos, en cómo le gustaba el helado, en mi mente la oí chapotear en la piscina, riendo despreocupada, anudada a mi cintura; en el balanceo de nuestros cuerpos en la hamaca, su mano en mi pecho, la forma de arrugar sus labios para beber del botellín de la cerveza... ¡Joder, Nat!

No, no merecíamos ese final. No iba a marcharme como un puto cobarde. Así que preparé la mesa del jardín, encendí la vela de citronela y las lucecitas led de las palmeras. Cenaríamos

juntos, dormiríamos abrazados, haríamos el amor por última vez y al día siguiente, tras disfrutar de nuestras últimas horas y justo antes de encauzar mi marcha, la obligaría a revelar la verdad y entre los dos hallaríamos la manera de sobrellevarlo. ¿Qué podía salir mal? Lo recuerdo con ironía, porque ese plan estaba lleno de cabos sin atar. Tan solo era idílico en mi cabeza. Aun así y tras comprobar que tardaba en llegar decidí salir a buscarla. No tardé nada en encontrarla. Se me hizo añicos el corazón cuando la vi tumbada en la calzada a sabiendas que eso lo había provocado yo, en realidad, los dos éramos culpables de aquella farsa que nos había acabado por desgarrar el alma.

Me tumbé a su lado en arcén. Enlacé mi mano a la suya y pude sentir todo su temor a través del contacto. La sentí tan vulnerable, que quise olvidarme de todo. Tan solo quería estar allí con ella, pasar la que iba a ser nuestra última noche y añadir nuevos y bonitos recuerdos a mi vacía memoria, que desde hacía ya unos días tan solo los llenaba ella.

Volvimos juntos a la casa. A casa, qué bien sonaba eso. Hundió su cabeza en mi clavícula, me rodeó mi cintura con su brazo derecho y yo la sujeté con fuerza pasando mi brazo por su hombro. No hubo palabras, se hubieran visto pisoteadas por el sonido abrumador que envolvía nuestra mente. Tic-tac, tic-tac...

37

Stand by me

Natalie

Mentiría si dijera que fui capaz de dejar la mente en blanco y centrarme en el poco tiempo que nos quedaba. De hecho, me costó, nos costó, volver a relajarnos y actuar con normalidad. No fue hasta que ya nos habíamos acabado la cena, mientras hablábamos de temas mundanos, cuando dejamos de tensar la cuerda y nuestros cuerpos buscaron encontrarse. No sentamos en las tumbonas con la mirada en las estrellas, dejando tan solo una pequeña luz tenue del interior de la piscina. Los asientos habían quedado un pelín separados y pese a ir pasándonos el bote de helado de mano en mano, para clavarle pequeñas cucharaditas. Nuestras manos quedaban lejos para encontrarse y anudarse. Leia aprovechó ese espacio para sentarse entre los dos a observar el cielo con nosotros o simplemente a controlar el perímetro, ya que de vez en cuando se podía oír el gato del vecino husmear por los alrededores. Así que allí estábamos los tres, bajo el cielo de Palm Springs, sereno y estrellado. La música no dejaba de reproducirse en mi teléfono, las canciones sonaban en modo aleatorio y reímos juntos cuando nos sorprendió una canción de los Backstreet Boys, «Everybody».

—¿Qué? —me adelanté antes de que pudiera decir algo.

—No he dicho nada...

—Lo ibas a decir.

Se le escapaba la risa.

—Es que te veía tan rockera que no hubiera dicho nunca que escuchabas esto.

—¿Perdona? —Levanté la cabeza de la tumbona para mirarlo—. ¿Y tú me lo dices? El señor Alicia Keys...

¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! Por suerte no llegó a molestarle y ni a preguntarme nada sobre por qué yo sabía ese dato. Cosa que iba a aclarar enseguida, ya que el otro día mientras pintaba sonó en su lista y yo no hice ni un comentario. Pero no, no lo decía por eso, inevitablemente recordé el momento en que cantamos esa canción en el Mustang, mientras el viento removía nuestros cabellos y me permití ser la persona más feliz del mundo.

Tan solo sonrió y empezó a cantar en voz alta claramente burlándose.

—*Everybody! Yeeeah...*

Le di dos golpes con el puño cerrado por encima de la cabeza de Leia, que no dejaba de mirarnos al uno y al otro. En uno de ellos sujetó mi mano y se la quedó sobre su pecho. Podía notar sus palpitaciones. Sin embargo aún nos quedaba un poquito de helado y rescaté mi mano para poder acabarlo y dejarlo en el suelo para que Leia acabara de rebañar la vainilla.

Ambos manteníamos la vista en las estrellas escuchando la música, no recuerdo las próximas canciones, hasta que sonó «Stand By me», de Ben E. King. Esa sí automáticamente los dos a la vez la empezamos a cantar en voz alta. Movíamos la cabeza y los pies sobre las tumbonas a ritmo de la música. Nuestras manos se encontraron cuando simultáneamente acariciábamos la cabecita de Leia, queriendo añadirla al momento. Y entonces nuestros dedos se enlazaron. Y sí, los dos nos pedíamos lo mismo a través de esa canción que, pese a lo que pudiera parecer, no la cantamos tristemente, al contrario, la cantamos sonriéndonos, de la mano y con Leia lamiendo el bote de helado bajo ese cielo estrellado. Así sí, tal cual así quería recordarlo, quedaban menos de veinticuatro horas y era exactamente así como quería guardarlo en mi mente, pasara lo que pasara.

—¿Puedo poner una canción? —preguntó cuando ya tenía mi teléfono en sus dedos.

—Claro.

Se me erizó la piel cuando oí la primera melodía de esa canción que tanto había escuchado en bucle durante tanto tiempo y sabía que era una de sus favoritas. Levi seguía ahí, perdido en esa mente confusa, pero seguía ahí.

Dejó el teléfono sobre la tumbona, se puso en pie y me tendió la mano.

—Oh, no seas cursi —me burlé—. Tyler Williams no es tío cursi, ¿sabes?

—Me parece perfecto. Porque no es él el que te está pidiendo que pegues tu cuerpo al suyo.

Y tiró de mí dejándome apoyada en su pecho. Levantó mis brazos hasta conseguir que los pasara por detrás de su cuello, deslizó los suyos hasta mi cintura y empezó a balancearme lentamente. Cedí, claro que cedí. Quería quedarme a vivir en ese instante, con mi cabeza perfectamente encajada entre el cuello y su pecho, allí en ese recoveco hecho a mi medida. Allí en el único lugar donde quería estar.

Nos movimos despacio, nuestros corazones latían acompasados. Por alguna razón, todo, absolutamente todo, me sonaba a despedida. Fue como si entendiera que Levi se iba a marchar y esta vez no iba a volver, como si hubiera tomado esa decisión y solo estábamos apurando los segundos por sentirnos el uno al otro. Levanté la cabeza buscando entender su mirada, pero solo me encontré con sus labios, que me cazaron al vuelo y me fundí en ellos. Le besé un «no te vayas», un «quédate conmigo», un «yo soy a quien estás buscando». Quise gritárselo, pero no lo hice, solo lo grité en un silencio ahogado con el beso más dulce que nos habíamos dado jamás. Así nos pilló el final de la canción, ya parados, besándonos, con el corazón alborotado, con verdades aún por contar, con miedos y con más amor del que uno sueña alcanzar.

No tardamos en desnudarnos y zambullirnos en la piscina, dejando que el agua sacudiese un poco todo lo que ese beso nos había dejado sobre la piel. Fundimos el cariño con el deseo e hicimos el amor en silencio, bajo la luz de la luna y con ese tenue esplendor que nos alumbraba desde abajo y nos permitía esconder el miedo que ocultaban nuestras miradas. Tras envolvernos en toallas nos tumbamos en la hamaca, con los cuerpos imantados. Las luces que envolvían las palmeras me dejaban disfrutar de su belleza, cada vez que alzaba la cabeza para observarlo o contestar a la conversación que manteníamos. Él se entretuvo en acariciar lentamente el hueso de mi cadera y parte de mi trasero, con la mano del brazo que quedaba por debajo de mi cuerpo. El

otro brazo lo mantenía doblado bajo su nuca y esa posición me recordaba a un anuncio de perfume. Pensé en la primera vez que lo vi junto al Shelby, con el cabello largo, con ojeras, y con aquellas horribles sandalias, pero de una belleza arrebatadora. ¡Cuánto había llovido desde entonces! Aunque ese dicho en Palm Springs carecía de sentido.

—¿Qué vas a hacer en cuanto te deshagas de mí? —intentó bromear.

—Pues, romper algo para que mi padre pueda venir a arreglarlo y hacerlo partícipe. Le hacía más ilusión a él que a mí arreglar la casa. —Sonreí.

—Bueno, no he conseguido que el calentador saque el agua caliente en condiciones y graduarla con ese viejo grifo es una tortura —se burló—. Así que con eso lo tendrás entretenido unos días, para cuando le quiten el vendaje.

—¿El vendaje? Mañana ya se lo habrá quitado.

—Tienes una familia increíble. Pero no me refería a eso. —Supe por dónde iba pero disimulé—. No quiero que esto cambie el rumbo de tu vida, de tu meta.

—¿Mi meta? —Sonreí sarcásticamente. «Mi meta eras tú, imbécil», me hubiera gustado decirle, pero callé—. No te preocupes. Si te refieres a Alan... he aprendido que uno solo debe amar cuando esté listo, no cuando esté solo. Ese fue mi error. ¡Por Dios, qué mal ha sonado eso! —quise excusarme—. Alan es un gran tipo, lo quiero, claro que lo quiero, es solo que no lo hago del mismo modo en que él lo hace conmigo.

—Creo que si dejamos pasar unos días ambos vamos a saber qué hacer con nuestras vidas. Y créeme, que pese a estar huérfano de recuerdos, soy consciente de que yo voy a tener un sinfín de cosas por decidir. ¿Podré escribirte?

Me sorprendió con eso. Era más que evidente que no lo haría, supe que lo decía porque del momento lo requería. No me importó.

—Claro. Siempre que quieras. Yo siempre voy a estar aquí, no tengo películas por rodar ni viajes promocionales y esas cosas. Todo el *glamour* de mi vida está en esta casa, con la gente que has conocido y con los niños del colegio donde trabajo.

—Entonces vas sobrada, no estoy seguro de que todo eso que has nombrado tenga algo de *glamour*.

—Te va a ir bien, Levi, no te preocupes. En cuanto pises un plató de cine, verás que será como ir en bici, saldrá a flote tu verdadero ser.

—Tal vez. El problema es que nadie va a poder asegurarme de que ese sea el verdadero.

No añadí nada más, él tampoco lo hizo. Me recosté en su pecho para respirarlo y hundí mi cabeza contra su corazón. El me acunó con más fuerza entre sus brazos y lo último que recuerdo es cómo me soltaba lentamente sobre la cama, con la delicadeza del que lleva una pieza de cristal de bohemia. Se tumbó a mi lado y, por mí, el mundo ya podía detenerse, romperse o desaparecer. Estaba lista.

38

Último paseo

Levi

Contra todo pronóstico dormí plácidamente enredado en su cuerpo. Sin embargo, mi reloj interno no permitía estar en la cama más allá de las ocho de la mañana. Así que bajé a preparar café. Dejé la cafetera en el fuego y salí a limpiar la piscina. Estuve deslizándola por el fondo e hice varias pasadas con el recogehojas, hasta dejarla impecable. Aún no le daba el sol a esa parte de la casa, así que aproveché para regar un poco el jardín. Leia dio cada paso a mi lado, como si eso lo hubiéramos hecho juntos toda la vida y formara parte de nuestra rutina. Pensé por un instante en cómo sería mi vida al lado de Natalie y sentí chispear mis latidos. Lo cierto es que no me iba a costar nada acostumbrarme a todo esto que ya sentía como mío. Sinceramente, quise creer que esa opción seguiría siendo buena, una vez hubiera podido ordenar mi vida. Aun nos debíamos muchas verdades, sobre todo por su parte, y estaba claro que de ese día no iba a pasar que ambos confesáramos. No quería marcharme sabiendo que prefería mentirme. Yo ya no quería seguir con esa farsa.

Para cuando acabé con los quehaceres del jardín, Nat ya se había levantado y me esperaba en la cocina con un desayuno delicioso. El café que yo previamente había dejado al fuego y una torre de tortitas con sirope de arce. Pensé en que ella misma se había delatado con ese detalle, pero no dije nada.

—¡Oh! Vaya. Me has estropeado la sorpresa.

Me acerqué y la besé en los labios. Fue un beso casto.

—Qué menos, después de que has madrugado para regar.

—Y para limpiar la piscina —añadí orgulloso—. Está niquelada. Nadie diría que ahí dentro se han ahogado más gemidos que insectos.

Conseguí arrancarle una sonrisa y ruborizarla al instante. Yo lo hice también al pensar en lo liviano que sentía su cuerpo mientras me hundía en ella, como si estuviéramos haciendo el amor en una nube.

—¿Qué plan tenemos para el día? —preguntó a la vez que engullía un trozo de tortita.

—He pensado que me marcharé al atardecer, voy a quedar con mi hermana en Santa Mónica para cenar juntos y aclarar cuatro cosas antes de pisar Malibú.

Pude ver cómo intentó sonreír al escuchar mis planes, pero apenas logró alzar los labios a media asta.

—Bueno... —Tragó saliva—. Entonces tenemos hasta la tarde.

—Exacto, preciosa. Podemos salir por ahí o quedarnos aquí y hacer el amor todo el día — bromeé.

Necesitaba bromear, porque bastante angustioso era escuchar el tic-tac amenazador. Ese que nada más levantarme yo podía oír como un taladro y que, sin embargo, omití por completo, sin saber que anunciaba lo que estaba por venir.

—Para empezar... —Dio un trago al café mientras yo masticaba sin dejar de observarla. ¡Qué hermosa era!—. Hay que sacar a Leia.

—¡Quiero hacerlo yo! —me apresuré a decir.

—No hace falta, me visto en un minuto y ya lo hago.

—Nat, quiero hacerlo. Déjame hacerlo. Voy a echarla de menos, ¿sabes? Y a ti mucho más — añadí casi en un susurro.

¡Mierda! Conseguí que se le cristalizara la mirada. Le costó tragar saliva. Pero se recompuso. Se acercó al otro lado de la barra de la cocina, giró el taburete donde me encontraba sentado y me abrió las piernas para colocarse de pie entre ellas.

—Está bien. —Enroscó sus brazos en mi cuello y me besó—. Pero cuando vengas tú y yo nos vamos a sentar en ese sofá y vamos a mantener una conversación muy dura.

—Ummm... —Saboreé su beso con sabor a café—. En ese sofá se me ocurre algo mejor que hacer.

—A mí también, pero necesito contarte algo.

—Está bien, nena —le solté ese apelativo inconscientemente—. Yo también tengo algo que contarte y creo que ya no tenemos más tiempo.

Suspiró.

—Bueno, creo que, pase lo que pase, lo hemos aprovechado muy bien. No me arrepiento de nada.

—Yo tampoco.

Volví a buscar sus labios y hundí mi lengua con todo mi deseo. Ella me respondió con la misma pasión. Me puse en pie, la sujeté por las nalgas y enseguida se enroscó en mi cintura buscando mi cuerpo. ¡Dios! ¡Éramos como el engranaje perfecto! Nos acoplábamos a nuestros movimientos sin esfuerzo. Con un brazo aparté a un lado el desayuno, intentando no tirar nada, incluido el cactus que le regalé el primer día. La senté en la barra, levanté sus brazos y me deshice de su camiseta, debajo no había ropa interior. Eso me enloqueció aún más. Besé sus pechos, los olí y lamí como si eso fuera mi desayuno. En cuanto mis dedos buscaron su monte de Venus se encontraron con una humedad desbordante. Así que me arrodillé y me bebí todo su interior. Lo saboreé y la hice gemir. Quería que gritara mi nombre, que me pidiera que me quedara, que me confesara que me amaba, porque yo sabía que ya lo hacía. Así que en cuanto apreté mi cabeza entre sus piernas y gritó mi nombre, solo pensé en que quería más. No me saciaba de ella. ¿Cómo iba a volver a vivir sin ella?

Me levanté, me pasé el antebrazo por los labios antes de volver a besarla y encajé en su interior como si de un imán se tratara. Temblaron las tazas de café, estuvieron a punto de caer con nuestras sacudidas. No quería salir de su interior, no quería finalizar ese momento y a juzgar por

sus uñas en mi espalda, ella tampoco lo deseaba. Por eso cuando volví a oírla gemir mi nombre con más fuerza, mi cuerpo cedió y ahogamos el orgasmo en nuestros labios entreabiertos. Después quedó un silencio sepulcral que ninguno de los dos supo cómo afrontar. Ese había sido el final, nuestro último polvo, nuestro adiós. Ambos lo sabíamos, no había nada más que decir. Tan solo nos quedaba una conversación incómoda que marcaría un antes y un después. Tras ella, ya nunca volveríamos a ser los que éramos en ese instante, ya todo tendría otro color y pese a ser verdades sumamente necesarias, ninguno estaba preparado para afrontarlas.

Natalie se quedó recogiendo la cocina y yo salí con Leia, aún con su olor en mi piel. Pensé cada palabra que quería decirle, necesitaba que entendiera mi angustia por no recordarla, pero no por eso dejaba de sentir lo que había empezado a experimentar como algo nuevo, necesitaba que entendiera que yo no era el mismo de antes y que sentía todo el daño ocasionado, pese a que no lo recordaba. Tan solo necesitaba que ambos dejáramos esa pequeña grieta abierta, por si en cuanto me sintiera dueño de mi vida de nuevo, esto pudiera rescatarse por algún lado, tan solo quería eso, no volver a perderla.

Leia era un encanto de compañía, a menudo giraba la cabeza para comprobar que seguía ahí, en el otro extremo de la cuerda, yo le sonreía y ella continuaba olisqueando todo. Tomé aire varias veces, iba a echar de menos esa calle, esos paseos y a Leia, claro estaba. Me senté el borde de la acera a la sombra y ella hizo lo mismo, se quedó a mi lado. La estuve acariciando y ella posó su cabeza en mi regazo. Fue como si me estuviera pidiendo que no me marchara, o eso quise creer. Qué bonito momento, por lo menos lo estaba siendo hasta que empezó a ponerse en alerta. Dio un respingo, levantando las orejas, se quedó parada unos instantes como si estuviera oyendo alguna señal.

—¿Qué pasa, Leia? —Acaricié su pelaje de nuevo. Entonces ella quiso emprender el camino de vuelta—. ¿Quieres regresar? ¿Ya no quieres estar más rato conmigo? —La miré como si pudiera contestarme—. Normal, yo también querría volver a su lado.

Emprendimos el camino de vuelta y casi podría decirse que me trajo a rastras. Tirando de la cuerda como si ella me paseara a mí. Debí intuir que algo pasaba.

En cuando vi que la puerta de la verja estaba abierta de par en par, un escalofrío recorrió toda mi espina dorsal. Solté la correa y Leia salió corriendo a toda prisa hasta la casa. Me acerqué con sigilo. En cuanto llegué a la parte trasera, al lado de la mesa del jardín, pude observar la silueta de un hombre y, junto a él, una pequeña maleta de ruedas. Leia se abalanzó a recibirlo muy contenta, a lametazos. El hombre se detuvo unos instantes a acariciar al animal. Natalie aguardaba con los brazos cruzados, los ojos rojos y el semblante de preocupación máxima. No me acerqué todavía. Observé la escena antes de que pudieran verme. Aunque por el nerviosismo de Nat, deduje que ella esperaba verme aparecer de un momento a otro.

—¿Qué demonios está pasando, Natalie? ¡Mírame! —le exigía ese hombre, el cual intentaba tocarla y ella lo esquivaba.

—Necesito que te vayas, Alan, hablamos mañana. Debiste avisarme.

—¿Avisar que quiero darle una sorpresa a mi novia? ¿Qué está pasando? ¿Por qué no has contestado a mis mensajes? ¿Por qué no eres capaz de decirme de una puta vez que me quieres?

¿Pretendes volverme loco?

Dio un paso hacia ella y Natalie se asustó ante la agresividad del movimiento. Entonces me acerqué sin pensarlo.

—¿Está todo bien por aquí?

Pude ver cómo Natalie cerró los ojos con fuerza y ladeó la cabeza, dando a entender que estaba presenciando algo que no era de su agrado.

El hombre se giró lentamente hasta verme avanzar al lado de ella.

—¿Te has buscado otro? —dijo totalmente sorprendido y con desprecio en sus palabras.

—Alan, por favor.

—¿Me has estado engañando con otro? —Me miró con asco—. ¡Oh! ¡Por Dios! Claro, con pinta de malote, como si aún fueras una adolescente. Muy tú, Natalie, creí que habías madurado, creí que lo nuestro estaba por encima de todo.

—No quería hacerte daño, Alan, no podía decírtelo por teléfono.

—¿Decirme qué? ¿Que me engañas con otro? ¿Que has decidido dejarme por uno más joven? ¿Uno que parece sacado de un videoclip de rock? —apuntó con desprecio repasándome de arriba abajo—. Felicidades, Nat, te has coronado. Y yo queriendo que conocieras a mi hijo.

No sabía qué hacer, me mantuve en silencio, hasta que el individuo me dedicó unas palabras.

—Enhorabuena, te quedas con una gran mujer. Pero ¿sabes qué? Siento decirte que ni tú, ni yo, vamos a conseguir retenerla. No, claro que no —la miró a ella que se mordía el labio impotente—, porque ella ya regaló su corazón y no seremos ninguno de los dos quien logre rescatarlo. Aunque le des todo lo que quiere, aunque te integres en su familia, ni siquiera aunque te ganes el amor de su perro.

—Alan, para —balbuceó Natalie.

—¡No! Creo que debe saber el lugar que va a ocupar en tu vida.

—Alan, por favor, déjalo ya.

—¿Que lo deje? Se queda con lo único que he querido en mucho tiempo. ¿Cómo pretendes que lo deje?

—Alan... —Hizo una pausa tras interrumpirlo—. Él es Levi.

El hombre me miró totalmente perplejo, pude ver la derrota en su mirada. Le tendí la mano honestamente, empaticé con él, dado lo que estaba sintiendo al ver que perdía a la mujer que amaba, pero es que Natalie no lo amaba, eso lo tenía muy claro, tanto ella como yo. Al parecer, el único que no lo tenía tan claro era él mismo.

Evidentemente no me dio la mano. Se inclinó levemente para coger su maleta. Seguía sin decir nada hasta que por fin exhaló antes de hacerlo.

—Entiendo. Ahora lo entiendo todo. —Le dedicó una última mirada a Natalie—. Me siento un idiota, todo este tiempo, he estado haciendo el capullo. ¡Que os den! ¡A los dos!

Instintivamente sujeté la mano de Natalie y la apreté con fuerza ante la mirada de desprecio de ese hombre dolido. No iba a pelearme con él, así que tan solo esperé a que se calmara y recé porque no se pusiera agresivo o se refiriera a Nat con palabras ofensivas. Pero no lo hizo, tan solo era un hombre abatido. Sentí pena, pero yo no había planeado nada de eso, ni ella tampoco.

Porque no lo había hecho, ¿verdad? Por primera vez empecé a creer que Nat había ideado todo ese plan para que se diera este momento. Pensé en cada comentario de las redes sociales, en cómo contestaba a mis mensajes, en cómo había estado intentado que mi memoria la recordara, con la música, con el arte, con nuestra burbuja. ¿Habría sido Natalie capaz de todo eso o todo había sido producto de meras casualidades?

Ese hombre estaba ya por marcharse cuando tuve un recuerdo muy nítido. Fue como un pantallazo, su rostro y su voz.

—Good Riddance, L —susurré.

Las primeras horas de mi despertar no se habían quedado almacenadas en mi cabeza, o por lo menos no hasta entonces.

Natalie era la chica que se despidió de mí en el hospital, que besó mi frente, que temblaba con los ojos enrojecidos y que Alisa se apresuró a aclarar que era una de mis seguidoras.

¡Dios mío, Nat! ¡Éramos nosotros! ¿Qué nos pasó?

39

Silencio

Natalie

Fue la peor manera de acabar con alguien, haciéndolo sentir que no había significado nada. Pero no había sido así, Alan llegó cuando más lo necesitaba, aunque quizá sí que lo hizo de la manera que menos esperaba. No quería un novio, ni alguien con quien programar una vida, no lo quise así, pero me fue imposible detener que él sí lo hiciera. Me mantuve en *stand by*, algo en mi interior se aferraba a la esperanza de que Levi volviera y... en fin, aquí lo tenía, aunque nuevamente no como yo quería. Todo empezó a desmoronarse, lo de Alan tan solo era un avance de que eso que nos unía, esa electricidad a la que nos aferrábamos apretando las manos, estaba a punto de estallar.

Ver marcharse a Alan me rompió un poquito más el alma. Nunca quise dañarlo, pero no supe hacerlo mejor, sentí desde ese instante que todo se desbocaba, ya no controlaba nada, y se avecinaba el fin. Levi me abrazó en cuanto desapreció la silueta del hombre con el que había compartido los últimos meses, supongo que sintió pena por mí, por él, por nosotros, al ser consciente de que a partir de entonces volvería a la soledad, ya que quedarse no entraba en sus planes. Le respondí al abrazo con más fuerza, apretando los ojos, hundiendo mis dedos en su camiseta. Su piel aún olía a sexo, a mí, a nosotros.

Sujetó mi cara entre sus manos y me besó dulcemente.

—Creo que ha llegado el momento de hablar, yo también debo irme. Vayamos dentro.

Me miró como si estuviéramos a punto de saltar al vacío, con miedo a entrar en esa casa, sus pies se paralizaron al primer paso, me miró y volvió a acunarme en sus brazos intensamente, apoyando sus labios en mi frente, hasta que el sonido de unos aplausos hechos con desgana, con un largo intervalo entre ellos, consiguió captar nuestra atención. Los dos nos giramos a la vez.

—Muy bonito, de verdad. Casi conseguí hacerme llorar, si no fuera porque las arcadas me han surgido primero...

La voz de Alisa nos atravesó el alma por igual. Miró a su marido de una forma perturbadora, tanto, que Levi, inconscientemente, me colocó por detrás suyo, como queriendo protegerme.

—¿Qué haces aquí? —la increpó.

—¿Qué hago yo aquí, querido? —Rio burlona—. El infiel pillado desprevenido, pregunta que ¿qué hago yo aquí? Bravo, Tyler, el golpe en la cabeza debió dejarte más secuelas que una pérdida de memoria.

—Alisa, este no es el lugar, márchate de aquí, hablaremos en casa.

—En casa es donde deberías estar. Así que no, Tyler, no me voy de aquí sin ti.

Levi soltó mi mano para acercarse a su mujer e intentar obligarla a salir de la casa del brazo.

—¡Suéltame, imbécil! ¿Qué me he perdido? Déjame adivinar. Has recuperado tus recuerdos y has vuelto con el rabo entre las piernas en busca de tu amorcito.

¿Qué? ¡No podía ser! ¿Levi supo quién era desde el principio? ¿Había estado fingiendo todo el tiempo? Estuve unos segundos en shock. Volvió a hablarle pegando su cara a la de él.

—¿Te ha dicho esta miserable que su decisión cuando saliste del coma fue abandonarte?

—¿Qué? —me indigné, quise partirle la cara a la bruja esa.

—Cogió la opción fácil, Tyler. Se largó. Yo me quedé a tu lado, te he cuidado todo este tiempo, no he dejado que te falte nada. Hasta incluso habías empezado a quererme de nuevo. ¿Le has contado eso ya? Quizá quiera saber cómo justo antes de verte en su búsqueda me hiciste el amor, cómo llevabas días haciéndomelo.

Algo crujió de nuevo en mi alma. Se me cristalizó la mirada y sentí como emergían con lentitud los latidos cada vez más fuertes, como subían por mi garganta, asfixiando mi ser. No voy a negar que sentí una arcada y tuve que morderme el labio, y luchar por no dejar salir el llanto anudado.

—¡Oh, vamos, niñata! No dramatices —espetó al ver mi rostro—. Es infiel por naturaleza. En todo caso, yo debería estar llorando, ya que primero me engañó con una modelo, luego contigo en ese maldito centro y vete a saber cuántas veces más lo hizo durante nuestro matrimonio.

—¡Basta ya, Alisa! —le gritó Levi, volviéndose hasta mí.

—Esto no es así, Nat, bueno, no sé si es así —añadió, confundido.

¿Había recuperado la memoria o no? Hasta yo dudaba.

—¡Tyler es mi marido! —me gritó—. Esto es solo un bache, ¡déjanos en paz!

Seguía sin habla, el shock no me dejaba analizar la situación y responder en consecuencia.

—Aclararemos esto, ¿vale? Yo... —El pobre no encontró las palabras para salir ileso de ese momento.

—Vete con tu mujer, Levi —por fin claudiqué—. Ella tiene razón, me marché, entendí que no estaba dispuesta a tanto —mentí.

—¿Qué? ¡No me jodas, Nat!

—Es cierto —continué con la mentira—. Hay muchas cosas que no te he contado. —Buscó en mis ojos otra verdad—. Sí, ahora ya sabes que soy aquella chica del centro, no hace falta que me busques más. No volví a buscarte porque tú perteneces a un mundo y yo a otro.

—¡Y una mierda! ¿Por qué me hacéis esto? —Nos miró a las dos—. ¿Por qué? Ninguna va a decirme la verdad por su parte, ¿no? ¿Alguna de las dos ha pensado en mí antes de iniciar vuestras respectivas farsas?

—Lo nuestro no es una farsa...

—¡Oh, cállate, Alisa! No seas ridícula —la increpó, dolido.

—Solo hay una verdad, cariño. —Su mujer se apresuró a poner una de sus manos encima de su antebrazo aprovechando la confusión—. Eres Tyler Williams, yo soy tu mujer y tuviste una aventura con esta chica, pero ella te rechazó, ¿qué más necesitas saber?

¿Yo lo rechacé? Hasta me hizo dudar a mí misma. El hecho de no haber luchado por él tal vez

sí fue un rechazo y un abandono en toda regla. Así que sí, algo de cierto tenían sus palabras, por eso no rechisté al oírlas.

Alisa clavó su severa mirada sobre mí. Una vez más ella ganaba. No porque no estuviera dispuesta a luchar, no porque no creyera en nuestro amor, lo hice porque tantas mentiras juntas para que lo nuestro se pudiera dar me hacían perder la credibilidad de nuestra historia. «Si hay que forzarlo, no es de tu talla», sabias palabras las de mi padre. No, ya no iba a forzar nada más. Lo tuve, lo amé, lo sufrí, lo disfruté y en cierta manera cumplí mi cometido, poder despedirme y cerrar ese capítulo que tanto me venía haciendo falta.

Acaricié su cara, los ojos de Levi buscaban los míos suplicando alguna palabra, tal vez desmentir todo eso, tal vez un simple «te amo», pero no se lo concedí. Sabes que te has rendido cuando ni siquiera unos ojos verdes mar como los de Levi consiguen hacerte reaccionar. Acerqué mi cara a su mejilla, viendo cómo cerraba los ojos y apretaba los labios con frustración. Besé esa lágrima que le estaba a punto de derramar por la comisura del ojo y musité a su oído las mismas palabras que él había recordado minutos antes.

—Good Riddance, L.

Temblé entera al pronunciarlo, me alejé dejando que mi mano cayera tras la caricia que él intentó aprisionar entre la mejilla y su hombro. Y entonces, silencio, tan solo escuché mis pasos entrando en la casa a la espera de que se marcharan.

—¡Nooo! —gritó Levi a pleno pulmón—. ¡No! ¡Natalie!

Di un portazo que dejó mi clara intención de zanjar esa historia. Me senté de espaldas a la puerta en cuanto la cerré y me dejé caer, deslizándola lentamente, como lo hicieron mis lágrimas. Lloré con la cabeza entre mis piernas, hasta que por fin oír rugir el Corvette.

Se acabó. Levi se había marchado. De nuevo, silencio.

40

Mensajes

Levi

Unos meses después.

Jenna me había conseguido un centro, pero esta vez no de desintoxicación. Se trataba de un centro médico con los mejores neurólogos, al ver que mi memoria mostraba destellos de querer volver a estar presente. Tras haber desenmascarado la locura enfermiza que Alisa sentía hacia mí, pudimos dar con el historial médico. A su vez, se interpuso una demanda al doctor que se dejó sobornar por ella, y juntos me hicieron creer que jamás recuperaría los recuerdos. El caso es que mi hermana no solo me ayudó con el inicio de mi divorcio, sino que siempre supo que mis recuerdos volverían a mí y quiso pelear a mi lado. Y es que no hay más ciego que el que no quiere ver. La primera semana de ejercicios mentales ya logré recordar más cosas de las que había podido dibujar mi mente en un año. ¡Todo un éxito! Ejercitar la mente, así de fácil, ese era mi tratamiento, una información valiosa que lideraba el saco de verdades que quedaron fuera de mi alcance.

—Will, ¿de verdad que quieres vender el Corvette también?

—Claro que sí, Jenna. ¿Acaso no has oído rugir el viejo Cadillac de papá? No lo cambio por nada.

—Papá estaría orgulloso de que lo hayas reparado con tus manos.

—Sabes, Jenna, hoy he tenido un día de reencuentros.

—¿Con quién? —se apresuró a preguntar.

—Con papá, conmigo... —La oí bufar de alivio—. ¿Recuerdas cuando de adolescente le cogí el coche sin permiso, para ir a inscribirme en la escuela de arte dramático y le hundí el parachoques?

—Ca-cariño, ¿recuerdas eso?

—Sí, no solo eso, sino la bronca que me cayó y cómo me obligó a arreglar todos los desperfectos. Me castigó sin salir de casa hasta que el coche estuviera reparado, él tan solo me daba instrucciones y lo hice perfecto. Hacíamos un buen equipo. Ahora entiendo por qué no quería que fuera actor.

—Papá siempre decía que tenías el don de hacer bien todo lo que te propusieras.

—Él sabía que, si entraba en Hollywood, me alejaría de la realidad a la que pertenecía, por eso en todo ese transcurso no dejó de darme clases de mecánica, me obligaba a cortar el césped y a reparar mi *skate*, incluso mi tabla de surf.

—Para que no fueras un inútil —se burló—. Y porque siempre fuiste un poco rebelde, esa era su manera de mantenerte con los pies en la tierra.

—Lo sé, pero no me he dado cuenta hasta hoy, que he recordado todas estas cosas y por fin le he dado el sentido que merecen. Así que, hermanita, el Corvette, la casa de Malibú, el yate, las motos, los relojes caros y todo lo que Alisa no me sople en el divorcio, no me van a hacer falta a partir de ahora. Quiero tener los pies en la tierra.

—Bueno, Alisa tiene una buena razón para dejarte desplumado, se siente despechada. Créeme, suele ser el sentimiento que más odio mueve.

—Nada me importa ya.

—Pero, oye, hermanito, puedes tener los pies en la tierra y seguir poseyendo esas cosas, no tiene nada que ver.

—Ya, pero es que no quiero. No es quien quiero ser.

—Pues entonces no hay nada más que hablar.

—Gracias, te debo demasiado.

—No sé si será suficiente con eso.

—Necesito hacerlo, tengo un plan. Escapar del ojo público tiene un coste muy alto y créeme que estoy dispuesto a pagarlo. Buscaré un lugar increíble y si tú tampoco logras arreglar tu matrimonio, tendrás un rincón para ser quien desees ser, te haré un hueco, a ti y a Keith.

—No te vayas lejos, ¿ok? ¿Qué le vamos a decir a la prensa?

—Ya veremos. ¿Europa te parece bien?

—¡Demasiado lejos!

—Venga, hermana, se trata de que me pierdan la pista, no de que sea cerca o lejos.

Resopló poniendo los ojos en blanco. Pero sabía que era en la única persona que confiaba.

—Entonces creo que la India es ideal. Diremos que has dado un vuelco espiritual en tu vida y te has ido a hacer el perroflauta a la India. ¿Mejor?

—¡Guau! Sí, eso es. ¿Cómo no se me ha ocurrido antes? Eres increíble, hermana.

—Hagámoslo bien, ¿vale? Solo eso.

—Ya sabes cómo funciona esto, hay que dar máxima credibilidad, cueste lo que cueste.

—¿Y qué hay de...? —No quiso nombrarla—. ¿Has sabido algo?

—Déjalo, Jenna, poco a poco. Me iré enfrentado a mis fantasmas a mi ritmo. Además, con la que se avecina, no puedo, ahora no.

—Will, ¿por qué te haces esto? Deberías por lo menos informarle de...

—De nada.

—Will, ella no...

—Ha podido quedarse cada vez y siempre ha elegido no hacerlo. Ella me mintió.

—¡Y tú a ella! ¿Quién te ha dicho eso? ¿Alisa? —Me miró de soslayo y alzó una risa sarcástica—. ¡Por favor, William! ¿Estás bloqueando sus recuerdos? ¿No has hecho ninguna sesión enfocada a ese tema? —Mi silencio contestó por mí—. Está bien, no me meto. Pero deja ese tema zanjado antes de empezar con lo de tu desaparición pública. Haz lo que tengas que hacer, pero no olvides que poner los pies en el suelo implica también enfrentarse a lo que duele y que,

por más que te deshagas de tus bienes, reestablezcas tu verdadera identidad y te hagas cargo de tu vida, hay algo que no vas a recuperar.

Sabía a qué se refería, claro que lo sabía. Pero si algo había aprendido con todo lo sucedido, es que antes de poder amar a alguien, debía quererme a mí mismo, conocerme y entenderme. Al final, la India no me parecía un destino tan descabellado. Debía darles una sacudida a mis sentimientos, analizarlos y darle la importancia que merecían. Pero, para eso, Jenna tenía razón, debía desbloquear a Natalie de mi mente y descubrir si valió la pena lo nuestro y cuánto peso tendría el valor de su mentira en mi realidad. Igual que supe balancear el comportamiento de mi mujer y, en consecuencia, tomar la decisión de alejarla, pese a todo, Alisa quedó fuera de mi vida, ella y Ryan, el único que pareció hacerle feliz todo lo ocurrido, ya que pudo seguir consolándola, ya sin necesidad de esconderse. Me importó una mierda, así lo digo, nunca debí meterme entre ellos dos, a todos nos hubiera ido mejor de no haberme dejado engatusar por ella. Estuve a punto de denunciarla, ya que el acoso recibido por su parte tras la ruptura rozó la locura. Pero eso hubiera ido en contra de ese supuesto cambio espiritual que quería fingir entre los medios. Eso sí, no cedí a sus chantajes emocionales, ni a sus artimañas sexuales, me había jurado a mí mismo que nunca más iba a tocar a esa mujer y así fue. No sé si ella había sido la causante de la mayoría de mis problemas, ya que al parecer era algo que se me daba bastante bien a mi solito, pero lo que sí sabía es que había contribuido para aumentarlos. Se aprovechó de mi vulnerabilidad y pretendió retenerme engañado.

Las palabras de la alocada de Roxy, aquel día en el jardín de Nat, las interioricé como un mantra: «Ahora eres el arquitecto de tu vida». Tenía razón. No habría marcha atrás, por eso debía dar pasos con cautela y bien pensados. No voy a mentir, en algún momento estuve a punto de ir en la búsqueda de Nat, pese a no recordarla del todo, aunque siguiera sintiéndome dolido y algo traicionado. Pero entonces comprendí que no debía hacerlo, ya que realmente no sabía a quién iba a buscar, si a la Natalie del pasado o a la que conocí esos días. Me aterraba pensar que tal vez me había enamorado de la ilusión que proyecté al creer que ella era la chica que tanto había amado en un pasado, ni siquiera analicé si sentí algo antes o después de desatar aquel pañuelo rojo. No logré entender por más que quise hacerlo, porque quiso mentirme de esa manera. ¿Qué ganaba ella con eso? O, peor aún, ¿qué la diferenciaba de Alisa? Si las dos habían estado mintiéndome, aprovechándose de la vulnerabilidad del alguien que vive sin recuerdos. Fue cruel, a mi parecer, ambas lo fueron.

Así que opté por no hacerlo. Sin embargo, Jenna tenía razón, no podía marcharme sin desbloquearla de mi cabeza. Merecía recordarla en plenitud. Llegó el momento de dejar de bloquear su recuerdo, ese que, en cierto modo, estuve reteniendo por miedo a que borrara o pisara los nuevos que habíamos forjado esos días. Para ser sinceros, sentía que me había enamorado a tal nivel, que ningún amor pasado podría superar lo que en esos días sentí a su lado. Ni siquiera aunque ese amor hubiera sido con ella misma. Porque esos dos de antes, ya no éramos ella y yo, de eso estaba seguro.

El día que por primera vez me presté en las sesiones a hablar de Natalie, ese mismo día no solo empecé a desbloquearla a ella y el desbordante sentimiento que envolvía nuestra historia, sino

que también lo hice con mis redes sociales, esas que también pretendía dejar atrás para no poder ser rastreado. Pero antes de hacerlo debía volver a enfrentarme a ellas tal y como me habían aconsejado, ya que fue eso mismo lo que me llevó hasta Natalie. La de Tyler Williams la anulé directamente, y, además, lo hice con gusto, ya que no pensaba volver a ser él. Hacerlo con la de L me aterraba un poco más. No quería deshacerme de esa cuenta del todo, así que la abrí una última vez con el corazón latiendo a toda máquina. Pero esa aceleración fue perdiendo potencia en cuanto pude comprobar que no había ni un mensaje de ella. Había optado por el silencio todos estos meses, del mismo modo que yo. Tal vez era lo mejor para ambos.

Sin embargo, poco antes de decidir cerrar la aplicación recordé una conversación que había tenido con Jake.

«—¿Lees los mensajes de tus perfiles de Instagram o alguien lo hace por ti?

—Pues sí, últimamente intento leerlos yo —le afirmé sin ser del todo cierto.

—Bien, creo que deberías hacerlo...».

Sin dudarle fui a la bandeja de entrada de los mensajes para ver a qué se refería, no sé por qué no le di importancia en su momento, pero ahí estaba. El chico me había estado escribiendo desde que me conoció. Donde me contaba cosas de Natalie desde que llegué a su vida.

«Hola, Levi, soy Jake. No le hagas caso a mi padre. Siempre acaba entrando en razón». «¿Qué ha pasado con Nat? ¿Es por culpa de lo que dijo mi padre?». «Nat sigue sin salir de su habitación, deberías llamarla». «Ha dejado de tocar la guitarra, eso no está bien». «Hoy por fin ha salido y me ha dicho que lo habéis dejado». «Está llorando, pero cree que no la escucho». «Ethan viene a buscarla a menudo, no sé qué pasa ahí». «Se ha discutido con mi padre, ¿volvéis a estar juntos». «No te mueras, Levi». «No te mueras, Nat te necesita». «Qué buena noticia que hayas despertado». «No entiendo por qué ha vuelto a Palm Springs sin ti». «Natalie no quiere ni comer». «Leia se porta muy bien». «Ha empezado a tener pesadillas por las noches y me asusta un poco». «Roxy le ha cortado el pelo y está muy guapa». «Me ha explicado que ya no nos recuerdas, ¿es cierto?». «Hoy la he visto sonreír después de mucho tiempo, gracias a Leia, es genial esa perra». «Creo que deberías venir a verla aunque no la recuerdes». «¿Aún la quieres?». «Hoy la he pillado mirando tu Instagram». «Hemos conocido a Alan, es un buen tipo, pero no eres tú». «Tienes que ver la casa que se ha comparado, es vieja, pero tiene piscina». «¿Vas a seguir rodando películas? No me gustó el actor que eligieron para Batman, tú lo habrías hecho mejor». «¿La has recordado? ¿Nos has recordado? Hoy la he visto sonreír de esa manera que solo lo hacía contigo mientras leía un mensaje en su móvil. Ojalá seas tú». «Me ha encantado encontrarte en la piscina de Nat, aunque no nos recuerdes». «No me importa que no tengas memoria, yo puedo ayudarte a recordar y Nat también, pero deberías quedarte». «¿Te has marchado de nuevo? ¿Por qué? ¡Nat había vuelto a sonreír y ahora está triste de nuevo! ¿Por qué le haces esto?». «Me equivoqué contigo, ya no es excusa no tener memoria». «Eres un cobarde». «No vuelvas a aparecer por Palm Springs si no es para quedarte». «Soy un niño, pero sé qué es el amor y ella lo sentía por ti». «Adiós, Levi». «PD: No hubieras podido hacerlo mejor que Pattinson en Batman, es insuperable».

Tocado y hundido.

41

Malas noticias

Natalie

Al final todos mis miedos se confirmaron. Lo que analicé días después de que Levi se marchara de nuevo, fue que él solito había llegado a la conclusión de que yo era la chica del centro, no obstante, seguía sin recordarme. Y contra eso, poco había que hacer. Esa seguía siendo la realidad. Ahora solo me quedaba saber qué iba a hacer con todo lo que llevaba dentro. Todo ese amor que había acumulado por partida doble. Lo conocí, lo volví a conocer y me volví a enamorar con más intensidad si cabía. ¿Y ahora qué? ¿Qué iba a pasar con todos esos recuerdos? Deseé ser él en ese sentido, ya que Levi tan solo arrastraría los de los últimos días, mas yo, lo haría con la historia completa y todos sus nefastos finales. Porque eran finales, ¿verdad? Algo dentro de mí siempre albergaba la esperanza de que no lo fueran, y es que Levi siempre volvía a mí, consciente o inconscientemente. Volvía a mí... ¿Por qué yo no era la que regresaba junto a él? Me había acostumbrado a llorar su ausencia a la espera de un milagro. Pero esta vez, todos tuvimos claro que eso no iba a suceder. Esta vez no habría súplicas al universo, ni rezos, ni deseos de lámparas mágicas que trajeran a Levi a mi lado. Esta vez era diferente. Él sabía de mi existencia, sabía quién era y, pese a todo, no volvió, ni siquiera a por una explicación, y se la debía, bien sabía que le debía algo más que una explicación. Pero ni siquiera debió considerar esa opción y, a mí no me quedaba más remedio que respetarlo, a él y a su silencio.

No se habló mucho más en mi casa sobre él. Tuve que aguantarme el disgusto de Jake y el reproche de mi padre.

—Nat, cariño, te dije que eso no iba a acabar bien. ¿Tanto te cuesta hacerle caso a este viejo gruñón? —me sermoneó mientras me acunaba en sus brazos tras encontrarme con los ojos hinchados de llorar.

—Lo sé, papá. No necesito que me sermoneéis. Sigue sin recordarme. —Sollocé.

—¡Porque no has querido ayudarlo a recordar! —me gritó Jake.

—Vale, Jake —salió Mery en mi defensa.

—He leído mucho sobre eso, ¿sabes? La mente hay que ejercitarla. Necesitaba que le ayudaras, ¡no que le mintieras!

—¡Ya basta, Jake! —sentenció mi padre—. Hasta aquí ha llegado la historia de Tyler Williams en esta familia. ¿Me habéis oído todos? ¡Hasta aquí! —sentenció.

Nadie más añadió nada. Y en los próximos meses tan solo Mery se atrevió a hablarme a escondidas de lo sucedido. Ya habían empezado las clases y había recobrado mi rutina. La casa

estaba más que perfecta y ese día Mery apareció de sorpresa, cuando volvía de mi paseo con Leia.

—Mery, ¿ha pasado algo?

Me asusté, porque ella no solía aparecer sola, siempre lo hacía con mi padre o con mi hermano.

—He traído unos *cupcakes* para merendar juntas. ¿Qué tal las clases?

—Bien.

La dejé pasar a la vez que vimos al agente inmobiliario que me vendió la casa arrancando el cartel de venta de los vecinos.

—Creo que vas a tener vecinos nuevos.

—Eso parece. Solo espero que se parezca Lenny Kravitz y que se pasee sin camiseta todo el día por el jardín —bromeé.

—Pues no te hagas ilusiones, que ya me ha dicho el de la inmobiliaria que la ha comprado una mujer separada con su hija. Así que, o tiene un novio joven o poco vamos a ver ahí.

—En verdad me da igual, no estoy yo con ganas de mirar hombres con pinta de malotes a estas alturas.

Suspiró como el que lo hace antes de soltar una gorda. Estaba claro que no había venido solo a merendar. Así que la dejé dar todos los rodeos que necesitó hasta llegar al quid de la cuestión. No era de vecinos de lo que venía a hablar.

—Cariño, hoy he visto algo en un programa de chismorreos que creo que deberías saber...

—Mery, no vayas por ahí. No necesito saber nada. Tengo su nombre bloqueado en Google, para que no me muestre nada sobre él. ¿De verdad miras esos programas?

—Tu padre había dejado puesto el televisor de la cocina y mientras llenaba el lavavajillas he oído su nombre y no he podido evitar interesarme.

—No quiero saberlo, Mery.

—Nat. Se ha retirado. —Eso hizo que se me volcara el corazón—. Lo ha dejado todo, se ha divorciado y ha vendido todas sus propiedades. Dicen que ha perdido la cabeza, que está por la India de mochilero del rollo espiritual, incluso hay unas imágenes de él, irreconocible, vestido de hippie. Otros apuntan a que seguramente todo esto sea una farsa y vuelva a estar ingresado en un centro de rehabilitación.

—Eso no es posible —me apresuré a decir.

—He creído de debías saberlo.

Cerré los ojos y exhalé. No, no quería saberlo, porque lo conocía, y si había decidido irse lejos, eso implicaba que también había decidido dejarlo todo atrás, incluso a mí.

—Basta, Mery, no quiero saberlo, basta. Levi ya no forma parte de mi vida.

—Pero, hija...

—¡No, Mery! No había nada que yo pudiera hacer para retenerlo. Yo no puedo hacer nada por él, de ser así, no se habría marchado. No me recuerda y ¿sabes qué?, todos queremos ser recordados, incluida yo. Eso mismo me lo enseñó él.

Mery tan solo asintió y frotó mi brazo. Acabamos de comer los *cupcakes*, me ayudó a trasplantar unas flores nuevas que Roxy me había regalado y una hora después se marchaba.

—Gracias por la merienda.

—Deberíamos hacerlo más a menudo.

—Claro que sí, Mery, cada vez que quieras.

—Tú también puedes traer merienda en vez que esperar siempre que te la traigan. Y sabes qué, no por eso la tarde se trastoca, ni los *cupcakes* saben peor.

La miré con el rabillo del ojo. ¿A qué se refería exactamente?

—Vale, Mery, tú y tus entresijos ya os podéis marchar —bromeé.

—A nadie le amarga un dulce. Después de sabores amargos, que te traigan algo azucarado puede ser tu salvación.

—Yo no necesito más dulce, tengo la despensa llena.

—Tú tal vez no...

Me miró y soltó una sonrisa sarcástica y se marchó.

No iba a darle más importancia de la que merecían las palabras de Mery, no quería porque sabía perfectamente a qué se refería. Mery pretendía que hiciera el esfuerzo de mi vida y me fuera en busca de Levi con la verdad por delante. ¿Acaso pretendía que lo persiguiera hasta la India? No sé qué más habría visto en ese programa, pero creyó que Levi necesitaba endulzar su vida, cuando el pobre trataba de curarse espiritualmente debido a su falta de recuerdos y pretendía que fuera yo quien lo hiciera. ¿Se había vuelto loca? ¡Después de todo lo vivido! Solo él podía curarse internamente, encontrar su verdadero ser. Aunque... no voy a negar que sentía curiosidad. Lo peor de todo fue la reflexión que saqué de todo eso. A él siempre le preocupó dejar su vida en orden para poder estar a mi lado. Y por lo que Mery me había dejado caer, ya lo había hecho, incluso se había divorciado. Entonces, ¿por qué no había vuelto a mí en vez de marcharse a hacer el hippie? La respuesta fue más que evidente. Y eso desgarró un poco más mi alma, si es que eso era posible.

Esa misma noche algo runruneaba en mi cabeza y sin poder más y contradiciéndome a mí misma, me senté en la cama y abrí la aplicación de Instagram, busqué su cuenta, pero no había ni rastro, de ninguna, las había borrado las dos. Así que me entró la locura máxima y me puse a googlear su nombre. Y a leer todas esas noticias que había estado perdiendo esos meses; el actor deja la gran pantalla; el sonado divorcio de Tyler Williams; el repentino retiro espiritual del polémico actor y poco más. Las últimas fotos del supuesto Tyler en la India. Un mochilero de pelo largo, barba espesa, tatuado y bastantes signos de delgadez. Me llevé ambas manos a la boca al ver esa imagen, aunque, para ser sinceros, podría haber sido cualquiera, estaba irreconocible y la foto no era muy buena, la verdad.

Definitivamente la última noticia que hablaba de él era de hacía unos tres meses. Apenas hacía seis meses que lo vi por última vez, no creí que le diera un giro tan drástico a su vida. Con lo calculador que era, que quería dejar todo bien atado. Supuse que su hermana habría sido quien se habría encargado de dejarlo todo a buen recaudo, por si decidía volver. Pero todo eso tan solo eran suposiciones mías, lo cierto es que me costaba creer lo que veía, pero empezaba a ser hora de que dejara de engañarme a mí misma. Las personas cambian, yo había cambiado y Levi también, eso era todo.

Ya tenía esa extraña y rocambolesca historia que contaría a mis nietos. Cómo una mujer normal consiguió que uno de los actores más deseados de Hollywood se enamorara de ella, nada más y nada menos que dos veces. Lo cierto es que nuestra historia había tenido de todo, menos un final feliz para mí, claro está. Aun así, quería darla por buena, porque pocas personas en la vida llegan a alcanzar lo que yo tuve con Levi. ¡Joder! Lo había querido, disfrutado, perdido, vuelto a tener, amado como nunca, llorado, sufrido y había acabado por perderlo debido a la espiritualidad, menuda historia. Aunque, para ser sinceros, saber que seguía vivo en cualquier rincón del mundo era mucho mejor que cuando creí que había muerto en aquel accidente de moto. Y, pese a todo, lo que más me entristecía es que, estuviera donde estuviera, él solo recordaría la mitad de la historia. Fue entonces cuando sentí el más grande de los arrepentimientos, debí contarle la verdad, aunque no la recordara, así por lo menos su cabeza podría recrearla a su manera. Debí hacerlo. ¡Maldita sea!

Sí, todos queremos ser recordados, Levi tenía razón. Pero no todos sabemos hacer que eso ocurra. Estuvo en mis manos hacerlo mejor y no supe.

Esa noche desbloqueé su nombre en los buscadores. Se me había invertido esa necesidad y anhelé saber más de él. Entonces, cuando ya era tarde, cuando Levi ya había desaparecido prácticamente de la faz de la tierra. Hacía meses que nadie sabía nada de él. Hasta que un día cenando en casa de mi padre con el maldito televisor encendido, una noticia nos sacudió a todos de improviso.

«Mueren cuarenta personas y siete siguen desaparecidas en un aparatoso accidente de autobús en el distrito de Sidhi, en el estado de Madhya Pradesh, en la India. El autobús se precipitó a un canal, todavía por causas desconocidas, entre los desaparecidos se halla el polémico y recién retirado actor estadounidense Tyler Williams. Siguen apareciendo cuerpos sin vida en el canal».

La casa de al lado

Natalie

«Tyler Williams. Accidente. Desparecido. Muertos. Canal».

Silencio.

—¡Nat, cariño, reacciona! —Mi padre abofeteaba mi cara con golpecitos secos. Abrí los ojos, lo miré y oí mi nombre distorsionado como a cámara lenta—. Naaa-taaa-lieeee...

De golpe todo volvió, el ruido, los gritos de Mery, la cara de angustia de Jake y la mirada temblorosa a de mi padre sobre mi cuerpo. Reaccioné como por impulso.

—¡Levi! ¡No! —grité desgarrándome la voz y sollozando—. ¡Nooo! ¡Nooo!

—Tsss, cariño.

Mi padre trataba de calmarme, apretándome fuerte contra su pecho. Jake y Mery lloraban abrazados junto a la mesa, sin dejar de mirarme. No podía hacer otra cosa que gritar mi dolor, solo quería gritar su nombre, llorar, romperme la garganta, morirme, desaparecer con él.

Toda nuestra historia pasó antes mis ojos en una secuencia infinita de imágenes a toda velocidad. Me sentí morir por dentro, fue como si alguien soplara la vela interna que me mantenía en pie. Tanto sufrimiento, tanto amor, tantas ganas, mentiras, malentendidos, tantas verdades y tantos recuerdos, ¿para qué? En un segundo todo se había esfumado. Levi, su sonrisa, sus tatuajes, sus ojos verdes, su sonrisa de canalla, nosotros...

No recuerdo nada más en horas, tan solo silencio.

Desperté en mi cama, ya que al parecer no dejé de suplicar que quería estar en mi casa. Sinceramente, no lo recuerdo. Tuvieron que darme varias pastillas para calmar mi llanto, mi furia, mi dolor. Todo enmudeció a mi alrededor, solo recuerdo silencio, vacío, nada. Al despertar oí a mi padre al teléfono, hablando con la embajada americana, que al parecer no se prestaron a darle información al no ser un familiar directo.

—Papá —apenas susurré.

—Tranquila, cariño, tengo otros contactos, alguno de esos ricachones a los que les arreglo el coche podrá ayudarnos.

Cerré los ojos de nuevo y él salió de la habitación con el teléfono pegado a la oreja, a la vez que Mery entraba con una infusión. Jake había salido con Leia, al parecer, la perra se había angustiado y no quería moverse de mi lado.

—Tómate esto, cariño. —Acarició mi cabeza.

Sujeté la taza temblorosa y sin poder remediarlo mientras sorbía el té, las lágrimas caían desbordadas por mis mejillas. Era incapaz de controlarlas.

—No voy a pedirte que no llores, porque es precisamente lo que debes hacer. Tan solo necesito que no se te vaya de las manos y que Jake no se asuste más. Estás en todo tu derecho, así que llora, cariño. Pronto tendremos noticias.

—Está muerto, Mery.

—No digas eso, está desaparecido.

—¿Han rescatado algún vivo del agua?

Su mirada lo dijo todo. Tan solo negó con la cabeza. Yo apreté la taza contra mi pecho y lloré un poco más, de una manera silenciosa, tan solo los suspiros llenaban la habitación.

Ese día no pude comer nada. Roxy no tardó en parecer, lloramos juntas en un abrazo y se ancló a los pies de mi cama como si estuviera haciendo guardia, ya que poca cosa podía hacer a mi lado, ni ella, ni nadie. Así que opté por tomarme otra de esas pastillas milagrosas que me evadían del dolor y me dejaban desaparecer de esa horrible pesadilla. Al atardecer, quise salir al jardín a tumbarme en una de las tumbonas para ver el caer el sol, ese que tanto le gustaba Levi. Me enrosqué en un fular con motivos indios que tenía sobre la cama. No es que hiciera frío en Palm Springs, nunca lo hacía, pese a ser otoño, pero me había destemplado con el llanto. No logré convencer a mi familia para que se marcharan. Mi padre seguía esperando noticias pegado a teléfono. Mery cocinó algo de cenar que yo no pude ni tocar. Jake apenas se acercaba a mí, estaba muy asustado con toda la situación y se dedicó a estar pendiente de Leia y Roxy, mi pobre amiga, se dedicó simplemente a estar a mi lado. Apenas me hablaba, tan solo para preguntar si necesitaba algo, se limitó a no dejarme sola. Así que la tenía en la tumbona de al lado cuando oí como Mery hablaba con alguien durante un buen rato, al otro lado de la verja, hasta que finalmente se acercó a mí.

—Nat, cariño. Ha venido la nueva vecina a ver cómo estás.

Giré la cabeza con desgana y vi la silueta de una mujer.

—No quiero ver a nadie, Mery, no puedo, hoy no estoy en condiciones de recibir a nadie.

—Nat, es importante —insistió.

Oír eso provocó la furia en mí. Me levanté.

—¿¡Qué es más importante que mi dolor ahora mismo!? ¡He perdido al hombre de mi vida! ¡Dejadme sola con mi dolor! ¡No quiero ver a nadie! —esto último lo grité con los ojos ensangrentados de tanto llorar.

Mery agachó la cabeza, Roxy se había puesto en pie, cuando la mujer dio unos pasos hacia mí.

—Natalie, necesito que hablemos.

En cuanto la tuve delante la miré, me costó enfocarla debido al cúmulo de lágrimas. La miré a los ojos, de un verde mar muy familiares para mí, los tenía vidriosos también. Entonces la reconocí.

—Je-jenna —balbuceé.

—Hola, Natalie.

Y como si fuera alguien conocido de verdad me lancé a sus brazos y lloré en su hombro

desconsolada. Jenna me acariciaba el pelo y me pedía calma. Me hablaba al oído.

—Tsss. Natalie, necesito que te calmes para que podamos hablar. Debes escucharme.

Todos me pedían calma, pero ¡había perdido a Levi! El dolor tan fuerte que sentía no atendía a palabras, por más que me pidieran que me calmara, ese fuego interno no parecía tener intención de apagarse.

Tardé un poco en bajar la intensidad del llanto. Lo cierto era que me costaba abrir los ojos de lo hinchados que estaban a esas horas. Me deshice de su abrazo y volví a mirarla. Sí, era ella, estaba segura.

Roxy, mi padre y Jake no entendían nada. Mery aguardaba algo más tranquila, al parecer habían estado hablando concienzudamente en la puerta antes de entrar.

Tardé un buen rato en calmarme. Jenna y yo nos sentamos en las sillas de madera, junto a la mesa con la que había compartido buenos ratos con Levi, en eso pensé al sentarme y tuve que tragarme el nudo que de nuevo se me hizo en la garganta. Una vez estuvimos la una frente a la otra, Jenna empezó a hablar.

—En primer lugar, quiero pedirte perdón, por todo, por no reaccionar y entender lo importante que eras para mi hermano antes y después del accidente. Lo siento, Natalie, por eso y por todo esto.

Frotó mi pierna, pero no entendí a qué se refería. ¿A la muerte de Levi? Ella no tenía culpa de nada. Pero sí de callar cuando Alisa me echó del hospital, sí de no contarle a su hermano que sabía quién era yo. Aunque eso ya no importaba.

—No te disculpes, Jenna, todos hemos hecho las cosas mal. Yo lo hice y tu hermano lo hizo —volvió a temblarme la voz.

—Lo sé, pero lo siento tanto... No entendí la magnitud de lo vuestro. —No contesté. Y tras un largo silencio tomó aire antes de proseguir—. Esta gente, tu familia, tu amiga, ¿son gente de la que te fías al cien por cien? ¿Se puede confiar en ellos?

—La duda ofende, señora —Roxy no pudo aguantarse callada, ya que estaban todos escuchando nuestra conversación.

—Sí, todos son de fiar. Son mi familia, lo único que tengo.

—Perfecto. Para empezar, quiero que sepas que todos los bienes de Levi van a pasar a tu nombre.

—¿Qué? ¿De qué me estás hablando? ¿No se me permitió estar a su lado en todo este tiempo y ahora soy su heredera? ¿Qué ha cambiado?

—Yo solo me he encargado de las partes legales tal y como él me indicó.

—¿Has venido a hablarme de eso? ¡Acaba de morir el hombre que amo! ¡No quiero sus bienes si él no está aquí! No quiero nada. —Sollocé—. ¡Qué se los quede Alisa! Era a ella a quien le importaba todo eso.

—Ya, bueno. Alisa ya recibió con el divorcio más de lo que merecía. Está todo hablado ya. Yo solo he hecho lo que él me pidió. De hecho, estoy aquí ahora, en este momento, porque así lo ha querido también. Teníamos que asegurarnos de hacerlo bien.

—¿Lo ha querido? ¿Asegurar el qué?

Me dio rabia que hablara como si no hubiera aceptado la realidad.

—Sí. Sus cuentas bancarias, su viejo Cadillac y esta casa de aquí al lado, todo estará a tu nombre.

—¿Qué?

Levanté la vista para mirar la mansión a mi derecha, ya había oscurecido pero se encontraba iluminada, como si estuviera habitada.

—Jenna, no entiendo nada. ¿Él compró esta casa?

—En realidad, la he comprado yo, pero con su dinero.

La tranquilidad de esa mujer que acababa de perder a su hermano me estremeció. ¿Qué le pasaba a la gente con dinero? ¿Carecían del sentido del duelo? ¡Levi había muerto! Hacía menos de veinticuatro horas. Y esa mujer no dejaba de hablarme de cosas materiales, que yo no quería y, sobre todo, no necesitaba. Lo único que quería era a Levi, para contarle cada noche cómo nos conocimos, cómo nos enamoramos, comer helado y amanecer abrazados. Para hacer todo eso que la estupidez humana me privó. ¡Había sido tan idiota!

Saber que has perdido a alguien te saca a estacazos todo lo que anhelabas de él. Es increíble como creer que no vas a volver a ver a esa persona te enseña claramente el camino que deberías haber seguido con un cartel luminoso, que en realidad siempre estuvo ahí y que, sin embargo, no lograste ver, por no dejar de mirarte el ombligo. Así que mientras Jenna me hablaba de esas cosas yo pensaba en todo lo que vivimos y lo que deberíamos haber vivido juntos, en vez de estar preocupándonos por las mentiras y las verdades a medias. Nos queríamos, nos quisimos desde el minuto cero, ¿por qué tantas adversidades? No debí recular cuando Levi perdió la memoria y él no debió marcharse cuando volvimos a enamorarnos. Así de imperfectos fuimos y sin embargo, en ese instante eso no tenía ni una pizca de valor, nuestras imperfecciones nos hicieron reales y eso fuimos, un amor realmente imperfecto. No quería su dinero, ni sus bienes, lo quería a él, siempre quise eso, solo eso.

—Jenna, basta. No quiero nada de lo que me dices. Déjame llorar su muerte, ya que no me dejasteis acompañarlo tras el accidente.

Tomó aire de nuevo y sentenció seriamente.

—Eso no va a ser posible.

—¿Qué? —apunté incrédula—. ¿Que no vas a dejarme llorar su muerte? —añadí con un tono un pelín amenazador.

Me levanté indignada. Jenna seguía negando con la cabeza.

Entonces de la oscuridad del jardín emergió una voz.

—Natalie, nena, estoy aquí.

Tardé unos segundos en reaccionar. Los mismos que tardó una niña en correr desde la oscuridad hasta los brazos de Jenna y una silueta masculina se dejó ver en su plenitud. Toda mi familia se llevó las manos a la boca impactados por lo que estaba sucediendo. Una vez más, olvidé hasta respirar.

—Nat, soy yo. —Se aproximó más al ver que no reaccionaba.

—¿Levi? —apenas susurré.

—Sí, cariño, estoy aquí.

Dudé unos instantes, hasta que me lancé a sus brazos y él me recibió estrujando mi cuerpo contra el suyo.

—Levi.

—Sí, preciosa.

Golpeé su hombro con rabia, varias veces seguidas, a la vez que lloraba sin control.

—Tsss. Cariño, estoy aquí.

Toqué su cara, la cual me costaba enfocar debido a las lágrimas. Era él, su olor, su voz.

Me alzó dejando nuestras frentes pegadas y yo sujetaba su cara entre mis manos. En cuanto noté que no tocaba al suelo, enrosqué mis piernas a su cintura, eché la cabeza levemente hacia atrás para comprobar que efectivamente fuera él y entre lágrimas, con los labios salados, lo besé. Fue un beso dulce, intenso, con sabor a mar, debido a la gran cantidad de llanto, el mismo que se convirtió en una extraña risita de felicidad, de incredulidad, de emoción, una risa-llanto. A la vez que teníamos labios contra labios, y mis lágrimas se colaban por la comisura de nuestras bocas. Jamás había besado con tanto desespero, con tanta ansia, con tanto miedo a que no fuera real.

—¿Me has llamado nena? —pregunté emocionada, entre suspiros.

—Sí, cariño, vuelvo a ser yo, creo que lo recuerdo casi todo, diría que en un noventa por ciento.

Besó mi nariz.

—¿Y el otro diez?

—Ese lo dejo para que me lo expliques tú.

Antes de que pudiera bajarme de su cintura, Leia nos abordó loca de contenta, superada por la emoción. Puso sus patas en alto a la vez que saltaba y consiguió desestabilizarnos y ante la mirada de toda la familia al completo, caímos al césped mientras la perra no cosía a lametones. Miento, lo lamía solo a él. Para ella también siempre fue él.

43

El casi Batman

Levi

Tuve que aligerar el plan cuando repentinamente el mochilero al que había pagado para hacerse pasar por mí se vio envuelto en ese horrible accidente. Sabía que Natalie iba a sufrir de una manera que no quería ni imaginar, así que ese mismo día tras conocer la noticia, llené el Cadillac con lo poco que podía traerme y me planté en Palm Springs, directo a refugiarme en la casa que unos días antes Jenna había comprado. Llevábamos meses planeando mi salida del ojo del huracán público. Todo fue estudiado minuciosamente, nosotros mismos hicimos creer al mundo que me había largado a la india. Pero tan solo pagué a un chico mochilero una cantidad descomunal para que llevara encima mi pasaporte y algún objeto de mi propiedad, para que pudieran identificarlo falsamente cuando se aposentara a vivir en algún pueblecito de aquellas lejanas tierras. Así de simple era plan, que el mundo creyera que había decidido desaparecer envuelto en la espiritualidad de aquel mágico país. Eso me brindaría una vida más tranquila en Palm Springs, porque sí, en realidad, siempre supe dónde quería enfocar mi nueva vida, junto a mi nueva identidad.

Primero cambiamos mi nombre real por el de Levi y decidí rescatar el apellido de mi madre, Johnson. El cual era uno de los apellidos más comunes en Estados Unidos y sería difícil de rastrear. Eso nos llevó un poco más de tiempo del que creíamos, pero lo logramos. Al final, por triste que fuera, todo lo compraba el dinero. Fui transfiriendo paulatinamente todo mi patrimonio a Jenna, para no levantar sospechas. Para cuando salió la noticia de mi retiro espiritual, mis cuentas ya habían sido canceladas y al ser Jenna el único familiar directo no saltó ninguna alarma.

No volví a mostrarme públicamente, estuve cambiando mi forma de vestir y vendí todo lo que creí innecesario en mi vida. Conecté con mi yo interior. Tuve que abandonar temporalmente la casa de Santa Mónica y fingir que la poníamos en alquiler. Pusimos a vivir a un amigo de la infancia, y con el que estudié en la escuela de arte dramático, de las pocas personas en el mundo que me llamaban Levi. Vivió allí durante unos meses y yo me mudé al sótano de mi hermana. Los periodistas dejaron de aparecer al comprobar que esa persona era totalmente ajena a mí. Aprovechamos esos meses para reforzar la intimidad de la casa, para cuando decidiera asomar la cabeza por allí.

En cuanto a temas legales, se encargó de todo Jenna, o tan solo me dediqué a esconderme, a dar muestras falsas de haberme convertido en un mochilero y poco más, en desaparecer básicamente y en recuperar todo cuanto pudiera de mis recuerdos. En la primera sesión que decidí tocar el tema

de Natalie, sentí como si miles de candados se soltaran a la vez, devolviéndome nuestros momentos y esos sentimientos que tan adentro llevaba. Tan solo tuve que sumarlos a los nuevos que me había despertado.

¿Es posible enamorarte dos veces de la misma persona? Yo me enamoré dos veces, no me reenamoré, esos lo hacen las parejas que pasan por una crisis. No fue mi caso, yo estaba enamorado perdidamente de ella cuando la olvidé, dejándola en el fondo de mi mente y volví a enamorarme de la misma persona sin saberlo. Eso, lo único que me demuestra es que todos elegimos un alma y nos ligamos a ella, llámale hilo rojo, destino, o como quieras, el caso es que ese lazo difícilmente se rompe. Si la otra persona siente lo mismo y reclama nuestra alma, acaban encontrándose, no hay más. Lo he vivido en primera persona, no voy a dejar que nadie me lo rebata. Es así.

Quedaron cabos por atar con la repentina desaparición del mochilero, pobre chaval, jamás encontraron su cuerpo, por suerte, todo ese dineral que yo le había pagado solo por llevar encima un documento se transfirió a su familia. Llegó incluso a celebrarse un funeral ficticio, como una especie de despedida, al que acudieron Alisa, Ryan y un buen número de celebridades. Jenna también asistió, se puso morada de canapés y champán. Ella celebraba un comienzo, mientras los demás una despedida. Después me contó con detalle como a nadie realmente le importaba lo más mínimo. Fue más una fiesta que un funeral, y es que, en ese mundillo, o mueres siendo una megaestrella o pasas a ser un difunto de segunda, en mi caso creo que fui de tercera.

En cuanto Leia nos dio tregua para poder levantarnos, tocaba dar todas estas explicaciones. Mery se abalanzó para darme un fuerte abrazo, repitiendo: «Gracias a Dios».

—¡Joder! Culo prieto, ¡menudo susto nos has dado! —gritó Roxy sin acercarse.

Harold me miraba con el semblante serio, todavía algo en shock. Me solté de la mano de Natalie y me acerqué a él.

—Ahora estoy preparado para darle la vida que merece su hija.

El hombre apretó los labios y sin esperarlo por nada del mundo, me soltó un puñetazo. Natalie y Mery gritaron a la vez. No fue un golpe duro, fue algo que entendí enseguida.

—No vuelvas a hacer sufrir a mi hija así —sentenció. Mientras, yo me llevaba la mano a la mandíbula, simulando recolocarla. Pero antes de que Natalie pudiera interceder, me tendió la mano y desenfundó su mejor sonrisa—. Bienvenido a casa, muchacho.

Estreché la fuerte mano de ese hombre.

—He venido para quedarme, esta vez para siempre.

Desvié la mirada hasta dar con Jake.

—Gracias —le dije sin que nadie supiera el porqué.

El chico por fin alzó su sonrisa.

—Solo quería ayudar —dijo en un hilo de voz, mientras se acercaba.

—Me ha encanto tu ayuda, eso sí, tú yo tenemos una charla pendiente. —Levanté una ceja y lo solté—: Ni de coña Robert Pattinson es mejor actor que yo.

Eso provocó la risa de todos los presentes. Natalie volvió a enlazar su mano a la mía, supongo que por miedo a que volviera a desaparecer. Entramos todos a la casa y pude explicarles todo lo

que había estado planeando hasta ese día. Solventé todas sus dudas y sin yo pedirlo, pactaron un juramento de silencio, en cuanto a mi verdadera identidad y lo llamaron «El casi Batman». Eso también me lo tenía merecido.

Ese día dejé de ser quien era, para ser quien quería ser, y eso siempre se lo debí a la mujer más maravillosa del mundo, a mi nena, a Natalie, la chica del centro.

Epílogo

Casi cincuenta años después.

—¡Guaaaau! ¿De verdad mi abuelo fue Tyler Williams? ¿El que fue el James Dean de siglo XXI?

—Tu abuelo es Tyler Williams —le confirmo a mi preciosa nieta, a la vez que acaricio el cabello de mi marido que se encuentra tumbado en la cama.

—En realidad me llamo William Tyler, ese era mi nombre real —apunta forzando la voz y llevándose la mano al pecho.

—Tsss. Cariño, no te fuerces más, descansa. Podría haberle explicado la historia yo sola.

—Siempre he querido hacer esto contigo antes deirme cariño y así poder dar mi versión, ahora que aún puedo.

—No, no puedes cabezota —le regaño—. Descansa, el médico está por llegar, tenemos todo el fin de semana por delante. Y no te vas a ir a ningún lado todavía, no he llegado hasta los ochenta y cinco años a tu lado para que vuelvas a marcharte.

Eso ha sido una broma macabra, ambos lo sabemos, siempre lo amenazo con eso cuando tiene una recaída. Él sonríe negando con la cabeza y respirando con algo de dificultad.

Sujeto su mano huesuda y vuelvo la atención de nuevo a nuestra nieta, que deja sobre la cama de su abuelo la libreta en la que de joven plasmé la primera parte de nuestra historia. La escribí tras la pérdida de memoria de Levi, por miedo a que a mí me pasara algo parecido y esa historia cayera en el olvido. La titulé *Palm Springs*. Además, la escribí sin saber que tendría una tan bonita y perfecta segunda parte. La cual ya no ha sido plasmada sobre papel, esta se encuentra en nuestra mente, con doble copia de seguridad, en nuestra cabeza.

Jenny, que así se llama nuestra nieta, sigue sacando cosas de esas dos viejas cajas que había rescatado del garaje. Una de ellas está dedicada exclusivamente a almacenar premios cinematográficos a nombre de Tyler Williams y la otra contiene un revoltijo de recuerdos, tales como: revistas con su cara en la portada, varios DVD de sus películas, las partituras de piano que yo le escribí de mi puño y letra, el collar de nuestra preciosa Leia, una gorra con el nombre California bordado, unas gafas de sol de la marca Rayban, recortes de periódico que hablaban de su accidente, un montón de fotos nuestras en el parque de atracciones de Santa Mónica, un Cd de Green Day, las llaves de mi precioso Ford Mustang Shelby del sesenta y siete y las del viejo Cadillac de Levi y, cómo no, el eterno pañuelo rojo de Axl Rose.

La joven observa todos y cada uno de los objetos que esas cajas contienen. Por cierto, Jenny es nuestra nieta adolescente de diecisiete años, hija de Benjamín, nuestro primer hijo, al que quisimos ponerle el nombre del grandote que nos ayudó en nuestros principios y que hicimos padrino de boda, junto a Roxy. Nuestra otra hija, Lyna, es directora de cine. Y es que de algún modo casi inevitable, nuestra vida también se vería eternamente ligada al séptimo arte. A Levi le

costó un poco aceptar su decisión, pero al final, Lyna tan solo estaba siendo quien ella quería ser. Hoy todos ellos están aquí.

Nos casamos ese mismo año en el que Tyler supuestamente había desaparecido para el mundo entero y nos mudamos a la casa de al lado en cuanto me quedé embarazada por primera vez, tres años después de casarnos y después de haber estado viajando y añadiendo nuevos e increíbles recuerdos a nuestra historia. Levi empezó a trabajar junto a mi padre en el taller de manera esporádica. Teníamos dinero de sobra para la vida que llevábamos, vaya si lo teníamos, pero aun así, quiso tomar las riendas de ese taller mecánico y trabajarlo con sus manos. Sentirse útil, como él tanto necesitaba, y poder dedicarse a algo que le llenara el alma y que venía tan arraigado en ambas familias. Cuando mi padre murió, se puso al mando sin pensarlo, satisfaciendo esa deuda interna que él creía tener con su difunto progenitor, ya que no tuvo opción de dar continuidad a su negocio y eso siempre le pesó.

Yo fui maestra hasta que decidí prejubilarme unos años antes para a cuidar de Levi y su delicado y viejo corazón. La enseñanza sí era lo mío, no solo los hombres con pinta de malotes, como me repetía mi padre de adolescente. Por cierto, Levi jamás dejó morir su pinta de malote, al contrario, fue llenando su cuerpo con más tatuajes conforme la vida le daba motivos para hacerlo. Fue un hombre sexy, de hecho, para mí sigue siendo un anciano sexy. Conservó su larga melena hasta bien entrados los cincuenta y su pinta de surfista retirado, que es justamente lo que es ahora. Siempre le molestó con ese apodo que nunca le gustó.

Mi padre nos dejó siendo un anciano algo gruñón, pero un abuelo excepcional. Cogió una neumonía que no pudo superar debido a su avanzada edad. Nos dejó el eterno vacío en la silla de las cenas familiares cada vez más numerosas. Mery lo hizo unos años después, tras haber disfrutado de sus nietos, y casi llega a conocer a sus biznietos, se fue poco antes del nacimiento de Jenny. Jake acabó siendo ilustrador de cómics, siempre supimos que su vida iría ligada a los superhéroes. Ganó mucho dinero y se montó su propio sello. Actualmente su hijo es el que está al mando y, como se suele decir, el alumno superó al maestro. Mi sobrino Marlon es la copia exacta de su padre. Bueno, bondadoso y bastante... bueno, muy friki. Una eminencia entre los ilustradores californianos.

Jenna y Keith acabaron mudándose a la casita que me compré, la que Levi y yo habíamos arreglado. Tras la ruptura de su matrimonio, decidió dar un vuelco en su vida y venirse a vivir cerca de su hermano. La pequeña Keith fue la que acabó heredando la casa de Santa Mónica. Actualmente vive allí junto a Samanta, su pareja, y se convirtió en la tatuadora personal de su tío. Bueno, de su tío y media california, tiene un estudio enorme en lo que antiguamente fue el Beach Boys. Eso le costó un disgusto a Jenna, que tuvo que ver cómo su hija tras acabar la carrera de derecho como su madre, decidió que quería ser tatuadora y así fue, le pesara a quien le pesara.

¡Ah! Olvidaba a Roxy. Contra todo pronóstico se enamoró de un alma libre como ella, un canadiense separado con cuatro hijos, con el que mantenía algo parecido a una relación abierta. Cerró la peluquería y ambos se dedicaron a viajar por todo el mundo, participando en una cadena de retiros sospechosamente espirituales que descubrieron en la Toscana. Cosas liberales de esas que a ellos les gustaba. Lo cierto es que eran tal para cual, encontró la horma de su zapato.

Seguimos siendo amigas, dos ancianas arrugadas, yo más que ella, pero amigas. No conseguimos jamás que le quitara el apodo de «Culo prieto» a Levi. Mi alocada Roxy nunca dejó de ser ella. Actualmente goza de mejor salud que yo y un cutis envidiable, para nada acorde a nuestra edad.

Levi y yo nos casamos, eso ya lo he dicho. Hicimos forjar otro anillo con un rayo para llevarlos a conjunto. Fue una boda sencilla, muy familiar y musical, en la que cantamos a dúo nuestra canción de Green Day, «Good Riddance», y bailamos lentamente la balada de «Creep», de Radiohead. Fue un día muy nuestro. Leia nos trajo los anillos en una cajita pegada a su collar y casi nos tira al suelo cuando decidió que quería lamernos la cara en mitad de la boda. Mi preciosa Leia murió después de que naciera nuestra hija Lyna.

Lo poco que le faltaba a la memoria de Levi, lo complementé con narraciones detalladas de esos momentos todavía perdidos en su cabeza, contadas con todo el cariño una y otra vez. Al final no sé si llegó a recordarlos o memorizó los detalles que yo le había proporcionado para así generar en su cabeza esos cuatro recuerdos que se resistían a volver. En todo caso, nunca me importó, podíamos vivir sin ellos. Si tan solo uno de los dos los atesoraba, el otro podría disfrutarlos también.

He reunido a toda la familia en nuestra casa, para pasar el fin de semana juntos. Levi está muy delicado, el tratamiento ha dejado de hacerle efecto y aunque es duro de aceptar, lo llevamos lo mejor posible. Una semana habían pronosticado, como mucho diez días, y ya van cinco. Se negó rotundamente a ser hospitalizado. Su corazón ya no daba más de sí, no había nada que hacer, dada su avanzada edad. Lloré cuando nos dieron la noticia, lloramos juntos solo ese día y me hizo prometer que no vería más lágrimas antes de su partida. Así que tras recomponernos, me confesó que ya lo había dejado todo bien atado, muy típico de él, aunque a nuestra edad poco hay que atar, la verdad. Eso sí, ha querido que todos tuvieran la oportunidad de despedirse, y que nadie se quedara con ese peso en el alma, por si su corazón no decide llegar al lunes siguiente y todo apunta a que no lo hará mucho más allá. El médico está al caer, como cada noche viene para inyectarle la morfina, que le aliviará todo el sufrimiento del día y que le permitirá dormir toda la noche.

Mi marido se muere, mi tan amado Levi, el gran Tyler Williams, el de sonrisa canalla y brazos tatuados que siempre regresaba a mí, queriéndome por encima de todo. Era él, siempre supe que era él. Su llama se apaga, pero lo hará habiendo llevado una vida plena, rodeado de los suyos y habiendo vivido un amor de los que dejan huella. Llevamos días preparándonos para esto, así que este fin de semana la casa estará más llena de vida que nunca. También ha venido Jake, con su mujer y su hijo. Incluso Roxy y su canadiense han podido estar aquí. Se muere el amor de mi vida, esa es la realidad de mis últimas horas. Pese a ello, no he flaqueado y me he permitido bromear con él, sobre sus apodos y nuestras tonterías, mientras le explicábamos a Jenny, mano a mano, la segunda parte de nuestro amor. Permitiéndonos así por primera vez hablar libremente de cómo llegamos a encontrar esa comunión tan necesaria para querernos, lejos de personas tóxicas, lejos de miradas indiscretas y lejos de lujos innecesarios.

—Te quiero abuelo, eres mi ídolo, por haber luchado tanto por la abuela y por regresar siempre a su lado.

La chica besó la frente de su abuelo. Levi apenas la mira con una lágrima a punto de salir por la comisura de su ojo.

—Ha llegado el doctor —anuncia mi hija Lyna.

Así que antes de que el doctor le inyecte la morfina para que pueda descansar hasta el día siguiente, sin tener la convicción de que habrá un día más, todos pasan uno a uno a despedirse de Levi. Bromean sobre los efectos de la morfina y consiguen que en vez de llorar, se despida con una sonrisa. Nos queda todo el fin de semana por delante, así que las despedidas son rápidas. Besos delicados, caricias suaves, palabras tiernas y alguna broma. Puedo ver la paz en los ojos de mi anciano esposo. Conserva ese verde intenso, donde puedo ver aún a ese engreído joven, con chancletas y desgredado, junto a mi coche en aquel centro. Con su sonrisa pícaro y su pinta de malote. Es él, siempre ha sido él, con memoria o sin ella, siempre está ahí reflejado en el verde de su mirada.

Nadie sale de la habitación, todos se quedan cuando entra el doctor. Levi coge mi mano. La levanta para dejar nuestras muñecas paralelas y ambos sonreímos al ver el rayo tatuado en nuestra piel arrugada.

—Lo conseguimos, nena.

—Lo conseguimos, cariño. Y lo hemos hecho muy bien. —Me giro para dejarle ver toda nuestra familia al completo—. Toda una vida.

Todo él es plenitud, por fin se siente satisfecho, por fin se ha sentido útil al observar todo lo que nos rodea. Asiente con los ojos vidriosos y no puedo evitar que se empañen los míos también.

Me acerco y lo beso en los labios. Me permito alargarlo, sé que él lo disfruta, aunque noto como le tiembla el labio reteniendo la emoción. Es un beso suave, tierno y lleno de amor. Mientras toda nuestra historia pasa por mi mente en secuencias a toda velocidad.

—Te quiero, Levi.

—Te quiero, chica del centro.

El doctor prepara la morfina.

—Nos vemos mañana, ¿de acuerdo? —Vuelvo a besarlo—. Seguramente Jenny ya los haya puesto al corriente a todos y vamos a tener que volver a explicar esta historia.

—Las veces que haga falta. Lo haré encantado. —Sonríe.

Sin dejar su mano me siento a esperar que el doctor le inyecte la morfina para el dolor. Entonces hace algo tan nuestro, que tan solo Jenny logra comprenderlo, con la libreta en las manos y los ojos vidriosos. Tararea nuestra canción de Green Day y finaliza narrando una parte de ella.

—Es algo impredecible, pero al final está bien. Espero que hayas tenido el momento de tu vida.

Asiento con la cabeza. Sí lo he tenido, ambos lo hemos tenido. Sonríe. La morfina entra en sus venas y cierra los ojos lentamente.

Siento una fuerte descarga eléctrica en mi estómago, de esas tan nuestras, solo que esta duele y duele de verdad. Le beso la frente y una vez más le susurro:

—Good Riddance, L.

Al día siguiente, Levi no despertó. Murió por segunda vez, aunque en esta ocasión lo hizo de verdad. Habiendo amado a Natalie por encima de todo y pese todo. Levi se fue sin hacer ruido, sereno y pleno, pero principalmente se fue siendo más él que nunca, habiendo sido quien realmente siempre quiso ser.

FIN

Agradecimientos

Me gusta empezar los agradecimientos siempre con mi familia.

A mis hijos por despertar en mí el verdadero amor incondicional y a mi marido, por su bondad, su paciencia infinita y porque tiene una fe indescriptible puesta en todo lo que hago, esa que yo debería tener.

A mi perro Chic, por enseñarme que es la lealtad y por estar siempre a mi lado, sin excepciones y sin diferenciar días malos de buenos.

A las personas que quieren a todo lo que da, como Levi y Natalie, los que no tiran la toalla y entienden que uno puede brillar sin lujos, incluso en la sombra, pero no sin amor.

A la música, siempre, presente en todo lo que hago, diría que va en mi ADN.

A los que me incitáis a descubrir canciones nuevas, esas que sin saberlo, en ese instante, acaban siendo parte de la banda sonora de mis novelas.

A los bonitos recuerdos que atesoramos sin ser conscientes de que en realidad es un lujo poder retenerlos y revivirlos.

A mi amiga Claudia, lectora cero, la cual de una forma totalmente altruista se prestó a trabajar en la primera corrección del manuscrito de la bilogía entera.

A mi editora, Gala, que me transmite su emoción tras leer los manuscritos.

A la escritura, que me ayuda a mantener a raya a los fantasmas internos.

A mis «Haters» del lado bueno de la fuerza, que leéis hasta las tonterías que cuelgo en las redes sociales y me hacéis sentir que no soy la única friki.

A ti, que lees mis historias.

Y como siempre, a la vida.

Gracias.

Nota de autor

La primera vez que Levi y Natalie volaron en mi cabeza lo hicieron de una forma un tanto extraña, cuando no había un posible título a la vista, cuando simplemente era el proyecto Palm Springs y cuando aún no había forjado su pasado. Lo primero que escribí de toda la bilogía fue el primer capítulo de la segunda parte, Bajo el cielo de Palm Springs. En cuanto lo releí supe que precisaba de una historia previa, aparté ese capítulo y me empecé a escribir, Cuando las estrellas vuelvan a brillar. Ahí me enamoré por completo de esos personajes y sus vidas. Eso me permitió por fin escribir a conciencia, dándole mayor profundidad a la historia que había cocinado en mi cabeza unos meses antes. Todo fluyó de una manera increíble. Había creado una historia de la que me costó mucho reponerme y tardé en volver a escribir con fluidez. Resaca, le llaman. Mi propia historia de había dejado una resaca emocional considerable.

Así que si has leído esta bonita bilogía y sientes esa resaca, gracias. Porque eso significa que lo he conseguido, que Levi y Natalie ya no son solo míos, ahora también son un poco tuyos y de todos lo lectores que se animen a viajar entre sus páginas, al desierto californiano de Palm Springs, donde encontrarán polvo, estrellas, pisadas y muchas huellas.

Índice

<u>Prólogo</u>	9
<u>1. Las palabras</u>	13
<u>2. Mi nuevo hogar</u>	19
<u>3. Feedback</u>	25
<u>4. El lienzo</u>	31
<u>5. El viejo Cadillac</u>	39
<u>6. Alan</u>	47
<u>7. La joyería</u>	55
<u>8. Compañeros</u>	65
<u>9. Surfing USA</u>	73
<u>10. El anillo</u>	83
<u>11. La chica triste</u>	91
<u>12. Mensaje de audio</u>	99
<u>13. Sigo aquí</u>	109
<u>14. El pintalabios</u>	117
<u>15. El repartidor</u>	129
<u>16. Déjà vu</u>	135
<u>17. El grifo</u>	143
<u>18. Paseo matutino</u>	151
<u>19. El trato</u>	157
<u>20. La gorra</u>	165
<u>21. Ben</u>	169
<u>22. Cuestión de maña</u>	179
<u>23. Tarde de agua</u>	187
<u>24. El skate</u>	195
<u>25. La hamaca</u>	203
<u>26. Helado y cerveza</u>	211
<u>27. Sexo mañanero</u>	221
<u>28. Nuevos propósitos</u>	231
<u>29. Señor Culo Prieto</u>	237
<u>30. Pañuelo rojo</u>	245
<u>31. Labios morados</u>	249

<u>32. Mal despertar</u>	<u>257</u>
<u>33. Sorpresa</u>	<u>265</u>
<u>34. Mecánicos</u>	<u>273</u>
<u>35. Cálido asfalto</u>	<u>281</u>
<u>36. Ethan</u>	<u>287</u>
<u>37. Stand by me</u>	<u>293</u>
<u>38. Último paseo</u>	<u>299</u>
<u>39. Silencio</u>	<u>307</u>
<u>40. Mensajes</u>	<u>313</u>
<u>41. Malas noticias</u>	<u>321</u>
<u>42. La casa de al lado</u>	<u>329</u>
<u>43. El casi Batman</u>	<u>337</u>
<u>Epílogo</u>	<u>341</u>
<u>Agradecimientos</u>	<u>349</u>
<u>Nota de autor</u>	<u>351</u>